

CHRISTIE WATSON



Donde las  
mujeres  
son  
REYES

alevosía

Christie Watson

Donde las mujeres  
son reyes

Traducción del inglés de  
Dora Sales

alevosía 

## Índice

Cubierta  
Portadilla  
Uno  
Dos  
Tres  
Cuatro  
Cinco  
Seis  
Siete  
Ocho  
Nueve  
Diez  
Once  
Doce  
Trece  
Catorce  
Quince  
Dieciséis  
Diecisiete  
Dieciocho  
Diecinueve  
Veinte  
Veintiuno  
Veintidós  
Veintitrés  
Veinticuatro  
Veinticinco  
Veintiséis  
Veintisiete  
Veintiocho  
Veintinueve  
Treinta

Treinta y uno  
Treinta y dos  
Treinta y tres  
Treinta y cuatro  
Treinta y cinco  
Treinta y seis  
Treinta y siete  
Treinta y ocho  
Treinta y nueve  
Cuarenta  
Cuarenta y uno  
Cuarenta y dos  
Cuarenta y tres  
Agradecimientos  
Nota de la traductora  
Notas  
Créditos

*Para Moyo, que se tragó toda la bondad del mundo, y para Kike,  
a quien ama como el mundo jamás ha conocido el amor.*

## Uno

Elijah, precioso hijo mío:

Quiero contarte tu vida. Todo el mundo tiene una historia en su interior, que comienza antes de nacer, y la tuya es una historia más grande que la que mucha gente conocerá jamás. Dicen que no debería confesarte algunas cosas, y que las palabras pueden herir a los oídos pequeños, pero, hijo mío, no hay secretos entre madre e hijo. Un hijo ha visto las entrañas del cuerpo de su madre, y ¿quién puede conocer un secreto mayor que ese? Dicen muchas cosas, esos británicos. Llamam «maltrato infantil» a lo que nosotros, los nigerianos, llamamos «aprendizaje». Así que no les hagas caso.

Tu historia comienza en Nigeria, que es un lugar como el Cielo. El sol brilla todo el tiempo, y todo el mundo sonríe y se preocupa por los demás. Los niños nigerianos estudian mucho en la escuela, tienen una educación perfecta, cuidan de sus padres y respetan a las personas mayores. Nigeria es luminosidad y estrellas, y una tierra como la piel de tus mejillas: marrón rojiza, suave y tibia.

Estoy repleta de recuerdos de Nigeria, con orgullo. Sobre todo me acuerdo de mi familia. Mami, tu abuela, era famosa por sus cacharros de cocina relucientes, y sus historias brillantes.

Hace mucho, nos contaba a mis hermanas y a mí, una mujer muy vacía vendió su cuerpo como si solo fuese carne a la venta en el mercado. Viajó por toda Nigeria, esa mujer, buscando algo con lo que llenar su interior, y aprendió muchas lenguas, buscando palabras para explicar el vacío. Y a la gente le gustaba ese vacío, era una mujer lista: estaba hecha de la luz de las estrellas; su corazón resplandecía, plateado. La escuchaban cuando decía sus palabras en muchas lenguas, hablando de los lugares que había visto: de Jos, donde los diamantes

llovían del cielo, y del norte, donde los hombres desaparecían tras muros de arena, y de los arroyos del Delta, bailando con los espíritus del río. Y así la gente convirtió a esa mujer en rey. La tierra la llenó por completo, y el vacío era cielo. Nigeria es un lugar donde las mujeres son reyes. Donde todo es posible.

Durante toda mi infancia, mientras mi madre limpiaba sus cacharros, yo la observaba y escuchaba sus historias, sus canciones, más satisfecha que cualquier mujer que haya existido jamás. Mami cantaba en voz alta, lo que era bueno, entretanto mi hermana, tu tía Bukky, de quien has heredado ese hermoso tono de piel, hablaba con una voz que te atravesaba la cara. Recuerdo cómo un día le suplicó a Mami que compartiese sus secretos. El sol todavía no había llegado a lo más alto, pero llevábamos horas despiertas, escuchando cantar a Mami y roncar a Baba<sup>1</sup>.

—Por favor —gimoteaba Bukky—. Por favor, Mami. No se lo contaré a nadie.

—No te diré nunca mi ingrediente secreto. —Mami negó con la cabeza hasta que sus trenzas con cuentas traquetearon al chocarse. Se rio—. Nunca. ¡Puedes darme la lata todo el día y mi boca estará tan cerrada como el puño de Baba el día que cobra!

—Por favor —insistió Bukky, mirando el trapo con el que Mami limpiaba los cacharros—. Podría hacernos ricos. ¡Imagina, una fórmula para limpiar cacharros así de bien a la venta en Express Road!

Bukky siempre estaba buscando formas de ganar dinero, y era una insensata. Una vez casi la detuvieron después de que un hombre le dijese que le daría cien dólares americanos por cruzar con una bolsa la aduana del aeropuerto. Si Baba no hubiese pasado con el coche y no la hubiese visto fuera del colegio andando con una bolsa que no era suya, la habrían metido en la cárcel. De haber sido Mami quien pasó por su lado, Bukky estaría muerta, sin duda. ¿Y quién sabe si las puertas del Cielo se abrirían tras un delito así, aunque se hubiese producido por insensatez? Pero las cosas que guardo en mi corazón no son la estupidez de Bukky, o la exasperación de nuestros padres. Más bien, recuerdo la luz en el recinto bailando sobre el metal de aquellos cacharros de cocina, creando miles de diamantes en el polvo, y sobre las mejillas regordetas de Bukky; la risa de Mami; los

ronquidos de Baba. El vacío diminuto, donde ibas a crecer. Un lugar donde las mujeres son reyes.

Recuerdo que la casa, con escalones rotos y goteras en el tejado, estaba en el centro de un patio mediano donde Mami lavaba el arroz en uno de esos cacharros; juro que nuestro arroz era el más limpio de toda Nigeria. Mis hermanas, Miriam, Eunice, Rebekah, Bukky, Esther, Oprah y Priscilla, se pasaban el tiempo mirándose en los demás cacharros relucientes de Mami, examinando el espesor de sus cejas, la distancia entre sus ojos (Bukky siempre decía que podría aparcarse un coche entre los ojos de Esther), la forma de sus labios, el bucle de sus pestañas. Baba se reía por lo bajo cuando las veía contemplarse en los cacharros, y me daba palmaditas en la cabeza:

—Preciosa Deborah —decía.

Nunca me miré en un cacharro de cocina. Sabía, incluso siendo tan pequeña, que era pecado ser presumida. Era una niña lista, Elijah. Talentosa. Conocía tan bien la Biblia que desde que tenía un año sabía recitar los Salmos. No sé si fue por no mirarme en los cacharros o por mi buena disposición para estudiar la Biblia por lo que me convertí en la favorita de Baba. Pero sabía que lo era. Y cualquier hija que es la favorita de su padre crece bendecida, como yo.

En realidad, todas estábamos bendecidas. Nos encantaba el colegio, íbamos a la Sección Principal del Apóstol de la Llegada de Cristo, que estaba a solo quince minutos caminando. Pero nos gustaba incluso más volver a casa del colegio..., para cenar juntas y charlar sobre el día, y leer la Biblia, o los otros libros que Baba nos compraba en la tienda cerca de su trabajo, o los libros que nos daba Mami, que estaban tan leídos que se quedaban abiertos, como si sus historias estuviesen vivas y quisieran ser escuchadas. Vivíamos a las afueras de Lagos, en el barrio de Yaba, cerca de la parada de bus de University Road hacia el cementerio de Yaba: yo, Mami, Baba, mis siete hermanas, tías, abuelos, y mis hermanos, Othniel e Immanuel..., aunque Othniel estaba ocupado estudiando para ser farmacéutico, y siempre estaba fuera en el trabajo o en la biblioteca de la universidad, e Immanuel se pasaba todo el tiempo con su novia, que vivía en Victoria Island. La novia de Immanuel era un asunto incluso de más alto secreto que el engrudo



para los cacharros de cocina de Mami: había protagonizado un vídeo musical, sus padres estaban separados y nunca había ido a la iglesia.

La iglesia siempre fue una parte importante de nuestras vidas. Cuando vives en un lugar como el Cielo no puedes olvidarte de darle las gracias a Dios. Y teníamos otro motivo por el que amar a Dios: nuestro tío, hermano de Baba, nació con la voz de Dios en su corazón. Tío pastor obraba milagros. Podía hacer que viviese un hombre moribundo, y darle la vuelta a la mala suerte de una familia para convertirla en la más afortunada de todo Lagos. He sido testigo de ello con mis propios ojos. He visto muchas cosas. Un hombre rezó para pedir el milagro de la seguridad financiera y regresó a la iglesia una semana después con un boleto de lotería ganador, un Rolex último modelo y una novia con los pechos tan grandes que Baba no pudo evitar hablar sobre ellos, y Mami le hizo meter todos los *nairas*<sup>2</sup> que llevaba en el bolsillo dentro del bote de las ofrendas. ¡Cómo nos reímos, Elijah! Nuestra iglesia era un lugar de felicidad y risas, y tu carita me condujo de vuelta a eso, de vuelta a las risas de nuestros padres. Todos observábamos la forma en que Mami y Baba se gastaban bromas mutuamente: él fingiendo atragantarse con la comida de ella; ella llamándolo barrigón. Su risa. La forma en que se miraban el uno al otro, y a nosotros. Era un hogar muy feliz. Una familia. No hay nada más dulce que eso.

Mami y Baba tenían cimientos sólidos en su matrimonio, de modo que, cuando los vientos soplaban demasiado fuerte, nada se caía. Primero fueron amigos, durante muchos años, y, cuando yo me hice amiga de Akpan, recuerdo a Mami y Baba mirándose mutuamente, y la sonrisa que compartieron. Querían cimientos sólidos para mí también. Se alegraron mucho cuando tu *baba* me llevó bajo la palmera, y se sacó del bolsillo del pantalón un anillo que brilló como una estrella de medianoche y que debió de haberle costado el sueldo de seis meses. Sabían algo acerca de cómo funciona el matrimonio. Sintieron felicidad, pero también alivio. Incluso en un lugar como el Cielo la vida es difícil para las mujeres. De no haber sido porque tu *baba*, Akpan, pidió mi mano en matrimonio, no sé en qué podría haberme convertido. Y esa, hijo mío, es la situación para las mujeres en todo el mundo.

Fui afortunada. Akpan se transformó en mi amigo. Venía de visita todo el tiempo, y cada vez que venía me gustaba un poco más. Tenía un rostro amable y creía en cosas, y a menudo traía una bolsa de Marks & Spencer llena de regalos para nosotros: un conjunto de joyería chapado en oro para mis hermanas y para mí, un despertador de viaje para Mami, aunque ella nunca viajaba más allá de Ikeja y no tenía pilas AAA.

A veces, cuando era pequeña, escuchaba a Dios en mis oídos... Escuchaba su voz tan clara como los colores de la mañana. Cuando se lo conté a Akpan, dijo que tenía un don espiritual. Dijo que Dios me había elegido para susurrarme secretos porque yo era muy bonita. Me llamó «su ángel», y mi corazón se hinchó tanto que tuve que esforzarme por respirar. Fue muchos años antes de que nos casáramos, y antes de que Akpan consiguiese un visado para él y un visado de esposa para mí, para que pudiésemos dejar nuestro hogar y venir a Inglaterra, al piso de Londres donde te concebimos al primer intento. Las estrellas brillaban aquella primera noche, Elijah, como si las estrellas nigerianas hubiesen viajado hasta Deptford para iluminarnos al hacer el amor. Naciste del amor, de las estrellas nigerianas y de los secretos en los que se cree.

Eres amado, pequeño Nigeria, como el mundo jamás ha conocido el amor.

## Dos

«Demonio asqueroso, sucio y horrible». Elijah oía la voz del brujo todo el tiempo. Le decía que hiciera cosas malas. Elijah sabía que era malo. Un niño asqueroso. Deseaba que el brujo eligiese a otro niño, o que solo usase sus superpoderes para cosas buenas, como trepar hasta muy alto o volar. El brujo podía hacer cualquier cosa. Podía usar su fuerza sobrehumana para levantar cosas pesadas y leer la mente de las personas. Podía convertirse en un animal, volverse invisible y volar por el cielo nocturno atrapando pedazos de relámpago con las manos. Elijah podía usar al brujo que tenía en su interior para entrar en el cerebro de la gente. Si Elijah fuese capaz de controlar al brujo, podría conseguir que solo hiciese cosas buenas, como superpoderes, y entonces Elijah no le tendría tanto miedo. Miedo de lo que pudiese hacer a continuación. De lo que podría obligarlo a hacer.

Elijah estaba viviendo con Sue y Gary en una casa que estaba llena de letreros que te decían qué hacer. Él no sabía leer, así que tuvo que preguntar qué decía cada letrero, y Sue y Gary estaban cansados de decírselo. Por eso era una suerte que pudiese acordarse de todo:

«Mantén la calma y sigue adelante».

«Si no está roto, no lo arregles».

«Una casa con amor es un hogar».

Vivían en algo llamado calle sin salida, que era un sitio donde todas las casas eran grandes y parecidas, y adonde no iba gente de piel negra. Los vecinos siempre estaban lavando sus coches, o podando los setos, o quitando las malas hierbas de sus jardines delanteros cada vez que Elijah pasaba. Pero él sabía que en realidad estaban esperando para

echar un vistazo al brujo. Elijah quería advertirlos. Los miraba y abría la boca para decirles que se alejasen corriendo de él, pero, siempre que lo hacía, no salía ninguna palabra. Mejor sería que se metiesen en sus casas por la noche, pensaba, y le rezasen a Dios. «Por favor, rezadle a Dios», pensaba. Y él mismo rezaba con tanta fuerza que ellos también rezarían. Deberían rezar todas las noches para protegerse a sí mismos. O el brujo podía disolver sus casas con ácido. O engullirlos.

La casa de Sue y Gary estaba muy ordenada y olía a col. No tenían mascotas. Dejaban que Elijah jugase a fútbol fuera, en el césped, pero no lo dejaban salir del jardín solo. La sala de estar era donde pasaban la mayor parte del tiempo, mirando una televisión enorme que colgaba de la pared. A él le gustó ver *Spiderman* y *Superman* y, una vez, cuando Sue estaba en el bingo, *Harry Potter*, que iba sobre un niño brujo que tenía la cicatriz correspondiente en la cabeza. Pero la cicatriz de Elijah no tenía la misma forma: en vez de ir en zigzag era una línea recta, y Harry Potter era un brujo bueno mientras que Elijah era de los malos.

Se sentaba en el sofá, donde había cojines que llevaban cosas escritas:

«¡Las abuelas son ángeles disfrazados!».

«Aquí viven un gallo viejo y una jovencita elegante».

«Bienvenido a la casa de los locos».

«La vida es demasiado corta para beber vino barato».

Elijah le había pedido a Sue que se los leyese.

Por todas partes había fotos de niños, todos sonriendo, a algunos les faltaban dientes. Ninguno se parecía a Sue o a Gary. Sue y Gary tenían la piel blanca con manchas marrones en las manos, y un pelo tan fino que podías ver a través de él. Sue era muy bajita (Elijah le llegaba a los hombros) y tenía los dedos hinchados y rojos todo el tiempo. Gary llevaba gafas y unas pantuflas en las que se veía a Mickey Mouse. Bañaban a Elijah sin ponerle después aceite sobre la piel, y él se sentía seco e irritado, y le picaba. Los niños de las fotos eran de diferentes colores, tenían ojos diferentes y diferente

pelo. También debieron sentirse muy irritados. Elijah era tan poderoso que podía leerles la mente, incluso en las fotos. Querían a sus mamás.

—Todos esos niños a los que hemos acogido... —Gary estaba detrás de él; Elijah podía verlo sin girarse—. Hasta ahora, veintidós colocaciones de urgencia. —Se rio—. Y dieciocho que se quedaron bastante tiempo: uno de ellos, hasta los dieciséis. Todavía vienen en Navidades, se dejan caer y visitan a Sue, a veces traen la colada...

Elijah no se quedaría mucho tiempo. Querrían que se marchase antes de que el brujo los matase, y él no podría culparlos. Le gustaba vivir con Sue y Gary, pero a ellos no les gustaría vivir con un brujo repugnante. Gary siguió hablándole al aire, pero Elijah lo apartó de su mente. Todo lo que podía oír era el mensaje que le llegaba directamente de Dios. Dios mandaba mensajes a veces. Veintidós dieciocho. Se lo habían dicho, y le habían dicho que lo recordase bien.

«Éxodo 22, 18: No dejarás con vida a una hechicera».

Era de noche cuando Sue hizo que Elijah se lavase los dientes. Incluso con la pasta de dientes mentolada, solo notaba el sabor de las verduras hervidas que le obligaban a comer. Miró a Sue. Desde que Ricardo se fue, ella había estado observándolo de cerca. Sue intentaba abrazarlo, pero Elijah lograba escabullirse de sus brazos. En ese momento ella lo estaba mirando en el espejo, pero él sabía que no podía verlo, porque él no se reflejaba en los espejos. Los hechiceros no tienen reflejo ni sombra. Así es como puedes saber si un brujo vive dentro de ti. Sue miraba con atención, pero no podía ver a Elijah en absoluto. Él no podía creer que ella lo obligase a comer una verdura llamaba colinabo, que era de color naranja y sabía a escupitajo. Mama nunca lo obligaría a comer verduras. Mama nunca le daría comida con sabor a escupitajo. Mama no tenía un demonio en su interior. Mama era un ángel. Era tan buena que si los malos se estuviesen muriendo los salvaría, aunque fuesen malvados de verdad. No le daría verduras hervidas a nadie, ni siquiera al más malo del mundo.

—Muy bien, Elijah. Cepíllate dos minutos enteros. Lo estás haciendo muy bien. Eres un niño muy listo y te cepillas los dientes muy bien.

Elijah observó a Sue atenta al espejo vacío y fingiendo que veía a un

niño de siete años lavándose los dientes. Él usó sus ojos láser para empañar todo el cristal.

Después de lavarse los dientes, Elijah siguió a Sue para ir a su cuarto y subirse a la cama. Sue le tapó con una manta.

—Deja de moverte —le dijo—. No te dormirás nunca si no dejas de retorcerte así. ¿Tal vez estás un poco asustado hoy? Sabes que siempre puedes hablar conmigo de lo que quieras. —Sue se rio y suspiró al mismo tiempo. Miró a Elijah y le dio unas palmaditas—. ¿Estás un poco intranquilo? Porque quiero recordarte todas las cosas que te dije: aquí estás completamente a salvo; nadie te hará daño.

Ella levantó la cabeza y tiró de la manta hacia abajo para ver más a Elijah. Él quería volver a taparse. Se preguntó si Mama tendría una manta o si estaría pasando frío.

Sue apoyó la cabeza en la mano.

—Mira, estos trabajadores sociales no nos cuentan ni la mitad. Ni siquiera Ricardo, por muy encantador que sea. De todos modos, hummm, sabes que siempre puedes hablar conmigo. Sacarlo y hablar de ello podría ayudar. Ya sabes, compartir tus problemas.

Elijah miró las manchas marrones en la mano de Sue. Posiblemente el brujo la estaba envenenando. Dejó de mirar las manos de Sue y pensar cosas, y echó un vistazo por la habitación. Había un armario con el dibujo de un oso, que Sue dijo que se llamaba Winnie the Pooh. Sue le leía a Elijah muchas historias. En la pared había una estantería con muchos libros, incluido el libro sobre el oso. El libro era la segunda cosa favorita de Elijah de aquella habitación.

Su primera cosa favorita estaba junto a la cama: una foto en un marco de madera. En la foto, Mama llevaba el pelo peinado con millones de trenzas diminutas y estaba sonriendo, sujetando una biblia del rey Jacobo que le había dado su tío pastor. Detrás de ella estaban los colores de Nigeria: rojo oscuro, amarillo intenso y verde. Y ella sonreía.

—Mañana tienes contacto, así que hay que levantarse muy temprano. —La mujer lo besó en la cabeza antes de que él tuviese tiempo de apartarla—. Que duermas bien.

Elijah observó cómo Sue salía de la habitación y cerraba la puerta

tras ella. Se tocó el lugar donde lo había besado y fingió que, en vez de Sue, había sido Mama quien le había dado un beso.

Elijah estiró las manos, frotándose los dedos sobre una mesa rayada por un millar de marcas de bolígrafo. La luz del día captaba el brillo del polvo incrustado en la madera, creando chispas, como si la mesa conservase los recuerdos de los niños jugando. Otros niños. Era por la mañana y Ricardo había ido a llevarlo al centro de contacto, pero solo después de haber tenido una charla. Elijah se había quedado sentado ante la mesa de la cocina mientras Ricardo cuchicheaba con Sue en voz baja tras la puerta. Después entró y sonrió, y Elijah supo que tendría que hablar. A Elijah no le gustaba mucho hablar, pero cuanto antes empezase a hacerlo antes se irían al centro de contacto, que era una especie de cárcel donde tenían a Mama. Cerró los ojos y obligó a las palabras a salir una a una:

—Satán estaba aquí desde el principio, igual que Dios.

Abrió mucho los ojos y miró a Ricardo, que se había reclinado en su silla y había cruzado sus largas piernas delante de él. Hacia la nariz de Elijah viajaban ráfagas perfumadas de la loción para después del afeitado de Ricardo, algo afrutada, y acre. Una vez, Ricardo le contó a Elijah que tenía más de cincuenta lociones distintas para después del afeitado, y Elijah se las había imaginado todas, bote tras bote, alineadas en orden sobre una estantería. Ricardo revolvió los dibujos de Elijah, que estaban apilados en medio de la mesa que había entre ellos: docenas de pingüinos, una rama de árbol larga con una hilera de hormigas recorriéndola mientras transportaban hojas, el ala de una mariposa con todos los colores posibles..., ese le llevó días..., y una página en blanco calcáreo que se suponía que era un oso polar en el Ártico en medio de un temporal de nieve. A Elijah no le gustaba mirar ese dibujo, aunque lo había dibujado él; resultaba vacío y secreto. Pero aun así lo guardó con el resto, y le dijo a Ricardo que era importante.

«Soy un brujo». Elijah quería contarle a Ricardo que había un brujo en su interior, pero la promesa que le hizo a Mama, nunca, no contar jamás lo del brujo le resonaba en la cabeza.

—Soy un niño malo —susurró en vez de eso—. Lleno de mal y maldad.

Elijah empujó las palabras, para que saliesen, y pensó en Mama esperándolo, en la forma en que su boca se curvaba para convertirse en una sonrisa por un lado, y en un rostro triste por el otro.

Elijah se llevó la mano a la cara y se tocó la cicatriz de la frente con la punta de los dedos. Era desigual al tacto y del tamaño de una cerilla.

—Mira mi cicatriz —le susurró a Ricardo—. Solo los malvados tienen cicatrices en la cara.

Ricardo se encogió de hombros, como si Elijah hubiese dicho algo sin interés o incierto. Elijah abrió los ojos todavía más, hasta que empezaron a llenarse de agua y picor. Intentó ignorar el escozor, bajó la vista hacia el suelo y respiró una gran bocanada de la loción para después del afeitado de Ricardo.

—No quiero ser malvado. ¿Puedes ayudarme?

La voz de Elijah se transformó en la de un niño más pequeño. Se movió en todas las direcciones como si las palabras no supiesen cuál era el camino para llegar a los oídos de Ricardo. Elijah cerró los ojos y escuchó a su interior: «Los brujos traen enfermedad y mala suerte y desgracia a cualquiera que esté cerca. Por la noche, se arrastran para salir por tu piel y vuelan por el aire antes de escoger a una víctima y comerse su carne, a veces su alma misma. Estoy lleno de espíritus malignos».

—Soy malvado, bajo el control directo del propio Satán. El obispo me lo dijo.

Elijah empezó a sollozar. Una lágrima enorme se deslizó despacio por su mandíbula antes de caer sobre la mesa. La tocó con el pulgar y la frotó sobre la mesa hasta que se secó.

—No quiero ser malo.

—¿Quién es el obispo? ¿Es de tu iglesia?

Elijah abrió los ojos, pero no la boca.

Ricardo frunció el ceño.

—Bueno, quienquiera que sea, tienes que saber que no eres malo de ninguna manera. Eres un niño precioso que merece ser feliz, estar seguro y jugar.

Elijah sabía que Ricardo no creía que fuese malo. Intentó hablar con



él con telepatía, que es cuando piensas directamente en el interior del cerebro de otra persona. «Es cierto. Mírame a los ojos. Es cierto».

—Soy Elijah —dijo—, pero también estoy lleno de maldad. Traigo enfermedad, mala suerte y desgracia a cualquiera que esté cerca de mí. Estoy completamente lleno de maldad.

Ricardo colocó su mano sobre la de Elijah.

—Suenas muy confuso. Me alegra mucho que hayas podido hablar conmigo. ¿Puedes contarme algo del obispo?

Elijah pestañeó con rapidez.

—Es un hombre de Dios.

Ricardo apretó la mano de Elijah y después escribió algo en su cuaderno.

—Intentaré contactar con él. ¿Recuerdas cómo se llama?, ¿o cómo se llama su iglesia?

Elijah negó con la cabeza.

—No te preocupes. Pero, mientras, debes entender que, sea lo que sea que te hayan dicho..., incluso un hombre de Dios..., tú eres bueno, un niño bueno. De hecho, todos somos un poco traviosos a veces. ¡Incluso yo, lo creas o no! —Ricardo se rio desde el fondo del estómago—. Y estoy seguro de que el obispo nunca diría que eres malo. A veces, en Brasil, de donde vengo, los curas hablan sobre el cielo y el infierno, y Dios y Satanás. ¿Eso dijo tu obispo?

Elijah dejó de pestañear. Empezó a asentir con la cabeza sin poder evitarlo.

—Bueno, si tu obispo se parece a los curas que conozco, sabrá que los niños son buenos y no malvados.

Elijah notó que empezaba a temblarle la cabeza, pero logró pararla a tiempo.

—Y quizás, si las cosas no iban bien en casa con mamá, fue fácil confundirse durante la misa y pensar cosas negativas. —Ricardo levantó la cabeza—. Debe ser terrible pensar que eres malo.

Elijah pestañeó despacio y empujó las lágrimas hacia atrás para que no aparecieran en su rostro, contrayendo el estómago hasta formar un nudo. Ricardo estaba equivocado en todo. Las cosas siempre fueron bien en casa con Mama. Siempre. Bajó la mirada hasta los pies de Ricardo, estirados delante de él bajo su lado de la mesa.

— Gracias por hablarme del obispo; como te he dicho antes, puedes contarme lo que sea. Estás completamente a salvo conmigo.

Ricardo alargó la mano sobre la mesa para ponerla sobre la de Elijah, pero este notaba que le temblaba la mano. No quería arriesgarse a tocar a Ricardo. Los adultos decían que estaba completamente a salvo con ellos, pero él solo estaba completamente a salvo con Mama.

Mama.

Incluso pensar en Mama lo cambió todo. Cuando pensó en Mama, la mesa se movió y se agitó, y el suelo descendió de pronto.

Se hizo el silencio en la cocina por un momento, excepto por el tictac del reloj encima de los armarios de Sue. Elijah miró la ventana, y las plantas que se alineaban en el alféizar, y que según Sue se llamaban orquídeas. Solo necesitaban un poquito de agua cada varias semanas y las flores eran del rosa más rosado. Una de las flores estaba llena de puntitos blancos y trepaba por una vara delgada de color verde. Aquel día, temprano, había tocado un pétalo con el pulgar, y no logró saber si era el pétalo o el pulgar; ambos eran muy suaves.

— ¿Hace cuánto que nos conocemos?

Ricardo sonrió con la sonrisa que guardaba solo para Elijah. Por lo general Ricardo tenía el rostro cuadrado, la boca plana, y cuando sonreía enseñaba los dientes. Pero con la sonrisa especial que guardaba para Elijah le brillaban los ojos. Elijah nunca lo había visto usar esa sonrisa con nadie más. Era como un secreto entre ellos.

— Esta es la primera vez que me dices claramente que sientes que eres malo... y que mencionas al obispo... con algo más que una frase aquí y allá. Sé que mamá solía rezar mucho y que es muy religiosa. Es bueno que me cuentes cosas, Elijah. Hablar siempre es bueno.

Pero Elijah no se sentía ni bueno ni a salvo. El corazón le palpitaba por todas partes y no tenía el estómago en su sitio. Miró más allá de las orquídeas y más allá de la ventana, hacia la luz del día.

Ricardo sonrió de nuevo, pero Elijah pudo ver sus pensamientos. En su mente, Ricardo se alejaba corriendo, de regreso a Brasil, donde podía esconderse de un brujo así de malvado en la selva donde había ranas color verde fluorescente y arañas tan grandes como una mano, y donde podías tener lagartos como mascotas en tu habitación.

— ¿Quieres una galleta?

Ricardo bajó la mano hasta su bolsa y sacó algo. Agitó un paquete en el aire: galletas de crema. Siempre traía galletas de crema.

— Los niños malvados no comen galletas — contestó Elijah. Suspiró —. No crees que yo sea malo.

— No, en realidad sé con seguridad que eres bueno. Quiero ayudarte, y puedo hacerlo. Estás en un lugar seguro y tengo en mente alguna terapia. Ahora que te hemos instalado con Sue y Gary, podemos ayudarte como es debido. Terapia de juego y terapia artística, y para empezar una escuela agradable para ti. Quiero que veas a una señora especial, Chioma, que ayuda a niños como tú. Es muy amable. Creo que todos podemos ayudarte, Elijah.

— Nadie puede ayudarme. Ni siquiera Mama pudo ayudarme.

Tras el hospital, donde no pudo ver a Mama, pero pudo escuchar sus aullidos, como los de un lobo, desde algún lugar lejano, le dijeron que tenía que vivir con otras familias por un tiempo. Elijah había vivido con muchas familias extrañas en muchas casas extrañas. Al principio, cuando se mudó con Sue y Gary, le permitían verla tres veces por semana, y ella lo abrazaba y le susurraba al oído «Te quiero mucho, y te prometo que todo saldrá bien», y tiraba de él y lo arrimaba contra su cuerpo, lo bastante cerca para que él percibiese el aroma de su piel, y todo era extraño pero soportable. Pero después las semanas empezaron a pasar una tras otra, y él esperaba y esperaba; le explicaron que tenía que quedarse con Sue y Gary por un tiempo. Nadie le dijo cuándo podría irse a casa con Mama. Ni siquiera Ricardo.

— Quiero irme a casa.

— Lo sé, pero nuestro trabajo..., mi trabajo... es mantenerte a salvo. Te mereces que te quieran y te cuiden.

— Quiero irme a casa. No me merezco nada.

Ricardo abrió las galletas.

— Te mereces mucho, Elijah. Pero ¿por qué no empiezas por una galleta, por el momento?

«Me doy un banquete con carne humana». Elijah se quedó mirando el paquete mucho tiempo antes de alargar su manita hacia las galletas, coger una, y metérsela entera en la boca.

Ricardo sonrió, con su sonrisa especial.

—Creo que estás avanzando de verdad, Elijah. Me alegra mucho que te encuentres lo bastante cómodo aquí como para hablar sobre cómo te sientes. Y nada ha ido mal en mucho tiempo. Lo estás haciendo muy bien.

Elijah se encogió de hombros a modo de respuesta. Quería subirse al regazo de Ricardo y marcharse a dormir. Una vez, Ricardo lo cogió y lo llevó en brazos, y a Elijah le gustó eso, la sensación de que Ricardo podría ser lo bastante fuerte como para cargar a un brujo, o incluso luchar contra un brujo. Quizás Ricardo también tenía poderes especiales. Casi se sentía a salvo. Casi. Después de Mama, Ricardo era quien hacía más tiempo que conocía a Elijah.

—Antes de que vayamos a hacer la visita de hoy, tengo que comentarte algo acerca de tu Mama —dijo Ricardo—. Hay algunas cosas de las que tenemos que hablar. Me temo, Elijah, que ella no lo está haciendo tan bien. Van a seguir evaluándola por un tiempo, pero tenemos que hablar del futuro...

Elijah se comió la galleta y cerró los oídos. A veces ser un brujo puede resultar útil. Si quería cerrar los oídos, podía hacerlo, como si tuviesen postigos diminutos que podía bajar siempre que él lo ordenase. No oyó ninguna palabra más de lo que dijo Ricardo.

El centro de contacto era un edificio bajo con ventanas que no se abrían. Había fotos de niños en las paredes, al lado de más avisos diciéndote lo que tenías que hacer. Elijah le pidió a Ricardo que le contase qué decían todos.

—Nada emocionante —contestó, pero entonces Elijah le hizo hablar con su control mental. Ricardo suspiró, después leyó—: En caso de incendio, reúnanse en el aparcamiento. Por favor, asegúrense de que dejan cerrada la puerta al salir. Y, CCTV en funcionamiento.

Elijah siguió a Ricardo por el largo pasillo. Las sandalias que Ricardo llevaba ese día eran verdes. A veces Elijah miraba muy de cerca los dedos de los pies de Ricardo. Los dedos de sus pies eran lisos. Los de Mama tenían pelos, y también los de Sue y Gary. Ricardo se los habría afeitado.

— ¿Te afeitas los dedos de los pies? —preguntó Elijah.

Ricardo se rio.

— Eres muy divertido, Elijah. Me haces reír mucho. Esa es una muy buena habilidad, hacer reír a la gente.

Elijah sintió que se le encogía el estómago cuando Ricardo dijo que era bueno en algo. Sabía que no era verdad. No era realmente bueno en nada, excepto en la maldad. Entraron en una habitación donde había una mesa en el centro y dos sofás. En el otro extremo de la habitación había otra puerta. Se sentaron en un sofá. Elijah intentó ver a través de la puerta, pero tenía los ojos húmedos. Se preguntó qué aspecto tendría Mama ese día, qué ropa llevaría, qué le susurraría al oído. Notó de qué forma el brujo empujaba muy hacia abajo dentro de su cuerpo. Siempre que Mama estaba cerca, el brujo se volvía más pequeño, como si tuviese miedo a Mama.

Era soportable cuando veía a Mama a menudo, pero cuando las visitas fueron menguando y menguando, el brujo daba vueltas en su interior y a veces hacía algo peligroso, como comer carne humana o causar enfermedad y desgracia. Elijah se sentó muy recto y se concentró en la puerta, sin pestañear, para no perderse el primer vistazo de su madre. Se imaginó exactamente qué le diría: «Pequeño Nigeria, eres lo mejor que me ha pasado jamás». O: «Mi precioso hijo, te he echado tanto de menos que apenas puedo respirar».

Ricardo daba golpecitos con los pies sobre la alfombra. La puerta por la que habían entrado en la habitación se abrió y apareció la cabeza de un blanco viejo con barba.

— ¿Hablamos un momento, por favor?

Ricardo miró a Elijah muy rápidamente.

— Vuelvo enseguida, ¿de acuerdo?

Elijah sonrió. Podría tener tiempo a solas con Mama. Quizás les dejarían abrazarse o incluso echar una siesta como solían, hechos una bola hasta que era imposible moverse, y te sentías tan seguro, y los dos dormían sin soñar. Mama debía de estar esperando al otro lado de la puerta. Elijah podía olerla: plátano ligeramente quemado y libros viejos de biblioteca.

Miró hacia la puerta y aguantó la respiración hasta que la cabeza se le llenó de lucecitas en movimiento. Se abrió la otra puerta.

—Elijah —lo reclamó Ricardo, sentándose en el sofá—. Siento decirte que Mama todavía no ha llegado.

Elijah soltó deprisa todo el aire.

—¿Dónde está?

—Me temo que hay malas noticias, Elijah. No parece que vaya a venir hoy.

La voz de Ricardo sonaba llena de peligro, como si estuviese sobre una cuerda floja en lo alto de la carpa de un circo, recorriéndola muy despacio.

—Vendrá —contestó Elijah. Notó cómo el brujo se reía dentro de él, una especie de estruendo en su estómago—. Solo tenemos que esperar. —Empezó a llorar y dejó que las lágrimas se derramasen por su cara, ya no se molestaba en intentar contenerlas—. Vendrá. Seguramente ha perdido el bus.

Ricardo tiró de Elijah hacia él y le secó la cara con la palma de la mano.

—Lo siento, Elijah. Te dije que esto podría pasar.

—Tenemos que esperar. —Elijah levantó la vista hacia Ricardo, y lo miró a los ojos—. ¿Podemos esperar, por favor?

Ricardo echó un vistazo al reloj.

—Esperaremos diez minutos, ¿de acuerdo? Pero de verdad creo que hoy no llegará a tiempo.

Elijah dejó que Ricardo lo abrazase mientras se centraba en la puerta. Rezaba en el interior de su cuerpo y en el interior de su cabeza. «¡Abre la puerta!», gritaban sus entrañas. «Abre la puerta». Utilizó todos sus poderes, hasta que se sintió vacío.

Los minutos pasaban y la puerta permanecía cerrada. Elijah se volvió más y más pequeño, y el brujo creció. El brujo se rio tan fuerte al oído de Elijah que este supo que Ricardo debió oírlo. Pero él tan solo soltó un poco a Elijah.

—Hay que marcharse, Elijah. Siento que Mama no haya podido venir. De verdad que lo siento. Ella te quiere mucho.

Antes de que Ricardo girase la cabeza y se pusiera en pie, Elijah vio que a Ricardo le lagrimeaban los ojos.

—Será mejor que nos vayamos antes de que nos echen —insistió Ricardo.

Pero Elijah no podía moverse. Solo miraba y miraba la puerta cerrada.

Esa noche, cuando se despertó, estaba tan oscuro que Elijah se sintió muerto. Tuvo que mover los dedos de las manos y de los pies para saber que seguía vivo. Elijah murió una vez, la primera noche que estuvo lejos de Mama. Entonces se sintió tan muerto que no pudo mover nada. Ni siquiera un dedo del pie. Estar muerto era como vivir en un sueño. Solo algunas cosas eran reales, pero no sabías cuáles.

Estaba silencioso, pero no demasiado. Elijah oía los ronquidos de Gary. Gary roncaba fuerte y, antes de Gary, Marie nunca roncó y, cuando Elijah vivió con Linda y Pete, Pete roncaba a ráfagas y después se quedaba espantosamente callado, como si estuviese muerto, pero luego se oía un ronquido repentino y Elijah sabía que estaba bien, lo cual era bueno porque Pete le gustaba. Le gustaba tanto Pete que puso un campo de fuerza alrededor de la casa para protegerlo de los espíritus malignos. Antes de la casa de Pete y Linda estuvo la de Olu, y aunque el hijo de Olu, Fola, solo tenía catorce años, era quien roncaba más fuerte.

Oír roncar a Gary hizo que Elijah pensase en todos los otros ronquidos que había oído en su vida. Intentó concentrarse mucho en el sonido, pero notaba que la maldad en su interior cobraba vida, como el ronquido que la estaba despertando. Sentía al brujo crecer más y más, hasta que ya no pudo contenerlo y el sentimiento hizo que todo se viniese abajo, como si el mundo se estuviese doblando por la mitad. Notaba cómo el brujo en su interior quería salir. Sabía que el brujo utilizaría sus poderes para hacer el mal, pero no le quedaban fuerzas para luchar.

Arrastrarse para escapar de la piel de los niños requería mucho esfuerzo, incluso para brujos experimentados. Primero se vio forzado a empujar las entrañas de Elijah hacia abajo, hasta que pudo erguir la espalda. Después subió hacia la cabeza. Cuando ya casi había llegado, tuvo que buscar la nariz o la oreja. Luego venía lo más complicado: volverse verdaderamente pequeño, lo bastante pequeño como para caber por un orificio de la nariz. Apretó, estrujó y luego quedó libre.

Elijah pudo notar cómo el brujo se desembarazaba de él, y se ponía a volar por la habitación, más y más rápido. Cerró los ojos con fuerza y trató de mantenerlos cerrados, pero algo los obligó a abrirse. Pudo oír al brujo deslizarse para marcharse por la puerta y después bajar las escaleras deprisa. A Elijah el corazón le latía como si intentase salirse. Pensó en Sue y Gary, que estaban dormidos, y obligó a sus piernas a dejar la cama. Elijah bajó las escaleras tan silenciosamente como pudo, con el corazón agitado. La cocina estaba en silencio, excepto por su corazón y el reloj, y todo permanecía cerrado o con la llave echada. Incluso la nevera tenía un pequeño candado. Había un fregadero con un paño colgando del grifo, del color amarillo brillante del sol de Nigeria.

El brujo trepó y volvió a meterse en Elijah, y lo llenó hasta que el estómago le ardió y se le retorció. Cogió el trapo de cocina con la mente de Elijah y lo hizo bailar por el aire. Bailó por toda la cocina y sobre el hornillo. Al brujo le gustaba hacer que la gente se pusiese enferma, se enfadase y se volviese loca. Le gustaba el olor de las cosas en el fuego. El hornillo tenía botones diminutos por la parte en la que Sue solía encender el fuego. Elijah la había visto hacerlo. A veces le preparaba pasta, que no estaba tan mal como el nabo; ella giraba los botones y el fuego aparecía. «No te acerques al horno», le decía, «es peligroso». Pero no era peligroso para el brujo. El brujo se estaba riendo y Elijah lloraba y lloraba. Notaba como si un cinturón le apretase demasiado la barriga. El brujo estaba apretando. El fuego soltó un sonido parecido a ¡*puf!*, y una esquinita del trapo empezó a ponerse negra. Después se volvió naranja sobre el amarillo. Elijah quería cerrar los ojos y tumbarse, y llorar y llorar, pero el brujo no se lo permitió. Le hizo observar mientras el fuego crecía y crecía. Miró cómo se quemaba el sol, y el fuego se elevaba y corría, y los armarios se derretían.



## Tres

— Bien, ahora esto va a ser un reto para algunos de vosotros, pero es muy importante que podamos hablar de forma directa sobre la pérdida, para que estemos cómodos hablando con nuestros hijos sobre sus pérdidas en torno al proceso de adopción.

Nikki se dio cuenta de que cerró los ojos. Notó cómo el brazo de Obi se tensaba junto al suyo. Él movió la pierna de un tirón. Estaban sentados en sillas de plástico, dispuestas en círculo. «Un círculo de parejas sin hijos», pensó Nikki, y apretó su pierna contra la de Obi.

— Voy a recorrer la sala con este rotulador y este sujetapapeles, y me gustaría que anotaseis la lista de todas las pérdidas que habéis vivido..., en especial en los últimos diez años, porque no tenemos todo el tiempo... — El trabajador social movió la cabeza con rapidez hacia el reloj—. En orden cronológico.

Una pareja que estaba a la derecha de Nikki levantó la mano a la vez, después los dos se rieron.

— Tenemos algunas preguntas — dijeron, también al unísono.

— ¿Sí? ¿Cuáles, Sandra y Chris? Es bueno que seáis capaces de hacer cualquier pregunta, y que os sintáis cómodos en el grupo para hacerlo.

— ¿Anotamos cualquier pérdida? Quiero decir, a veces Chris pierde las llaves, por ejemplo, o los estribos. ¿O solo hemos de anotar pérdidas mayores? Quiero decir, a veces le hunde el hecho de perder las llaves.

Toda la gente en la sala chasqueó la lengua y negó con la cabeza, excepto Obi, que, por lo que Nikki pudo notar, estaba aguantándose la risa. Ella le apretó la pierna con la suya. Si se riese en voz alta, lo mataría. Su risa siempre les había dado problemas.

Pero no se rio. En lugar de eso, fue el trabajador social, que se llamaba Ricardo, quien empezó a reírse con fuerza. Después tosió y cerró la boca, apretándola.

—Bueno, nos gusta dejarlo abierto a cómo os afectase —dijo—. Si consideráis que es una pérdida mayor, sin importar el motivo, entonces anotadla. Cualquier cosa que os llevase al proceso de adopción. —Volvió a mirar el reloj, después dio unas palmadas—. Bien, empecemos; tenemos quince minutos antes de pasar a la fase de resolución.

Mientras se movía por la sala entregando rotuladores, Ricardo se demoró delante de Obi y Nikki hasta que su loción para después del afeitado inundó el aire entre ellos y Obi tosió. Ricardo llevaba vaqueros y sandalias, y una camisa a cuadros con cuatro botones desabrochados. Llevaba dos cordones de cuentas alrededor del cuello. ¿Qué les pasaba a los trabajadores sociales para vestirse como adolescentes? Y siempre llegaban tarde. Desde que comenzó el proceso de valoración, Ricardo se retrasó en todas las visitas. Una vez no apareció, y mandó un correo electrónico dos días después para disculparse y explicar que estaba en unas vacaciones de última hora: «Una oferta muy buena..., demasiado barata como para dejarla pasar». Obi quiso pedir que les asignasen a otro trabajador social, pero Nikki logró disuadirlo hablando con él. «Posiblemente son todos iguales, de todos modos», le dijo, aunque, en realidad, le gustaba Ricardo y se sentía relajada con él. Sencillamente era normal..., alguien con quien tomarían una copa en el pub: amable y sin pretensiones, un tipo normal y corriente que la hacía sentirse lo bastante relajada como para hablar de los asuntos más privados o las cosas más terribles. Quizás ese era un requisito indispensable para los trabajadores sociales..., como los peluqueros o los taxistas: tenían que ser capaces de ganarse la confianza, conseguir que la gente les hablase, que contase sus problemas en público. Le recordó a Obi que los trabajadores sociales eran el medio para alcanzar el objetivo. «Solo está trabajando. Un trabajo muy estresante. Hay un niño al final de todo esto», dijo. «O un bebé».

Nikki agarró con fuerza el rotulador mientras redactaba su lista:

Aborto a los 28

Aborto a los 30

Aborto a los 31

Aborto a los 32

Se detuvo, con el rotulador flotando sobre la hoja, después obligó a su mano a bajar y escribir:

Bebé nacida muerta a los 33

Nikki cerró los ojos. Al cabo de un segundo vio a Obi tras sus párpados, caminando de un lado a otro de la habitación mientras ella estaba sentada en el sofá y le decía, por cuarta vez, que estaba sangrando. Él no se preocupó en absoluto tras el primer aborto, le dijo que era frecuente, e incluso después del segundo, aunque la llevó de inmediato al hospital. Parecía tranquilo. Le compró un libro sobre nutrición y una caja de frutas exóticas que Nikki ni siquiera sabía cómo se llamaban. Tras el tercero, anotaba las citas médicas de ella en su agenda y le buscó un especialista. Pero tras el cuarto la expresión de Obi cambió por completo. Tenía ese gesto resuelto que significaba que arreglaría las cosas. Se aseguró de que el médico de cabecera la derivase a un equipo de expertos, y otro equipo de expertos, y otro que él mismo encontró. Después de que su hija naciera muerta, él le susurró que aquella experiencia no se repetiría. Y cuando finalmente descubrieron qué iba mal en ella (síndrome antifosfolípido, una enfermedad autoinmune que significaba que sus agentes coagulantes no funcionaban bien), Obi la cuidó. «No volveré a hacerte pasar por ese sufrimiento nunca más», susurró, y se volcó en la investigación para adoptar. «Seremos padres», le susurró. «Pero no habrá más pérdidas». Y estaba tan seguro que hizo que ella se sintiese segura.

Ricardo se quedó de pie delante de ellos mucho rato. Tenía la mirada muy dulce, amable y afectuosa, y los dientes más blancos que Nikki hubiese visto jamás. Había un agujero diminuto en su oreja izquierda, de algún pendiente que debió de lucir hace tiempo, y a veces Nikki se daba cuenta de que él se lo tocaba. Llevaba ya muchos meses hablando

con ellos de sus experiencias, y también observándolos muy de cerca. Eso desconcertaba a Nikki, hacía que se sintiera como si Ricardo lo supiese todo sobre ellos, cosas de las que ellos no eran conscientes. Nikki rezó para que Obi mirase directamente a Ricardo. Quizás Ricardo estaba comprobando si soportaban bien el contacto visual. ¿Era una prueba? Ricardo se quedó de pie delante de Obi un buen rato antes de coger el rotulador. No estaba seguro con respecto a Obi. Nikki se daba cuenta. Quería decirle todo lo que ella sabía: que Obi era el mejor de los hombres; que era orgulloso y fuerte y tierno, y que el mundo era sencillamente Obi. Que sería un padre a quien un hijo respetaría. Una constante: inalterable en un mundo que cambiaba con demasiada rapidez. Cómo amaría Obi a su hijo o hija. Cómo la cuidó a ella después de lo que ocurrió, toda la noche, y cómo, todas las noches desde entonces, colocaba la mano sobre el pecho de ella y la miraba con aquella tristeza en los ojos.

Los brazos de Nikki se sentían muy vacíos. Demasiado livianos.

—Ahora —dijo Ricardo, después de volver a colocar los rotuladores en una caja y cerrarla con una llavecita—, me gustaría que leyeseis en voz alta las pérdidas que habéis vivido. Y tras cada pérdida, describid cómo os sentisteis.

Obi se movió sobre la silla y cruzó sus largas piernas delante de él.

—Tú primero —pidió Ricardo, sonriendo y señalando directamente a Obi.

Nikki cerró los ojos. Se produjo un largo silencio. Cuando Nikki abrió los ojos, Ricardo seguía sonriendo y mirando directamente a Obi.

—No me importa ser la primera —dijo Nikki.

Obi estaba respirando profundamente. Detestaba hablar sobre sus sentimientos. Nikki sabía, por la forma en que estaba respirando, lo mucho que deseaba irse corriendo de la sala, de todo el proceso. Pero aquello era demasiado importante para él. «Podemos ayudar a un niño», decía una y otra vez. «Podemos ayudar realmente a alguien». Y la vida entera de Obi había consistido en ayudar a la gente. Todos sus amigos de la universidad terminaron ejerciendo en lo privado, y ganaban una fortuna con el derecho de propiedad o los divorcios. Pero Obi trabajaba por un sueldo mucho menor, a menudo

dedicando tiempo de forma gratuita, porque le apasionaba la inmigración, los derechos de todo el mundo. Nikki se acordó de cuando se conocieron, lo diferente que era respecto a cualquiera que hubiese conocido antes. Sus novios anteriores no eran conversadores, o si lo eran solo hablaban de fútbol, o de la última película de acción, pero Obi hablaba durante horas de temas humanitarios y asuntos internacionales, y le abrió a todo ese mundo. Y ahora Obi ayudaría a un niño en acogida. Ambos lo harían.

Nikki miró a su alrededor en la sala, a las mujeres con aspecto de señora luciendo zapatos de salón y pantalones de cintura elástica, y a sus maridos, sentados en silencio a su lado, y sus listas escritas con rotulador... Cortas, mucho más cortas que la de ellos. Bajó la mirada hacia sus vaqueros y sus botas de goma, que llevaba puestas directamente desde su trabajo en el Hogar Battersea para Perros; había estado toda la mañana haciendo evaluaciones para encontrar nuevos hogares a los animales, y había acudido derecha del trabajo y, como se había olvidado los zapatos tontamente, estaba cubierta de barro y era probable que de algo peor. Miró el traje de tres piezas y los zapatos relucientes que llevaba Obi tras su cita en el juzgado, sus gemelos... Qué mala pareja hacían. Él, un abogado con un largo historial de publicaciones y un máster en Ética, y ella, colaborando en un hogar para perros y con un N.V. Q.<sup>3</sup> nivel tres. No lo lograrían jamás.

—De acuerdo, bueno, el tiempo es oro. ¿Alguna pérdida en la familia? ¿Padres? —Ricardo se miró el reloj. Parecía agobiado. Nikki no lo envidiaba. Buscar nuevos hogares para los perros era bastante duro, pero ¿para los niños? No se lo podía imaginar—. Siento apremiar a todo el mundo, pero ya estamos usando parte del tiempo de la fase de resolución.

Nikki pensó en sus padres. Se imaginó a su padre, su caminar arrastrando los pies en sus idas y venidas de la cocina al salón, llevando tazas de té en una bandeja de madera. A su madre, con las piernas extendidas frente a ella sobre un puf, con los pies desbordando las pantuflas. Y la mirada que siempre había entre ellos, incluso ahora, a pesar del caminar arrastrado y de los pies hinchados.

—Tanto mi padre como mi madre están sanos y en forma —

contestó Nikki—. Me tuvieron siendo mayores, así que es algo que tendré que afrontar en el futuro, pero por ahora los dos están bien.

—¿Algo más? —siguió Ricardo—. ¿Alguna pérdida que pueda haberte traído hasta aquí... en especial en los últimos diez años?

Nikki aspiró de manera intensa.

—Tuve cuatro abortos. No sé si eso cuenta. Quiero decir, fue muy al principio, en realidad, por eso no estoy segura de si eso cuenta como pérdida. He tenido bastante suerte, supongo.

Notaba todas las miradas centradas en ella, pero no podía levantar la suya. Malditas lágrimas. Ahora pensarían que ni siquiera podía enfrentarse a ello. ¿Cómo iba a adoptar un bebé? Ni siquiera podía hablar sin llorar.

—Y después tuve un bebé que nació muerto.

La gente contuvo la respiración. Nikki oyó cómo todos inspiraban con fuerza.

—Siento mucho oír eso. —Ricardo miró a Nikki—. ¿Cómo se llamaba el bebé?

Ella tragó saliva. De golpe.

—¿Perdón?

—¿Cómo llamasteis al bebé que perdisteis? Entiendo que te resulte duro, Nikki. Pero es muy importante que podamos hablar sobre la pérdida de manera directa. Comprendo que esto es realmente difícil para ti, hablar sobre el bebé que nació muerto.

El bebé que nació muerto. Muerta. Fue niña. El bebé. Ella. La humedad de todo aquello. El olor de la sangre y las cosas muertas. Podía hablar de eso. Pero decir su nombre, un sencillo nombre..., era imposible.

—Rosy —intervino Obi. Y después susurró—: Ify.

—Cuéntanos. Cuéntanos. Necesitas ser capaz de comunicar estas cosas. Imagina a un niño y las pérdidas que habrá sufrido. Si no puedes hablar y gestionar tu propio dolor, entonces ¿cómo va a poder hablar un niño contigo? En especial si queréis considerar la posibilidad de adoptar a un niño más mayor...

Un niño. Un niño más mayor. Esa era la idea de Obi. Pero era un niño al fin y al cabo.

Cualquier niño o niña.

Nikki apretó su pierna contra la de Obi. Respiró.

—¿Cómo se llamaba? ¿La niña que perdiste? Necesitas decir su nombre. Necesitamos oírtelo, como lo ha dicho Obi.

Nikki apartó su cabeza de su compañero, y dejó que su pierna se separase de la de él. Hay un niño al final de todo esto, se dijo a sí misma. Un bebé. O un niño a quien realmente podamos ayudar. Recordó el rostro de Obi cuando ella le dijo que estaba de acuerdo, cómo la abrazó, cómo se levantó por completo la tristeza de sus ojos. «Esto es lo que tenía que ser», dijo él. «Estamos destinados a ayudar a los niños, y es perfecto para nosotros». Y ella dejó que sus brazos se imaginasen que sostenían algo con fuerza. El peso del aire.

—Ify —dijo Nikki—. Nuestra niña era Ify. —Y de pronto recordó sus ojos muy abiertos, con motitas doradas, hermosos.

Obi empezó a hablar:

—Perdí a mi madre cuando era adolescente. Cáncer de pecho. —Miró a Nikki—. Fue terrible verla sufrir tanto. Antes de eso mi padre y yo realmente no pasábamos mucho tiempo juntos, pero los dos cuidamos de mi madre mientras estuvo enferma, y nos hicimos cargo de ella en casa cuando se estaba muriendo. Fue espantoso, pero lo positivo es que mi padre y yo tenemos una relación muy estrecha ahora. Vive muy cerca y nos vemos todo el tiempo.

Nikki apenas podía creerlo. A lo largo de todo su matrimonio, no había conseguido sacarle más que eso, pero en pequeñas piezas de puzle, y ahora acababa de decirlo todo de golpe. Quiso cogerle la mano, abrazarlo, pero no se atrevió a tocarlo.

—Debió de ser muy traumático, tanto para ti como para tu padre.

Realmente Ricardo se estaba centrando en ellos ese día. Les había hecho muchas preguntas, y Nikki se preguntaba si era algún tipo de prueba para saber si podrían afrontarlo: una sala llena de extraños e información personal.

—Muchas gracias por compartir eso con nosotros, Obi. Es muy importante que seamos capaces de hablar abiertamente sobre la pérdida. Cualquier niño que adoptéis habrá experimentado la pérdida de su madre biológica. Incluso un bebé.

Nikki alzó la mirada.

—Para un niño, no hay mayor pérdida que esa. —Ricardo se

detuvo y fijó la vista en Obi—. O quizás no hay mayor pérdida que esa en absoluto. A cualquier edad. Esa herida permanecerá por siempre, y tenemos que ayudar a los niños a vivir con ella. No podemos hacerlo a menos que conversemos abiertamente. —Miró a su alrededor en la sala—. Los niños de los que hablamos tienen que sentirse lo bastante seguros como para confiar en nosotros, dialogar con nosotros. Y algunos de ellos tienen un contexto muy problemático en el que les resulta difícil confiar, en el que su sentido de la realidad se halla completamente alterado. —Ricardo miró a Nikki—. Por eso es tan importante esta comunicación abierta. ¿Puedes hablarnos un poco más, Obi? Sobre tu madre.

Obi descruzó las piernas, se sentó más erguido.

—Es curioso pero, aunque tenía catorce años, no puedo recordar mucho. Mi memoria es terrible.

Nikki le lanzó una mirada a Obi. Su memoria era perfecta. Recordaba las cosas con detalles nimios; todo, hasta el punto de que a menudo ella bromeaba y le decía que tenía una memoria fotográfica.

Él la miró, después miró a Ricardo.

—Hay algo más —dijo Obi—. Tras los abortos..., después de todos esos abortos... —Obi estaba respirando muy profundamente. Le había cambiado la voz, estaba tensa, como si se estuviese obligando a que salieran las palabras—. Yo también los sentí todos.

Dejó de hablar y todo el mundo en la sala contuvo la respiración. Él producía ese efecto en la gente. Entonces se giró hacia Nikki y le cogió la mano.

—Y después de que la niña naciese muerta, después de perder a nuestra niña, me sentí como si hubiera perdido a Nikki.

Más tarde, tomaron unos sándwiches diminutos en una sala sin sillas. Era incómodo estar en una sala con gente que sabía detalles íntimos de tu vida y que, sin embargo, era gente extraña. Todo el mundo tenía una historia triste. La gente comía los sándwiches con cuidado. Las parejas se pasaban servilletas y se tocaban en el brazo. Todo era observado por el resto. Aun así, Nikki se inclinó hacia Obi en un rincón de la sala y lo besó en la mejilla antes de susurrar



«Gracias por abrirte..., por hablar. Te quiero», en voz lo bastante baja como para que nadie lo oyese. Cuando se apartó de Obi, se rieron al ver el barro que las botas de ella habían dejado en el traje de raya diplomática de él. Mientras se reían, Nikki se fijó en Ricardo al otro lado de la sala, mirándolos y sonriendo antes de tomar nota de algo por escrito.

## Cuatro

El coche de Ricardo olía a un bosque que hubiese estallado. Elijah se inclinó hacia delante y tocó el ambientador que colgaba del espejo, lo frotó con el índice y el pulgar, y después se llevó la mano a la nariz. Una vez estuvo en un bosque; Sue y Gary lo llevaron. Los árboles habían extendido una alfombra suave y Gary encontró un palo para él. Sue había preparado sándwiches y se los comieron sobre la capa de pinocha, observando a las ardillas que saltaban por los árboles encima de ellos. Intentó pensar en el olor de los pinos y no en la humedad en los ojos grises de Sue mientras el coche se alejaba, la forma en que levantó la mano para saludar, pero después la dejó caer con rapidez, o en que Gary no salió de la casa. Intentó no recordar el olor a quemado, pero permanecía en su nariz y todo lo que podía oler era un bosque en llamas. Sin embargo, aunque trataba de olvidar el olor con todas sus fuerzas, sentía como si le ardiesen los pies. No podía creer lo que había ocurrido, y lo que el brujo le obligó a hacer. El brujo lo controlaba todo y era tan poderoso que consiguió que Elijah prendiese fuego a la cocina de Sue y Gary, y logró que lo detestaran. El brujo podía hacer que Elijah lo perdiese todo, de nuevo. Elijah odiaba al brujo. Se odiaba a sí mismo. Miró por la ventana, a lugares que no reconocía, y pensó en Mama. Solo Mama podía salvarlo. Solo Mama podía protegerlo del brujo. Mama hizo todo cuanto pudo para liberarlo, con ayuda del obispo y de la iglesia, y de Dios. Pero ahora ella se había ido.

¿Cómo podían ayudar a Elijah si no sabían lo del brujo? Quizás fuese seguro contárselo a Ricardo. Aparte de Mama, nadie se preocupaba por Elijah más que Ricardo. Pero Elijah no podía arriesgarse. Levantó la vista hacia Ricardo.

— ¿Cómo se mata a un brujo? — preguntó.

Ricardo frunció el ceño, como si le pasase rozando una mosca por la cara.

— No lo sé, Elijah. Los brujos no son reales.

Frunció el ceño con más fuerza, después suspiró y apretó la mano de Elijah, y Elijah se echó hacia atrás en el asiento. Ricardo estaba equivocado.

Ricardo no dejaba de mirar a Elijah con una sonrisa tensa, que significaba que todo iría bien.

— Nargis es una cuidadora temporal, pero puede quedarse contigo hasta que organicemos algo más permanente — dijo al final—. Es verdaderamente encantadora y tiene a otro niño, que se está quedando con ella, más o menos de tu edad.

La voz de Ricardo sonaba ensayada y harta, como si estuviese practicando para una obra de teatro en la que no quería estar, como cuando hicieron que Elijah fuese el ángel Gabriel en la función de Navidad del colegio y los otros niños se rieron de las alas que Sue le había hecho con perchas y plumas. No quedaron muy bien, pero ella lo hizo lo mejor que pudo. Sue siempre lo hacía lo mejor que podía.

— ¿Qué pasa con el cole? — De pronto, Elijah se quitó los dedos de la nariz. Llevaban siglos en el coche. ¿Cómo iría al colegio?

— Tendrás que asistir a otro colegio, me temo. Solo por un tiempo.

— Los ojos de Ricardo se apartaron rápido del espejo y volvieron a él —. Es que no había nadie disponible cerca de tu antiguo colegio.

Elijah empezó a llorar. No pudo evitarlo. Pudo oír la voz del brujo riéndose en lo más profundo de su estómago, después el silencio, y ni siquiera el ruido del tráfico al otro lado de la ventana pudo llenar sus oídos vacíos. Pensó en una nueva escuela y en otros niños empujándolo y pellizcándolo y riéndose de lo estúpido que era, en profesores haciendo sonidos malhumorados porque no se sabía la lección, en cómo tendrían que preparar un proyecto titulado «Árbol de familia», y el árbol de Elijah siempre parecería como los árboles en esa época, en pleno invierno, y cuando llevasen fotos de bebés al colegio para jugar a «adivina quién es el bebé», Elijah tendría que coger una foto de un folleto fingiendo que era él, porque no tenía ninguna foto de bebé, ni una sola. Mama nunca tuvo cámara. Las

lágrimas salieron tan deprisa que tuvo toda la cara mojada en segundos.

—Quiero volver a casa de Sue y Gary —dijo.

Tenía muchísimas ganas de oír las historias de Sue, como si las historias fuesen comida y estuviese hambriento. El aire se desmoronó frente a su rostro, en un millón de pedazos distintos.

—Lo sé. —Ricardo continuó absorto en la carretera, pero dejó que su mano se moviese hasta el brazo de Elijah y le dio un apretón amable—. Sé que quieres hacerlo. Pero Sue y Gary ya no pueden aguantar tu comportamiento. De verdad querían, pero sencillamente no es posible, me temo.

—Entonces quiero irme contigo. ¿Puedo quedarme contigo? ¿Solo por poco tiempo?

Ricardo se mantenía atento a la conducción.

—Lo siento, Elijah, pero eso va contra las normas. —Giró la cabeza hacia Elijah y después volvió a mirar hacia la carretera—. Por mucho que me encantase tenerte —susurró.

—Quiero a Mama. Quiero a mi mamá.

Había silencio dentro y fuera del coche, pero de pronto se produjo el mayor ruido de todos en la cabeza de Elijah. Ricardo miraba por la ventana, apartando la vista de Elijah, pero Elijah pudo ver que tenía los ojos llorosos también.

—Te llevaremos a algún sitio más permanente en cuanto podamos. Y te buscaremos ayuda, Elijah.

Condujo el coche a un lado de la carretera y lo detuvo. Los demás coches pasaban por el lado con mucha fuerza, pero el coche de ellos estaba quieto del todo. Ricardo apagó el motor y se giró. Sujetó los brazos de Elijah con fuerza entre los suyos y lo miró directamente a la cara.

—Eres un buen niño, Elijah. Eres un buen niño y nada de esto es culpa tuya.

—No soy bueno —lloró Elijah—. Soy un niño malo. Estoy lleno de maldad.

Ricardo agarró los brazos de Elijah incluso con más fuerza.

—Lamento mucho que te sientas así, Elijah. Eres bueno. No hay ninguna maldad dentro de ti. Solo dolor.

Después besó a Elijah en la cabeza y giró la llave para arrancar el coche. Le temblaba la mano. Elijah lloró y lloró más fuerte que el volumen de la radio. Incluso Ricardo lloró un poco y ninguno se molestó en fingir que no lo hacía. Elijah intentó usar sus poderes esta vez para viajar hacia atrás en el tiempo, a antes del incendio, pero sus poderes estaban bloqueados. El brujo solo le estaba dejando usar los malignos.

Al final, giraron por una calle en la que había muchas casas pequeñas, que parecían iguales, en fila. Llegaron a una casa y Ricardo detuvo el coche.

—Es aquí —dijo—. La casa de Nargis. Y el otro chico al que cuida es más o menos de tu edad. Quizás un poco más mayor. Se llama Darren. —Ricardo sorbió por la nariz. Justo entonces se abrió la puerta principal y se oyó un griterío. Luego se asomó una cabeza.

—¡Hola!

Una señora mayor se puso a caminar hacia ellos, era incluso más mayor que Sue. Tenía la piel morena, color dulce de leche, casi del mismo color que la de Ricardo. Llevaba un vestido rojo drapeado y sandalias con calcetines.

—¡Elijah, hola!

Esperó hasta que Elijah salió del coche y estuvo de pie en la acera frente a ella.

—¿Dónde está tu bolsa?

Había en su rostro una expresión fría que a Elijah no le gustó. Empezó a llorar otra vez y pensó en el rostro cálido de Sue. Odiaba al brujo. Se odiaba a sí mismo por permitir que el brujo llevase las riendas.

—Vamos, Elijah. Estarás bien.

Ella lo cogió del brazo y lo guio para entrar en la casa. Elijah miró hacia atrás, al coche, pero Ricardo estaba ocupado sacando su maleta de la parte trasera. Oscurecía, pero dentro de la casa las luces todavía no estaban encendidas. Sue habría tenido las luces encendidas. La casa olía de forma rara. Recorrieron un vestíbulo con alfombra roja y ninguna foto en las paredes. Había una cocina larga y estrecha con un cuenco para fruta en el que no había ninguna fruta, y muchas tazas en el fregadero.

— Ahora vamos fuera y conocerás a Darren.

La mujer llevó a Elijah afuera y señaló hacia la zona de atrás de un jardín descuidado. No había juguetes y el césped necesitaba que lo cortasen. Elijah pensó en el jardín de Sue, con aquellos rosales que Gary regaba todos los días. Se oyó una tos repentina. En la parte trasera del jardín había unos cuantos árboles y algo que se movía. En un susurro. Elijah notó que le temblaban las piernas pero caminó hacia donde señalaba Nargis. Cuando se giró, vio que Nargis volvía a entrar en la casa, su vestido era del mismo color que las rosas favoritas de Sue. Observó hasta que desapareció el color rojo. Al final del jardín había un niño de piel blanca y rodillas raspadas sentado en un columpio. Miró a Elijah y escupió al suelo. Solo entonces Elijah se percató de lo que tenía en la mano. ¡Un cigarrillo! Solo era un poco más mayor que Elijah y estaba fumando un cigarrillo. Elijah se giró para mirar hacia la casa, pero Nargis no estaba allí.

— ¿Te dejan fumar? — preguntó Elijah.

— Hago lo que quiero — contestó Darren —. Estoy al mando aquí. Soy quien lleva más tiempo, así que yo doy las órdenes.

Volvió a escupir y esa vez aterrizó sobre el zapato de Elijah. Después se levantó de pronto y agarró a Elijah del brazo, retorciéndolo con mucha fuerza. Elijah cerró los ojos. Había sentido dolor con anterioridad y sabía que era mejor cerrar los ojos. Oía voces, al oído: «Llorón asqueroso. El universo no te quiere en él. Vuelve al infierno en llamas. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno».

Darren retorció aún más, y Elijah abrió la boca para gritar, pero después la cerró. Se concentró mucho en un palo que había en el suelo, y se imaginó cómo sería cogerlo con los dedos, notar su frialdad suave. Pensó en un mundo en el que solo hubiese árboles, no seres humanos. Lo tranquilo que sería. Darren acercó mucho su cara a la de Elijah. El aliento le olía a tabaco y a fuego.

— Si gritas — lo amenazó —, te quemaré.

— No te olvides de lo que te dije, Elijah. Vas a empezar a trabajar con Chioma; un trabajo terapéutico, que es como un juego especial. Te

ayudará. Ella te ayudará. Te lo prometo. Eres un buen niño. Y estás a salvo.

Ricardo le enseñó a Elijah dónde estaba el servicio. Había un cubo junto al váter y la bañera estaba sucia. Estaba bordeada por una moldura, con manchas y círculos de bordes verde claro. Apoyadas sobre la parte exterior de la bañera había botellas casi vacías: champú y gel de ducha de color azul brillante, una pastilla de jabón medio usada cubierta de pelitos, un envase de plástico vacío. Ricardo le enseñó la cocina, que olía rara, y el salón, que en el centro tenía una mesa donde Nargis le había dejado a Elijah un plato con sándwiches de mermelada para merendar, pero no vio pudín. Había un sofá contra la pared, con una manta echada por encima. Ricardo hablaba en voz muy alta mientras se lo enseñaba todo a Elijah.

Elijah miró por todas partes buscando a Darren y su cigarrillo, pero no volvió a verlo. Cada vez que pensaba en Darren notaba que el estómago se le hundía con rapidez, y la garganta se le hinchaba hasta cerrarse. Pero Ricardo no se dio cuenta. Estaba demasiado ocupado hablando en voz alta.

Cuando llegó la hora de irse a la cama, Ricardo se quedó para arropar a Elijah. Elijah sabía que no tenía que quedarse; su trabajo terminaba a las cinco en punto y ya eran casi las ocho. Sabía que Ricardo estaba trabajando, cuidándolo. Pero hacía que Elijah sintiese que eran buenos amigos cuando se quedaba más tiempo. Ricardo llevó a Elijah al servicio y después a su habitación. La habitación no era realmente una habitación para dormir, porque estaba en el piso de abajo y tenía una mesa y cuatro sillas en el medio, y la cama de Elijah era una cama plegable que chirriaba cada vez que Elijah se movía.

—Quiero que seas valiente, ¿de acuerdo, hombrecito? Estarás bien aquí. A salvo. Y después de que pases algún tiempo con Chioma, pronto habrá algún sitio más permanente, te lo prometo.

Ricardo se inclinó y besó a Elijah en la cabeza, y a Elijah le cayó una lágrima sobre la frente.

Elijah lo sentía tanto por Ricardo, que se quedaba hasta tarde y estaba triste, que se esforzó por sonreír con la sonrisa más grande que pudo y trató de ignorar la humedad en su frente y en el rostro de Ricardo. Entonces Elijah pudo oler la loción para después del

afeitado. Era una que no había olido antes. Anaranjada. Quiso apretar la nariz contra el pecho de Ricardo y respirarla para siempre.

—Estaré bien —susurró.

Pero en realidad, Elijah sabía que Ricardo se equivocaba en todo. Chioma no podía ayudarle..., quienquiera que fuese. Ricardo se equivocaba al apartarlo de Sue y Gary. Se equivocaba al decir que Elijah era un buen niño. Estaba equivocado respecto a los brujos. No era culpa suya. Ni siquiera era nigeriano, así que ¿cómo iba a saber nada sobre brujos? Elijah sí lo sabía. Él podía oír al brujo todo el tiempo, mezclado con la voz de Mama, que susurraba: «Pequeño Nigeria, un millar de estrellas iluminan tu rostro». Elijah no sabía muchas cosas. No sabía leer, y no sabía silbar, aunque todos los niños que conocía sabían silbar. Pero había dos cosas en la vida que Elijah sabía con certeza:

Su Mama lo quería.

Y los brujos eran reales.



## Cinco

Chioma era la señora más delgada que Elijah había visto nunca. Era incluso más delgada que Mama. Parecía que llevase una percha, que le cruzaba el pecho, hecha de sus propios huesos. Tenía la piel exactamente del mismo color que Elijah, exactamente del mismo color que Mama. Alrededor del cuello llevaba tres vueltas de cuentas de colores, amarillo brillante, turquesa y rojo tierra. Las piernas de Chioma se extendían largas y afiladas, y tenía los pies delgados, cubiertos por unas sandalias de piel marrón sobre las que había cosidas unas diminutas lentejuelas color rosa. Incluso tenía motas plateadas en el pelo, que se retorció en todas las direcciones y parecía suave. De pronto Elijah quiso tocarlo. Y algo brillaba sobre los párpados de Chioma. Todo en ella centelleaba y brillaba, como si estuviese hecha de luz de estrellas. Pero lo que más brillaba eran sus ojos; Elijah no había visto jamás unos ojos así de brillantes y claros en una persona mayor. Tenía los ojos tan relucientes que solo debía de haber visto cosas buenas en su vida, supuso Elijah.

Estaban sentados uno frente al otro en una sala de juegos donde había un cajón de arena, una mesa, un pequeño sofá color verde, cajas con juguetes (coches, muñecas, un barco pirata, un garaje de madera con motos y un castillo rodeado de dragones y caballeros sobre caballos diminutos), una caja con cortinas y una cesta con marionetas. Todo parecía normal en la sala, y Elijah pensó que podría ser una escuela o un club, con la pizarra y una bandeja con agua, si no fuera porque había barrotes en la ventana y un enorme extintor rojo colgado de la pared.

Elijah contempló el rostro de Chioma, su sonrisa amplia y sus dientes brillantes, cuadrados, el color del brillo sobre sus párpados, y

escuchó cómo tarareaba en voz baja, oyó el sonido de su forma de respirar con suavidad. Él se encontraba mal y le iba a estallar la cabeza, pero oír respirar a Chioma hizo que el estallido se detuviese.

—Me alegra conocerte por fin, Elijah. He oído hablar mucho de ti. Ricardo me ha dicho que estabas un poco nervioso por venir a verme hoy, pero no hay nada de qué preocuparse. Solo vamos a divertirnos y a jugar.

Chioma hablaba en voz baja y suave.

—¿Qué juguetes te gustan?

Elijah no dijo nada, pero lanzó una mirada al castillo. Era alto y tenía dos puentes levadizos, con escondites secretos. Tenía pintadas llamas grises a los lados y, mientras las miraba, parecían moverse. Elijah notó que se le aceleraba el corazón. El brujo se arrastraba dando vueltas en su interior. Miró a Chioma con atención. Su brillo. ¿Sabía lo del brujo? ¿Sabía lo del fuego? ¿Realmente era una trabajadora social especial o la había enviado Dios para luchar contra el demonio que tenía dentro? Se le hinchó el corazón. Después se le ocurrieron otras preguntas. ¿Chioma era consciente de que él podría dejarla inmóvil con sus ojos láser y apuntarle al corazón con el dedo y hacer que ella se convirtiese en cenizas? ¿Chioma podía mirar en su interior y descubrir que todo su cuerpo estaba lleno de maldad?

—Hay mucho trabajo que hacer —dijo Chioma. Se rio—. No pongas esa cara de preocupación; es un trabajo especial... que se hace jugando. Todo lo que tenemos que hacer es jugar. Ese es tu trabajo. — Movi6 hacia atr6s la silla en la que estaba sentada, se puso en pie y se dirigi6 hacia el castillo.

—¿Te gusta esto?

Elijah asintió.

—¿Quieres jugar hoy?

Elijah miró todos los juguetes a su alrededor. No jugaba mucho. A veces no estaba seguro de cómo jugar. Otros niños hacían que pareciese muy fácil, cogían los juguetes y los volvían reales, pero otros niños no tenían dentro un brujo que intentaba dominarlos.

—¿Tengo que hacerlo?

—No. Puedes sencillamente quedarte sentado, si quieres. O jugar. O incluso gritar muy muy fuerte. — Los ojos de Chioma relucieron.

¿Gritar muy muy fuerte? ¿Quién le decía a un niño que gritase muy muy fuerte? Elijah miró a Chioma, que se había alejado y estaba sentada al lado del castillo, cogiendo a los caballeros que iban a caballo. Empezó a relinchar y a moverlos sobre el castillo y por encima. Era divertido ver jugar a una adulta. Chioma jugaba de todos modos, como si él no la estuviese observando. Parecía que se estaba divirtiendo. No parecía alguien enviado para destruir a un brujo malvado.

Jugó muchísimo rato mientras Elijah tan solo estaba allí sentado, viendo aquello. En casa de Nargis no había juguetes con los que jugar. Solo había una caja que ella guardaba bajo las escaleras, llena de libros infantiles y una pelota, un muñeco ruidoso y unos cuantos coches, pero Nargis únicamente sacaba la caja cuando Ricardo iba de visita. El resto del tiempo Elijah veía a Darren jugando en el ordenador con juegos donde la gente explotaba y se le salían las tripas. A Elijah le apetecía jugar con Chioma, pero en vez de eso se quedó muy quieto. Tuvo que recordarse a sí mismo que no era su amiga. Era una espía que quería averiguar cosas sobre el brujo.

Después de una eternidad, Chioma dejó de jugar. Se reclinó en su silla y sonrió.

—Ha sido muy divertido —dijo—. Juguemos más la próxima semana, si te apetece.

Elijah se encogió de hombros.

—¿Tal vez la semana que viene podrías jugar conmigo?

Él volvió a encogerse de hombros. Pudo ver el perfil de Ricardo frente al cristal de la ventana, alto, delgado y con el pelo de punta. Se imaginó a Ricardo sonriendo tras el cristal. De pronto Elijah miró directamente a Chioma.

—¿Puedo ver a mi mamá? —musitó.

—Apuesto a que es lo que más deseas en el mundo —contestó—, ¿verdad? Todos los niños quieren estar con sus mamás. Es bueno sentirse así. Pero es muy triste cuando no puedes estar con Mama.

Elijah asintió. Miró a Chioma con mucha atención. Los ojos de ella miraban directamente a los de él. Elijah se concentró en el brazalete que llevaba Chioma, dorado y lleno de piedras de color rojo oscuro.

—¿Eres nigeriana? —preguntó.

—Lo soy —contestó ella.

Llamaron a la puerta y Ricardo entró.

—Oye, Elijah. Apuesto a que os lo habéis pasado en grande conociéndoos. —Miró a Chioma y levantó y bajó las cejas muy deprisa.

—Elijah ha estado mirándome jugar con el castillo, lo que es estupendo porque es mi juguete favorito. Aparte de la arena. También me encanta la arena.

Elijah nunca había oído hablar de ningún adulto al que le encantase la arena. Chioma debía de haber sido enviada por Dios.

—Chioma es nigeriana —susurró.

Ella sonrió.

—Estoy muy orgullosa de ser nigeriana. Nigeria es el mejor lugar sobre la Tierra —dijo—. En realidad, es mejor que la Tierra. —Los ojos de Chioma relucieron—. Es como el cielo.

Elijah respiró esas palabras de ella, que se encontraron con otras palabras dentro de él y se juntaron como si las pegaran con pegamento. «Nigeria es un lugar como el Cielo».

Todas las semanas, Elijah visitaba a Chioma, y eso era lo único bueno de vivir con Nargis. Si hubiese podido vivir en el cuarto de juegos de Chioma, lo habría hecho, pero después de cada sesión Chioma siempre le decía que era hora de irse a casa. Pero la casa de Nargis no era su casa.

En algunas de las visitas jugaban, y a veces dibujaban o pintaban, y en una visita todo lo que hicieron fue beber refresco de limón y ver quién soltaría el eructo más fuerte, y Elijah rio y rio y rio, y se sintió solo como un niño pequeño que se estaba riendo, y esa fue una sensación muy buena. Pero después tuvo que volver a casa de Nargis. Elijah no veía el día de marcharse. Odiaba vivir con Nargis. Todas las habitaciones de la casa chillaban cuando él abría la puerta. Nadie más podía oírlo, pero Elijah sí. Era tan difícil respirar en casa de Nargis que se preguntaba si incluso el aire quería marcharse. Todas las noches miraba por la ventana el pedazo de cielo al que Mama estaría mirando, y encontraba su estrella. Después deseaba una y otra vez que ella

viniese y lo encontrara. Pero ella nunca lo hacía. Elijah sabía, en el fondo del estómago, que todavía faltaba mucho para irse a vivir con Mama. Lo sabía porque la sentía muy lejos y la estrella de Mama ya no brillaba tanto como de costumbre.

Elijah oía la voz de Mama dentro de él: «Pequeño Nigeria, estás en peligro. Si alguna vez nos separamos, debes buscar a una persona nigeriana que crea en Dios y esperar ahí. Estarás a salvo».

También oyó la voz del obispo en su interior: «Le hacéis dos veces más hijo del demonio que vosotros. Serpientes, generación de víboras, ¿cómo vais a escapar de la maldición del infierno?».

Sabía que Mama no iría a por él a casa de Nargis. Elijah no se sentía a salvo en absoluto. Ni un poquito.

— ¿Puedo ver a Mama? — le preguntó a Ricardo.

Estaban frente a la casa, en el jardín, el aire era frío. Elijah pasaba la mano de un lado a otro sobre el banco de madera, y observaba cómo su respiración estallaba delante de él. No se sentía la punta de la nariz, pero aun así era mejor que estar dentro con Nargis.

— No está lo bastante bien para verte esta semana, Elijah. Pero se ha puesto un poquito mejor y estamos tratando de organizar un contacto regular, para que puedas pasar algún tiempo con ella todas las semanas. Además, cuando esté lo bastante bien, tendremos contacto por correo, lo que significa que ella podrá escribirte cartas...

Elijah levantó la mirada hacia la casa de Nargis. Vio un rostro en la ventana, observándolos.

— ¿Puedo ir a vivir contigo? — volvió a preguntarle a Ricardo.

Ricardo negó con la cabeza demasiado rápido y con demasiada seguridad. La cabeza de Ricardo definitivamente no quería que Elijah viviese con él.

— No es posible, me temo — dijo —. Pero vamos a seguir haciendo el trabajo terapéutico con Chioma y avanzaremos para encontrar algo más estable, ¿de acuerdo?

Ricardo también dirigió la mirada hacia la casa de Nargis, pero Elijah no sabía si él podía ver caras en las ventanas o si escuchaba chillar a las habitaciones, o al aire tratando de escapar.

Si no podía vivir con Ricardo, Elijah quería vivir con Chioma. Era nigeriana y creía en Dios... Debía de saberlo todo sobre el infierno y la maldición. Pero Chioma dijo que no le dejaban vivir con ella tampoco. A veces jugaban con el castillo y a veces hacían formas en la arena con herramientas en miniatura: un cuchillo diminuto de plástico, un cubo, una pala pequeña, un rastrillo. Lo que más le gustaba a Elijah era el rastrillo. No importaba lo que hubiesen estado haciendo y el desastre que hubiesen formado, el rastrillo alisaba la arena completamente hasta que formaba hileras bajitas y ordenadas. Le gustaba tocar la arena y apretarla con el puño, y después dejarla caer despacio entre los dedos hasta que su mano se quedaba vacía. Chioma le dejaba jugar con agua y hacer un gran estropicio, y decía que a veces era bueno montar un estropicio. Pero a Elijah no le gustaba hacerlo; le gustaba limpiarlo después. Cuando sostenía arena con la mano, se imaginaba el mar sobre ella, profundo, azul oscuro..., y el olor a sal. A veces, por la noche, volaba sobre los océanos y nadaba hasta el fondo del todo, hasta que estaba más oscuro que la medianoche y los peces diminutos relucían como estrellas en miniatura.

—¿Quieres dibujar un poco hoy? —preguntó Chioma.

Llevaba un vestido estampado y un pañuelo atado alto en su cabeza. A Elijah le encantaba su ropa y las pequeñas rodajas de plátano frito que le llevaba de aperitivo, envueltas en papel de cocina.

—Se supone que no podemos comer aquí —susurraba Chioma—, pero ¿quién quiere jugar sin picar algo?

Elijah miró por la ventana. Se sentía más cerca de Mama cuando estaba allí. El cuarto de juegos de Chioma estaba en la misma calle que el centro de contacto. Querría estar siempre en el cuarto de juegos de Chioma por si acaso Mama fuese a buscarlo, y no le importaría dormir en el suelo. Mama solo iba al centro de contacto cuando había visita, y no la había habido desde hacía mucho tiempo, desde que Mama estaba enferma en el hospital especial. Aun así, Mama había respirado aire en el centro de contacto y sus pies habían caminado fuera, por el camino.

—Hoy quería hablar contigo —dijo Chioma— de algo importante. Elijah desvió la mirada rápidamente hacia ella.

—No es nada malo —siguió ella—. De hecho, es algo bastante

bueno.

Sonrió, brilló y centelleó. Era imposible no devolverle la sonrisa.

—Creo que lo estás haciendo tan bien en nuestras sesiones que me pregunto si estás listo para empezar a pensar en una familia para siempre. ¿Has oído hablar de la adopción?

Elijah negó con la cabeza. Miró por la ventana, más allá de los barrotes, a los parches de sol que cambiaban el color del césped afuera. Entonces de repente recordó. Un niño de casa de Sue y Gary fue adoptado y les enviaba cartas todos los años, y una foto suya subido en una bici o en un monopatín, o trepando un árbol.

—Me gustaría que lo pensases, y hablastes con Ricardo. Y podemos hablar mucho mucho. Pero creo que podrías estar listo para vivir con una familia para siempre. Una familia a la que pertenecerías, y que te pertenecería.

Elijah intentó encogerse de hombros, pero los tenía congelados.

—Ahora vamos a jugar, en vez de toda esta cháchara —siguió Chioma, con los ojos relucientes, brillantes—. ¿Con qué te gustaría jugar?

Elijah pensó durante un minuto o dos, luego se arrodilló cerca de la casa de muñecas gigante que había en un rincón. Antes nunca había querido jugar con la casa de muñecas. Por fuera estaba pintada de rosa y blanco y tenía cinco pisos. Dentro había varias habitaciones amuebladas y gente de madera en miniatura. Una familia.

—¿Jugamos a mamás y papás? —preguntó.

—Es una buena idea, Elijah. —Chioma apartó los rotuladores y el papel, caminó hasta la casa de muñecas y se sentó a su lado—. Me encanta esta casa de muñecas —dijo.

Elijah miró las habitaciones. Había un salón con sillas diminutas y papel estampado en las paredes, y un baño con una bañera que parecía real y grifos del tamaño de una hormiga. En lo alto de la casa estaba la habitación del bebé, donde había un muñequito tumbado en una cuna. Elijah cogió al bebé.

—El bebé está llorando —dijo.

—Pobre bebé —contestó Chioma—. ¿Por qué llora?

—Quiere a su mamá.

Chioma echó un vistazo por la casa de muñecas y frunció el ceño.

— ¿Dónde está su mami?

— No lo sé.

Elijah imitó los sonidos de llanto y levantó al bebé con los dedos, lo sacó con delicadeza de la habitación y se lo enseñó a Chioma. Los sonidos de llanto sonaban cada vez más fuertes.

— Pobre bebé — dijo Chioma. Acarició la cara del bebé con el pulgar.

Elijah hizo los sonidos de llanto verdaderamente bien hasta que sonó como si un bebé estuviese llorando de verdad. Miró al bebé de madera y lo sintió mucho por él. Se imaginó cómo debía de sentirse el bebé y cómo sonaría su llanto.

— Pobre bebé — repitió Chioma—. Debe de ser muy duro para él echar tanto de menos a su mami. — Tocó la cabeza del bebé, y con las puntas de los dedos rozó la mano de Elijah—. Mira este precioso bebé — siguió—. Se merece tener una mamá, y un papá, y ser querido, y que siempre lo cuiden.

Elijah lloró y lloró como el bebé. Dejó que su mano cayese en la de Chioma y ella la sujetó con fuerza antes de acercarse a Elijah hacia ella. Chioma envolvió a Elijah con sus brazos mientras él lloraba y lloraba. Ella lo abrazó tan fuerte que Elijah no se dio cuenta de que el bebé se había caído al suelo. Se suponía que Chioma no podía abrazarlo; Elijah lo sabía. La primera semana, Chioma le dijo que no podía abrazarlo ni tocarlo, que eran las normas y que su trabajo era muy distinto al de Ricardo. Pero debió de haberlo olvidado porque lo abrazaba lo bastante fuerte como para que él pudiese oír el corazón de ella latiendo lento y constante, y notó su propio corazón latiendo por encima, muy deprisa, como si quisiera salirse del cuerpo.

— Pobre bebé — susurró Chioma, una y otra y otra vez, al oído de Elijah.



## Seis

Obi y Nikki estaban sentados juntos en el sofá, pero había un hueco entre ellos, en el que reposaba una pila de revistas con rostros de niños sonriendo desde las portadas: «¡Sed mis padres!», a un lado, y «Niños que esperan», al otro. Papá estaba sentado en la silla de enfrente, sonriendo abiertamente. A Nikki siempre le sorprendía lo mucho que se parecía a Obi, solo que era un poco más bajo, tenía el pelo gris y los ojos risueños.

— ¿Puedo traerte algo, Papá? — preguntó Obi.

— Deja de preocuparte por pequeñeces — contestó Papá, riéndose. Después levantó la vista hacia Obi y se incorporó un poco, alargó la mano sobre la mesa y dio unas palmaditas a Obi en la pierna antes de volver a sentarse—. Qué buen chico — dijo.

Obi puso los ojos en blanco, pero Nikki vio la sonrisa que contenían.

Nikki miró a su alrededor en el salón y recordó las primeras visitas de Ricardo. Por lo general ella detestaba limpiar, pero ahora, a medida que las cosas se volvían más reales y la adopción era más que una simple posibilidad, se descubrió a sí misma creando un nido. Obi se reía cada vez que la veía haciendo cosas por la casa y, el día anterior, la agarró y la levantó para acercarla a él.

— No puedo creer que esté diciendo esto, pero ¡deja de limpiar! — dijo, y después los dos se echaron a reír.

— Estoy nerviosa — contestó Nikki.

Pensó en las preguntas de Ricardo acerca de lo que ella y Obi se sentían capaces de aceptar cuando llegasen a la fase de asignación:

¿Esquizofrenia de los padres?

¿Niño nacido por incesto o violación?

¿Niño con comportamiento abiertamente sexual?

¿Qué hay de un niño que tuviese un progenitor asesinado por el otro, o un niño con una enfermedad avanzada que le limitase la vida?

Obi dijo que sí a todo. Pero ella contestó:

— ¿Un niño con una enfermedad avanzada? No podría perder a un niño jamás. Otro no.

Obi la abrazó, y asintió con la cabeza suavemente apoyada contra la suya. Después Nikki volvió a mirar la lista. ¿Un niño con un comportamiento abiertamente sexual? ¿Cómo lo afrontaría? ¿Cómo sabría qué hacer? Pensarlo la puso enferma.

— Son niños reales, Nik. No podemos ser melindrosos.

— No soy melindrosa, Obi. Lo digo en serio.

Él negó con la cabeza.

— Esto es lo que hemos firmado... Cualquier niño que adoptemos estará herido. El modo en que se comporte será síntoma de eso.

A Nikki le dolió el corazón. Se sintió cruel. ¿Pero qué sentido tenía no ser sincera?

— No importa si solo es un síntoma. Es su comportamiento. Son ellos. Y no creo que pueda encargarme de un niño que..., que...

Obi tan solo se quedó mirándola, esperando, pero las palabras no brotaron. Por eso Nikki quería un bebé: significaba una vida demasiado nueva como para que pudiese estar demasiado herida; un niño a quien sería fácil cuidar. Cerró los ojos y se regañó a sí misma. ¿Por qué trataba de limitar las opciones que tenían? Querían un niño; ella quería ser madre.

En la siguiente visita de Ricardo, Obi le dijo que no eran capaces de aceptar a un niño con una enfermedad avanzada.

— Es imposible — dijo, mirando a Nikki.

— Está bien — contestó Ricardo—. Creo que hemos terminado la valoración del hogar. Opino que vais a ser unos padres estupendos — añadió. Y los brazos de Nikki se lanzaron a abrazar a Ricardo antes de que ella pudiese detenerlos.

Nikki dejó de pensar en Ricardo, la valoración del hogar, preguntas

difíciles y respuestas difíciles. Dio un enorme respiro. Por fin serían padres.

— ¡Qué emocionante! Podríamos estar viendo a nuestro hijo o hija. — Nikki tocó las revistas, deslizó el dedo sobre los rostros. Habían recopilado el equivalente a tres meses y Ricardo les había llevado unas cuantas más, que eran anteriores.

— Son antiguas — les dijo —, pero os dan una idea de las edades y necesidades de los niños que están esperando la adopción. Creo que todas las familias tienen que echarles un vistazo para entender que la mayoría de los niños que precisan ser adoptados tienen necesidades especiales, o son grupos de tres o más hermanos, que requieren una adopción conjunta. Esto ayuda a quienes tienen la fantasía de un bebé pequeño, sano.

Entonces miró a Nikki, ella estuvo segura, pero Obi no se percató. Obi le dio las gracias a Ricardo y apartó las revistas. Ahora que se habían sentido capaces de mirarlas. Ahora que eran adoptantes acreditados. Ahora que era real. Un hijo.

— Uno de estos niños podría ser nuestro — dijo Obi—. ¡Imagina! Lo que estamos haciendo. Qué aventura.

— ¡Por fin abuelo! — Papá se rio fuerte—. No me gustan estas revistas — dijo—. Parece una reunión de ventas. Pero estoy muy muy contento de que estéis buscando a mi nieto.

— ¡Podría ser una niña! — contestó Nikki, pero cuando miró a Papá a la cara vio ese gesto en su mirada. Bromeaba.

Obi miró a Nikki largo rato y le tocó la mejilla con el pulgar.

— Vas a ser la mejor mamá. Esto es lo que llevamos esperando mucho tiempo. Todos esos meses y preguntas molestas, y antes, todo aquel dolor...

Nikki cerró los ojos y sintió la suavidad del dedo de Obi, la certeza en su voz. Tenía razón.

— Todos esos abortos — susurró Obi—. Todos esos niños que perdimos. Y aquí hay niños esperando que los encuentren. Todo tiene mucho sentido.

— No puedo esperar para ver a mi nieto. Sinceramente, tener nietos es mejor que tener hijos. Eres más mayor y sabes más, ¡y puedes devolverlos al final del día cuando están cansados!

Nikki sonrió. Papá había sido un apoyo enorme para ellos. Fue la primera persona a quien llamaron para contarle que estaban embarazados y la primera persona a quien llamaron para contarle que habían abortado. Sin embargo, ni una sola vez les dijo que abandonasen, ni se mostró una pizca menos emocionado en cada ocasión, ni menos triste en cada fracaso. Cuando Obi hubo recopilado las revistas, Nikki sugirió que las mirasen con Papá.

—Ha estado con nosotros en cada paso —dijo—. Veamos qué opina.

Primero hubo risitas, lo bastante fuertes como para entrar flotando en casa, después tacones repiqueteando fuera sobre la acera. Luego carcajadas. Sonaba como dos adolescentes montando alboroto en la calle, pero Nikki sabía que no era eso.

—No puedo sujetarlos —dijo la voz de Jasmin—. Parezco un bebé.

Nikki oyó a su hermana soltar un grito alegre a modo de respuesta e imaginó que estaba poniéndole una cara tonta a su hija.

—Chanel —dijo Obi—. Le dije que no viniese hasta más tarde.

—No la culpes. También está entusiasmada. —Nikki observó las siluetas frente al cristal esmerilado: una alta y delgada, y otra bajita con coletas. La más bajita le estaba pasando un montón de globos a la alta y delgada. Su hermana. Su sobrina. Nikki sonrió, corrió hacia la puerta y la abrió antes de que pudiesen volver a llamar.

—¡Adoptantes acreditados! —gritó Chanel. Alargó una media docena de globos rosas—. ¡Un bebé! ¡Vamos a tener un bebé!

Nikki las metió en casa de un tirón y sujetó la cuerda que amarraba los globos, sin saber qué decir.

—Adoptantes acreditados —repitió Chanel—. Qué emoción. —Entró en el salón mientras Jasmin la seguía, y Nikki fue tras ellas—. ¿Ya habéis escogido uno?

Chanel estaba abrazando a Obi, después a Papá, de modo que al principio ellos no vieron los globos, pero después Obi empezó a reírse.

—En realidad todavía no tenemos ningún niño, ¿sabes? ¿Y por qué color rosa? No especificamos el género.

De pronto, Jasmin pareció interesada.

—Ey. ¿Vais a tener un niño? Maisie, de mi clase, tiene un hermanito y su madre se pasa todo el día quitándole mocos de la nariz.

—Jasmin. —Nikki soltó los globos y dejó que bailasen por el aire sobre ellos, después rodeó a su sobrina con el brazo—. Puede ser un niño o una niña.

—Y posiblemente no será un bebé —añadió Obi—. Quienquiera que nos asignen será perfecto para esta familia. La mayoría de niños que necesitan ser adoptados son más mayores. Mirad. —Obi cogió una revista y la abrió sobre su regazo, por la primera página.

Nikki se sentó al lado de Obi. Papá se levantó de la silla y se puso junto a Obi, sobre el brazo del sofá. Nikki pareció que fuese a moverse, pero él negó con la cabeza.

—Estoy bien —dijo, mirando la revista que Obi tenía en el regazo—. Quizá habría que dejar esto para luego —comentó Nikki, haciendo un gesto con la mirada hacia Jasmin.

Pero Jasmin no se movió.

—No pasa nada —dijo Chanel—. Será su prima, al fin y al cabo.

Diversos rostros los miraban fijamente: unos pocos eran bebés, pero sobre todo había niños más mayores en grupos de dos o tres, la mayoría mestizos o negros. A Nikki le parecían preciosos todos y cada uno de ellos. Los niños que esperaban ser adoptados eran todos hermosos, de forma extraordinaria, con pestañas largas, espesas, y ojos muy abiertos, brillantes. Las fotos mostraban a los niños con sus mejores galas, cintas en el pelo, limpios, arreglados. Bajo cada fotografía había un anuncio sobre cada niño en particular, como si los niños fuesen electrodomésticos..., neveras o lavadoras. Nikki intentó no centrarse en los rostros de los bebés, pero notaba que sus ojos se movían hacia ellos, muy abiertos, a sus encías sonrientes y mejillas regordetas.

Tocó las páginas sobre el regazo de Obi.

—Ricardo dijo que hay que leer entre líneas, signifique lo que signifique. Supongo que será como aquí, donde pone «Sammy (no es su nombre real)»; lo mismo quiere decir en realidad que la familia biológica los está buscando..., quiere recuperarlos. Cabe la posibilidad de un secuestro.

—¿Secuestro? —preguntó Papá—. ¿En serio? ¿Existe esa posibilidad?

Nikki asintió. Era cierto. Había muchas posibilidades. El secuestro por parte de la familia biológica era solo una de ellas.

—Estos niños no han sido abandonados, se los han quitado a sus familias biológicas debido a los peores abusos que podáis imaginar. A menudo las familias intentan localizarlos; por eso les gusta ubicar a los niños fuera del distrito.

Las palabras resonaron en Nikki mientras miraba las fotos: «No es su nombre real».

—Abducidos por alienígenas —susurró Jasmin.

—O podría significar que tienen un nombre ridículo —dijo Obi—. Mirad. Aquí hay uno que se llama León; quiero decir, ¿quién llama León a un niño? ¿En serio? —Se rio.

—¡León! Imaginaos a un niño que se llamase León en Nigeria —soltó Papá—. Nadie lo dejaría ir de visita a su casa.

Chanel se rio tan fuerte que los globos se movieron por el techo. Jasmin se acercó a Papá y él alargó la mano y fingió hacerle cosquillas. Era la única persona a la que Jasmin dejaba que la tratase como a una niña, y se le iluminaba la cara siempre que Papá estaba cerca.

Pasaron página y encararon la siguiente. Los mensajes eran todos parecidos, pero de vez en cuando Obi se detenía en uno y lo leía en voz alta.

—Lucy es una niña feliz de tres años que va media jornada a la guardería mientras muestra algunas dificultades, pero progresa bien con apoyo. Tiene cierto retraso en el desarrollo, que puede deberse a sus experiencias pasadas. Sus padres de acogida la describen como un pequeño arcoíris feliz, que se divierte con Peppa Pig y disfrazándose. Lucy se beneficiaría si un progenitor se quedase en casa a jornada completa y no hubiese más niños en el hogar.

Obi se detuvo. En la foto se veía a una niña pequeña de pelo rubio, ojos azules, piel pálida.

—Es preciosa —dijo—. Bueno, todos lo son.

—Ay, Nik, es perfecta. Me la imagino ahora mismo con esa nueva colección que Rhianna tiene para niñas en River Island. Dios mío.

Como ropa para adultas, pero en miniatura. Podría lucir perfectamente un estampado de leopardo.

Nikki golpeó el brazo de Chanel con suavidad mientras Obi se reía y negaba con la cabeza.

Nikki volvió a bajar la mirada hacia la revista. Le parecía preciosa, pero solo podía pensar en señales de alarma. Leed entre líneas, les había dicho Ricardo. Apoyo, retraso en el desarrollo, no puede vivir con otros niños. ¿Qué les haría a otros niños?, se preguntó Nikki. ¿Qué le había pasado a ella?

—Demasiado blanca —apuntó Papá.

Nikki se inclinó hacia delante y le lanzó una mirada.

—Bueno, lo es —afirmó él, con ojos risueños.

—O mirad estos dos. Fabulosos.

Obi señaló a dos niños sonrientes, niño y niña, mestizos..., o «de doble origen», como Ricardo no dejaba de corregirlos..., con hermosas caras felices.

—Talesha y Malika, de cuatro y cinco años, son hermano y hermana y necesitan que los adopten juntos. Tienen un hermano mayor que va a ser adoptado por separado. Talesha ha empezado a ir al colegio hace poco y se está adaptando bien. Le encanta preparar tartas y hacer volar cometas. Talesha es una niña segura de sí misma que se beneficiaría de tener límites claramente definidos. Malika es un niño muy animado al que le encanta jugar fuera de casa con su bici. Ha mostrado algunas señales de problemas afectivos, por lo que está recibiendo apoyo extra. Malika es muy protector con su hermana pequeña y a veces le resulta difícil dejar que otros cuiden de ella, aunque anticipamos que esto mejorará con el tiempo. Los cuidadores de acogida de Talesha y Malika los describen como una pareja alegre.

—Bonitos nombres —dijo Chanel.

—Qué pesadilla —soltó Nikki.

—¿Qué quieres decir? Son preciosos.

—¿Qué clase de nombres son esos? ¡No suenan nigerianos! —dijo Papá.

—Papá, ya hemos hablado de esto —contestó Obi—. El niño que adoptemos posiblemente no será nigeriano. Al menos no será igbo. Y en realidad no nos importa.

—¿Qué? Espero que estés bromeando. —Papá fingió caerse del brazo del sofá.

Nikki los ignoró y se concentró en la revista.

—Son preciosos, pero ¿puedes imaginarte el trabajo que supondrán, cuánta ayuda necesitarán? Quizás el mayor cuidaba de la pequeña porque estaban muy desatendidos. Y he leído en alguna parte que la falta de atención es la peor forma de maltrato. Les daña el cerebro. De todos modos, ¡mirad a este pequeñajo! —Nikki señaló la foto de un bebé gordito, luciendo sus encías al sonreír.

Obi volvió a la página de Talesha y Malika.

—¿De qué estás hablando? —Ni siquiera había mirado al bebé. Nikki notó que le escocían los ojos. Obi puso su mano sobre la de Nikki—. De eso va todo, ¿no? De ayudar a quien más lo necesite. — Le apretó la mano.

Ella miró el rostro cariñoso de Obi, tras el cual estaba el contorno del rostro cariñoso de Papá.

—Tienes razón —contestó—. Da un poco de miedo, simplemente, pensar en una vida, una vida de la que estaremos a cargo.

—Lo sé, pero ¡qué increíble! Mira estos niños. Todos ellos. Claro que les pasarán cosas, pero necesitan amor. El amor es lo más importante que han perdido. Y nosotros tenemos muchísimo amor.

Nikki cogió una revista del montón y hojeó las páginas. Era una revista más vieja, una que Ricardo les había llevado como antigua.

—Malika y Talesha —dijo—. Mira.

Definitivamente eran los niños de la otra revista.

—Son los mismos —dijo Obi—. Hace un año. Un año entero en acogida, siendo anunciados y sin que nadie diese el paso. Eso debería decirte todo lo que necesitas saber si te sientes insegura acerca de qué estamos haciendo aquí.

—Pobrecitos —dijo Chanel. Se inclinó hacia Jasmin, pero Jasmin se apartó de ella.

Nikki respiró profundamente. Obi tenía razón. Tenía todo el sentido. Deberían ayudar a quien más lo necesitase. Pobres niños.

—No son los adecuados para vosotros —siguió Papá.

—No estamos comprando un coche nuevo, Papá. Estamos viendo



niños. Y vidas. Imagina a todos estos niños y por lo que habrán pasado. —Obi movió la revista y la puso sobre el regazo de Nikki.

Papá regresó a su silla y se sentó, se inclinó hacia delante.

—Lo sé. Estoy intentando facilitar un trabajo duro —contestó—. Y quiero que sepáis que estaré en este viaje con vosotros en cada paso del camino. Todos lo estaremos. Os quiero mucho y estoy muy orgulloso de vosotros.

Obi se rio y cogió la mano de Nikki para acercársela a la boca y besar sus dedos.

—Todos juntos, estaremos bien —dijo.

—Ayudaremos, tía Nikki —dijo Jasmin.

—Claro que lo haremos —añadió Chanel.

—Lo digo en serio —siguió Obi—. Vamos a darle una oportunidad a un niño, una oportunidad de verdad.

Nikki volvió a mirar la revista.

Tantos niños con historias que había que leer entre líneas. Tantos niños mayores que seguían esperando. Nikki intentó concentrarse en ellos. Pero sus ojos se seguían apartando y fijándose en los bebés.

—No necesitáis la revista —dijo Papá—. Nuestro niño no está ahí.

—Allá vamos —replicó Nikki, lo bastante fuerte como para que Papá la oyese.

—Lo digo en serio. Mi nieto es un niño —siguió él—. Un niño nigeriano. —Miró hacia el techo y juntó las manos como si estuviese rezando—. Un niño nigeriano.

Aquella tarde llamaron a Obi del trabajo. Algo importante. Besó a Nikki en el pelo, cogió las llaves y se marchó corriendo. Nikki salió a pasear para despejarse. Solía pasear por el parque hacia el río casi a diario, si el clima lo permitía. Le encantaba estar cerca del agua. Mientras crecía, vivió cerca del mar; su niñez estuvo repleta de pescadores fornidos con botas amarillas, cuya risa traqueteaba como la casa de sus padres. Pero aquel día Nikki se encontró caminando hacia el parque de columpios, en dirección opuesta a la del agua, hacia donde solía ir. Los planes que tenían ella y Obi le daban vueltas y vueltas en su interior. Entendía por qué Obi quería ayudar a un niño

más mayor, un niño que necesitase ayuda y que podría estar siendo ignorado. Y, al ver a aquellos niños en las revistas, haciéndose cada vez más mayores, sintió la emoción de Obi respecto a que tendrían la posibilidad de rescatar a uno. Sin embargo, su cabeza se hallaba repleta del sonido del llanto de un bebé, y sus brazos estaban demasiado livianos y vacíos.

Paseó junto a los árboles gruesos, y la zona de juego llena de niños. El sol relucía, haciendo que el verde del césped pareciese de césped artificial. El olor del verano inundaba el parque. Había una furgoneta de helados a un lado del camino; una pequeña cola de niños formaba frente a ella, mirando hacia arriba, con ansia, las fotos de helados de diversos colores en un lateral de la furgoneta. Al pasar al lado, Nikki le sonrió a una niña que señalaba un helado 99 Flake. Su madre negaba con la cabeza.

—No —dijo—. Solo puedes tomarte un polo pequeño de fruta natural. No quiero que te quite las ganas de cenar. —Miró por encima de la cabeza de la niña y le guiñó el ojo a Nikki.

Pero Nikki no le devolvió el guiño. Le habría encantado tener la oportunidad de darle un helado a su hijo. Nikki siguió caminando hacia la zona de juego, que estaba llena de madres. Algunas estaban hablando mientras sus hijos subían y bajaban por los toboganes; otras balanceaban a niños más pequeños y a bebés en los columpios, mientras mandaban mensajes o hablaban por el móvil. Una madre, sin embargo, estaba totalmente concentrada en su hijo. El niño, de unos seis o siete años, estaba trepando un árbol y ella estaba de pie debajo, con los brazos extendidos como si fuese a cogerle.

—No me caeré, mamá —gritó el niño.

Estaba casi colgando bocabajo. Pero su madre se rio.

—Te cogeré.

—¿Puedo subir más alto?

—Sí, pero ten cuidado.

Nikki se quedó de pie junto a la verja y se dio cuenta de que estaba apretando la barandilla y conteniendo la respiración. El niño estaba tan arriba en el árbol que ella solo veía una zapatilla de deporte asomándose entre las ramas.

La madre del niño estaba de pie, mirando hacia arriba, todavía

sonriendo.

Finalmente el niño bajó y saltó la última parte, y después corrió hacia los brazos abiertos de su madre.

— ¡Lo hice, mamá! ¡Lo hice!

Nikki se dio cuenta de que su mirada se había quedado pegada a aquella madre y su hijo. Daría cualquier cosa por ser aquella madre, de pie bajo aquel árbol. Pensó en la niña que se había quedado sin helado. Nikki miró a su alrededor, hacia el campo de juego que tenía delante.

«Puedo hacerlo», pensó. «No necesito un bebé. Un niño es un niño. Por fin tendré un hijo, o una hija. Lo dejaré trepar muy alto, y estaré lista para cogerlo si cae».

## Siete

Mi Elijah:

Mientras escribo esto, puedo ver los colores de la primavera estallando sobre el suelo como si fuese lluvia nigeriana. Puedo verlo todo aquí, bajo la sombra de este árbol, sentada en mi «banco escritorio», como he decidido llamarlo. Me gusta mirar afuera. En especial en esta época del año. Lo mejor de Inglaterra sin duda es la primavera, que aquí nos recuerda que tras cada invierno llegan las flores y la luz del sol, con pequeños brotes de color y esperanza. Con el aire tal y como hoy, soplando con suavidad sobre mi cara, oliendo todas las cosas que son puras..., y el césped que se extiende verde frente a mí, todo parece posible. Incluso en Inglaterra. Pero sé la verdad. Que, por supuesto, después de cada color llega otro, y después de la primavera, el verano y el otoño llega el invierno, oscuro y frío como un sueño terrible. En Nigeria nunca es invierno. Incluso ahora, mientras observo el primer indicio de la mejor primavera británica, cuando pienso en casa el estómago se me encoge en una bola llena de espinas, como un erizo acurrucado dentro de mí. Lo recuerdo todo como si hubiese sucedido anoche, en un sueño. Dejar Nigeria fue lo más difícil de todo. Nunca olvidaré la expresión en el rostro de mi madre en el aeropuerto, el dolor en sus ojos, más inmenso que la tierra. Pero yo era joven y estaba entusiasmada, y me marchaba a Inglaterra. Imaginaba un lugar de sabor tan dulce como los cereales que tomaba de pequeña para desayunar. La realidad a la que me enfrenté no fue dulce en absoluto, sino amarga, agria.

Akpan y yo teníamos un apartamento pequeño, que era difícil de limpiar y olía a la rata muerta que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, nunca logramos encontrar. Vivíamos en el octavo piso de un edificio

alto con ascensores en los que había manchas de orina. Nigeria es un lugar mucho más limpio. Teníamos dos vecinas: la primera, una ghanesa, era una niñera sin certificado que se las ingeniaba para esconder a unos veinte niños pequeños siempre que las autoridades llamaban a la puerta y tiraban abajo el aviso que colgaba ofreciendo «Una hora, una libra por niño». La saludé algunas veces, pero apenas salía al balcón y mantenía a los niños dentro con las cortinas echadas y la televisión a todo volumen. El piso del otro lado era más silencioso y siempre olía a plátano quemado, dulce y fuerte a la vez. Los hombres entraban y salían, y deambulaban en la entrada. Hombres de mal aspecto. Ese tipo de hombres habrían sido arrestados en Lagos solo por la pinta que tenían..., mirada furtiva y sospechosa, como si hubiesen cometido un crimen. Akpan me dijo que me mantuviese apartada de esa puerta mientras allí viviese gente mala, pero, hijo mío, tenía cerebro en la cabeza y podía darme cuenta por mí misma. Me persignaba cada vez que pasaba rápidamente por delante. Pero ellos no nos molestaban, así que nosotros no los molestábamos a ellos. Nuestro piso necesitaba desesperadamente algo de decoración; la alfombra había vivido muchas generaciones y el estampado casi no se veía, pero la limpieza lo es todo, como sabes, así que hice lo que pude y mantuve las superficies limpias y el aire impregnado con el olor del arroz jollof <sup>4</sup>. Mandaba a Akpan a comprar mucha lejía y unos paquetes amarillos de toallitas pequeñas que eliminaban el olor de la rata, al menos durante unos minutos. No éramos ricos, y no era un palacio, pero aquellos primeros meses viviendo en Deptford fueron mágicos, llenos de brillo. Vivíamos en nuestra propia nubecita. Akpan volvía del trabajo y nos sentábamos en el balcón, y observábamos Londres. Yo freía un poco de plátano y escuchaba sus historias. Le gustaba hablarme de su infancia y de los juegos a los que jugaba, y de la escuela, que le encantaba, donde fue presidente del club de ajedrez. Oímos hablar de una iglesia, la Iglesia de la Liberación, que estaba al final de Deptford High Street, junto a los puestos donde vendían abrigos y productos para el baño, bolsas de basura y zapatillas de deporte, y cuya gestión corría al cuidado del obispo Fortune, nigeriano, de Jos.

La iglesia era preciosa, el púlpito estaba lleno de cantantes de

góspel, el suelo tan limpio que podía comerse sobre él. Los feligreses nigerianos iban muy arreglados, con la ropa bien planchada. Cuando lo conocimos, Akpan estrechó la mano del obispo con tanto entusiasmo que pensé que le iba a hacer daño al pobre hombre, pero él solo se rio. «¡Bienvenido! ¡Bienvenido!», dijo. «¡Soy el obispo Fortune Oladipo Jerusalem Pilgrim, a su servicio, señor! Si nuestros hermanos y hermanas musulmanes pueden tener su Meca, ¿nosotros por qué no?».

Akpan se rio y brilló como una estrella. Se llevó a casa una tarjeta que le había dado el obispo, y la pegó con masilla adhesiva Blu-Tack en la pared encima de nuestra cama:

Obispo Fortune Oladipo J. P.  
(el Médico de las Almas).  
Propietario y director  
de la Iglesia de la Liberación,  
41 Hill Street, Deptford,  
donde el demonio  
NO ES BIENVENIDO.

*Luchar contra el demonio con poderes otorgados  
por Dios*, del obispo Fortune Oladipo,  
está a la venta por 4.99 £  
en la Librería Evangélica,  
Londres SE5 7RY.

Íbamos a esa iglesia constantemente, Elijah. Estábamos muy impresionados por los todoterrenos aparcados delante, el destello de los Rolex que lucían los hombres de la congregación. El obispo era quien nos causaba mayor conmoción: llevaba un traje de seda diferente cada vez que lo veíamos y tenía fama de exorcizar espíritus malignos.

«Tiene un avión privado», susurró uno de los feligreses, un tipo elegante, durante el sermón del domingo. Siempre se ponía chaleco, y

Akpan siempre lo saludaba con la cabeza. «Lo usa para volver a Nigeria cuando le apetece».

No me sorprendió en absoluto, Elijah. Mi propio tío pastor hacía milagros, y por eso era, para entonces, un hombre famoso, y muy rico también. Tenía cuatro televisores grandes como carretillas, una flota de Mercedes, y hacía que los trajes se los importasen directamente desde Italia. Fue tío pastor quien pagó nuestra casa enorme y los uniformes del colegio, pues el sueldo de mecánico de Baba apenas llegaba para los cacharros de cocina de Mami, y mis abuelos eran demasiado viejos para trabajar. Tío pastor hacía milagros en la Iglesia del Éxito Garantizado. Sus sermones eran un concierto de la mejor música jamás tocada. El Programa de la Noche del Espíritu Santo en la Iglesia del Éxito Garantizado atraía a gente en masa, apiñada; a pesar de que la iglesia era tan grande como un hangar de aviones, simplemente no había suficiente sitio en el suelo. Las mujeres que no tenían suelo sobre el que saltar se quejaban en voz muy alta. Eran muy histriónicas, las mujeres de la iglesia de mi niñez. Y el obispo me recordaba a ellas, a aquellas mujeres, a mi tío pastor, a mi familia.

Debe resultarte extraño, Elijah, que nos conmoviese un hombre de Dios tan adinerado, pero así era. En Nigeria había pastores que tenían su propio canal de televisión, una flota de Mercedes, aviones privados, guardaespaldas, y eran millonarios..., algunos billonarios, en realidad. Eran más famosos que las estrellas del cine o los cantantes pop, más famosos que reyes y presidentes. Vestían la ropa más distinguida, de importación: refinados trajes de seda italianos, o de diseñadores como Dolce y Gabbana, Gucci, Moschino..., y zapatos de piel de cocodrilo cien por cien. Aquellos hombres iban elegantes, radiantes, acicalados hasta tal punto que los Rolex que lucían en la muñeca ni siquiera parecían brillar en comparación. Y no me refiero a mi tío pastor, aunque él era famoso y contaba con millones de feligreses, pero es que algunos de los otros incluso tenían sus propios estudios de grabación. Eran tan famosos que la gente, por lo general mujeres, se desmayaba y gritaba y hacía cola por la noche para alcanzar a verlos pasar a toda velocidad en sus BMW último modelo. Esos hombres son la razón por la que BMW saca cualquier serie nueva en Lagos antes que en

cualquier otra parte. Conocen la riqueza de un modo que jamás pude entender.

Elijah, todo el mundo sabe cómo hacen su fortuna los pastores, cómo se llevan el diez por ciento de los salarios de sus feligreses, cómo los feligreses han de aportar este diez por ciento, esos donativos, para los gastos de mantenimiento de la iglesia. Es complicado explicarte esto cuando solo has conocido Inglaterra y las iglesias con, como mucho, seis personas en domingo, y esa forma terrible de cantar. Elijah, la iglesia nigeriana es su pastor, ¿y quién querría pertenecer a una iglesia que no tiene suficiente fe en Dios como para mantener bien a su pastor? Todo nigeriano sabe que ese dinero regresará multiplicado por diez. Lo he visto con mis propios ojos, una y otra vez. Y la realidad, Elijah, es que cuando eres tan pobre que tienes que pasar por encima de cadáveres de camino al mercado porque no puedes hacerte cargo de los gastos del funeral de un extraño, cuando eres así de pobre, Elijah, soñar con dos Ferrari es tan asequible como soñar con buenas carreteras por las que conducir con ellos, o comida para todos tus vecinos, o atención sanitaria adecuada. Consigues lo que das a este mundo, y con la oración no es distinto.

Te explico todo esto, Elijah, para que lo entiendas un poco. Como ahora eres británico será difícil para ti, pero rezo para que un día estés en Nigeria, en la iglesia, y veas a los pastores predicando, y a millones escuchando y literalmente lanzando dinero a los pies del pastor... Dinero que no tienen, dinero que no pueden permitirse. Pero si sigues a esa gente hasta su casa entenderás algo más; ¿cómo no van a permitírselo?

Empezamos a asentarnos, a disfrutar viviendo en nuestro propio mundo privado, hablando hasta tarde por la noche, susurrando sobre la almohada. Akpan borraba todas mis preocupaciones. Cuando vi por primera vez un coche rojo y me percaté de que los hombres que había dentro levantaban la mirada hacia nuestro balcón, Akpan me convenció de que me lo estaba imaginando. Tiró de mí hacia él y me besó hasta que se me fueron las preocupaciones, un beso por cada preocupación.

— Ahí no hay nadie.

Miró por la ventana, hacia la calle, abajo, donde yo había visto el



coche rojo y algo negro apuntando hacia arriba. ¿Una cámara? ¿Por qué iba alguien a sacar fotos de nuestro piso?

—De verdad, ahí no hay nadie. —Akpan me acarició la nuca con la punta de los dedos—. Mi amor, te preocupas demasiado. Incluso si hubiese un coche siguiéndonos, tengo todos los papeles en regla. Van detrás de la niñera. En Gran Bretaña tienen que estar registradas para que el gobierno saque el mayor provecho. Por favor, intenta no preocuparte.

—Lo intentaré. ¡No quiero que te preocupes porque yo me preocupo!

Nos reímos, cómo lo amaba. Lo amaba tanto... Le leía mis escritos a Akpan mientras dormía, introduciendo en sus sueños palabras sobre Nigeria y sobre Dios. Recitaba salmos y poemas egipcios de amor. Elijah, para entonces tú estabas dentro de mí, pero Akpan no lo sabía. Era un secreto entre tú y yo y Dios. Sentía cómo me recorría una tibieza suave, Dios le susurraba a mi cuerpo. Yo te hablaba constantemente, te cantaba canciones de mi niñez. Me sentía como una anciana y como una jovencita a la vez; todo se veía muy claro, incluso el gris de Inglaterra parecía bello. Akpan y yo hacíamos el amor todo el tiempo. Elijah, tus primeros cimientos fueron fuertes, y espero que aquellos primeros meses de fortaleza ayuden. Cuando el viento sople fuerte, como seguramente hará, rezaré para que solo tiembles un poco.

## Ocho

Era un día sombrío, no frío, pero con un viento que azotaba el rostro de Nikki y hacía que su pelo volase en todas las direcciones. El tipo de día que a ella le encantaba: un día con clima de Gales, como siempre le decía a Obi. Bueno para el cultivo. Miró hacia arriba. Quizás lloviese, pero no le importaría estar fuera incluso entonces. Esta era la mejor parte: valorar a los perros para encontrarles un nuevo hogar; observar y analizar y, a veces, tratar sus comportamientos; la forma en que se ganaba su confianza; cómo pasaban de estar asustados, con las orejas gachas, estremecidos, a saltar y correr hacia ella con entusiasmo. Era extraordinario lo rápido que mejoraban con la atención y el cuidado adecuados.

Nikki terminó en trabajo social, empezó en la oficina del departamento de Obtención de Fondos, lleno de colegas glamurosos que lucían peinados perfectos. Todo el mundo era amable pero terminó compartiendo el descanso para comer con los animales en lugar de con sus colegas. Unos cuantos cursos y mucha experiencia después, y Nikki se convirtió en una integrante muy valorada del equipo de reasignación. Seguía asistiendo a todos los eventos para la obtención de fondos, así fue como conoció a Obi, pero su corazón estaba fuera, con los perros. Sonrió y recordó la noche en que ella y Obi se conocieron. Fue en el hotel Dorchester, opulento y lujoso en cada detalle, como ella había imaginado, y por una vez se pasó toda la tarde arreglándose. Llevó un vestido de seda largo color verde jade, muy escotado por detrás, y los tacones más altos que se pueda imaginar, y domó su pelo hasta someterlo antes de llegar unos diez

minutos tarde, a la moda. Nikki siempre había sido capaz de hablar con todo el mundo y estar más que feliz circulando con una copa de champán en la mano, tranquila y serena cuando pensaba en los perros y en cuánto dinero podría recaudar. Y entonces lo vio: un chico alto, fuerte, con la piel más tersa y la sonrisa más amplia, luciendo un traje color azul petróleo. Él le sonrió y de pronto ella se sintió nerviosa. Nikki echó la cabeza hacia atrás y dio un gran sorbo de champán, que de alguna forma terminó yéndose por el sitio equivocado, y ella empezó a farfullar y a toser y a hacer ruidos que apenas sonaban humanos, y ahí estaba él, el chico más guapo de la sala, dándole golpecitos en la espalda, sobre aquel vestido tan escotado por detrás, tocando la piel de ella con la suya propia.

El staffordshire bull terrier que estaba a sus pies ladró y gruñó, y se puso a dar vueltas en círculos, persiguiendo su cola. Nikki se concentró y regresó al patio de entrenamiento, envuelta en aquel día gris. En vez de un vestido de seda, bajó la vista hacia sus botas llenas de barro, mientras aquel perro rechoncho zigzagueaba entre ellas. Nikki se rio.

— Está bien, pequeño — dijo —. ¡Eres un chico muy vital!

Y el perro corrió hacia ella y saltó, haciéndola tambalearse hasta que pudo darle un buen lametazo en la cara.

— ¡Nikki! ¡Teléfono!

Ella apartó al perro y se limpió la baba de las mejillas. Todavía riendo, entró en el despacho para coger el teléfono. A veces Chanel la llamaba con algún que otro drama, pero no era la voz de Chanel.

— ¿Nikki? Soy Ricardo. Siento mucho molestarte en el trabajo, pero sé que querías que lo hiciese. Me pregunto si estaréis en casa esta tarde.

A Nikki empezó a latirle el corazón tan fuerte que le dolió. ¿Por qué llamaba? ¿Había algún problema con la solicitud?

— Podemos estar. ¿Va todo bien?

— Bueno, todavía no hay nada por lo que emocionarse, pero hay un niño del que me gustaría hablar con vosotros: un niño adorable que

necesita una familia muy especial pero, como digo, es demasiado pronto, así que no os pongáis muy nerviosos.

Nikki oyó todas las palabras que dijo Ricardo, y miró por la ventana al bull terrier, que saltaba arriba y abajo, y daba vueltas y vueltas como su corazón. Ricardo habló otros cinco minutos, pero todo lo que Nikki podía oír eran las palabras «hay un niño» una y otra vez:  
Hayunniñohayunniñohayunniñohayunniñohayunniñohayunniño.

Ese día, por la tarde, miraron por la ventana y vieron cómo el coche de Ricardo se paraba fuera, con la ventanilla bajada y música tecno sonando a todo volumen durante unos segundos hasta que Ricardo apagó el motor. Observaron a Ricardo recorriendo el camino hacia la casa, luciendo el sombrero de ala más ancha que Nikki había visto jamás, y les costó, a pesar de la tensión y de la importancia de la visita, no reírse. Se extendía a ambos lados de su cabeza como un paraguas y, cuando Ricardo estuvo cerca de la puerta en la que ellos lo esperaban, Obi le comprimió con firmeza la mano a Nikki y tosió. Obi estaba apretando la tripa hacia dentro, intentando no reírse. Como se echase a reír, Nikki iba a enfadarse mucho. Todo dependía de esa visita.

—Hola, queridos —saludó Ricardo, alargando un brazo más allá de la sombra que proyectaba su sombrero—. Gracias por recibirme hoy.

—Hola. Pasa. —Nikki retrocedió unos pasos para dejar que Obi y Ricardo cruzasen la entrada. Ya había dispuesto unas galletas y tarta, zumo y una tetera en el salón. Ricardo la siguió, se sentó y se quitó rápidamente el sombrero.

Bajo el sombrero, el pelo de Ricardo estaba azul.

Nikki y Obi se quedaron mirándolo durante lo que parecieron siglos, y el silencio llenó todos los rincones de la sala. Nikki intentó hablar pero no le salieron las palabras. Obi empezó a reírse, sujetándose la tripa con la mano: una verdadera carcajada, sin posibilidad de ocultarla. Nikki quería llorar. Con lo mucho que quería a Obi, y a veces lo mataría. Pero parte de ella también quería echarse a reír.

—Oh, esto —dijo Ricardo, empezando a reírse también, mientras se

frotaba el pelo—. Lo siento. Es mucho más brillante de lo que pretendía.

Volvió a reírse y Nikki solo pudo oír a dos tipos riéndose tontamente como niños, y se imaginó su propia felicidad planeando por el aire entre ellos, como un colibrí, demasiado veloz, demasiado pequeño para que se percatasen.

—Pero, en serio..., debo parecer muy poco profesional. ¡Soy una persona muy profesional, de verdad! Se suponía que se iba con el lavado. De todos modos, nunca deberías creer lo que pone en la caja... ¡No hagáis siempre lo que dice el envase! —Ricardo echó la cabeza hacia atrás, su risa se veía interrumpida por resoplidos cada pocos segundos.

—Bueno —habló Obi, sentándose por fin, tras haber logrado calmarse—, ¿te apetece un poco de té?

—Estupendo —contestó Ricardo.

Nikki estaba sentada en una silla justo delante de él, intentando no fijarse en el pelo azul eléctrico o en el sombrero gigante sobre el respaldo del sofá, como un satélite. Intentó concentrarse en la imagen de un niño, en ellos como padres.

Ricardo bebió un poco de té y tomó tres pedazos de tarta, cubriéndose de migas por completo. Nikki casi podía oír lo que pensaba Obi: «No podemos confiar en un hombre con esta pinta, con el pelo azul; ¿cómo va a ser un trabajador social en activo?».

—Como dije, hay un niño, y debo deciros que creo que seríais una muy buena pareja para mi precioso Elijah. He traído el papeleo para repararlo, pero me temo que no se ha hecho con gran detalle. No obstante, claro, puedo completar los datos. Verdaderamente es un niño precioso de siete años. Por supuesto, hay muchas cosas de las que tenemos que hablar, factores que pueden afectar su comportamiento futuro. —Se detuvo—. Ha tenido conductas muy desafiantes en el pasado. Podría haber estado implicado en un incendio..., incluso haber tratado de hacer daño a uno de los otros niños en acogida en su último emplazamiento.

El rostro de Obi permaneció neutral. Pero, incluso entonces, Nikki juraría que notó cómo las comisuras de su boca se doblaban hacia arriba.

—Ha vivido algunas experiencias terribles, pero parece ser resistente. Ha sufrido, sin embargo, un gran trauma, muchos traslados y maltrato..., tanto por abandono como físico... Y su madre biológica tiene un historial de problemas de salud mental, algunos de los cuales pueden ser hereditarios. Sé que esto es mucho para asumirlo, y no estábamos considerando una adopción para Elijah en absoluto; estábamos buscando un régimen de acogida a largo plazo. Pero, lo ha hecho tan asombrosamente bien en la terapia que creemos que podría irle bien en un ambiente familiar. Con la familia adecuada, por supuesto. En cuanto al contacto, en estos momentos es solo por correo, pero de ser posible nos gustaría hacer un encuentro cara a cara dos veces al año. Se ha animado a la madre biológica a empezar a escribir cartas, pero no estamos seguros de cómo irá eso. Si son demasiado inapropiadas para su edad o perturbadoras en cualquier sentido, las guardaremos y nos aseguraremos de que las reciba cuando sea más mayor. Mientras tanto, he preguntado si ella puede mandar postales o escribir de forma más adecuada a su edad, cartas generales. En todo caso, dejadme que os hable del niño, Elijah, mi precioso Elijah.

Sonrió, y Nikki notó que se disipaba su ansiedad.

—Es encantador y todo un carácter. Adora los animales, así que, Nikki, tendríais mucho en común. Le gusta todo lo que tiene que ver con la naturaleza. Le encanta aprender sobre hábitats distintos. Su cuidadora temporal en acogida dice que su cosa favorita son... los documentales sobre historia natural. Tiene casi una colección de libros de texto sobre animales, que le encanta hojear. No sabe leer y va un poco retrasado en los estudios, pero eso tiene más que ver con su falta de oportunidades que de capacidad. —Ricardo volvió a sonreír—. Ahora bien, tenéis que ser conscientes de que cuidar de él será probablemente el trabajo más duro que hayáis hecho nunca. Y esperamos que lo dejéis todo para cuidar de él. Sé que hemos hablado de esto antes, pero tenéis que estar en casa.

—Mi director ha dicho que puedo tener un horario flexible — Nikki miró a Ricardo. Salir con los perros era parte de su identidad—. Podría trabajar unas pocas horas al día cuando Elijah esté en el colegio.

Obi la miró directamente.

—Por supuesto, te quedarías en casa si tuvieses que hacerlo —dijo. Nikki asintió.

—Por supuesto.

Ricardo tomó otro sorbo de té.

—Podría funcionar. Pero hay mucho sobre lo que pensar y de lo que hablar. Si queremos seguir adelante, después pasará a un panel de asignación..., expertos que estarán de acuerdo en que hacéis buena pareja vosotros y el niño, o no. En esa fase muy rara vez tenemos desacuerdos, he de decir. Y Elijah es un caso bastante especial, así que posiblemente seáis una de dos, si no la única familia a la que estemos considerando para él. —Frunció el ceño—. Elijah tiene problemas para distinguir la fantasía de la realidad. Incluso ha dicho que piensa que es malo. Hay una investigación en curso para averiguar si sufrió algún tipo de abuso ritual.

Abuso ritual. Nikki sintió que se le hundía el estómago. ¿Qué significaba eso?

—Parece grave —dijo.

—Bueno, lo es, pero todavía no sabemos nada. En cuanto a que Elijah diga que es malo, mi sensación es que lo han hecho sentir que es malo, malvado, y eso es exactamente lo que cree, pero no es parte de él por naturaleza. Veréis. Hay un patrón. El comportamiento de Elijah solo se vuelve grave cuando algo va mal con su madre biológica o con el lugar donde está viviendo... Y todo parece comprensible, pero obviamente tiene que abordarse. Ya veis que hay mucho trabajo por delante, y eso significará dejar el trabajo en cualquier momento si se detecta que tiene un mal día, o pasa algo en el colegio.

—Por supuesto. Estamos totalmente preparados para eso. —Obi se inclinó hacia delante y puso la mano sobre la rodilla de Nikki—. Y ambos estamos comprometidos. Yo podría pedir algo de tiempo libre en el trabajo también, en circunstancias especiales.

El trabajo de Obi era importante, trataba con solicitantes de asilo que acababan de llegar al país, estaban aterrados y solos, a menudo sufrían por cicatrices físicas y psicológicas. Nikki sabía que ella sería la cuidadora principal. Recordó a la madre que vio en el parque, dejando que su hijo trepase alto en un árbol, con los brazos extendidos, lista

para cogerlo. Ella podría hacer eso. Ellos podrían hacerlo. Estaban muy cerca de tener un hijo.

—¿Y si no somos una familia adecuada para él? —preguntó Nikki—. ¿Has dicho que podríamos ser los únicos?

—Bueno, es complicado. Pero, básicamente, Elijah puede tener una edad en la que una unidad residencial fuese más apropiada que un entorno familiar.

—¿Quieres decir un centro de acogida de menores?

—No son tan malos como pensáis —contestó Ricardo—. Y para algunos niños la vida familiar puede ser sencillamente imposible. Elijah puede estar yendo en esa dirección, y la gente no da un paso al frente por niños más mayores...

—Tiene siete años —replicó Obi.

—Lo sé. Parece una locura, ¿no? Pero Elijah ha vivido varios traslados que han podido afectar a su acoplamiento. Y estuvo con su madre biológica hasta los cinco. No quiero pintar un cuadro totalmente negativo, pero Elijah tendrá problemas muy importantes y tenéis que estar preparados.

—Siete años —repitió Obi, negando de nuevo con la cabeza.

—Es importante recordar que todos los niños que necesitan ser adoptados tendrán necesidades especiales de algún tipo. Todos. Y el factor decisivo parece ser lo resistentes que son; de verdad, Elijah resulta extremadamente resistente. —Se detuvo—. La otra condición esencial es que Elijah requiere ser hijo único. Sé que por cuestiones médicas no estáis en realidad en disposición de tener otro hijo, pero aun así lo quería decir... por esa pequeña posibilidad. No puedo dejar de recalcarlo. No seguiríamos adelante con el proceso si planeaseis tener hijos biológicos pronto. Creo que quizás cuando sea mucho mayor, dependiendo de cómo le vaya, podríais considerarlo, pero tenéis que dejar pasar un tiempo considerable o realmente podría afectar al acomodo de Elijah. Ha sufrido demasiados traslados y demasiado maltrato como para compartir a sus padres, y necesita que lo cuiden como si fuese un niño mucho más pequeño, porque se perdió esas experiencias y por eso emocionalmente requiere mucha atención.

—No estamos intentando tener hijos biológicos —dijo Obi—. Ya



no. No creo que podamos volver a pasar por eso.

—Nos lo han dicho muchos médicos —siguió Nikki—. Nos han asegurado que sería muy difícil, casi imposible, que me quedase embarazada ahora..., tras haber perdido a mi niña, que nació muerta. Pero, aunque no fuese así, tomo anticonceptivos para regular mi menstruación. Así que realmente no hay posibilidad.

—Bueno, esto está aclarado. —Ricardo se inclinó hacia delante—. Creo que lo que estáis pensando hacer es una cosa muy grande —afirmó—. A mí mismo me encantaría adoptar algún día, en Brasil. Creo que también elegiría considerar a un niño más mayor. —Después empezó a hablar sobre Elijah de nuevo—. Es el niño más hermoso —dijo—, el más amable, el más dulce. —Y la cara le cambió, y habló de Elijah como si fuesen viejos amigos, o incluso familia.

Nikki vio que Ricardo quería a este niño, Elijah. Y el sombrero o el pelo azul no importaron en absoluto. Ricardo quería al niño.

—¿Os gustaría ver una foto antes de ponernos con el papeleo?

Nikki notó que respiraba deprisa, el corazón le latía más rápido. Ahí estaba, de pronto, ante sus ojos y los ojos de Obi: un niño, sonriendo, hoyuelos, dientes diminutos.

—¿Qué es eso que tiene en la frente? —Nikki señaló la foto. Había una marca, una línea.

—Es una pequeña cicatriz por un incidente de cuando ingresó en el hospital. Tuvieron que hacerle una pequeña operación y nunca quedó claro cómo se había hecho la herida. Pero ahora está bien, no tiene ningún problema de salud.

—Comprendo —contestó Nikki. Solo era una pequeña cicatriz.

—¡Es muy guapo! —soltó Obi.

Nikki se fijó en los ojos de Elijah y por un instante intentó imaginar lo que habrían visto esos ojos, y todo cuanto quería hacer era abrazarlo. Agarró con fuerza la mano de Obi y miró directamente a Ricardo.

—Gracias —dijo.

## Nueve

Elijah ya había estado en casa de Nikki y Obi cuatro veces, durante la etapa de presentaciones, pero nada parecía real. Elijah se quedaba dos noches, después volvía a casa de Nargis y hablaba con Ricardo antes de regresar. Ahora era 14 de julio y Elijah se había ido a vivir con ellos. Para siempre. Incluso cuando Ricardo le contó a Elijah que había encontrado una familia permanente, padres con los que podría vivir hasta que creciese, no parecía real en absoluto. Obi se parecía un poco a Mama y, aunque Nikki no se parecía a Mama en absoluto, tenía una cara agradable. Tranquila y suave. Como el agua en la bañera si te quedabas quieto, realmente quieto.

Cuando pensaba en Mama, Elijah quería hacerse un ovillo y no deshacerse nunca. Pero Ricardo sonreía y le decía que todo iría bien.

—Te mereces querer y estar en una familia y encontrarte a salvo. Eres un buen chico, Elijah, que se merece una familia que lo quiera.

Él miró la fotografía de nuevo y buscó y buscó. Ricardo se lo contó todo durante visitas, presentaciones y visitas nocturnas.

—Todo irá bien, lo prometo. Es una buena pareja.

Pero nada parecía real. Lo único real era el brujo y el amor de Mama, la voz de ella en su cabeza: «Nos pertenecemos, tú y yo, por toda la eternidad e incluso después de eso».

Ahora estaba ahí, durmiendo en su nueva cama, en su nueva habitación, en su nueva casa, con su nueva familia, y solo podía pensar en Mama. ¿Mama sabía que estaba en casa de otra mujer? Ricardo dijo que Mama se sentía demasiado mal como para verlo por el momento, aunque les habría gustado organizar una visita de despedida.

—Solo la llamamos así —explicó Ricardo—. Sabemos que tendrás contacto con Mama dos veces al año.

Visita de despedida.

Dos veces al año.

Mama querría morirse.

—Podría ayudar, creo —siguió Ricardo—, llamar a Nikki y Obi «mamá» y «papá». No siempre es adecuado para todos los niños, pero te conozco muy bien, Elijah, y, si puedes, creo que ayudaría.

Elijah había mirado la fotografía una, y otra y otra vez durante el último mes. Mamá y papá. Nunca podría llamarlos así. Nikki y Obi dijeron que estaba bien. Dijeron que incluso si para siempre se refería a ellos como Nikki y Obi no les importaría porque ser mamá y papá tenía que ver con muchas más cosas que un nombre. Y Chioma dijo que debería llamarlos como él quisiera. Siempre que no fuese una palabra fea, dijo. Y los dos sonrieron. Había un chico, tres escuelas antes de la actual, que decía la palabra que empieza por jota todo el tiempo y, una vez, Elijah preguntó qué significaba y lo enviaron a sentarse frente al despacho del director. El director no sonrió, pero la sonrisa de Chioma nunca era de enfado. Seguramente él podría decir la palabra con jota y aun así ella sonreiría y le daría un abrazo.

Pero ni siquiera la sonrisa de Chioma podía hacer que Elijah dejase de pensar en «para siempre». Para siempre daba miedo. ¿Y si el brujo le mandaba hacer algo malo? La noche era más oscura y la mañana quedaba lejos. Nikki había dejado sobre la cama un pijama con dibujos de dinosaurios. Elijah odiaba los dinosaurios; le gustaban las criaturas vivas, las que habían sobrevivido y respiraban bajo la luz del sol, no las que habían recorrido la tierra con brujos y habían muerto un millón de años antes, pero sabía que disgustaría a Nikki si se lo decía, y no quería hacer que la gente se disgustase más de lo que le disgustaban a él los dinosaurios. Así que se lo puso, se metió en la cama y se tapó con la colcha; vio cómo las formas de las sombras se convertían en dinosaurios y empezaban a moverse, gruñendo y volando por su habitación. Al cabo de unos minutos, oyó que llamaban suavemente a la puerta.

—Elijah, ¿te has cambiado? ¿Puedo pasar?

Nikki entró y se arrodilló junto a la cama. Olía a algo agradable y fresco, como el aire de afuera. Llevaba pendientes diminutos que

brillaban y a Elijah le recordaron al juego que jugaba con Mama, buscando las mejores estrellas.

— ¿Te apetece un cuento?

Elijah se desmereció y abrió los ojos. Levantó la vista hacia la estantería llena de cuentos que estaban aguardando. Nikki se levantó y alargó la mano para coger uno.

— Este es muy bonito, se titula *El principito*.

Elijah sonrió en aquella media luz. Mama lo llamaba «principito» a veces.

Nikki leyó un capítulo entero sobre un niño al que le gustaba dibujar animales y encontró un dibujo de una boa constrictor, que era la serpiente favorita de Elijah. Cuando Nikki le enseñó el dibujo de una boa constrictor tragándose a un animal, Elijah se quedó boquiabierto. Quiso mirar el dibujo una y otra vez, y escuchar el cuento una y otra vez. Nikki tenía una voz suave, muy bonita, y hacía que él notase su cuerpo menos pesado. Pero Nikki cerró el libro.

— ¿Me quedo contigo mientras te duermes? Quizás da un poquito de miedo quedarse aquí en tu primera visita por la noche. La primera noche que pasas aquí.

Elijah vio que los dientes de ella estaban tan apretados que no había ningún hueco entre ellos.

Negó con la cabeza. Debía de estar cansada y, aunque le hubiese gustado que se quedase, Elijah sabía que en realidad no quería hacerlo. Lo sabía por la manera en que Nikki lanzaba miradas hacia la puerta, y también porque le temblaba un poco la voz, con sus dientes muy juntos. Nikki tenía los hombros muy erguidos, y una espalda larga, incluso cuando estaba sentada. Era muy distinta a Sue, a Linda, a Marie, a Nargis y a Olu. Era un poco guapa, pero no tan guapa como Mama. Mama era muy guapa porque era un ángel. Nikki posiblemente fuese un ángel menor, un ángel en periodo de formación. Se aseguraría de que no le gustase Nikki. No estaría a salvo si le gustase. Sus poderes estaban muy débiles, pero aun así él podría quemarla con sus ojos láser o convertir su piel en plomo fundido. Observó la cara de ella para buscar algo feo en lo que concentrarse, pero no había nada. Sus pecas eran bonitas y Elijah ya había notado cómo cambiaban de color. Cuando Nikki estaba

realmente entusiasmada o feliz, se ponían más oscuras y cuando estaba tranquila o parecía un poco triste, sus pecas se aclaraban. Mama le había contado que Dios mandaba ángeles para que besasen a gente especial, y los besos de los ángeles eran tan poderosos que cada beso dejaba una marca que la gente llamaba peca. Mama decía que podías confiar en la gente que tenía muchas pecas.

—¿Te apetece hablar de algo? ¿O preguntarme alguna cosa? Creo que ya hemos leído bastante por esta noche, pero puedo cantarte una canción si quieres..., aunque, te aviso que no soy una gran cantante.

Centró la mirada en Elijah. Él no podía recordar el sonido de nadie cantando. Mama solía cantar todo el tiempo y el corazón de Elijah no podía recordar cómo sonaba. Dentro de él había un vacío muy ancho y profundo: el agujero que solía estar lleno de Mama.

Nikki se quedó sentada muy quieta durante un rato, y después dio unas palmaditas a Elijah por encima de la colcha y salió de la habitación.

—Dejaré esta lamparita encendida —dijo—, y, si nos necesitas por la noche, tan solo entra en nuestro cuarto. No nos importa. Si tienes una pesadilla o te sientes un poco solo, sencillamente despiértanos. Por cualquier cosa. ¿De acuerdo? —Le tembló un poco la voz—. Obi también vendrá a darte las buenas noches en un momento.

Mientras se marchaba, Elijah pudo oírla tararear. Ella giró la cabeza. Él se aseguró de sonreír, aunque quería llorar. No quería que ella se preocupase o no consiguiese dormir, porque no era agradable cuando no lograbas dormir. Elijah no podía dormir la mayor parte de las noches y sabía lo horrible que era, lo lento que podía pasar el tiempo. En noches así, cerraba los ojos apretándolos con tanta fuerza que veía sombras tras ellos y colores moviéndose en su interior. Se sentía como si estuviese dentro de una boa constrictor esperando ser digerido. Tendría que esperar mucho tiempo hasta que su cuerpo no fuese nada, solo polvo.

Obi apareció a continuación. Tenía los brazos tan anchos como piernas, y dientes grandes como un tiburón. Pero no parecía malvado en absoluto. A Elijah le repiqueteaba el corazón. Pero Obi se inclinó desde su altura y acercó la cara a la de Elijah, hasta que Elijah respiró la respiración de Obi, el aire entre ellos se volvió tibio. Después Obi

besó su mano gigante y tocó la mejilla de Elijah con la parte de la mano que había besado, con mucha suavidad.

— Buenas noches, Elijah — dijo, y se marchó, también.

Elijah se quedó tumbado, muy quieto, pero dentro de él el corazón le repiqueteaba más fuerte. Elijah rezó. «Querido Dios, por favor, dile a Mama dónde estoy. Por favor, ayúdame a luchar contra el brujo. Amén». Todo era extraño. Incluso con la lámpara encendida, la oscuridad era demasiado completa y la mañana estaba demasiado lejos. Elijah notó cómo se mojaba, y supo que Nikki y Obi lo olerían y posiblemente lo mandarían de vuelta. El rubor se arrastró de sus mejillas hasta el cuello, hasta que todo estuvo más caliente que el fuego. Cerró los ojos muy fuerte y soñó con Mama. Pero en el sueño era de noche y Mama estaba aullándole a la luna, como un lobo, y arañándose la cara hasta que ya no era guapa, y no existía nada, ni siquiera los ángeles, ni los dinosaurios.

A la mañana siguiente, Elijah se despertó tarde. El sol estaba entrando por el hueco que había debajo de las cortinas, cambiando el color de la habitación. Había un reloj junto a su cama, donde ponía: 9:05. Escuchó a ver qué captaba, y oyó ruidos metálicos y risas que venían del piso de abajo. Durante unos segundos cerró los ojos y buscó a Mama, pero no pudo verla allí; en lugar de eso pudo olerla: una mezcla de plátano quemado y pimientos rojos Scotch-bonnet. Y la sintió peinándolo, tirando con suavidad de los enredos y frotándole aceite de oliva en el cuero cabelludo, después besándolo en la mejilla, y entonces la oyó: «Hijito, mi corazón late al mismo ritmo que tu corazón».

Elijah se levantó despacio, respirando por la boca. Se puso una bata sobre el pijama y la anudó fuerte. Lo que había mojado estaba seco pero podía olerlo, incluso a través de la bata. Al menos Ricardo vendría, si después de aquello lo devolvían. Bajó las escaleras despacio, agarrándose a la barandilla. En la pared había fotos de Nikki y Obi, niños y gente mayor. Y perros. Pero Elijah solo se detuvo para volver a mirar a los perros. Alargó el brazo y tocó una foto, deslizando las puntas de los dedos sobre la cara de cada perro.

Algunos tenían forma cuadrada, lomos anchos y cuellos cortos, otros estaban desaliñados y cubiertos de barro, y un perro tenía una oreja hacia arriba y otra hacia abajo, como si pareciese sorprendido. Todos los ojos que había en las fotos lo observaban al pasar.

—Aquí está. —Nikki estaba de pie en la cocina, sujetando una sartén—. He preparado gachas y he comprado sirope, y también tenemos arándanos. He pensado que podríamos tomar gachas hoy y tortitas mañana, cuando Papá venga a saludar, porque le vuelven loco las tortitas. A Obi le gustan con mantequilla, que creo que es horrible, pero tú eliges. ¿Quieres gachas?

Elijah no dijo nada. Sabía que podrían oler lo que había mojado. El rostro de Nikki tenía una expresión disgustada y herida. La cocina se quedó verdaderamente en silencio durante unos pocos segundos, solo llena del mal olor. Obi movió una silla hacia atrás y Elijah se sentó. Los brazos de Obi parecían incluso más largos así, vestido con camiseta. Delante de él tenía un periódico y una taza de café. En medio de la mesa había una planta con flores amarillas diminutas, redondas, sobre ramitas largas y delgadas que parecían dedos; todas apuntaban hacia Elijah.

Nikki se arrodilló al lado de Elijah.

—¿Tuviste un accidente, Elijah? No pasa nada. Ven conmigo y te lavaremos en un momento, ¿sí? Y luego más tarde, después de desayunar, puedes darte un buen baño.

Elijah se ruborizó por completo. Obi no levantó ni una vez la vista del periódico, pero sus ojos no se movían entre las palabras. Se quedaron fijos en una palabra todo el tiempo. Después, de pronto, levantó la mirada y eso hizo que a Elijah se le acelerase el corazón; los ojos de Obi eran totalmente marrones, como un castaño de Indias que Mama encontró una vez para él en el parque. Elijah le sonrió a Obi, y Obi le devolvió la sonrisa.

Elijah siguió a Nikki para regresar al piso de arriba, pasando junto a los ojos que lo miraban, y dejó que ella le desatase la bata. En el baño, Nikki esperó a que Elijah se desabrochase los botones del pijama de la parte de abajo, y llenó el lavabo de agua caliente, burbujeante. Metió una esponja y se la pasó a Elijah. Él se lavó la parte de abajo y ella le dio una toalla.

—Eso está mejor —dijo Nikki. Pasó los dedos sobre la parte de arriba del pijama—. Está un poquito mojado —siguió—. Vamos a darle un lavado rápido también arriba, ¿de acuerdo?

Entonces ella tiró del pijama para quitarle la parte de arriba por la cabeza. Se le escapó un grito ahogado. Se llevó la mano a la boca pero la dejó caer con rapidez. Elijah había visto esa expresión antes, cada vez que alguien veía las señales sobre su cuerpo. Tenía la espalda y el pecho cubiertos de líneas entrecruzadas, líneas borrosas con diferentes tonos de oscuridad, bultos y manchas circulares: puntos de decoloración.

Elijah mantuvo la vista al frente. No quería mirar sus señales. No quería mirar la cara de Nikki, llena de preguntas. Elijah se envolvió de nuevo con la bata, pero el lazo se había caído al suelo.

—Oh, Elijah —dijo Nikki. Le tendió la mano—. ¿Quién te hizo esto?

«Levítico 20, 27:Y el hombre o la mujer que evocase espíritus de muertos o se entregase a la adivinación ha de morir. Serán apedreados; su sangre será sobre ellos».

Elijah podía recordar las palabras exactas que había oído una y otra vez porque le hicieron aprendérselas de memoria y decirlas en voz alta hasta que le dolía la garganta. Pudo sentir al brujo arrastrándose por su estómago, trepando hacia su garganta, poniendo en marcha el láser en sus ojos. Si Nikki no se apartaba, el brujo la quemaría y se la comería. La golpearía para cegarla y que ya no pudiese mirar más.

—Deja de mirarme —dijo Elijah.

Pero Nikki siguió mirando. Su mano planeó por encima del pecho de Elijah, por encima de la bata, y después bajó hasta la parte inferior de sus piernas, donde no podías darte mucha cuenta pero, si te fijabas bien, veías que la piel estaba desigual y distinta, y a Nikki se le llenaron los ojos de lágrimas porque no podía querer a un niño como Elijah. No podía querer a un niño con señales. Nadie podía. Elijah intentó empujar al brujo hacia abajo, pero el brujo agarró la mano de Elijah y la usó para sacudir la mano de Nikki y apartarla. Nikki chilló y saltó hacia atrás, sujetándose la muñeca, frotándosela, pero siguió mirando fijamente, y el brujo estaba listo para saltar. Elijah quería avisarla. Abrió la boca y las palabras salieron.



—El demonio merodea como un león rugiente buscando alguien a quien devorar.

Nikki abrió mucho los ojos y su rostro se retorció mientras el brujo usaba sus poderes para entrar en el cuerpo de Nikki y comprimir sus intestinos mientras Elijah estaba ahí de pie, observando. Ella se arrodilló, soltando todo el aire por el dolor que el brujo le causaba en las tripas, y después por fin cerró los ojos. Alargó la mano y le apretó el brazo a Elijah.

—Lo siento, Elijah. —Su voz salió temblorosa y muy entrecortada. El brujo no la estaba dejando respirar—. No quería mirar. Solo es que... Oh, pobre Elijah. —Negó con la cabeza y se tapó los ojos con una mano, apretando.

Elijah luchó contra el brujo. Nikki no era mala. Era buena y amable, y solo quería ayudarlo, y no era culpa de ella que el brujo hubiese hecho a Elijah de tal forma que nadie pudiera quererlo. Respiró profundamente y despacio, como Chioma le había enseñado, y el brujo dejó a Nikki. Esta miró a Elijah directamente a los ojos.

—No hay nada malo en ti, Elijah. Me ha impresionado, pero las cicatrices no impiden que seas perfecto. —Procuró sonreír—. Eres un buen chico y no te mereces nada de lo que te ha pasado. Y por eso estás aquí, por eso Obi y yo estamos aquí. Estamos aquí para cuidarte y quererte.

Y Elijah cerró los ojos y lo centró todo en presionar al brujo de nuevo hacia abajo, aplastándolo para que quedase tan pequeño que no pudiese dañar a nadie. El brujo se quedó quieto. Elijah abrió los ojos y Nikki puso una cara como si estuviese intentando sonreír.

—Vamos a desayunar, ¿vale?

Nikki lo ayudó a ponerse la bata y ató el nudo con tanta suavidad que se abrió mientras bajaban las escaleras.

Obi levantó la vista del periódico que estaba leyendo, que había extendido sobre la mesa de la cocina, pero después volvió a bajar la mirada. Nikki ayudó a Elijah a vestirse con la ropa que había colocado sobre la silla, y después le dio unas gachas. Cuando se las terminó, Obi dejó el bolígrafo.

—¿Estás listo? —preguntó—. ¿Jugamos a fútbol en el jardín?

Elijah asintió. Le gustaba estar en el jardín y estar cerca de Obi. No

podía dejar de mirar los brazos de Obi y preguntarse si era el hombre más fuerte del mundo. Siguió a Obi para cruzar las puertas de cristal que había en la parte trasera de la cocina. Nikki caminaba delante de ellos. Estaba respirando realmente deprisa.

El jardín era alargado y estrecho, y tenía una zona de césped y dos filas de flores por la parte de afuera, rebosando rosas de todos los colores y flores blancas diminutas que trepaban por las vallas y se retorcían por los huecos en la parte superior. Cerca de la cocina había una zona empedrada, donde Nikki se sentó en una silla junto a una mesa sobre la que había un paraguas gigante. Encima de la mesa, Nikki había puesto una bandeja con una jarra de limonada y tres vasitos. Nargis nunca preparó limonada y Sue no le dejaba beber en vasos de cristal, pero Olu le dejó tomar limonada una vez de una botella y Sue puso hielo dentro, y Elijah se acordaba del sabor y de cómo Fola le llenó el vaso tres veces y se llevó un dedo a los labios cuando Olu les dijo que no bebiesen demasiado.

En el otro extremo del jardín había una cama elástica, unos columpios y una pequeña red blanca con un balón de fútbol en su interior. Obi corrió hacia él y dio una patada a la pelota, hacia Elijah.

— ¡Cuidado con mis flores! — gritó Nikki—. Deja que Elijah chute y tú quédate en la portería. — Sus palabras eran normales, pero la voz le temblaba un poco. Elijah realizó unas comprobaciones, pero no notó la presencia del brujo.

Obi puso los ojos en blanco para que Elijah pudiese verlo, pero Nikki seguramente estaba demasiado lejos para darse cuenta. Elijah chutó el balón hacia la portería. El balón se estrelló contra el poste y rebotó hacia atrás como si estuviese vivo.

— ¡Casi! — gritó Obi—. Buen tiro.

Mantén las manos levantadas delante de él como si fuese un auténtico portero, basculando. Su cuerpo era tan grande que Elijah ni siquiera podía ver la red; la red era más pequeña que la espalda de Obi, a pesar de eso, al siguiente tiro, Obi saltó al lado equivocado y la pelota se coló dentro.

— ¡Guau! — Obi se incorporó y corrió hacia Elijah, encaramándolo a uno de sus hombros. Dio vueltas corriendo por el jardín, gritando —: ¡Gol! ¡Gol!

Elijah sonrió. Cuando terminó de correr y gritar, no bajó a Elijah. En vez de eso, se acercó al árbol que había detrás del columpio y señaló hacia arriba.

—Cógeme una, por favor —pidió—. No estarán maduras hasta el otoño, pero me encanta el sabor ácido.

Elijah miró el árbol que tenía delante, lleno de manzanas diminutas. Las tocó una a una, estaban duras, eran pequeñas y verdes. Nunca antes había cogido manzanas de un árbol. Obi lo dejó en el suelo.

—Gracias —dijo, dando un mordisco a su manzana—. No te olvides de comprobar si hay gusanos.

Elijah dio vueltas y vueltas a su manzana. La olió (ácida) y mordió la piel.

—¡Puaj! —soltó, y Obi se rio.

Caminaron de vuelta hacia la casa y Nikki les sirvió un poco de limonada.

—Eso ha sido buen fútbol —dijo Nikki—. ¡Eh! No debéis comer todavía las manzanas... No están maduras. —Miró a Obi—. Aunque es difícil esperar... Me encantan las manzanas.

Elijah respiró profundamente y miró a Nikki a los ojos.

—Algunas están más maduras —dijo, y se fue corriendo al fondo del jardín. Cuando llegó al árbol, saltó tan alto como pudo y alargó el brazo, pero no pudo coger ninguna. Estaba demasiado alto. Se giró hacia Nikki, que le estaba haciendo gestos con la mano.

—No te preocupes —gritó ella—. Puedes arrancarme una en septiembre, cuando estén listas. —El brazo no le temblaba en absoluto. Parecía fuerte, como el tronco de un árbol.

Elijah levantó la mirada hacia el árbol enorme y vio una manzana, más baja que el resto, que estaba ligeramente roja y no era tan pequeña. Se puso en cuclillas y apretó los pies sobre el césped, impulsándose todo lo alto que pudo, y cogió la manzana.

—¡He cogido una que está lista! —gritó, y volvió corriendo hacia Nikki y Obi.

Nikki se rio.

—Lo has hecho, Elijah. Gracias. Y en septiembre u octubre te daré una cesta y podrás coger las manzanas por mí. Podemos hacer tarta de manzana juntos.

Se sentó al lado de ella. En vez de apartarse, Nikki se acercó un poco más. Elijah miró la luz centelleando entre las hojas del manzano. «Septiembre u octubre», pensó.

— Pareces muy concentrado — dijo Obi, mirando la cara de Elijah. Obi había puesto la mano sobre la de Nikki.

— Me gusta mucho ese árbol — contestó Elijah.

Nikki giró la cabeza para mirar a Elijah.

— Eso es exactamente lo que estaba pensando yo — dijo.

Antes de irse a la cama, Elijah se acercó a la ventana y miró a la calle. Intentó adivinar qué pedazo de cielo estaría mirando Mama, pero no podía pensar bien. De pronto se sintió un poco mal por divertirse con Obi, pero no sabía por qué. Las casas de enfrente tenían distintas formas y tamaños, pero todas eran altas y tenían chimenea. Nikki estaba de pie detrás de él. Pudo ver la mano de ella sobre su hombro. Esperó y esperó hasta que ella retiró la mano.

Cuando Elijah estaba a punto de girarse, algo le llamó la atención. En el piso de enfrente había una ventana y una niña de pie delante de ella. No podía verla con claridad pero sí vio que llevaba trenzas, una a cada lado, y tenía la piel blanca, y tras ella, sobre la pared de su habitación, había un póster de un mapa gigante. Estaba lanzando destellos con una linterna hacia la ventana, directamente hacia ellos.

— ¿Quién es?

— Oh, sí; es una nueva amiga para ti. Es mi sobrina, Jasmin. Vive al otro lado de la calle y tiene tu edad... Iréis al mismo curso en el colegio. Estoy segura de que seréis grandes amigos. Cuando estés un poco más instalado, te la presentaré. Es un personaje bastante divertido.

Elijah miró a la niña e intentó contar los destellos. Quizás estaba diciendo algo en clave. Quizás necesitaba ayuda.

— No tengo amigos — susurró Elijah —. Aparte de Ricardo. Él es mi mejor amigo.

Nikki tragó saliva con mucha dificultad, como si tuviese en la boca algo que no se quisiese comer, como verdura hervida.

## Diez

—Tiene tantas cicatrices —dijo Nikki—. Obviamente está la que tiene en la frente, ya sabíamos que tenía esa. Quiero decir, las tiene por todo el cuerpo. Incluso en las piernas y en los pies. Diminutas pero perceptibles. Por todo el cuerpo. —Era muy tarde. Esperó hasta que oyó la respiración lenta de Elijah desde fuera de la habitación del niño, antes de deslizarse junto a Obi y tirar de él para acercarse...Y estaba medio dormida—. Cicatrices finas, en líneas, por el pecho y la espalda.

Se le quebraba la voz incluso ahora. Y en la habitación hacía demasiado calor. Se acercó todavía más a Obi, apretándose contra él hasta que fue casi doloroso. Necesitaba sentirle justo a su lado, para saber que no estaba sola. La primera noche que Elijah se quedó con ellos todo fue mejor de lo que ella pudo imaginar; Elijah fue educado y amable y servicial, no el niño conflictivo que habían esperado, sino un niño dulce y encantador. Fue al ver las cicatrices cuando Nikki se sintió angustiada, se hizo preguntas.

Obi la besó en la mejilla y le puso el brazo alrededor de la espalda.

—He visto clientes con las peores cicatrices imaginables, y las han asimilado. Por supuesto siempre hay un recuerdo del trauma, pero la gente aprende a vivir con las cosas.

Nikki se estremeció.

—Y las cicatrices de Elijah no son profundas. Posiblemente se le irán al crecer. Se difuminarán, al menos cuando crezca.

—Sé que nos hablaron del maltrato físico, la forma en que fue desatendido, y estaba preparada para que estuviese muy asustado y obviamente tuviese algunas marcas. Pero es que no esperaba... — Respiró hondo—. Y tenía esa expresión en los ojos.

—Estaba disgustado.

—Lo sé, pero... lo que dijo, fue muy raro. Creo que era algo de la Biblia, sobre el demonio. Desearía poder acordarme de las palabras. Fue algo como «el demonio está merodeando».

—Quizás es algo que deberíamos mencionar al equipo de Elijah. Pero Ricardo dijo que su madre es muy religiosa. Mucha gente religiosa cita la Biblia cuando está asustada... Solo será algo que ha oído.

—Lo sé, lo sé; no estoy diciendo nada..., solo es que fue muy extraño y horrible, y no lo manejé bien en absoluto. Hablaré con Ricardo.

Obi se apartó y la miró a la cara.

—Todo es nuevo para nosotros, eso es todo. Lo estás haciendo muy bien. Lo *estamos* haciendo muy bien. Por supuesto que descubriremos cosas que no sabíamos. Pero Elijah es resistente. Quizás se disgustó esta mañana, pero ¡mira cómo nos divertimos en el jardín! Unas cuantas cicatrices en su cuerpo es algo a lo que podrá hacer frente, y lo ayudaremos.

Nikki sonrió a pesar de sí misma. Obi se estaba convirtiendo en un experto en temas posadopción; en parte, por los libros que devoraba. Miró los libros que tenía Obi en la mesita de noche: *Ser padres de un niño traumatizado*; *Curar con amor*; *Resiliencia y resultados*; *Estudios de casos sobre abandono*.

Obi recorrió la mandíbula de Nikki con el pulgar. Ella cerró los ojos. Obi tenía razón. Todo era mejor de lo que habían imaginado. Por supuesto no podía esperar que no hubiera sombras del pasado del niño.

—Y mojó la cama. Sé que era la primera noche, pero eso también me preocupa. Lo que es irracional, porque muchos niños de siete años lo hacen.

—Claro que mojó la cama —dijo Obi—. Y por cierto, tengo que recordarte que Chanel me contó que tú mojaste la cama hasta los diez.  
—Se rio—. Y que te aterraba la oscuridad. Dijo que tenían que dejar encendida la luz del descansillo o de lo contrario llorabas toda la noche.

Nikki sonrió en la oscuridad.

—Llevas razón —afirmó—. Yo era una pesadilla.

—Exacto. Mira a todos los niños de tus amigas. Tía muerde; casi le arranca la nariz a otro niño de un bocado en la guardería..., tuvieron que darle puntos. Frankie tiene TDAH y no ha dormido desde que nació y, en cuanto a Jasmin, ¡no me hagas empezar!

—¡Eh! Es nuestra sobrina. ¡No le pasa nada!

—Bueno, con Chanel como madre, ha salido bastante bien, pero aun así...

Nikki dio un puñetazo al brazo de Obi. Él hizo una mueca de dolor y fingió llorar, frotándose los ojos y sacudiendo los hombros.

—¡Llegará el día en que llores!

Él dejó caer las manos y sonrió burlón. Nikki lo miró a la cara, su mandíbula fuerte, cejas perfectas.

—Tenemos que presentarles a Elijah. Están locas por conocerlo. Confiaba en esquivarlas durante una semana o así, pero Chanel no para de llamar por teléfono.

—Lo sé. Papá lo ha hecho muy bien al no pasarse, pero no estoy seguro de que logremos mantenerlo apartado mucho tiempo.

—Elijah es tan precioso, ¿verdad? —siguió Nikki. Pensó en los ojos del niño y en la forma en que sonreía usando solo la boca, la suavidad de su piel y cómo ella estaba desesperada por abrazarlo, pero le asustaba que fuese excesivo, demasiado pronto.

—Es brillante. Sigue su terapia con Chioma. Es bueno que sigan con eso, para ayudarlo a ubicarse.

Nikki cerró los ojos. Terapia de familia. Camas mojadas. Cicatrices. No era como había imaginado las cosas, pero tenía que creer que Obi estaba en lo cierto. Elijah era suyo, resistente, y maravilloso. Ella era mamá por fin, y Obi, papá. Así era como tenían que verlo, aun en aquellos primeros días. Se abrazó a Obi hasta que el despertador la sacudió para despertarla del todo.

Chanel llamó por teléfono, como solía hacer como primera cosa por las mañanas. Era la tercera mañana con Elijah. No estaba de visita. Elijah estaba en casa. Nikki llevó el teléfono al salón.

—¿Podemos pasarnos? Por favor, ¡ya no aguantamos más!

Nikki se rio.

—Todavía no. Dadle una tregua. Prometo que no será mucho tiempo, Chanel.

—Entonces ¿puedes ponerlo delante de la ventana? O al menos mándame algunas fotos. Necesito saber su talla exacta, también, y número de zapato. Hoy vamos de tiendas.

—Por favor, por favor, no le compres nada. Chanel, sé que lo haces con buena intención, pero dejemos que se ubique, por favor...

—¿Cómo lo llevas? ¿Te sientes rara? Debe de ser muy extraño...

—Es un poco raro a veces. Ha mojado la cama. Y se disgustó... Yo me disgusté... cuando vi todas las cicatrices que le cruzan el cuerpo. Tiene muchas. Pero es como siempre tuvo que ser.

—¿De qué color es?

—¿Qué quieres decir con de qué color es?

—Bueno, ¿es tan negro como Obi? ¿Más oscuro? ¿Menos? Parecía realmente negro en la foto que nos enseñasteis, y necesito saber si podría llevar colores fluorescentes. Voy a Westfield más tarde y he visto unas...

—Ahora tengo que irme, Chanel —contestó Nikki.

Colgó el auricular y miró a través de la cortina. Chanel estaba de pie en el piso frente a su casa, luciendo una bata con estampado de leopardo y lo que parecía un gorro para la ducha, y el teléfono pegado a la oreja. Nikki respiró despacio y se encontró sonriendo, imaginando a Chanel sujetando mil conjuntos para niño diferentes, y a Jasmin poniendo los ojos en blanco al ver cada uno de ellos.

Cuando Nikki volvió a la cocina, Elijah estaba arriba, dando vueltas por el aire.

—Bájalo, Papá, por favor. —Nikki se rio y dejó el teléfono antes de levantar las manos hacia el espacio donde su suegro sujetaba a Elijah sobre su cabeza—. No es un bebé... Por favor —repitió, dirigiéndose ahora a Obi, que finalmente alzó la vista del periódico.

—Tiene razón, Papá.

La voz de Obi era tranquila y clara, como siempre, y su padre bajó enseguida a Elijah. Elijah se tambaleó un poco cuando sus pies tocaron el suelo, y se sujetó a una silla. Estaba sonriendo mucho y mirando a Papá. Papá llevaba ropa nigeriana como de costumbre,



espléndidamente brillante, y a Nikki le recordaba a una flor tropical en la cocina.

—Mi pequeño nieto —dijo Papá, con suavidad—. Eres un chico muy fuerte. —Se giró hacia Nikki, arrugó la nariz hacia arriba—. Lo siento —se disculpó—. De todos modos, no está llorando. —Alargó la mano hacia Elijah, se la puso sobre la cara y le acarició la mejilla—. Estaba tan emocionado y contento que no me he podido resistir. —Se rio—. Llevo esperando mucho tiempo tener un nieto al que malcriar.

—No está llorando porque es un chico fuerte —dijo Obi, poniendo la mano sobre el brazo de Papá. Miró a Nikki, con los ojos brillantes—. Pero tenemos que dejar que se aclimate un poco, ¿verdad, Elijah? Son los primeros días. ¡Tu tercera mañana, en realidad, y todo este alboroto!

Obi se puso de pie delante de Elijah y se arrodilló, con sus ojos a la altura de los del niño. Sonrió con tanta seguridad que los hombros de Elijah se relajaron. Nikki los observó, padre e hijo, y sintió que le latía más rápido el corazón. Era la mejor sensación, casi mejor que abrazar a Elijah ella misma. Obi sería muy buen padre. Notó que los ojos le escocían por las lágrimas, y se sonrió a sí misma. Estaba muy sensible. Ser madre adoptiva reciente era casi como ser cualquier madre reciente, sus sentimientos parecían acentuarse como si estuviese repleta de hormonas alteradas.

Elijah miró hacia arriba, con sus enormes ojos, a Obi y a Papá. Era un chico muy guapo, exactamente como en la foto.

—Ven, siéntate al lado del abuelo. Desayunaremos juntos. —Papá dio unos golpecitos a la silla que tenía al lado y Elijah se sentó.

Nikki arqueó las cejas en un gesto dedicado a Papá. Se preguntó si Elijah lo llamaría abuelo. Hasta el momento, Elijah solo les había llamado Nikki y Obi, pero eso no la molestaba. Resultaba raro llamarse a sí misma «mamá». Cuando pensaba en una «mamá», Nikki se imaginaba a un bebé llorando. Una imagen de Ify le pasó rápidamente por la cabeza, de pronto, ojos con motitas doradas, muy abiertos, piel color dulce de leche, rizos...Y la apartó.

—No tienes que llamarme abuelo —siguió Papá, guiñándole el ojo a Nikki—. Pero puedes hacerlo si quieres. Me llamo Ozoemena..., Ozo, que es un nombre igbo, y mis padres me llamaron así porque mi

hermano murió antes de que yo naciese, y mi nombre significa «Que nunca vuelva a pasar». Todos los nombres tienen un significado importante en la cultura igbo.

Elijah se quedó mirando al frente.

— ¿Tu hermano murió? — susurró.

Papá se encogió de hombros.

— No te preocupes demasiado, Elijah. Nací hace cientos de años; de hecho, ni siquiera sé mi verdadera edad porque no tengo partida de nacimiento. Y en los viejos tiempos, cuando yo nací, muchos niños no sobrevivían más allá de la niñez; la esterilla de arpillera sobre la que las mujeres daban a luz solo se lavaba si provocaba una muerte, porque las mujeres estaban dando a luz todo el tiempo. En aquella época las cosas eran distintas. Mejores y peores. De todos modos, háblame de tu nombre. Elijah es un bonito nombre.

Elijah parpadeó despacio.

— Mi nombre está en la Biblia — contestó —. Elijah trajo fuego del cielo. Era un profeta.

— Los nombres igbo son los mejores — apuntó Papá—. Pero los nombres de la Biblia son los segundos mejores. Me alegra mucho que conozcas la Biblia tan bien.

Se hizo un silencio en la mesa durante demasiados segundos, y a pesar de intentar sacar un tema de conversación, cualquier cosa, Nikki solo podía pensar en la historia de Elijah..., lo que Ricardo les había contado: «Hubo un incendio en su anterior casa de acogida y cierta incertidumbre respecto a qué lo había provocado. Pero ahora creemos que Elijah estuvo implicado».

Nikki observó los ojos de Elijah, que no parpadeaban. Lo conocía desde hacía solo unos días y sin embargo estaba segura de que nunca había hecho daño a nadie. Los trabajadores sociales se equivocaban en muchas cosas, y Obi siempre tenía razón. Por supuesto le impresionó que Elijah la hubiese mirado con tanta frialdad, y la apartase de un empujón. Pero estaba aterrado. Elijah solo necesitaba amor, y crecería bien.

— ¿Quieres tortitas? — le preguntó.

Elijah levantó la mirada hacia ella.

— Sí, por favor — susurró.

No era posible que este niño inocente hubiese podido estar implicado en el inicio de ningún incendio. Nikki vio su personalidad claramente: amable, cariñoso, pero asustado. Y ella podía ayudarlo. Él ya parecía estar ubicándose. Esa noche no había mojado la cama y, cuando ella entró para despertarlo, él alargó la mano para tocarla de camino al baño. Fue solo un roce de un segundo, pero él se acercó a ella, apoyó la mano en su brazo.

Nikki puso sirope encima de dos tortitas. Elijah comió rápido, sin levantar la vista hasta que el plato estuvo vacío, y eso la alegró. Estaba demasiado delgado, las rodillas eran la parte más ancha de sus piernas, y se le marcaban las costillas. Nikki pensó en abrazarlo, en lo frágil que lo sentiría entre sus brazos. Cuánto deseaba abrazarlo. La mano sobre su brazo era solo el comienzo.

—Tenía tantas ganas de conocerte —siguió Papá, que estiró la mano para coger el café, en el que se echó un terrón de azúcar tras otro—. Voy a enseñártelo todo sobre Nigeria, sobre tu propia cultura. Tenemos una de las culturas más ricas del mundo, parte de la mejor literatura, comida, música. Claro, necesitarás tiempo para acostumbrarte a esto, pero sé que va a ser maravilloso. Siempre he querido un nieto, toda la vida. —Los ojos de Papá brillaban tanto que era imposible no sonreír. Parecía diez años más joven.

Elijah sonreía y tenía la vista clavada en Papá todo el tiempo.

—Nunca había tenido un abuelo —confesó.

A la mañana siguiente, cuando Nikki se puso las pantuflas y la bata, Obi ya estaba en el piso de abajo y Elijah estaba con él, sentado a la mesa y mirando a Obi. Se estaban riendo.

—Buenos días —saludó Obi, besándola cuando ella pasó por su lado.

—Buenos días —sonrió ella, mirando por encima del hombro de él la cazuela con gachas que estaba borboteando sobre el hornillo.

Nikki se sentó al lado de Elijah, y de pronto él se levantó y acercó su silla a la de ella, de forma que sus brazos se tocaban.

—¿Podríais acercaros más? —preguntó Obi—. No te culpo. Nikki parece muy blandita con esa bata.

— ¿Salimos a dar un paseo después de desayunar? A enseñarle a Elijah los paisajes y sonidos del parque y las tiendas.

Elijah se apartó.

— Sí, por favor — dijo —. Me encanta salir a pasear.

— A mí también — siguió Nikki. Miró a Obi. El aire parecía iluminarse entre ellos. Obi se giró para llenar su cuenco.

Nikki le guiñó el ojo a Elijah y le habló a la espalda de Obi.

— ¿Vienes con nosotros, perezoso?

Obi se dio la vuelta con una cucharada de gachas en la mano.

— ¿Me estás llamando perezoso? — preguntó —. ¿Me está llamando perezoso? — le preguntó a Elijah. Meneó la cuchara, y un enorme pegote de gachas se le cayó en la parte delantera de la camisa. Elijah soltó una risita.

Elijah se columpió entre las manos de Nikki y Obi al caminar, mirando el parque, el estanque, los patos, la parada de bus, la escuela a la que iría. Se paraba cada pocos metros y levantaba la vista hacia el cielo, o cogía una piedra y la frotaba entre el índice y el pulgar. Pasó la palma de la mano sobre un arbusto, olió las rosas en flor que rebosaban en los jardines delanteros. A Nikki le habían hablado del amor de Elijah por la naturaleza y los animales, pero ver cómo verdaderamente disfrutaba de la vida fue una sorpresa. Hizo que a Nikki todo le pareciese limpio y claro, como si estuviese mirando el mundo a través de los ojos de él.

Se dio cuenta de que la gente les sonreía. La señora de la panadería le dio a Elijah un donut extra. Eran una familia bonita, percibió Nikki.

— Adorable — le dijo la señora a Elijah.

Nikki tenía a Elijah cogido de la mano cuando entraron en la tienda de periódicos. La piel del niño estaba caliente y ligeramente húmeda.

Ella se sentía tremendamente protectora hacia él, hacia aquel cuerpo pequeño y aquellos ojos enormes. Se dio cuenta de que ya lo quería, en días, mataría a cualquiera que le hiciese daño.

— ¿Quién eres, chico guapo?

Una mujer a la que Nikki reconoció estaba delante de ellos en la

cola, una vecina de la calle de al lado, fornida, con el pelo ralo, mal cortado.

—¿Quién eres? —repitió, mirando a Elijah.

Al principio Nikki ignoró a la vecina e intentó distraer a Elijah señalando hacia un cómic de *Spiderman*.

—¿Quieres uno? —le preguntó mientras sonreía, reservada ante la vecina.

No era asunto suyo quién era Elijah. Una parte de Nikki sabía que la mujer tan solo tenía curiosidad... amistosa, incluso..., pero otra parte estaba lista, de pronto, para atacar.

—Qué chico tan guapo —continuó la mujer, mirando a Obi—. ¿Es un familiar que se queda con vosotros?

Nikki sabía que la gente hablaría. Después de todo, una mujer blanca no daba a luz de pronto a un niño negro de siete años. Sin embargo, desearía que la gente se ocupase de sus propios asuntos.

Obi sonrió y entregó algunas monedas para pagar los periódicos. Bajó la mirada hacia Elijah.

—Es mi hijo —contestó.

—Nuestro —añadió Nikki, encontrando el valor en la mano de Elijah.

—Claro —dijo la mujer, mirando de nuevo a Obi, apartando la mirada de Nikki—. Es igual que tú.

## Once

— ¡Bebé! — gritó Jasmin, y después sacó la lengua y se marchó corriendo, con la coleta saltando arriba y abajo en su cabeza.

Elijah no podía quitarle los ojos de encima. Nunca había visto a nadie tan pequeño y con la mirada tan intensa, con unos ojos tan grandes.

Estaban en el jardín y Elijah había jugado a tirarse la pelota con Nikki, cuando sonó el timbre y ella volvió gritando:

— ¡Elijah! Chanel y Jasmin han venido a decirte hola.

Elijah miró al cielo y notó cómo le repiqueteaba el corazón y, de repente, oyó un susurro. «Contienes tanta maldad que el mundo no está a salvo». Empujó al brujo hacia abajo, respirando como Chioma le había enseñado a hacer siempre que se sintiese asustado. Cerró los puños, los abrió, movió los dedos de los pies y se dio golpecitos en la mejilla con la punta del dedo. Su respiración se ralentizó. Recobró el control. El brujo estaba quieto. Miró por la ventana de la cocina la cara nigeriana de Obi y la de Nikki, cubierta de pecas. Podría estar a salvo aquí, pensó.

— ¡Vuelve aquí, Jasmin! Eso no está bien, ¿verdad?

La madre de Jasmin era alta y llevaba un par de gafas gigantes sobre la cabeza.

— ¡Mírate! Soy tu tía Chanel — dijo, estrechando la mano de Elijah con tanta fuerza que a él le tembló todo el cuerpo.

Ella se arrodilló para mirarlo más de cerca y así él pudo mirarla más de cerca también. Había visto una foto de tía Chanel, de pie junto a Nikki, pero en la foto ella llevaba un chubasquero y tenía la piel blanca y nada de maquillaje. En la vida real tenía un aspecto raro. Su piel parecía de color naranja brillante, del color de una mandarina, y

olía a piscina. Sobre los ojos tenía dos mariposas. Parecía una mujer en una revista de moda en la que se hubiesen impreso mal los colores, o hubiese estado lloviendo y los colores se hubieran mezclado. Llevaba mucho maquillaje, y su cara y cuello no combinaban.

— ¡Qué chico tan guapo! ¡Precioso! Como un mini supermodelo — Movi6 rápidamente la cabeza hacia Nikki y compartieron una sonrisa, después volvió a girar la cabeza hacia Elijah—. Eres un tío guay, ¡Jay-Z! Oh, Dios mío, ¡eres como un pequeño Jay-Z!

— ¡Chanel! — Nikki chasqueó la lengua en señal de desaprobación y se acercó a ellos, tirando de Elijah para ponerlo detrás de ella—. ¡De verdad!

— ¿Qué? Solo le estoy diciendo a mi pequeño rapero gangsta lo guay que es.

Nikki cogió aire tan repentinamente que Elijah oyó cómo el aire viajaba hasta la boca de ella. Nikki acercó la cara al oído de tía Chanel y siseó:

— ¡Chanel, ya vale!

Tía Chanel puso los ojos en blanco.

Nikki se quedó mirando a tía Chanel mucho rato, después se giró hacia Elijah y sonrió.

— ¿Por qué no vas a jugar con Jasmin? — propuso, y señaló hacia el otro extremo del jardín, adonde Jasmin se había ido corriendo; ya estaba en el columpio, balanceándose deprisa de verdad.

Elijah tenía muchas preguntas, como por qué Chanel llevaba mariposas, y por qué tenía la piel naranja, y por qué lo estaba llamando J. C. (que era como Mama llamaba a veces a Jesucristo)<sup>5</sup>. Pero Nikki lo empujó suavemente hacia Jasmin, así que se alejó.

Mientras Elijah se daba la vuelta, Chanel se puso a hacer un globo grande con su chicle, que le estalló delante de la cara, y se rio. Elijah nunca había visto a un adulto hacer globos de chicle. Tía Chanel llevaba unos vaqueros que habían cortado para convertirlos en pantalones cortos, pero quien lo llevó a cabo no hizo muy buen trabajo porque los bordes estaban deshilachados y los bolsillos habían quedado colgando. Elijah no era muy bueno cortando, pero podría haber hecho un trabajo mejor que ese. Quizás Jasmin le cortó los vaqueros a su mamá.

Tía Chanel rodeó a Nikki con el brazo.

—Es un milagro —dijo—. ¡Tan precioso, y sin noches en vela! Debería adoptar, yo también, la próxima vez.

Nikki le sonrió a Elijah.

Elijah caminó despacio hacia el columpio que había en el otro extremo del jardín, y de camino fue respirando profundamente. El brujo volvía a dar vueltas en su interior. Miró a Jasmin columpiándose hacia el cielo, pájaros dispersos sobre ella, contra una nube, el movimiento veloz de su coleta. Jasmin columpiaba sus piernas realmente muy alto y daba patadas con cada balanceo. Subía muy alto pero no parecía asustada en absoluto. Elijah mantuvo la mirada centrada en el susurro de su coleta marrón, pero podía ver la cara que había debajo, las mejillas redondas, grandes, ojos marrones oscuros, y piel que vibraba al lado de sus ojos cuando ella se elevaba.

—¡Jasmin, cielo, juega con Jay-Z! — Tía Chanel se echó a reír —.Vamos, Jasmin; acuérdate de lo que hemos hablado.

Elijah notó que se le encendía la cara. Todo el mundo hablaba de él. Posiblemente ella sabía que ya no le permitían vivir con Mama. De repente Jasmin dejó de columpiar las piernas y saltó desde muy arriba, para caer directamente sobre el césped. Miró a Elijah, después le cogió de la mano y tiró de él hacia el juego de plástico de *swingball*<sup>6</sup>, donde le puso a Elijah una raqueta de plástico en la mano y levantó la pelota en alto, antes de dejarla caer. Elijah trató de golpear la pelota, pero el brujo se estaba riendo dentro de su tripa. Se reía bastante fuerte, de modo que estaba seguro de que Jasmin podía oírlo, pero ella no dijo nada. La pelota voló entre ellos, rebotando en sus raquetas sin que ellos tuviesen que moverse demasiado. Elijah pudo oír a tía Chanel haciendo ruidos como ladridos al reírse fuerte. Mugió como una vaca y después gritó:

—¿Alguien ha visto animales en el jardín? Yo oigo animales de granja.

Jasmin chasqueó la lengua y golpeó la bola verdaderamente fuerte.

—La odio —dijo, mirando a tía Chanel.

Elijah abrió la boca por la sorpresa. Jasmin tenía la cara contraída, enfadada.

—No me dejará vivir en América con mi papá. Y siempre intenta



meterme en vestidos que pican y dice lo mismo unas cien veces. Da mucha vergüenza.

Jasmin sacó la lengua hacia la casa, después volvió a esconderla y sonrió mucho. Le faltaba un diente. Se dio cuenta de que Elijah la miraba fijamente y cerró la boca deprisa.

—Hay una niña en mi clase que tiene catorce ponis de plástico. Está totalmente loca y lleva las uñas de los pies pintadas de color púrpura. No es mi mejor amiga. Le dije a mi mamá que había un chicle en el fondo de mi helado y mi mamá lo cogió y dijo que yo era muy pequeña, ¡y se lo comió ella! Solía ser mi mejor amiga, pero ya no.

Jasmin se acercó a Elijah. Puso la mano sobre el pelo de él y le frotó la cabeza con el pulgar.

—Me voy a ir pronto a América para estar con mi papá. América es el mejor lugar del mundo. No tienes que ir al colegio y todo el mundo es normal en América. No hay gente rara como mamá. Y Lady Gaga vive allí y es mi favorita.

Jasmin dejó resbalar la mano de la cabeza de Elijah, y entonces le tocó el brazo. Había una pequeña marca redonda sobre el brazo, donde Darren le quemó con un cigarrillo. Era del tamaño de un guisante. Jasmin puso la punta del dedo encima de la marca, hasta que desapareció. Elijah contuvo el aliento.

—Somos primos —dijo ella—. Nunca había tenido un primo. —Miró la cara de Elijah sin pestañear—. Pero no seré amiga tuya solo porque lo diga mi madre. Estás totalmente loco.

Aquella noche, Nikki arropó a Elijah y le leyó unas cuantas páginas de *El principito*, y lo besó dos veces en la cabeza.

—¿Puedo pedirte algo? —preguntó él.

—Por supuesto. Ya lo sabes.

Elijah respiró con fuerza. Pedir cosas era bastante difícil.

—¿Tienes una linterna que pueda usar?

Nikki se rio. Abrió ligeramente las cortinas y después volvió a cerrarlas.

—Puedo imaginarme por qué necesitas una linterna —contestó—. ¿Qué tal ha sido conocer a Jasmin?

—Puede columpiarse realmente alto — contestó.

—Es verdad —replicó Nikki. Metió el edredón alrededor de las orejas de Elijah—. No le tiene miedo a nada.

Elijah notó que los oídos se le abrían al captar esas palabras.

—¿No le tiene miedo a nada?

Nikki negó con la cabeza.

—A nada en absoluto.Y... sí, te conseguiré una linterna; tenemos una en un cajón en el piso de abajo. Pero tienes que prometerme que serán solo cinco minutos, ¿de acuerdo? Nada de quedarse toda la noche jugando a las linternas con Jasmin.

—Lo prometo —contestó Elijah, y la miró directamente a los ojos para que ella supiera que lo decía de verdad.

Mientras Nikki iba a buscar la linterna, Elijah se imaginó cómo sería no tener miedo a nada. Nunca había dejado de sentir miedo por todo. Jamás.Y nunca había conocido a nadie que no le tuviese miedo a nada. Jasmin debía de tener superpoderes. Desearía tener ese superpoder, el de no tenerle miedo a nada.

—Aquí está. —Nikki volvió a entrar en su cuarto con una linterna. Le enseñó cómo encenderla y después volvió a besarle la cabeza antes de dejarlo en la oscuridad—. Puedes darme un beso de buenas noches tú también, si quieres —dijo Nikki.

Elijah miró la piel de la mejilla de ella. Era muy pálida. Le preocupaba que, si la besaba, el brujo saliese por su boca de un salto. Pero la sonrisa permanecía en los ojos de Nikki, y sus pecas estaban más oscuras que nunca, así que se inclinó hacia ella y se arriesgó a darle solo un beso muy rápido, justo en la parte de mejilla donde las pecas estaban todas juntas, y no notó que el brujo se moviese para nada.

—Buenas noches, Elijah —susurró Nikki. Sonrió tanto que Elijah pudo ver un diente de plata en el fondo de su boca.

—¿Por qué tienes un tesoro en la boca? —preguntó. Señaló el diente.

Nikki no dijo nada, pero lo besó en la cabeza y se rio mientras salía de la habitación y cerraba la puerta.

Elijah se deslizó para dejar la cama y abrió las cortinas. Jasmin ya

estaba allí de pie, delante de su mapa. La vio bajo la luz y después desapareció. De pronto ella lanzó tres destellos con la linterna.

Elijah sujetó su linterna frente a él y la encendió y apagó cinco veces. Jasmin se sorprendería mucho al verlo con una linterna.

Bajó la mirada hacia la linterna que tenía en la mano, atisbando su forma en la oscuridad. Cuando volvió a levantar la vista, Jasmin había vuelto a encender la luz y se estaba golpeando la cabeza con la mano. Sacó la lengua y después cerró las cortinas.

Elijah sentía que Mama sonreía siempre que veía la cara de Abuelo. La cara de Abuelo era incluso más nigeriana que la de Obi, y además Abuelo iba a la iglesia todo el tiempo. Elijah se sentía a arropado siempre que él estaba cerca, como si estuviese bajo una manta. Le encantaba ver el pelo suave de Abuelo en la entrada, y ver cómo Obi se encendía como una linterna cuando su padre estaba cerca. La piel de Elijah combinaba con la de Obi y Abuelo casi de forma exacta, pero la de Abuelo estaba seca y suelta por los codos, porque llevaba viviendo en su piel muchos años. Cuando Abuelo empezó a regalarle cosas muertas y cosas nigerianas la semana anterior, Nikki puso los ojos en blanco, pero lo permitió. Primero fue una piel de conejo, muy aterciopelada y con la forma exacta de un conejo aplastado. Elijah la llevaba a todas partes y dormía con ella bajo la almohada. Se pasó horas mirando fijamente las máscaras de madera con sonrisas amplias y hendiduras donde deberían estar los ojos, y se rio cuando Nikki dijo que a ella le daban escalofríos. La mañana siguiente al episodio de las linternas, Abuelo llevó un tambor hecho con una piel estirada, muy suave. De pronto Elijah recordó a Mama sujetándole la mano en el interior de un cuenco y llenando el cuenco de agua bendita. Él tenía la mano con un corte serio y le escocía, y el cuenco se perló con pelotitas de sangre que le rozaban las puntas de los dedos. Mama cantó una canción y le sonrió con los ojos, y eso fue lo más suave que él sintió jamás.

Pero aquel día, cuando Abuelo apareció en la puerta trasera, el perfil de su pelo tenía otra forma. ¡Cuernos! Nikki miró a Obi y murmuró:

—Ni hablar.

Pero Obi sonrió y susurró:

— ¡Guau! ¿De dónde está sacando todo esto?

— Hola, Elijah, me alegra verte, tengo algo para tu colección.

— ¿Colección? — Nikki formó unos triángulos con los brazos y se colocó las manos sobre las caderas—. No está coleccionando cosas muertas, eso desde luego. No me molestan los objetos nigerianos, incluso tolero esas máscaras horripilantes..., pero ni hablar de más cosas muertas. La piel de conejo ya es bastante.

Obi se rio y Abuelo sacudió los cuernos ligeramente. Eran hermosos: blancos y lisos, y con la forma de unas montañas escarpadas.

— No son cosas muertas — contestó Abuelo—. Estos objetos de la naturaleza están vivos.

Después se colocó los cuernos sobre la cabeza y bailó por la cocina haciendo un ruido que no era humano. Elijah miró a Nikki, que para entonces estaba sonriendo.

Después de comer, Abuelo ayudó a colocar los cuernos en la pared de Elijah.

— Puedes usarlos para colgar tu bata — dijo—. Tu habitación está mejorando. Es más adecuada a tus intereses.

Elijah miró su habitación. Los carteles de fútbol ya no estaban, ni ningún indicio de dinosaurio. Se sentía más como en casa. Con su piel de conejo, las piedras que Abuelo había empezado a juntar en un jarrón, grande y transparente, y los cuernos creando sombras sobre la pared, parecía la mejor habitación en la que había estado jamás.

— Mamá y Papá quieren hablar con Ricardo, así que he pensado que podíamos ir a dar un paseo — dijo Abuelo. Se arrodilló—. Sé que crees en Dios. Ricardo dijo que querías saber si creíamos en Dios antes de acceder a conocernos a todos, así que he pensado que quizás podría llevar a mi nieto a la iglesia. — Sonrió a Elijah—. O podemos simplemente ir a buscar ardillas al parque. Depende de ti.

Algo se retorció en el estómago de Elijah, y él tragó saliva. Mama siempre decía que debía rezarle a Dios para que lo ayudase con el brujo. Mama pensaba que la iglesia era el lugar más seguro de todos. Quizás, si iba, encontraría a alguien que lo ayudase, o el brujo estaría tan asustado en un lugar sagrado que se iría corriendo.

Elijah asintió.

—Me gustaría ir a la iglesia, por favor. —Sonrió y cogió a Abuelo de la mano.

Abuelo se rio.

—Qué buen chico —dijo.

Pero Elijah podía sentir al brujo, revolviéndose en su estómago, y tuvo que agarrarse fuerte de Abuelo, o el brujo se apoderaría del cuerpo de Elijah y lo haría volar lejos.

—Vamos —siguió Abuelo.

Salieron de casa y caminaron unos diez minutos. Abuelo hablaba sobre un zorro que quería comprarle a Elijah..., muerto pero disecado, de forma que parecía vivo.

—Llevo cinco días echándole el ojo, pero hay mucha gente pujando —explicó.

Elijah asintió, pero no pudo hablar. Estaba concentrado en apartar la sensación de estremecimiento.

—Es por aquí —dijo Abuelo, y giraron por un pequeño callejón, y el brujo se deslizó hasta los ojos de Elijah y empujó las paredes para que se pegasen a ellos e hizo que se levantase la acera. Elijah intentó respirar despacio.

Regresaron a la calle, que estaba inundada por una luz demasiado brillante y el sonido de unos ángeles cantando.

—¡Llegamos tarde! —Abuelo tiró de Elijah para cruzar la carretera hacia un edificio bajo de ladrillo, con una aguja pegada sobre el techo plano, y el sonido de los ángeles se hizo más fuerte. Estaban muy, muy contentos, y el brujo estaba muy, muy enfadado, revolviéndose dentro de Elijah.

El brujo no iba a dejar que Elijah entrase. Pegó los pies de Elijah al suelo y Abuelo se giró para mirarlo. Ahora lo sabría. Abuelo vería que Elijah estaba tan lleno del brujo que no podía entrar en una iglesia, se lo contaría a Nikki y a Obi, y lo devolverían.

—¿Pasa algo, Elijah? —preguntó Abuelo, poniéndole una mano sobre la frente.

Elijah trató de sacudir la cabeza, pero no pudo.

—Quizás hoy no sea buen día para ir a la iglesia —dijo Abuelo —. Tienen un pastor visitante, y no es tan bueno.

Elijah parpadeó. El brujo dejó de retumbarle en los oídos, soltó sus extremidades y volvió a pasearse por su tripa. Elijah asintió.

—Sí, creo que hoy es mejor adorar a Dios en el parque.

Elijah notó cómo se le arrugaba la frente. ¿Por qué estaba Dios en el parque?

—Elijah, Dios está en todas partes. No tienes que entrar en la iglesia para hablar con él. Incluso está aquí. —Abuelo colocó una mano sobre el pecho de Elijah, y fue como si Abuelo estuviese introduciendo un poco de Dios en él, y el brujo se quedó congelado y se resecó.

Se alejaron de la iglesia.

—Hablemos de algo alegre —propuso Abuelo.

—De acuerdo —contestó Elijah. Alcanzó a ver un tordo moviéndose rápido bajo un arbusto y se detuvo a mirarlo. Abuelo le dio un tironcito en la oreja y Elijah levantó la mirada hacia él—. Gracias por los cuernos.

—¡Claro! —contestó Abuelo. Sonrió y siguieron caminando—. Buscaré otras cosas para tu colección —dijo—. Es sorprendente lo que puedes conseguir en eBay en estos tiempos.

Elijah no sabía qué era eBay, pero asintió de todos modos. Entraron en un parque enorme con una colina grande, y Elijah se imaginó descendiéndola corriendo, con los brazos abiertos.

—Así que has conocido a Jasmin. —Abuelo caminaba deprisa—. Es todo un personaje.

—Me sacó la lengua —dijo Elijah.

Abuelo se rio.

—Sí, esa es Jasmin.

Era un hombre muy viejo, pero sus piernas iban tan deprisa como las de un hombre joven. El aire era frío y Elijah notaba que sus propias piernas estaban fuertes. Le gustaba notar el aire fresco en la nariz, y el aspecto de los árboles.

—El Observatorio de Greenwich no está lejos y tenemos una hora libre —siguió Abuelo—. Vayamos.

Caminaba por delante. Elijah observó la espalda de Abuelo, y continuó moviendo las piernas deprisa para no perderse. Había una larga caminata en cuesta en Greenwich Park, y Elijah respiraba

deprisa. Intentó contar los escalones, pero eran demasiados. En el camino había mucha gente sonriendo y sacándose fotos. Muchas familias. Fue como si recibiese un pellizco en el corazón.

Al final, llegaron a una cúpula reluciente, brillante bajo la luz del sol. Elijah miró hacia abajo, a todo Greenwich, y vio cómo relucían los bloques de pisos a lo lejos.

—Canary Wharf —dijo Abuelo—. Puedes ver casi todo Londres desde aquí arriba. —Cogió a Elijah de la mano y cruzaron la puerta.

Dentro, había fotos de cohetes espaciales y todo estaba oscuro de repente. Elijah se sintió como en el interior de un sueño. Uno bueno. Buscó al brujo, pero no pudo notarlo. Abuelo compró entradas para una proyección corta, y los ojos de Elijah parpadearon bajo aquella luz tenue. Se sentaron juntos en la oscuridad.

—Este es uno de mis sitios favoritos —dijo Abuelo—. Me gusta venir a ver las estrellas nigerianas. Londres está tan lleno de suciedad y contaminación que no puedes ver el cielo nocturno. Sobre todo echo de menos el cielo —hablaba susurrándole al oído de Elijah, pero las palabras se derramaron por todas partes, y alguien detrás de ellos tosió—. Lo echo todo de menos, viviendo así en el exilio.

Elijah solo podía ver el contorno de Abuelo, la suavidad de su pelo blanco. De repente Elijah pensó en su bolsa para el colegio, apoyada junto a la puerta, esperando al lunes. En Nikki cogiéndole la mano con mucha fuerza. En Ricardo hablando con Nikki y con Obi. En Mama.

Se oyó una música y un manto de estrellas cayó sobre ellos.

—Esto es como Nigeria —susurró Abuelo.

Ambos miraron hacia arriba y escucharon a un hombre que les habló sobre todas las estrellas y planetas, y Elijah se sintió muy, muy pequeño, como una hormiga. Pensó en estar sentado en Nigeria con Abuelo, y en el calor que tendrían y la cantidad de estrellas que verían. Las estrellas parecían caer hasta el interior de Elijah y llenar los espacios vacíos de su cuerpo. El brujo no estaba en ninguna parte dentro de él. Estaba lleno de estrellas nigerianas. Abuelo colocó el brazo alrededor del hombro de Elijah y los dos miraron, y miraron, y, por unos minutos, Elijah sintió como si Mama estuviese muy muy

cerca. Cerró los ojos y los apretó fuerte, y se permitió recordar la voz de ella, su olor, su amor... más grande que el cielo.

—Por lo general Obi dedica solo unos minutos a comer —dijo Nikki mientras apretaba el interfono de la oficina de él—. Pero le he pedido que esté con nosotros toda la hora.

Estaban en una calle ajetreada con muchos coches y gente que pasaba corriendo por su lado. Frente a la oficina de Obi había un grupo de mujeres que llevaban largas sábanas negras y solo una abertura en los ojos. Elijah intentó mirarlas a los ojos, pero las mujeres estaban demasiado ocupadas moviendo la cabeza y hablando fuerte en un idioma que sonaba como si estuvieran tosiendo. Se preguntó si las mujeres habían ido para que Obi las ayudase. Todo el trabajo de Obi consistía en ayudar a otra gente. Se ocupaba de los derechos humanos, que eran los derechos de los seres humanos, como Nikki se ocupaba de los derechos de los perros. Los humanos tenían muchos derechos y Obi le había hablado de unos cuantos.

Nikki volvió a llamar por el interfono y le sonrió a Elijah. Apareció la cabeza de Obi. Abrió la puerta de un tirón, cogiendo deprisa a Elijah para llevarlo en brazos y entrar con él en el edificio, mientras Nikki le sonreía ampliamente a Elijah desde detrás de los anchos hombros de Obi. El despacho no era en absoluto como Elijah esperaba. La serie favorita de Fola era *CSI* y no podía acordarse demasiado bien, porque hacía mucho tiempo que no vivía con Fola, pero sí se acordaba de los despachos de los abogados, todos relucientes y llenos de señoras rubias de piel blanca que llevaban tacones altos. El despacho de Obi tenía muchos pegotes viejos de Bluetack en las paredes y solo había una señora rubia de piel blanca sentada detrás de un escritorio pequeño, pero no se parecía a las de *CSI*: llevaba una camiseta que tenía una mancha naranja en la parte delantera.

—Pauline, este es Elijah —dijo Obi, y le dio una vuelta a Elijah por el aire antes de bajarlo y colocarlo delante de ella.

—Eres lo único de lo que habla —contestó Pauline. Le ofreció la mano—. Me alegra mucho conocerte por fin.



Elijah le estrechó la mano. Ella tenía los dedos pegajosos.

Obi se giró hacia Nikki.

—Solo tengo que hacer una llamada, después soy todo vuestro. —  
La besó en la mejilla, y luego entró en otra habitación y cerró la  
puerta.

Nikki apretó el hombro de Elijah. Pauline buscó en el cajón de su  
escritorio y sacó un tubo lleno de caramelos.

—Los platillos voladores<sup>7</sup> son mis favoritos —dijo, y abrió el tubo  
para ofrecerle a Elijah.

Elijah miró a Nikki. Ella asintió.

—Uno está bien.

Elijah pudo oír a Obi hablando por teléfono en voz alta. Sonaba  
enfadado.

—De hecho, yo también voy a comerme uno. —Nikki metió los  
dedos y sacó uno de esos caramelos redondos color púrpura.

Elijah cogió uno para él y se lo metió en la boca. La voz de Obi  
estaba diciendo:

—La deportarán. Es así de simple. La estaremos enviando a...

Elijah se preguntó qué significaba «deportarán».

—Creo que esperaremos fuera —propuso Nikki.

Elijah la cogió de la mano.

—Gracias por el caramelo —dijo.

Pauline alargó la mano sobre el escritorio y le pellizcó la mejilla con  
sus dedos pegajosos.

—Cuando quieras —contestó.

Fuera estaba soleado y había un atasco, muchos coches tocando el  
claxon y gente que había bajado las ventanillas y había sacado los  
brazos, dejándolos colgando. A Elijah le hubiese gustado quedarse  
dentro para echar un buen vistazo a todo pero, cuando salieron, las  
mujeres vestidas con sábanas seguían allí, de modo que era igual de  
interesante. Intentó mirarlas a todas a los ojos, para poder averiguar  
qué tipo de gente había bajo las sábanas. Seguían hablando en su  
idioma, que era como toser; una de ellas hacía enormes gestos  
circulares con las manos.

Nikki se apoyó contra la pared, hizo que Elijah se arrimase a ella, y  
le pasó los dedos por su pelo corto, rizado.

—¿Quién iba a saber que el pelo puede crecer tan rápido? — preguntó.

Elijah cerró los ojos para concentrarse en la sensación, tan suave, de los dedos de ella sobre su cuero cabelludo.

Se abrió la puerta de la oficina y Obi salió. Miró a Nikki y se encogió de hombros.

—Lo siento mucho, chicos, pero no voy a poder ir a divertirme con vosotros. —Se agachó y acercó la cabeza a Elijah—. Siento perdérmelo, pero es muy muy importante. —Besó a Nikki en la mejilla y dio unas palmaditas a Elijah en la cabeza—. Quiero que me guardéis un poco de tarta, ¿de acuerdo? Y me la comeré esta noche en casa.

Nikki suspiró.

—Pero teníamos muchas ganas.

—Lo siento..., no dispongo de tiempo. —Alargó la mano para acariciarle la mejilla a Nikki con el pulgar—. ¿Te acuerdas del caso del que te hablé? ¿Amira y Youssef?

Ella asintió.

Él negó con la cabeza, despacio.

Nikki hizo una mueca y se mordió el labio.

—Por supuesto —dijo, alargando la mano para apretar el brazo de Obi, aunque tenía una expresión triste.

—De verdad que no puedo —aseguró él.

—Está bien, no, lo entiendo —contestó ella—. Aunque podríamos tener que comernos tu tarta —añadió.

Obi se rio.

—Elijah, ¿puedo confiar en ti para que vigiles a Nikki? ¿Asegurarte de que no se coma mi tarta?

Elijah miró a Nikki, que negó con la cabeza y se frotó la tripa.

—Seguramente no —respondió Elijah.

Nikki y Obi se rieron mientras Nikki se llevaba a Elijah. Mientras recorrían la calle, Elijah se giró y vio a Obi hablando con las mujeres que había fuera. Entraron tras él a la oficina. Se preguntó si Pauline les daría un platillo volador y, si lo hacía, ¿cómo se lo comerían ellas? No tenían ningún agujero en la boca. De hecho, ¿cómo hablaban?

## Doce

Mi hijito, mi amor, mi corazón:

Naciste en el hospital Lewisham, en una sala en la que había demasiados hombres y no suficientes mujeres, y unos instrumentos fríos de metal tirando para sacarte de mí. Elijah, el parto es una mentira que las mujeres se cuentan unas a otras y a sí mismas. No le mentiré al único que estuvo allí conmigo, porque todo lo malo que fue para mí también lo fue para ti.

Es lo peor que existe. Pero mi parto fue incluso peor que cualquier otro, y no es que esto lo diga igual que lo dicen todas las madres primerizas. Fue el peor. Debes acordarte. Te arrancaron de mi interior, y tus primeras horas las pasaste temblando suavemente como una hoja de otoño a punto de caer.

El corte fue lo primero. No había dilatación ni olas volviéndose cada vez más tormentosas, solo un repentino corte, romper y abrir. Había visto a mis tías y primas teniendo niños, por supuesto, en casa, donde las mujeres se juntaban y se apoyaban unas a otras, y cantaban, lloraban y reían. Aquellas mujeres ayudaban a la mujer que estaba pariendo a dilatar, empujar e hincharse, y volverse más amplia, lo bastante amplia como para ser una puerta para que el bebé entrase a este mundo. Mi cuerpo no se dilató en el hospital Lewisham. En vez de eso, me rompí. Cada corte del metal te acercaba más, y cada corte me alejaba a mí. No podíamos sobrevivir ambos, pensé. Durante unos segundos después de que dejases mi cuerpo, permanecemos como una sola persona.

Y eso, Elijah, es el centro de todo.

Y después nos separaron. No gritamos, pero el mundo gritó a nuestro alrededor.

Akpan cantó y susurró y rezó a mi lado..., a nuestro lado. Lo hizo lo mejor que pudo, pero incluso el mejor hombre no es una mujer en esa situación. Hubiese dado lo que fuera por tener a mi mamá, a una o dos de mis hermanas. «Eres preciosa», dijo Akpan mientras yo sudaba y vomitaba y cagaba y meaba, todo menos sacarte de mi interior. Pero él lo decía de verdad, Elijah. Sus ojos estuvieron llenos de lágrimas de alegría todo el tiempo. Me frotaba la espalda, los pies, el estómago, y me cogía de la mano, y yo apreté la suya hasta que la oí crujir, y sin embargo él no se quejó nunca.

Finalmente noté un vacío. Una humedad caliente. Me sacudí..., sacudida sobre sacudida. No tenía centro; mi centro eras tú, y te habías ido.

«¡Felicidades!». Una voz se coló y entró en mi cerebro hecho trizas. «Tienes un hijo».

Un hijo, pensé. Akpan me besó en la boca y te besó a ti en la boca, tenía sangre en la cara pero no le importaba en absoluto. Nunca había visto a un hombre tan feliz.

Tú me miraste directamente y frunciste el ceño. Tenías la nariz aplastada, y la cabeza como un cono, los labios suaves y rosados. Levanté mi mano temblorosa y te toqué la mejilla con el pulgar. Yo era el pulgar y la mejilla. Lloraste de repente y lloré contigo.

Poco a poco tu cara tomó forma, tus ojitos se cerraron, tu cuerpo se estiró, y cuando apreté el pulgar sobre tu mejilla, todo lo que noté fue mi pulgar. Eras real y estabas vivo, y yo te había hecho, te había creado. Todas las otras cosas de mi vida no eran nada. Aquellos momentos en los que te sostuve fueron los minutos más felices de mi vida, y el dolor merecía la pena.

Estaba en el lugar donde las mujeres son reyes.

Es cierto, Elijah. Hay tres lugares donde las mujeres son reyes. Uno es en ese momento tras el parto, cuando generaciones de mujeres se agitan dentro del cuerpo de una mujer y el mundo entero se estremece, y la naturaleza nos recuerda quién reina. El segundo lugar es Nigeria, donde..., recuerda..., una mujer, incluso una prostituta, fue tan respetada que la convirtieron en rey. Y en el Cielo las mujeres deben ser reyes, porque en el Cielo se reparan todas las cosas malas de

la tierra. Nigeria, el parto y el Cielo: esos son los lugares donde todo es posible para las mujeres.

Akpan se inclinó hacia mí..., hacia nosotros. «Mira qué hemos hecho», dijo. «Verdaderamente Dios nos está bendiciendo».

En aquellos momentos tras el nacimiento, las otras madres sujetaban a sus bebés recién nacidos sobre el pecho, se recostaban y cerraban los ojos, pero yo no. Te levanté para ponerte justo delante de mis ojos y ver cómo Nigeria me devolvía la mirada. Naciste en Lewisham, Inglaterra, pero tu rostro pertenecía a Nigeria. Aquella noche recé muy fuerte, Elijah, para darle las gracias a Dios por un regalo como tú. Recuerdo que Akpan y yo te acercamos a la ventana y te enseñamos la noche llena de estrellas nigerianas y la luna más llena que había visto jamás, creciendo en el cielo como un corazón enamorado. «Mi pequeño hijo, Elijah», susurró Akpan. «Mira eso. Incluso la luna te quiere».

## Trece

— ¿Cuántos perros hay allí? — preguntó Elijah.

— ¡Cientos! — Nikki no podía esperar a ver la cara del niño; a veces lo encontraba en el salón, mirando las fotos de ella con los perros—. Pero recuerda lo que te he dicho. No podemos llevarnos ninguno a casa, ¿de acuerdo? Quizás dentro de unos años.

Era domingo por la mañana y estaba lloviendo, pero eso no iba a arruinar el buen humor de Nikki. Por fin iba a Battersea a pasar un día para «seguir en contacto» y presentar a Elijah. Además, planeaba hablar con su supervisor sobre la fecha de su regreso al trabajo. Elijah lo estaba haciendo muy bien, realmente no había motivo para atrasarlo en cuanto él empezase el colegio. Las vacaciones de verano pasaban volando y sabía que septiembre llegaría deprisa. Caminaron cogidos de la mano hacia la entrada, junto al muro largo, elevado. Una pareja cruzó por su lado, ilusionada, obviamente hablando del perro que habían visto. La mujer había entrelazado su brazo con el del hombre. Se miraban el uno al otro.

— Es adorable — dijo la mujer.

Elijah miró a Nikki.

— ¿Han conseguido un perro?

Ella asintió.

— Eso creo.

Llegaron al portón enorme y Pete, un guardia de seguridad rechoncho, que a veces cuidaba a los perros si notaban que se estaban volviendo locos dentro en las casetas, abrió la puerta. Miró a Elijah levantando una ceja.

— Hola, Pete — saludó Nikki, sonriendo—. Hemos venido de visita. Este es el famoso Elijah.

Pete devolvió la sonrisa, le guiñó el ojo a Nikki.

— ¿Qué tal? — dijo.

— ¿Podemos ver a los perros? — preguntó Elijah, con la voz temblorosa por la emoción.

Pete se rio y abrió la puerta.

— Adelante. Diviértete — contestó.

Elijah casi corrió. Había dos enormes estatuas en forma de perro en la parte delantera, frente a las puertas de acceso, y varias personas paseando algún ejemplar. Nikki cogió a Elijah de la mano y lo condujo hacia la recepción, donde la saludaron con abrazos y besos todos los colegas que salieron a conocer a Elijah, al que saludaron con palmaditas en la cabeza, mimándolo. A él no pareció importarle. «Qué lejos hemos llegado», pensó Nikki, «en cuestión de semanas».

— ¿Vamos a ver a los perros, entonces? — preguntó Nikki.

— ¡Sí, por favor! — exclamó el niño, y los colegas de Nikki se rieron. Sabían cuánto tiempo había esperado a Elijah. Y por lo que había pasado.

Cogió a Elijah de la mano y lo condujo por una puerta primero, para luego subir por una rampa y dirigirse hacia donde estaban los perros.

— Tienes que estar callado — dijo Nikki —, e intentar no quedarte observándolos demasiado. Los perros detestan que la gente los mire fijamente.

El primer perro, un husky, se acercó a la parte delantera de su caseta y levantó una pata.

— ¡Guau! Parece un lobo.

— Lo sé. Estamos recibiendo cada vez más perros de estos en Battersea. No estamos seguros del motivo — explicó Nikki.

— ¿Por qué es tan pequeña la jaula?

— Bueno, no es una jaula — contestó Nikki —, más bien es una caseta temporal. Y los perros pueden moverse por la parte de atrás..., mira. Además, todos los días salen de la caseta una hora. Y les encantan sus paseos. Fíjate en eso. — Nikki señaló una pequeña bolsa de tela que colgaba fuera de la caseta —. Es lavanda y otras hierbas para tranquilizar a los perros.

— Pero ¿por qué necesitan tranquilizarse?

Elijah había apretado la cara contra los barrotes. Estaba mirando directamente a los ojos del perro y su respiración se estaba acelerando. Nikki empezó a inquietarse.

¿Y si los perros desencadenaban algún recuerdo en Elijah? Por supuesto, había paralelismos. ¿Dónde estaban sus dueños? ¿Dónde estaba la mamá de Elijah? Echó un vistazo a la zona de exposición, las notas sobre cada caseta, la que tenían delante:

Edith es una dama encantadora y amable que se aproxima a sus últimos años. Necesita una familia especial que esté acostumbrada a su raza y permanezca en casa la mayor parte del tiempo. Edith será una mascota fabulosa para una familia con niños mayores y ninguna otra mascota.

Nikki tiró de Elijah hacia ella.

—Creo que deberíamos ir al despacho. Todos los días hay un perro al que se nombra el «perro de la oficina». Apuesto a que si lo pedimos muy amablemente podríamos sacar al perro de la oficina a dar un paseo rápido.

— ¡Sí, por favor!

Salieron deprisa de la zona de exposición y no miraron atrás. Nikki colocó el brazo sobre el hombro de Elijah.

Aquella tarde, Elijah solo pudo hablar de los perros; de cómo el perro que habían llevado a pasear tenía forma de salchicha y les ladró a los pájaros en el parque. Cuando Elijah no estuvo en el salón, Nikki le contó a Obi que la visita casi había desencadenado algo en Elijah, la forma en que él comenzó a inquietarse al tomar contacto con los perros que esperaban a ser recolocados.

—Va a tener muchos desencadenantes —contestó Obi—. Pero fíjate en lo bien que lo manejaste. —Se inclinó hacia ella y la besó en la boca.

Pero aquella noche un grito llenó la casa y los llevó a ambos corriendo al cuarto de Elijah. Estaba empapado en sudor, con todos los músculos entumecidos y tensos, su rostro se había contraído y



parecía mucho mayor. Estaba llorando y gritando, y tenía arañazos rojos por los brazos.

—Elijah, ¿qué pasa? ¡Elijah! —Nikki corrió hacia él y le puso la mano sobre la cabeza, que ardía. Se quedó mirando los arañazos en la piel del niño—. ¿Llamamos a una ambulancia? —Miró a Obi, pero él estaba inmóvil, de pie en la puerta, con la boca entreabierta.

Nikki saltó a la cama y abrazó fuerte a Elijah, el cuerpo del niño estaba rígido, su mirada perdida a lo lejos.

—Chss... —Ella lo acunó hacia delante y hacia atrás. Pero Elijah alargó la mano de repente y la arañó y quedó una línea en carne viva justo debajo de su ojo.

Nikki se echó hacia atrás.

—¡Elijah! ¡Elijah! —Se tocó la cara.

Dejó de dolerle casi de inmediato.

Elijah se hizo un ovillo sobre la cama. Estaba sollozando.

—Deberíamos telefonar y pedir consejo, y no agobiarlo. Retira cualquier cosa que pueda hacer daño —le pidió Obi mientras cogía la lamparita de la mesita de noche y la apartaba.

Nikki se volvió a dejar caer sobre la cama junto a Elijah.

—No —dijo Obi—. No debemos agobiarlo.

Pero ella acurrucó su cuerpo alrededor de Elijah.

Obi se agachó junto a la cama.

—Revísale los brazos —susurró—. ¿Necesita un poco de antiséptico o tiritas?

Nikki levantó la cabeza, que había colocado sobre la de Elijah.

—No está sangrando —dijo—. Son arañazos superficiales. —Volvió a apoyarse en él—. Está bien, Elijah.

Los sollozos de Elijah se fueron calmando hasta que solo se oyó su respiración.

Obi se arrodilló al lado de la cama.

—Elijah, ¿quieres venir y dormir en nuestra habitación?

—No creo que pueda oírte —contestó Nikki—. Vuelve a la cama y yo me quedaré aquí. Tienes tribunal a primera hora.

Obi frunció el ceño.

—Deberíamos pedir consejo.

—¿A quién vamos a llamar a estas horas? Está bien —siguió Nikki

— De verdad. Solo ha sido una pesadilla.

— De acuerdo, si estás segura.

Obi miró a Elijah mucho rato. Tenía los ojos cerrados, apretados, y su respiración era regular. Obi besó a Nikki antes de apagar la luz y salir de la habitación.

Nikki notaba su propio corazón latiendo con fuerza contra la espalda de Elijah. Ricardo les había advertido sobre los ataques de ira y la posibilidad de que Elijah pudiese dar golpes, pero, desde que le vio las cicatrices al principio, Elijah solo había estado tranquilo y cariñoso. Nikki sintió la piel debajo de su ojo. ¿Qué le había pasado a su hijo? Lo abrazó fuerte.

Finalmente Elijah se giró y se puso de cara a Nikki. Ella pudo ver los ojos de él muy abiertos, casi en la oscuridad. Parecía aterrado.

— Lo siento —susurró.

— Si nos quedamos tumbados lo bastante juntos —contestó Nikki—, podrás compartir mis sueños, y yo nunca tengo pesadillas, solo buenos sueños.

Nikki no pudo ver la sonrisa de Elijah, pero la sintió.

— Gracias por recibirnos con tan poca antelación —le dijo Nikki a Chioma.

Ya le gustaba. Tenía una de esas caras expresivas y abiertas y, Nikki imaginaba, honradas. Después de hablar con Ricardo y contarle el incidente, él le aseguró que era de esperar, y que Elijah estaba representando sus angustias internas. Las pesadillas y los berrinches eran bastante normales en los primeros días en un nuevo lugar. Pero le recomendó que contactase con Chioma cuanto antes, y a Nikki le alegró que se lo dijese. Antes solo había visto a Chioma por la ventana, cuando iba a dejar a Elijah. Elijah insistía en que no necesitaba que entrase con él. No quería que ella entrase con él.

— Gracias a todos por venir.

Elijah levantó la mirada hacia Chioma. Nikki se daba cuenta, por su lenguaje corporal, que estaba tranquilo cerca de Chioma. Tenía los hombros relajados y andaba ligeramente desgarbado. De camino allí, en el coche, Elijah había estado tenso. Le pidió a Nikki que se sentase

detrás con él y le cogió de la mano todo el viaje. Obi, por otra parte, tenía los hombros levantados hasta las orejas. Estaba tocando una y otra vez el botón de un bolígrafo retráctil.

Se había levantado temprano y con dolor de cabeza y estuvo hurgando en el baño buscando un analgésico.

—Pero ¿la terapia de juego es suficiente? —preguntó—. Todavía no sabemos con qué nos enfrentamos y, con arrebatos como este, es probable que necesite una aproximación más clínica.

Bajó las escaleras con pasos pesados y ella lo oyó abrir y cerrar los armarios de golpe. Nikki bostezó y se incorporó cuando él volvió a entrar en la habitación.

—Quizás sea el momento de hacer otra evaluación psiquiátrica. Quizás incluso podría beneficiarse de alguna farmacoterapia. — Volvió a desaparecer metiéndose en el baño y se oyó un estruendo cuando el bote de los cepillos de dientes se cayó en el lavabo y Obi soltó un taco—. ¿No tenemos ninguna aspirina en esta casa? ¿En serio? —El armario del baño se cerró con un portazo y Obi apareció en la puerta—. ¿Aspirina?

Nikki se encogió de hombros.

—Puedo vivir con este dolor de cabeza, pero ¿qué pasa contigo?

—Vamos, Obi —contestó ella.

—¡Lo digo de verdad! ¿En serio? ¿No hay aspirinas?

Aparte de hacerle perder bebés, el problema de Nikki la hacía susceptible a la trombosis venosa profunda, entre otras enfermedades serias, que necesitaban controlarse con aspirina.

—He tenido otras cosas en las que pensar —respondió ella, frunciendo el ceño.

Él se lo frunció de vuelta y se quedaron mirándose por un momento. Pero después él se disculpó y le contó a Nikki un nuevo caso con el que había estado trabajando: una mujer de la República Democrática del Congo que, junto con sus hermanas, había sido brutalmente atacada y violada por unos hombres y sus armas. Una hermana se desangró hasta morir tras el ataque.

—La otra ha necesitado cirugía reconstructiva —le contó Obi.

Nikki parpadeó. Así que era eso lo que había estado atormentándolo. Suspiró.

—En qué mundo vivimos. En qué mundo *vives*. —El horror la hizo estremecer—. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo vienes a casa después?

Él se encogió de hombros.

—Siempre hago todo lo posible, y, si no hay nada más que pueda hacer, continúo con el siguiente caso. Tengo que hacerlo. Siempre hay otro caso.

Nikki se había acurrucado contra él.

—Bien; empecemos —dijo Chioma—. No estés tan preocupado, papá; Elijah te contará que no hay nada por lo que estar nervioso aquí. —Sonrió.

Elijah asintió y Obi se rio.

—No estoy nervioso —dijo—. Y haremos lo que sea —añadió— para ayudar a nuestro hijo.

«Hijo». Dejó el bolígrafo y sonrió.

Chioma asintió mirándolo a modo de respuesta.

—Muy bien, entonces. Bueno, hoy he pensado que podríamos empezar con un poco de música. Coged un tambor y un estetoscopio cada uno. —Señaló hacia un surtido de tambores y un enorme montón de estetoscopios negros.

Nikki y Obi se miraron mutuamente.

—Em, bien —contestó Nikki, cogiendo ambas cosas.

Elijah dio un salto.

—¡Me encanta este juego! —exclamó—. Estos son tambores nigerianos.

Nikki se rio. Estaban todos sentados en semicírculo, con Chioma delante de ellos.

—Bien, ahora, Elijah, siempre que hemos jugado a esto antes has escuchado el latido de tu propio corazón, pero esta vez me gustaría que tocases el tambor con el latido del corazón de mamá o papá.

Elijah miró a Nikki, después a Obi.

—¿A quién debería escoger? —preguntó.

—A quien quieras. Después puedes hacerlo con el otro.

Elijah cogió su estetoscopio y metió los auriculares en las orejas. Alargó la mano y levantó la camiseta de Nikki, después movió

el estetoscopio para ponerlo debajo. Tenía los dedos tibios. Con una mano lo sostuvo en su sitio y con la otra empezó a dar golpecitos en el tambor. El sonido era alto, continuo y fuerte. Elijah empezó a mecerse al ritmo del latido. Entonces Nikki se meció con él.

Los dos empezaron a reírse. Obi cogió su estetoscopio y lo puso sobre la espalda de Elijah, después empezó a tocar el tambor también. El sonido era más rápido y más suave, y encajaba perfectamente con el del otro tambor. Los dos tambores juntos sonaban como un solo corazón, latiendo. Nikki cerró los ojos. Escuchó a su marido y a su hijo, los sonidos de sus tambores, su propio latido. Cuando Chioma les pidió que parasen, Elijah sacó el estetoscopio de debajo de la camiseta de Nikki, pero él no se movió. Nikki respiró el aroma de la piel de Elijah.

—Eso ha sido precioso, Elijah. ¿Qué tal con papá ahora? — propuso Chioma.

Elijah levantó el estetoscopio por debajo de la camisa de Obi. Empezó a dar golpecitos con ritmo. Obi volvió a unirse, tocando tanto su tambor como el de Elijah, entonces Chioma cogió un tambor y también empezó a tocar. La sala se llenó de sonido.

Cuando terminaron, Obi estaba sin aliento.

—Percusión de latidos —le dijo Nikki a Obi.

—Leí un artículo de investigación en *Lancet* sobre los efectos terapéuticos de la música. Estaba en el número del mes pasado. —Obi miró a Chioma.

—Excelente —contestó Chioma—. Es sumamente terapéutico. Y, más que eso, es muy divertido. ¿A qué jugamos ahora? Creo que deberías elegir tú, Elijah.

—A mamás y papás. —Sonrió satisfecho y miró a Nikki—. Juguemos a mamás y a papás.

—Buena idea. Otro de mis juegos favoritos. ¿Quién será cada uno?

—Tú eres el perro —contestó Elijah, señalando a Chioma, quien de inmediato replicó:

— ¡Guau!

—Y tú eres el papá... —señalando a Obi, que sonrió y guiñó un ojo—, y tú la mamá —dijo, mirando a Nikki.

—¿Qué serás tú, Elijah?

— ¿Puedo ser el bebé?

Nikki miró a Chioma.

— Muy buena idea — contestó.

Empezaron a jugar. Elijah fingió ponerse a llorar y Nikki le acarició la cabeza, y Obi salió de la sala y volvió a entrar.

— He tenido un día terrible en el trabajo — dijo —. ¿Dónde está mi cena? — se rio.

— ¡Guau! ¡Guau! — exclamó Chioma.

Andaba a cuatro patas y fingía mover una cola imaginaria. Nikki supuso que debían de dolerle las rodillas, andando a gatas por el suelo, pero si era así parecía no importarle.

— Mama — dijo Elijah alargando los brazos hacia Nikki.

Nikki le cogió entre sus brazos y le acarició la cabeza. Obi se acercó a ellos y colocó la mano sobre la de Nikki, y Chioma sonrió.

De cena había salmón hecho al horno en papel de aluminio con aceite de sésamo y salsa de soja, cebollas tiernas, chile, ajo y jengibre. Nikki apartó dos porciones pequeñas de salmón y a esas les añadió solo miel antes de meter todo el pescado en el horno, pero cuando Elijah vio el pescado de Obi se relamió.

— ¿Puedo tomar uno así? — Miró su salmón con miel y después volvió a mirar el plato de Obi.

El niño estaba completamente normal, como si la otra noche no hubiese existido. De no estar tan cansada, Nikki habría pensado que todo fue un sueño. La cocina estaba animada con olores especiados, dulces, y el sonido de la familia hablando unos por encima de otros. Nikki los miró a todos unos momentos, reunidos alrededor de la mesa de madera: Elijah, Obi, Chanel, Jasmin y el padre de Obi. Era como si siempre hubiesen estado ahí juntos. Elijah se reía de las bromas y hablaba en susurros con Jasmin, Papá era el centro de atención e incluso Chanel parecía hacer gala de su mejor comportamiento. Fuera había luz y el sol todavía relucía, pero de todos modos Nikki había encendido velas, y el espacio parecía acogedor y cálido. Obi captó su atención desde el otro extremo de la mesa y sonrió. Se enfadó un poco con él la otra noche, por quedarse

de pie y hablar en lugar de simplemente abrazar a Elijah, y después estar más preocupado por el trabajo que por su propio hijo, pero con Chioma estuvo perfecto. Nikki oyó de nuevo el latido de los tambores. Eso le devolvió la sonrisa.

—Yo tomaré dos pedazos solo con miel —dijo Jasmin—. El salmón es bueno para el desarrollo del cerebro y, si voy a ser bióloga marina, necesito un buen cerebro. —Alargó la mano sobre la mesa y se puso el pescado de Elijah en su plato—. Y me gusta tu salmón con miel. Es mucho mejor que los palitos de pescado de mamá.

—¡Eh! —replicó Chanel—. Es a Captain Birdseye a quien estás ofendiendo.

—Buena idea haber hecho de más, entonces —dijo Obi, guiñándole el ojo a Nikki.

—¿Qué es una bióloga marina? —Elijah ya estaba removiendo su cena, poniéndose un montón de cuscús en el plato junto al pescado.

—¡Bióloga marina! —se rio Chanel—. Ahora ni siquiera haces los deberes, ¿así que cómo vas a estudiar algo como eso? —Estaba sentada junto a Jasmin, pero se apartó cuando esta intentó darle un codazo—. ¡Eh! Sabes que es verdad. Siempre intentas eludir los deberes.

—No lo hago —contestó Jasmin. Llevaba una camiseta que ponía *Pop Star* en purpurina rosa—. La señorita Pullen dice que tengo el mejor cerebro de la clase y que, si me aplico, podría hacer cualquier cosa.

—Exacto —replicó Chanel—. Pues aplícate. Eso significa que hagas los deberes sin quejarte. Apuesto a que Jay-Z trabajará superduro en su nueva escuela, ¿verdad, hombrecito?

Nikki chasqueó la lengua, reprendiendo a Chanel.

—Deja de llamarlo así.

—No me importa —contestó Elijah.

«Es amable con todo el mundo, incluso con Chanel», pensó Nikki.

—De todos modos, yo me aplico. —Jasmin se giró hacia Elijah—. Una bióloga marina es alguien que nada con delfines —explicó—. Como una sirena humana.

Papá puso los ojos en blanco y resopló.

—En Nigeria, cuando yo era pequeño, solo había tres carreras: medicina, derecho e ingeniería. A los niños les daban un libro y una

manotada en la cabeza por jugar demasiado al fútbol. Y ahora, en vez de eso, les dan una manotada en la cabeza por leer libros y un balón para jugar al fútbol. —Empezó a reírse—. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

—¿Qué quieres ser de mayor? —preguntó Obi, mirando a Elijah—. ¿Tienes un gran plan, como Jasmin?

Elijah miró a su alrededor en la mesa, a los rostros de todos.

—No tienes que decidirlo ahora —apuntó Nikki—. Tienes por delante años y años y años de colegio.

Elijah se rio.

—Ya sé lo que quiero ser —contestó.

—¿Biólogo marino como yo? —preguntó Jasmin—. Podríamos vivir los dos en California, porque es el mejor sitio para ser biólogo. Allí hay millones de delfines y estrellas de películas de Hollywood que viven en mansiones.

Elijah negó con la cabeza, pero estaba sonriendo. Nikki se daba cuenta de que al niño le gustaba Jasmin. Se le iluminaba la cara cuando ella estaba cerca. Elijah miró a Nikki.

—Quiero trabajar contigo —dijo—. Quiero ayudar a los animales en el Hogar para Perros Battersea.



## Catorce

A Elijah no le gustaba ninguna de las escuelas a las que había ido, pero algunas fueron peores que otras. Horton School era más grande que Appletree School, y tenía más césped que Saint John's School, más edificios que Grove Field y Saint Anne's, y más coches aparcados fuera que Lowry Park School, pero menos flores en el jardín que Saint Peter's y definitivamente niños más mayores que Kennedy Court Primary School. La peor resultó ser Saint Peter's, donde Elijah aprendió que las flores frente a la puerta no significaban que los profesores tuviesen buen corazón.

—Vamos, lento... —Jasmin tiraba de él agarrándolo por los guantes que Nikki le había cosido a las mangas del chaquetón. «Por si se pierden», dijo Nikki, «o se te enfrían las manos». Jasmin puso los ojos en blanco—. Solo es septiembre. Ni siquiera es invierno todavía —resopló, pero a Elijah no le importaba. Le gustaba tener las manos calientes.

Miró tras él, a Nikki y a tía Chanel, que estaba hablando y riéndose. Nikki se había puesto un chaquetón ligero como el suyo, y un pañuelo estampado alrededor del cuello. Tía Chanel llevaba unos pantalones con estampado de leopardo y una camiseta rosa brillante bajo una chaqueta de piel, y tacones altos que daban golpecitos sobre la acera. Desearía no estar yendo al colegio. Desearía estar yendo al parque y al río, que era donde Nikki lo llevaba a veces, para sentarse en un banco y mirar el agua.

—Está bien —dijo Nikki cuando se dio cuenta de que la reclamaba con la mirada—. Puedes ir un poco por delante con Jasmin. La señorita Pullen estará esperando en la entrada, de todos modos. Pero primero ven aquí.

Elijah tiró de los guantes para soltarlos de la mano de Jasmin. Se colocó delante de Nikki.

—Bueno, ¿te acuerdas de todo lo que te dije? Esto es un primer día, solo eso. Si te resulta demasiado duro, entonces díselo a la profesora y ella me llamará por teléfono y vendré a por ti enseguida. Solo díselo a la señorita Pullen. —Nikki lo besó en la mejilla. Olía a menta.

Nikki sacó un pequeño pedazo de papel de su bolsillo trasero y se lo enseñó a Elijah. Era un dibujo que ella había hecho de un príncipe con una corona, y había un corazón y dos besos.

—Guárdate esto en el bolsillo y piensa en mí —dijo.

Obi ya le había dado otro papelito con las palabras *carpe diem* escritas en él. Dijo que significaba «aprovecha el día», *seize the day*, en inglés, pero, incluso en inglés, realmente no tenía sentido porque Obi le dijo que *seize* significaba sujetar algo de forma repentina y con fuerza, y no puedes sujetar un día. Si se pudiese sujetar un día, Elijah habría sujetado el último día que vio la cara de Mama. Pero no le dijo eso a Obi.

—Estaré bien —murmuró.

Sabía que Nikki estaba preocupada por él; la oyó hablar con Ricardo por teléfono la noche anterior: «... demasiado pronto, no está listo, podría desencadenar una recaída en su comportamiento». Pero, aunque oyó las palabras de Nikki en sus oídos («No te preocupes demasiado por el colegio... no es importante»), Elijah oyó las palabras de Mama en su corazón: «Hijito mío, cuando estés bien, tendrás suerte de ir al colegio. El colegio es como un billete a cualquier lugar al que quieras ir y, si te esfuerzas de verdad, podrás viajar en primera clase».

Pero, aunque Elijah llevaba consigo las palabras de Mama, no importaba lo mucho que lo intentase, no le gustaba el colegio. El trabajo era demasiado duro para sus ojos y el brujo hacía que todo se volviera borroso para que él no pudiera ver, y se reía en su oído para que no pudiese escuchar a los profesores. Los profesores ponían cara de estar molestos y, si Elijah no tenía mucho cuidado, el brujo se apoderaría por completo. Y entonces los profesores se enfadarían de verdad, le gritarían por decir palabrotas o dar patadas o romper la ventana, cuando Elijah no tenía ni idea de qué hablaban. Eso sería lo

que más les enfadase. No había notado al brujo en absoluto en varios días, pero estaba seguro de que regresaría para su estreno en la nueva escuela. Mientras pasaban los días y se acercaba el colegio, los sueños llegaron de manera habitual. La otra noche, Elijah pensó que el brujo había vuelto, torturándolo con sueños malos, y que él había gritado y se había arañado a sí mismo para librarse de él, pero al final solo fue un mal sueño. Mientras Nikki dormía a su lado, él buscó y buscó en su interior cualquier señal del brujo, y no estaba allí. Pero el brujo siempre contraatacaba. Elijah levantó la vista hacia el sol. Sentía frío.

Se inclinó hacia Nikki y la abrazó deprisa, cogiendo el papelito y metiéndoselo en el bolsillo.

—No vengas a la puerta —dijo.

Aunque pensaba que Nikki era una persona especial y buena, no quería que se quedase de pie a su lado por si otros niños la veían, y entonces sabrían que no vivía con su mamá real. Ojalá Obi hubiese podido acompañarlos. Pero entonces vio la expresión desconcertada de Nikki y se sintió mal. Ella lo abrazó muy fuerte la otra noche. Más fuerte que Ricardo. Tan fuerte como Mama. Volvió atrás corriendo y le dio otro abrazo rápido.

—Estaré bien —dijo, y ella sonrió y miró a tía Chanel, que se llevó la mano al corazón y soltó: «Aaah».

Caminaron hacia la puerta y Jasmin empezó a hablar deprisa.

—Quería hablar contigo la otra noche, pero no pude porque mi mamá y todo el mundo estaba ahí. Tengo que hablarte del código espía para las linternas. El otro día hiciste algo totalmente vergonzoso.

Elijah giró la cabeza para mirar a Nikki y tía Chanel, que estaban hablando y caminando despacio detrás de ellos.

—¿Es un código? ¿La forma en que enciendes la linterna?

—Claro que es un código. Y, si quieres mandarme mensajes, es muy importante. Tres *flashes* y después uno rápido significa que llamaré a tu puerta por la mañana para ir al colegio, tres *flashes* rápidos significa que iré a jugar a tu casa, y cuatro *flashes* significa que vendrás tú a la mía a jugar. ¡Pero tú hiciste cinco *flashes* lentos!

—¿Qué significa eso? —Elijah tocó el papel que Nikki le había puesto en el bolsillo. Lo notaba muy suave al tacto con la punta de los dedos, como la piel de las mejillas de Mama.

—¡Nunca deben usarse cinco *flashes* lentos! Solo usaría cinco *flashes* lentos si Justin Bieber viniese a vivir aquí, y no te pareces en nada a Justin Bieber y, de todos modos, somos primos, que es como ser hermano y hermana, en cualquier caso, así que cinco *flashes* lentos es de muy mal gusto.

Elijah no tenía ni idea de qué hablaba Jasmin, pero le gustó oírle decir que eran como hermano y hermana. Nunca había tenido una prima, ni amigos, ni un hermano o una hermana.

Jasmin miró hacia el colegio.

—Está bien que utilices el código. De hecho, tenemos que usarlo porque mamá no me dejará tener un *walkie-talkie*, que sería mejor. Pero nunca, nunca uses cinco *flashes*. —Se inclinó hacia el oído de Elijah—. Cinco *flashes* lentos significa «te quiero».

Una señora salió por la puerta y caminó hacia ellos.

—Buenos días, Jasmin —saludó—. ¿Cómo estás?

Los dos se pararon y se quedaron esperando quietos hasta que Nikki y tía Chanel los alcanzaron.

Jasmin sonrió.

—Hola, señorita Pullen. Tuve unas buenas vacaciones de verano. Fui a América y vi la Estatua de la Libertad, y subí a lo alto del Empire State Building.

A Elijah le dio la risa y rápidamente se tapó la boca con la mano.

—Jasmin —dijo tía Chanel, negando con la cabeza—. Deja de inventar historias. —Se giró hacia la señorita Pullen—. Fuimos con la caravana de mi amiga a Great Yarmouth dos noches y llovió del carajo.

—¡Chanel!

—Lo siento —dijo tía Chanel—. Quise decir «cántaros», que llovió... a cántaros.

Jasmin se giró hacia su profesora.

—¿Ve con lo que trato? —Después cogió de la mano a Elijah y sacudió la coleta—. Tendrás que poner una libra en el bote de las palabrotas, mamá. Venga, Elijah. Vámonos.

—¿Estás bien, Elijah? —Nikki parecía perdida, como si estuviese en

una calle extraña, aunque estaban solo a dos calles de distancia de su casa.

Elijah asintió. La señorita Pullen le cogió de la otra mano.

— Ven conmigo; soy tu nueva profesora — dijo.

— Estará bien, tía Nikki, ¿verdad? — Jasmin le sonrió a Elijah. Él volvió a asentir.

Caminaron hacia la escuela y cruzaron las verjas grandes de metal, y Elijah no miró atrás ni una vez porque sabía que Nikki estaría llorando y eso podría hacerle llorar a él. Jasmin se sacudió la coleta.

— En América no tienes que ir al colegio — dijo.

— Jasmin, eso no es totalmente cierto, ¿verdad? — replicó la señorita Pullen, guiñándole el ojo a Elijah. Tenía el pelo rojo muy tupido y círculos negros alrededor de los ojos.

— Algunos niños estudian en casa. Eso significa que solo ven la tele todo el día. Desearía vivir en América para no tener que ir al colegio y quedarme quieta si estoy enredando en clase.

— ¡Pues no enredes! — Entonces la señorita Pullen se rio y Jasmin le sonrió, y Elijah se dio cuenta de que debían de ser amigas—. No puede estarse quieta, ¿verdad, Jasmin?

Jasmin puso los ojos en blanco. Elijah nunca había conocido a una niña como ella. No era como un niño, pero no era como ningún otro niño o niña que hubiese conocido. Una parte de él quería ser su amigo, pero le preocupaba el brujo. El brujo hizo daño a toda la gente que a él le gustó alguna vez. Sería más seguro para Jasmin que no fuesen amigos, pero cuando Jasmin estaba cerca él se sentía un poco mejor..., como si ella estuviese repleta de la luz del sol que llenaba toda la oscuridad de Elijah. Era imposible que no le gustase Jasmin. Aunque dijese que no sería amiga suya. Y Chioma le había enseñado cómo respirar tan despacio que el tiempo se paraba y lo ayudaba a pensar, y eso hacía al brujo realmente pequeño. Eso significaba que no tendría ningún poder especial, que no hubiese brujo significaba que no habría poderes especiales..., pero no le importaba. Daría cualquier cosa para que el brujo se fuese. Si el brujo se marchase, él estaría a salvo y Mama podría mejorar y ver que era un chico normal.

Dentro, en el patio, de repente Elijah se detuvo. Se quedó quieto un instante porque las piernas no le funcionaban. Después caminó hacia

la enorme puerta, tras la cual había muchos niños gritando. Se soltó de la señorita Pullen y de Jasmin y se tapó los oídos. Los niños pasaban a gran velocidad por su lado y él no conocía a ninguno. El mundo entero estaba lleno de niños que no eran amigos. Algunos de ellos lo empujaron y se movió a un lado, se puso a mirar hacia la pared, que tenía una marca grande donde la pintura se estaba desconchando.

La señorita Pullen se arrodilló delante de él y le retiró las manos de los oídos con suavidad.

—Vamos; salgamos de este caos. Deja que te lleve a tu clase. Ya verás..., es una clase muy agradable y hacemos muchas cosas divertidas.

Todo se volvió borroso, como si tuviese algún problema en los ojos. Quizás el brujo los estaba empañando. Siguió a la señorita Pullen y a Jasmin por los pasillos del colegio hasta una sala con puerta de cristal. Los niños ya habían entrado en la clase y todo estaba tranquilo en el interior. Cuando entraron, Elijah notó que todos lo miraban. Se preguntó qué niño sería el primero en golpearlo, o en insultarlo, o en reírse de él. Levantó la vista. Jasmin estaba justo a su lado. Le lanzó una sonrisa enorme.

—Bien, Elijah, bienvenido a la clase 3F. Puedes sentarte al lado de Jasmin. ¡Insistió! ¡Sé hacer algo mejor que discutir con Jasmin cuando insiste! —La señorita Pullen volvió a guiñarle el ojo a Jasmin.

Elijah se sentó en una silla en la parte delantera; Jasmin se sentó a su lado. Mientras la señorita Pullen leía los nombres en voz alta, Jasmin cogió un lápiz de su estuche y dibujó una calavera con huesos alrededor, como en una bandera pirata, en el papel que había sobre el escritorio de Elijah. Empezó a toquetear su estuche, sacándolo todo y después volviéndolo a meter. Tarareaba en voz alta.

Elijah miró la clase. Era igual que todas las demás clases en las que había estado: una pizarra negra grande y una pizarra blanca grande, cientos de dibujos, muchos cajones con material y pegatinas en la parte de delante que él no podía leer, un globo terráqueo enorme en el escritorio delantero y muchos niños fijándose en él. En todos los sitios en los que había estado odió la escuela. Nunca había tenido amigos verdaderos, ni uno solo. Pero de repente, sentado junto a Jasmin, sintió como si algo importante pudiese cambiar. Podía

respirar con facilidad y el brujo estaba completamente callado. Se sentó más erguido y nadie se rio de él. Ni siquiera el brujo. Por primera vez, Elijah tenía una amiga. Incluso mejor que una amiga. Una prima. Sabía que era peligroso hacerse amigo de la gente, que el brujo podía herir a cualquiera. Pero, sentado junto a Jasmin, se dio cuenta de que el brujo nunca se despertaba cuando ella estaba cerca. Si empezase a despertarse, Elijah podría controlarlo como Chioma le enseñó; era como si estar cerca de Jasmin le hiciese más fuerte. A Jasmin no le asustaba nada. Ni quisiera un brujo. Elijah decidió arriesgarse. Miró directamente a Jasmin a la cara y sonrió. Pero Jasmin estaba demasiado ocupada sacando punta a sus lápices uno a uno como para darse cuenta.

La señorita Pullen suspiró.

—Jasmin —dijo—. Estate quietecita, por favor.

## Quince

Nikki preguntó si octubre era un poco tarde para hacer una barbacoa, pero Obi le dijo que era ridícula.

—Debemos de estar a veinte grados. Nos pondremos guantes, si es preciso. Tengo la mejor receta de adobo para pollo y no puedo esperar a la primavera para probarla.

Nikki se rio.

—Obi siempre está preparando barbacoas —dijo—. Es el único momento en que cocina. Como un rey, solo él puede estar cerca de la barbacoa. Dice que yo lo desordeno todo, pero espera a verlo en acción. ¡Entonces es cuando de verdad vemos desorden!

Elijah nunca había comido cosas cocinadas en una barbacoa, pero no se lo dijo a Nikki. Una vez, Mama hizo plátano frito en la terraza, pero le gustaba ennegrecido, que era cuando estaba más dulce, decía ella. Se olvidó sacarlo del fuego que hizo con papel de envolver y una silla vieja. Y el sillón de la terraza de alguna forma prendió, y ella tuvo que lanzar la silla en llamas por la terraza. Se quemó las manos y lloró de dolor.

Aquel día, más tarde, Nikki se llevó a Elijah con ella al apartamento de tía Chanel para que Obi pudiera organizarse con la barbacoa. El piso estaba lleno de carteles grandes, pegados a la pared con Blu-tack, de estrellas del pop con poca ropa. Jasmin puso los ojos en blanco cuando vio a Elijah mirándolos.

—Cosa de mamá —dijo—. Qué vergüenza. —Miró alrededor y se inclinó más cerca de Elijah—. De hecho va a hacer una prueba para *Factor X*, pero no sabrás lo que es porque no tienes televisión. Es un concurso de cantantes, pero como el espectáculo más chulo del mundo.



Elijah intentó imaginarse a tía Chanel sobre el escenario, cantando. Le entró la risa.

—No es divertido —susurró Jasmin—. No se lo digas a nadie en el colegio.

—No lo haré —contestó. Oyó a tía Chanel en la ducha, cantando en voz alta—. A lo mejor gana.

Jasmin resopló.

—No seas ridículo. Es demasiado rara. —Cogió a Elijah de la mano y entraron en su habitación.

Era gracioso estar dentro de la habitación que había mirado a menudo desde el otro lado de la calle. Le gustaba la forma en que siempre tenía las cortinas abiertas, y los caballos en la funda del edredón. Había un globo terráqueo sobre el escritorio y un mapa gigante en la pared, lleno de chinchetas diminutas.

—Son todos los sitios que visitaré cuando sea más mayor —dijo Jasmin—. Quiero ver el mundo entero. —Deslizó los dedos por el mapa y leyó los nombres en voz alta—. Perú, Brasil, Australia, Rusia, Mongolia, Sudán, Alaska...

—Ricardo es de Brasil —dijo Elijah—. Dice que hay una selva muy grande.

Jasmin miró el mapa.

—Por supuesto, también tendré que ir a Nigeria —sonrió—, porque por la forma en que abuelo Ozo habla de ella pensarías que es el mejor sitio del mundo.

«Nigeria es un lugar como el Cielo». Elijah oyó la voz en su interior. Miró Nigeria en el mapa de Jasmin. Rusia era más grande. Siempre pensó que Nigeria sería tan grande como el cielo, pero era pequeña, en realidad, y estaba apretada entre otros países.

Puso el pulgar encima de Nigeria y lo movió por los demás países. No notaba que Nigeria fuese diferente bajo su piel. Esperaba que estuviese caliente.

—Voy a ver todo el mundo —dijo Jasmin.

Elijah metió la mano en el bolsillo. Sacó la postal que había visto en la tienda y le había rogado a Nikki que le dejase comprar. Era una foto del Empire State Building en blanco y negro, y tenía «Yo corazón NYC» escrito debajo.

— Conseguí esto para ti — dijo. Le dio la postal a Jasmin.

La sonrisa de ella fue lo bastante grande como para llenar la habitación.

— Gracias — contestó Jasmin. Miró la foto con atención—. Es mejor en la vida real — añadió. Después se encogió de hombros—. Puedes venir conmigo, si quieres.

— ¿De verdad puedo?

— Claro. Pero tienes que cargar con las bolsas. Tenemos que llevarnos montones de caramelos. En Rusia no pueden conseguirse realmente buenos caramelos, solo patatas.

Elijah asintió deprisa.

— De acuerdo — respondió.

Y, mientras tocaba el mapa gigante, notó que se le calentaba el pulgar después de todo.

Jasmin dejó la postal sobre la mesa que había junto a su cama, después volvió y se puso al lado de Elijah. Alargó la mano y colocó el pulgar sobre el suyo.

— Iremos donde sea que nuestros pulgares se toquen en el mapa, ¿vale?

Elijah asintió. Movieron sus pulgares pegados por encima del mapa hasta que apenas quedó algún lugar del mundo donde no fuesen a ir. Mientras lo hacían, el pulgar de Elijah se calentó más y más, pero no estaba caliente como cuando el brujo iniciaba algún fuego utilizando el cuerpo de Elijah. De hecho, el brujo no estaba paseando en su interior en absoluto. Era cierto que siempre que Jasmin estaba cerca, el brujo desaparecía. Quizás al brujo lo asustaba el superpoder de Jasmin, lo asustaba que ella no le tuviese miedo a nada en el mundo. Quizás, para crecer, el brujo necesitaba que Elijah tuviese miedo. Era como si finalmente hubiese controlado al brujo o el brujo estuviese empezando a desaparecer. Fuera cual fuese el motivo, Elijah miró a Jasmin, apretó el pulgar con fuerza contra el suyo y susurró:

— Gracias.

Ella se rio.

— Está bien, tonto. Claro que puedes venir a mi viaje de vuelta al mundo. — Levantó las cejas—. De todos modos necesito que seas mi

vigilante. En Los Ángeles, la policía secuestra niños para robarles la piel y ponerla en la cara de gente vieja y arrugada.

Cuando volvieron, Elijah olió a quemado. Abuelo apareció envuelto en una manta.

—Conozco a tu papá —le dijo a Elijah—. Quiere comer fuera con este frío terrible.

Pero cuando llegó tía Chanel, vino con camiseta y ningún jersey.

—Eh, Jay-Z —saludó—. Estás más guapo cada día, ¿verdad, Jas?

Jasmin estaba de pie detrás de ella, con un abrigo grande y la capucha puesta, pero Elijah pudo ver cómo se le sonrojaba la cara dentro de la capucha.

Notó cómo él también se sonrojaba. Se concentró en el jardín, en las flores de Nikki y en el pequeño parche de barro al fondo, donde ella dijo que Elijah podría cultivar verduras. Dijo que pensaba que tendría mano con la jardinería, como ella.

—Deja de avergonzar al pobre niño —dijo Nikki, al pasar por su lado con un cuenco enorme de ensalada de col que Elijah había ayudado a preparar—. Ahora, venga, vosotros dos, podéis echarme una mano.

Llevaron cuencos de comida hasta la mesa que había fuera: arroz, ensalada, patatas, salsas, cubiertos, servilletas, una jarra con zumo, vasos, una botella de vino tinto para tía Chanel y una lata de cerveza para Abuelo. Obi puso algo de música y después se quedó de pie al lado del fuego, girando los pedazos de pollo. El jardín se llenó de música, el sonido de la conversación y el aroma del pollo con el adobo especial de Obi, y Elijah cerró los ojos por unos segundos para retenerlo todo en su interior. Sonó el móvil de Obi y él se lo sacó del bolsillo y habló en voz baja, apresurándose para volver a entrar en casa.

—Tú estás al mando del pollo —articuló mirando a Elijah, y le guiñó el ojo antes de volver adentro.

—Hagámoslo juntos —dijo Nikki, que acudió enseguida y cogió las tenazas.

—Posiblemente viviré en California —soltó Jasmin—. Ahí es donde

vive toda la gente guay. Haré surf en la playa y veré montones de gente famosa. Puede que tenga que llevarme dos o incluso tres libros de autógrafos para todos los nombres.

Jasmin hablaba de América de la misma forma en que Abuelo hablaba de Nigeria, pero también de manera distinta. Cuando Abuelo hablaba de Nigeria, Elijah podía verlo en su cabeza, pero cuando Jasmin hablaba de América solo podía verla a ella deseando ir.

Comieron y comieron, chupándose los dedos, y el jardín se llenó de sonidos de gente sorbiendo con felicidad. Para cuando Obi regresó al jardín, Elijah se había comido tres pedazos. Obi saludó con la mano, pero seguía hablando por el móvil.

— A primera hora entonces, ¿de acuerdo?

Tía Chanel dio un sorbo a su vino y levantó una ceja mirando a Nikki.

— Cuento contigo — dijo Obi.

Volvió a meterse el teléfono en el bolsillo. Se sentó al lado de Elijah, y Nikki alargó la mano para cogerle el brazo mientras él se estaba agachando hacia al suelo.

— Desearía que apartases esa cosa.

— ¡He terminado! — Levantó las manos, mostrando que estaban vacías.

Ella negó con la cabeza, pero Elijah pudo verla sonreír.

— ¿Os ha gustado el pollo? — preguntó Obi.

Todo el mundo hizo ruiditos de satisfacción y asintió.

— Eres un poco chef — le dijo tía Chanel a Elijah.

— Lo lleva en la sangre — añadió abuelo.

Tía Chanel se rio y Jasmin fue a sentarse en el regazo de abuelo, aunque él siempre decía que ella era demasiado mayor.

— Creo que voy a entrar en coma de tanto comer — dijo tía Chanel.

Elijah levantó la vista hacia el cielo y, aunque estaba iluminado de color naranja con las luces de la ciudad, pudo contar muchas estrellas.

## Dieciséis

Ricardo llevaba chancletas moradas aunque era un día realmente frío y veías salir la respiración como una bocanada de humo. Llevaba cuentas nuevas alrededor del cuello, que no paraba de tocar. Si fuese a la misma escuela que Elijah, la señorita Pullen le habría dicho que se estuviera quieto. Estaban en McDonald's, lo que era un gran regalo para Elijah porque Obi nunca lo dejaría ir. Nikki lo había llevado una vez y los dos comieron un Happy Meal.

—No se lo contemos a Obi —le dijo Nikki, y se rieron.

Obi decía que la comida rápida era veneno y que él nunca le daría una comida tan mala a alguien a quien quería. Eso hizo sonreír a Elijah.

—Bueno, ¿cómo va todo? ¡Pareces realmente instalado! No puedo creer que ya lleves viviendo tres meses con Nikki y Obi. ¡Han pasado volando! —Ricardo dio un bocado a su hamburguesa vegetariana.

Era vegetariano y no comía nada de carne. Le había confesado a Elijah que por eso no vivía en Brasil.

—En Brasil no vive ningún vegetariano —había explicado—. Va contra la ley. Cuando no pueda seguir lejos de Brasil, probaré un filete de calidad. Pero, hasta ese día, me quedo con esta terrible hamburguesa vegetariana. —Dio otro bocado e hizo una mueca—. Nikki dice que estás adaptándote realmente bien.

—Obi me está enseñando a jugar a fútbol. La escuela es muy buena. Y Nikki me llevó a su trabajo y me dejó jugar con los perros. —Elijah se rio—. Son divertidos. Me lamieron la cara.

—¿Dices que la escuela es muy buena? Fantástico. Y Nikki dice que se te dan bien los perros —contestó Ricardo—. Y que ayudas mucho.

—Hizo una pausa—. Pero también dijo que ver a los perros fue un poco duro para ti. Y esa noche te enfadaste.

Elijah se encogió de hombros.

—Parecían muy tristes —contestó—, y por eso quiero ayudarlos, como hace Nikki.

—Bueno, estoy seguro de que tendrán una familia para siempre, como tú, muy pronto. Nikki y Obi dijeron que el enfado duró poco y luego volviste a tu preciosa forma de ser. ¿Y ya has pasado algo de tiempo con toda la familia? ¿Has conocido a todo el mundo?

—Tía Chanel es muy divertida. Es adulta, pero se porta como una niña. Y Jasmin se sienta a mi lado en el colegio. Me gusta Jasmin. En las vacaciones de Pascua, vamos a ir a Gales para que pueda conocer a mi otro abuelo y a mi abuela. He hablado con ellos por Skype y me han hecho reír. Y también —Elijah mostró una amplia sonrisa—, Obi dijo que me llevaría a Nigeria el año que viene.

Ricardo se rio.

—¿Qué ocupado! ¿Y cómo te sientes con respecto al día de la adopción?

Elijah dejó de comer.

—¿Tendré que hablar?

—No. El día de la adopción es solo un día especial en el juzgado, cuando Nikki y Obi firman los papeles para convertirse en tu mamá y papá para siempre. Es una fiesta en la que podemos comer tarta y una comida especial después. No tienes que hablar, pero tienes que ir elegante. —Ricardo se rio—. Por ejemplo, yo llevaré zapatos de verdad. Ni sandalias, ni Havaianas. Y mi mejor loción para después del afeitado, que solo reservo para ocasiones especiales.

Elijah no podía imaginarse a Ricardo con zapatos.

—¿Así que te gusta estar con tu familia para siempre?

Elijah pensó en ello. Con Nikki y Obi estaba como en ningún otro lugar en el que hubiera vivido. No quería irse a ninguna otra parte. Todavía echaba mucho de menos a Mama, pero Nikki dijo que eso estaba bien. Que era normal.

*Familia para siempre.*

—¿Cuándo puedo ver a Mama?

—No está nada bien, Elijah, y, como hablamos, sería mejor que te

ciñeses al contacto dos veces al año. Algo más que eso y podrías no hacerlo tan bien.

— ¿Sigue enferma?

— Sí, está enferma —contestó Ricardo—, y tiene algunos otros problemas que no mejoran. No puede mantenerte a salvo, ni siquiera cuando ya no esté enferma, y tú te mereces estar seguro. Puedes mantener el contacto con ella. Podrías estar listo para escribirle una carta a Mama. Nikki y Obi te ayudarán con eso.

Elijah se hundió.

— Mama me mantenía a salvo.

— Y ahora Nikki y Obi también lo hacen.

Elijah se incorporó.

— Eso creo. — Comió una patata frita, masticando despacio —. Creo que la maldad se ha ido.

Ricardo dejó lo que le quedaba de hamburguesa.

— Hace mucho que no mencionas lo de ser malo, Elijah. — Hizo una pausa—. ¿Crees que quizás, ahora que estás instalado con Nikki y Obi, has dejado de sentir que hay maldad dentro de ti? Quizás has empezado a creerme cuando te digo que eres un buen chico. ¿Tal vez incluso estás preparado para hablar de lo que te pasó?

Elijah se metió un *nugget* de pollo en la boca. El brujo no tenía el control desde hacía mucho tiempo. La última vez que lo sintió fue el primer día de colegio, pero, incluso entonces, estar cerca de Jasmin significaba que los poderes del brujo no tenían ninguna fuerza. De hecho, ya no lo notaba arrastrándose de un lado a otro. Elijah tenía el control. Sonrió.

— El brujo podría haberse ido —respondió. Bajó de la silla de un salto y abrazó a Ricardo. Pensó en Mama y en lo contenta que estaría.

Elijah se dio cuenta de la expresión de Ricardo: tenía los ojos muy abiertos y la boca llena de hamburguesa, pero no masticaba. Le había hablado del brujo a Ricardo; jamás volvería a ver a Mama.

— ¿El brujo? —preguntó Ricardo, tragando y limpiándose la boca.

Elijah se sentó y se quedó muy quieto, pero no pasó nada. Si el brujo de verdad se había ido, entonces tal vez no importaba.

— ¿Elijah?

Abrió la boca para hablar. Realmente no sentía al brujo.

—Estoy libre de maldad.

Ricardo se inclinó hacia delante.

—Pero dijiste «brujo».

Sí. Había dicho «brujo», pero el suelo seguía ahí, y el sol seguía arriba en el cielo y nadie se lo estaba llevando a rastras o diciendo que no podría volver a ver a Mama. Elijah se encogió de hombros.

—El mal que había dentro de mí se ha ido.

Era cierto. Mama tenía razón..., para estar a salvo, todo lo que tenía que hacer era encontrar a un nigeriano que creyese en Dios, y él había encontrado a Abuelo y a Obi. Y a Nikki, que no era nigeriana pero estaba cubierta de besos de ángel llamados pecas, y a Jasmin, que no le tenía miedo a nada. Ni siquiera a un brujo.

Ricardo asintió.

—De acuerdo. —Atrajo a Elijah para darle un abrazo.

Quizás podría quedarse con Nikki y Obi hasta que fuese un poco más mayor. ¿Y después tal vez pudiese volver a vivir con Mama? Quizás ahora ella mejoraría y podría ir a vivir también con Nikki y Obi.

Después del McDonald's, tía Chanel se llevó a Elijah para que Ricardo pudiese charlar con Nikki y Obi.

Tía Chanel puso la mano sobre la cabeza de Elijah y se rio.

—¡Vamos a pasar el rato, Jay-Z! Va a ser muy guay.

Tía Chanel llevaba otro grupo de mariposas sobre los párpados, pero parecían rotas, como si les faltasen la mitad de las alas, y hacía que pareciera que tenía los ojos en distintos lugares, uno cerca y uno lejos. Un par de orejeras de panda le cubrían los oídos. Elijah nunca había visto a un adulto con orejeras de animal.

—Tenemos que arreglar este pelo, hombrecito —dijo, y volvió a poner la mano sobre la cabeza de Elijah. Llevaba cuatro anillos y, cuando le tocaba, saltaban chispas diminutas entre la mano de ella y el hombro de él que hacían vibrar a Elijah—. Eres eléctrico —añadió tía Chanel.

Elijah la siguió a la parada de bus, donde ella sacó un paquete de



chicles de su bolso y le dio uno. Él nunca había probado el chicle antes.

—No le digas a mamá que te he dado chicle —le advirtió.

Elijah negó con la cabeza y mascó realmente deprisa. El chicle sabía a pasta de dientes. Tía Chanel siempre llamaba «mamá» a Nikki. Sonaba raro dentro de la cabeza de Elijah. Era una especie de mamá para él, pero no era Mama.

Jasmin salió corriendo por la puerta.

—¡Yupiii! ¡Ha terminado el colegio! ¿Cómo fue tu reunión?

—Bien —contestó Elijah.

—Vamos a que le corten el pelo a Elijah —dijo tía Chanel—. Un corte de pelo *fashion*.

—¡Estupendo! —exclamó Jasmin. Y deslizó su mano en la de Elijah.

—No creo que me dejen que me corte el pelo —contestó Elijah, imaginando la cara de Nikki, y a Nikki diciéndole a tía Chanel que se fuera. A Nikki le encantaban sus rizos suaves, apretados; eso decía.

Habían crecido de manera repentina en el tiempo que Elijah llevaba viviendo con Nikki y Obi, como si se hubiesen estado escondiendo dentro de su cabeza. Antes nunca tuvo realmente el pelo rizado; siempre lo llevaba rapado. Se tocó el pelo.

—Escucha, hombrecito..., cuando estás conmigo, te dejan hacer lo que yo diga, ¿de acuerdo? —La cara de tía Chanel estaba cerca de la de Elijah y él pudo oler los productos químicos que Nikki le había contado que provocaban el falso bronceado de tía Chanel, y por lo que parecía que era de color naranja. Al principio el olor le resultaba horrible, pero ahora se había acostumbrado al olor de la piel de tía Chanel y le gustaba. Sin embargo, sabía que a Jasmin no; ella achicaba la nariz cada vez que su mamá se arrimaba demasiado, apretándola con mucha fuerza.

—Vamos, este es nuestro bus.

Tía Chanel tiró de Elijah hacia ella y los tres cruzaron corriendo la calle. Subieron al autobús y se sentaron en la parte delantera. Tía Chanel ocupó el asiento que tenía un cartel con un dibujo de dos personas sujetando unos palos, pero tía Chanel no se levantó cuando un señor viejo subió al autobús; solo miró por la ventana a las calles por las que pasaban. El asiento de Jasmin no tenía ningún cartel y ella

iba mirando por la ventana, al frente, con la cara apretada contra el cristal. El anciano tenía unas piernas encorvadas que parecía que pudieran dolerle un poco. Elijah se levantó y señaló su asiento con la cabeza. Pero el anciano no se sentó en el asiento de Elijah. Hizo como si no pudiese verlo. Elijah se preguntó si era invisible, pero el brujo ya no se movía por su interior. El brujo parecía haberse ido por completo. Y cuando una señora se bajó del bus, el anciano se sentó en su asiento. Quizás le gustaba más el color de aquel asiento. A Elijah no le importó. ¡El brujo se había ido! No podía esperar a que Mama se pusiese mejor para contárselo.

Elijah se quedó de pie, de todos modos, hasta que tía Chanel y Jasmin se levantaron y bajaron del bus a una calle bulliciosa, llena de gente. Algunos tenían el mismo color de piel que Elijah y otros la piel blanca como Nikki, pero nadie tenía la piel naranja como tía Chanel, así que Elijah la cogió de la mano. No quería que se sintiese sola.

Ella bajó la vista realmente deprisa para mirarlo.

—Me siento Beyoncé —dijo.

Jasmin puso los ojos en blanco de tal forma que echó atrás la cabeza.

— ¡Aquí estamos, por fin! Después de esto, tenemos que arreglar tu ropa. Quiero decir, tus zapatillas de deporte. Es esencial..., ¡y no esas espantosas que te pone mi hermana! Ella no te capta en absoluto, hombrecito. ¡Es un buen trabajo para tu tía Chanel!

Jasmin estaba de pie detrás de una farola.

—Pero esto será un comienzo, de todos modos. ¡Tu primer corte de pelo apropiado!

Tía Chanel señaló hacia la tienda que tenían delante, en la que había muchos niños y hombres sentados en silla. Todos parecían calvos. Elijah se tocó el pelo, rizado y largo, exactamente como le gustaba a Nikki. Mientras se acercaban a la ventana, Elijah se quedó con la boca abierta y su mano apretó la de tía Chanel.

—Una barbería. Aquí es donde necesitas venir; ¡a un peluquero de chicos negros para que arregle ese pelo mocho!

Un chico echó un vistazo a Elijah por la ventana. Parecía de su edad y muy elegante. El chico tenía la piel del mismo color que Elijah, y

ojos marrón oscuro. Llevaba camisa, vaqueros y botas grandes con los cordones desatados. Parecía una estrella del pop.

Tía Chanel entró y, mientras la seguían, Jasmin susurró:

— Vas a estar muy guay; desearía que me cortasen el pelo.

Hasta entonces, tía Chanel lo había llevado a un parque de atracciones donde le compró algodón de azúcar, e incluso lo había llevado a un pub donde les dio a él y a Jasmin dos Coca-Colas y dos bolsas de patatas a cada uno. Le gustaron todos los sitios a los que le había llevado tía Chanel.

En la peluquería, un tipo grande se dirigió hacia ellos.

— Hola, atrevido — saludó—. ¿Qué buscas?

Elijah quería ser tan elegante como el chico de la ventana, pero estaba demasiado asustado como para hablar: aquel hombre era más grande que Obi.

Tía Chanel estaba ocupada hablando.

— Necesita que se lo rapéis, y después me gustaría un diseño a un lado... Estaba pensando en el símbolo de Nike. Algo guay. Ya sabes, algo que le vaya.

Jasmin hizo un ruido de fondo, como un ratón pequeño.

Tía Chanel habló y habló y no se dio cuenta de que el hombre había levantado las cejas hasta el techo. Elijah no estaba seguro de por qué aquel hombre levantaba las cejas. No sabía qué quería decir tía Chanel con lo de «el símbolo de Nike», pero se quedó callado. Pensó en Nikki. ¿Se enfadaría cuando no tuviese su pelo? Nikki a veces se enfadaba con Obi. Especialmente si Obi la regañaba al llegar a casa del trabajo porque la casa estaba hecha una pocilga. Entonces la cara de Nikki cambiaba y le decía «¡Basta! Por favor».

— Ven aquí.

El hombre sentó a Elijah en una silla junto al chico, y cogió una máquina que zumbaba y empezó a moverla sobre la cabeza de Elijah.

— ¡Va a estar estupendo! — exclamó tía Chanel, después se inclinó hacia el oído de Elijah—. ¡Solo está celosa!

Tía Chanel y Jasmin se quedaron de pie frente al espejo una junto a la otra pero sin que sus brazos se tocasen. Tía Chanel se miró a sí misma mucho rato.

— Necesito arreglarme el mío. Se ve mucho la raíz. — Se quitó las

orejas, después se separó el pelo para mostrar una línea negra justo por el medio.

Jasmin miró al techo. Llevaba puesta una pegatina pequeña con forma de estrella con cinta adhesiva en la parte delantera de su corbata del colegio. Una profesora le había dado la pegatina hacía mucho tiempo y, aunque ya no pegaba, Jasmin quería llevarla.

—¿Qué tomaremos para cenar? —se rio tía Chanel—. Podría haceros un poco de pollo asado. Me apetece cocinar. O quizás algo de comida *soul*: cangrejo *callaloo*<sup>8</sup>.

Elijah no sabía qué era la comida *soul*, pero sonaba bien.

Jasmin se sacudió la coleta.

—Nunca cocinas nada que no sean varitas de pescado —dijo.

Aquella noche, Obi despertó a Elijah moviendo su brazo con suavidad. Él se incorporó de repente. Obi se llevó un dedo a los labios. ¿Quizás iba a decirle algo sobre el corte de pelo?

—Tu tía Chanel. —Se rio—. No pongas esa cara de preocupación —dijo—. Está bien. Vamos de aventura. —Encendió una linterna delante de la cara de Elijah.

—¿Adónde vamos? —Elijah se frotó los ojos y dejó las piernas colgando fuera de la cama.

Obi había extendido algo de ropa (vaqueros, jersey, chaqueta, bufanda, calcetines y botas) y ayudó a Elijah a vestirse. Elijah no sabía qué hora era, pero el hilo de luz debajo de la cortina no se veía en absoluto. Debía de ser medianoche.

—Sé que tienes colegio mañana, así que será una aventura rápida, pero quería enseñarte algo. Date prisa, vamos, podríamos perdérselo.

Salieron a hurtadillas de la casa tan silenciosamente que Elijah pudo oír el latido de su propio corazón. Le entró el pánico. ¿Quizás Obi iba a devolverlo? Aunque el brujo se había ido, quizás querían adoptar a otro niño. Un bebé. Todo el mundo quería un bebé. Tal vez era el pelo de Elijah, con la enorme señal a un lado de la cabeza, lo que les había hecho cambiar de idea.

Al llegar a casa, Nikki abrió la puerta y dio un grito ahogado.

Después abrazó a Elijah mucho rato antes de mandarlo fuera al jardín. Luego se fue al piso de tía Chanel a hablar con ella, lo que significaba que tenían un secreto. ¿Podía ser que quería que él viviese en otra parte? Al volver, Nikki le dio otro abrazo a Elijah, pero él siguió preocupado. La cosa favorita de Nikki era su antiguo pelo rizado. Decía que eso le recordaba al pelo de un recién nacido. Nikki debía de haberle contado a Obi que ya no podía quererlo sin su pelo, y le habría dicho a Obi que se lo llevase. Obi tiraba del brazo de Elijah y corrían hacia el parque. El aire olía a mojado, aunque no había estado lloviendo. A la luz de la luna, todo parecía del azul más oscuro, y los arbustos a un lado del parque susurraban y se movían. Elijah empezó a llorar. No quería marcharse.

Obi se detuvo de repente.

— ¿Qué? ¿Qué te pasa?

— ¿Adónde vamos? — susurró, sorbiendo por la nariz. Detestaba ser un niño mocososo —. Siento lo de mi pelo.

Obi se rio.

— Bueno, sé que a Nikki no le gusta. Y sé que tía Chanel tiene ideas poco comunes. Pero te contaré un secreto. — Puso la mano sobre el hombro de Elijah —. Creo que es bastante guay.

— ¿De verdad? — Elijah alargó la mano y se tocó la marca que llevaba a un lado de la cabeza.

— ¡Claro! Ahora, no tengas miedo — prosiguió Obi —. Vamos a buscar animales. Hoy he tenido un día muy largo en el trabajo y, al pasar por el parque para volver a casa, he visto algo que te encantará. Eso es todo. No te preocupes.

Levantó a Elijah y lo colocó sobre sus hombros, y le sujetó las piernas con sus manos gigantes. Elijah puso las manos encima de las de Obi y se agarró con fuerza.

Caminaban en la noche fría y Elijah observó las sombras y el vacío del parque, la tranquilidad del mundo. La luna era una rodaja.

Los hombros de Obi estaban calientes y a él le gustaba estar arriba. Podía verlo todo, incluso en la oscuridad. Obi le dio una linterna a Elijah y le dijo que fuese iluminando a su alrededor. De pronto, una pequeña forma negra pasó veloz por su lado. Elijah oyó un chillido, como un eco fuerte en una habitación grande.

— ¡Allí!

— ¿Qué es?

El animal se lanzó en picado de nuevo, otra vez, y después otra y otra. Mucho más rápido que un pájaro.

— ¡Un murciélago! —contestó Obi—. ¡Murciélagos! ¿Habías visto alguno antes?

Elijah no podía contestar. Estaba demasiado ocupado iluminando con la linterna para captar al murciélago con la luz. Sus alas eran casi transparentes y tan bonitas que ni siquiera podía hablar.

A la mañana siguiente, Elijah se tomó un desayuno gigante: dos cuencos de cereales y después dos tostadas. Nikki sonrió y miró a Obi, pero él estaba leyendo el periódico. Lo sujetaba delante de su cara, como una pared entre él y Nikki. Abuelo observó a Elijah comer y le oyó hablar sobre los murciélagos.

— ¡Me gusta tu pelo! —dijo—. Menos eso que llevas a un lado. El resto parece muy elegante. En Nigeria, vamos al barbero mucho más que la gente de aquí. No verás a ningún niño desaliñado en Nigeria. Tía Chanel tiene ideas raras sobre la moda a veces, pero esta no ha sido una de ellas. Me gusta.

Elijah no podía parar de hablar o de comer.

— Debía de haber cien murciélagos —dijo—. O quizás cinco. Y vuelan muy rápido. Y usan el eco para ayudarse a encontrar el camino. Los pude oír chillando.

Nikki no dejaba de tocarle el pelo.

— ¡Esa hermana mía! —exclamó. Pero se rio—. A veces —dijo, con los ojos brillantes—, a veces los niños pueden oír a los murciélagos pero los adultos no pueden.

Obi bajó el periódico y la miró.

— Tal vez podamos ir a ver murciélagos otra vez el fin de semana —dijo.

Y Elijah se acercó a Nikki, y le lanzó los brazos alrededor del cuello.

## Diecisiete

— Bueno, esta es vuestra segunda reunión de seguimiento y lleváis quince semanas de colocación.

Paula, a quien no conocían pero se había presentado como otra trabajadora social del equipo, dio unos golpecitos con el bolígrafo sobre la mesa y miró a Nikki.

Nikki asintió. Miró a Elijah tras la mesa de la cocina, en torno a la que se apretaban Obi y Ricardo, que flanqueaban al niño como si fuesen sus guardaespaldas, y Chioma con otra trabajadora social, Meena, una mujer menuda que lucía un flequillo desigual y que no dejaba de sonreír a Nikki de modo tranquilizador. Nikki miró a Ricardo. Su rostro siempre resultaba cálido, aunque tenía una arruga entre las cejas, como si hubiese fruncido demasiado el ceño. Él le sonrió.

— Todos estamos satisfechos por cómo van las cosas — dijo Ricardo —. Por supuesto, son los comienzos y algunas dificultades son previsibles, pero es un inicio de colocación bastante sólido.

Todo era distinto a lo que Nikki había esperado. Les habían dicho muchas veces que Elijah tendría necesidades considerables, lo herido que se encontraba, y habían estado preocupados, aguardando los problemas. Sin embargo, era el niño más cariñoso. Se había adaptado en casa, e incluso se había adaptado en el colegio. Sus profesores informaban sobre cómo se estaba poniendo al día en lo académico, y decían que tenía un comportamiento impecable. Estaba el asunto de lo que pasó cuando lo llevó a Battersea, y ella todavía no había podido volver al trabajo, pero (Obi tenía razón) Elijah era empático, considerado y amable. Al principio, parecía estar más cómodo con los

hombres, sentándose en el regazo de Obi o de Papá siempre que tenía ocasión. Pero ahora también estaba realmente relajado cerca de Nikki.

Meena sonrió, y Paula anotó algo deprisa en un cuaderno grande, después miró a Elijah.

— ¿Cómo estás, Elijah?

— Estoy bien, gracias.

Su voz era queda. Posiblemente estaba aterrado. Nikki intentó no imaginar por cuántas reuniones habría tenido que pasar en su corta vida. Ella le había puesto sobre la mesa un libro para colorear y una caja llena de lápices de colores, pero por el momento parecía que quería quedarse sentado y escuchar. Elijah no dejaba de mirarla y ella se dio cuenta de que le asentía.

Paula se giró hacia Nikki.

— Bueno, ¿Elijah ya tiene asignado médico de cabecera? ¿Algún problema de salud?

Hizo una pregunta tras otra y fue marcando en una especie de lista en su cuaderno gigante. Nikki intentó concentrarse en las preguntas de Paula: ¿a qué hora se acuesta Elijah? ¿A qué hora se levanta? ¿Cena?

Nikki contestó la mayoría de las preguntas. Obi volvió al trabajo poco después de la llegada de Elijah y Nikki pasaba la mayor parte del tiempo con él. Le entristecía un poco que Obi se perdiese los pequeños momentos: Elijah ayudándola a cocinar, cómo le gustaba regar el jardín, el calor de su mano cuando se deslizaba en la de ella. Nikki estaba deseando volver al trabajo, pero sabía lo mucho que echaría de menos a Elijah.

— ¿Cómo se lleva Elijah con los miembros de la familia? ¿El padre de Obi, tu hermana, Chanel? ¿Tu sobrina? ¿Jasmin, verdad?

Elijah habló de pronto y todo el mundo se calló.

— Jasmin es mi amiga — dijo —. Somos primos, pero también somos los mejores amigos.

Nikki miró a Obi y sonrió. Paula escribió en su cuaderno.

— Bueno, mírate — habló Chioma—. ¡Menudo chico satisfecho estás hecho! Ese es un muy buen sentimiento, Elijah. — Le sonrió a Nikki con alegría—. Desde mi punto de vista, la terapia de familia está



funcionando realmente bien. Tanto Obi como Nikki están maximizando cualquier oportunidad para fomentar la unión.

Paula garabateó en su cuaderno mientras Chioma hablaba. Eso no era totalmente cierto. Aunque Obi sacaba tiempo para ir a las reuniones con Chioma, a menudo no podía jugar en casa. Pero lo cierto es que lo intentaba. Elijah había dicho que ver a aquellos murciélagos la otra noche fue una de las mejores cosas que había hecho nunca.

Chioma se giró hacia Elijah.

— ¿Con qué juegos te diviertes más?

— Me gusta jugar a mamás y a papás. Son muy buenos en eso. Obi siempre está quejándose del trabajo como un papá de verdad y Nikki siempre pone los ojos en blanco como una mamá de verdad y es muy divertido..., pero ella no sabe nada de bebés. Cuando un bebé llora, tienes que darle un biberón.

Nikki abrió mucho los ojos. Elijah estaba sonriendo, pero Obi frunció el ceño.

— Pero eres un chico grande, Elijah; ¡no necesitas biberón! — se rio Obi.

— Es solo un juego — contestó Elijah.

Paula dejó de escribir.

— Eso es. Y, de todos modos, ¿es tan mala idea?

Nikki miró a Obi y a Ricardo. Ricardo se encogió de hombros.

— No pasó tiempo con vosotros de bebé — dijo Ricardo—. Tal vez necesita recuperar el terreno perdido.

— Los niños cogen lo que necesitan — dijo Chioma—. Si Elijah quiere jugar a mamás y a papás y tomar un biberón, lo dejaría hacerlo — añadió.

Nikki notó que se le encendía la cara. Se imaginó sujetando a Elijah como si fuese un bebé. Sintió un dolor repentino en el estómago y después un vacío. Notó la mirada de Chioma sobre ella.

— A veces incluso recomendamos cosas así con niños mucho más mayores — le sonrió a Elijah—. Bueno. Vamos a dar un paseo tú y yo y dejemos que mamá y papá hablen un rato, ¿de acuerdo? Me apetece mucho un helado.

Elijah miró a Nikki.

—¿Con este frío? —preguntó Nikki, riéndose—. ¡Es casi noviembre! Pero creo que un helado sería buena idea. Elijah conoce el camino a la mejor heladería.

Chioma cogió a Elijah de la mano al salir, y Nikki oyó cómo se desvanecía el parloteo de él mientras salían de casa.

—Bien, lo primero es daros las gracias por informarnos acerca de lo que pasó cuando visteis las cicatrices de Elijah por primera vez. Y, además, es bueno hablar de estas cosas abiertamente con Elijah. Diría que lo manejasteis realmente bien, antes de que escalase hasta convertirse en algo mayor.

—Gracias también por contarnos lo de las citas de la Biblia. —Ricardo se incorporó en su silla—. El psiquiatra de Deborah ha estado intentando hacer que hable sobre su religión, pero ha estado demasiado enferma como para responder con coherencia. Sobre todo habla de su familia en Nigeria, pero no hemos logrado contactar con ellos.

Paula dejó de escribir y levantó la vista.

—¿Elijah ha tenido más pesadillas?

Nikki negó con la cabeza.

—No recientemente. Tuvo unas pocas antes de que empezase el colegio, pero ninguna desde entonces.

—Ha estado genial —dijo Obi.

—Surgirán pequeños problemas, pero Elijah está más asentado con vosotros que en ninguna otra parte que yo haya visto —dijo Ricardo con sonrisa satisfecha—. Sois perfectos los unos para los otros.

—Adora al padre de Obi —dijo Nikki—. Si él está cerca, ni nos mira.

Obi se rio.

—Puede vivir aquí también, se ha estado pasando muy a menudo. ¡Ha hecho una copia de su llave para Elijah, para que cuando sea lo bastante mayor pueda entrar en casa del Abuelo cuando quiera!

—Eso es estupendo —contestó Paula—. Creo que es todo por hoy. El único punto que queda es ese asunto del brujo que mencionaste, Ricardo. —Dio golpecitos con el boli sobre la lista que había confeccionado en el cuaderno que tenía delante de ella—. ¿Ha mencionado algo al respecto?

Nikki frunció el ceño. Miró a Ricardo.

—Seguramente no es nada —dijo él—. Yo pensaba que era Batman hasta que cumplí los once.

—No nos ha dicho nada. ¿Qué quieres decir con lo de «brujo»?

—Bueno, hace un tiempo, Elijah me preguntó si sabía cómo matar brujos. No pensé en ello en aquel momento, pero después en nuestro encuentro volvió a decir algo, dijo que el brujo se había ido. Eso suena positivo, sea lo que sea lo que quiera decir, pero con su educación extremadamente religiosa, y esas citas de la Biblia, es algo de lo que estar pendiente... Quizás no haga falta preguntarle.

Paula dejó caer el bolígrafo sobre el cuaderno.

—No creo que tengamos que añadir preocupaciones. En este punto, llegar a conclusiones, en especial cuando son culturalmente delicadas, es posible que sea perjudicial.

Nikki asintió.

—¿Quieres decir como que crea en la brujería? Vi un documental en Channel Four sobre niños a quienes calificaban de brujos. —Estaba horrorizada.

Paula levantó los hombros.

—Bueno, es posible, pero realmente no sabemos lo bastante, y lo que sabemos no apunta a...

Ricardo interrumpió.

—Estamos seguros de que el maltrato físico que sufrió Elijah fue por parte de la madre biológica, y eso sería muy inusual. Y, como hemos dicho, la madre biológica estaba mucho más concentrada en su casa y su familia que en la iglesia.

—Como nos dijisteis cuando hablamos de esto la primera vez —siguió Paula—, no es raro que los niños capten frases que han oído, y creo que es importante no reaccionar de manera exagerada. Estad alerta, pero no lo saquéis. Mientras Elijah haga progresos, es mejor llegar al fondo de las cosas de manera natural, más que desestabilizándolo.

—Todos los niños creen en la magia y los superhéroes —dijo Obi.

—Exacto. —Paula cerró su cuaderno de golpe—. Estáis haciendo un trabajo estupendo. —Les sonrió a Nikki y a Obi—. Estupendo. Contactad con nosotros para lo que sea. Nuestro director está de baja

por enfermedad y yo me cogeré mis vacaciones anuales hasta el día seis, pero siempre hay alguien de servicio por si surge una emergencia.

Nikki le lanzó una sonrisa diminuta a Obi. Él abrió los ojos un poquito más.

A la mañana siguiente, Ricardo volvió. Nikki alcanzó a verlo por la ventana del dormitorio. Llevaba un maletín, traje y zapatos apropiados que hacían ruido sobre la acera. Bajó corriendo las escaleras, solo para encontrarse una carta sobre el felpudo. Abrió la puerta, pero Ricardo ya estaba alejándose por el camino.

— ¡Ricardo! ¡Ricardo!

Él se giró de prisa y regresó.

—Disculpa. Voy muy apurado hoy, solo quería dejaros el informe L.A. C.<sup>9</sup> de ayer. No puedo entretenerme, tengo que estar en el juzgado en quince minutos y además estoy de servicio... Tres de mis compañeros están enfermos hoy, ¿te lo puedes creer?

De no haber sido por el maletín y el montón de papeles con los que cargaba, Nikki imaginó que habría agitado los brazos con cada palabra.

—De acuerdo —sonrió Nikki—. ¡Pobre! Pero quería hablar contigo sobre la reunión de ayer. Así que cuando tengas un rato disponible...

—Lo sé, lo sé. Es ridícula, la presión que soportamos. Es terrible cuando sientes que no puedes hacer tu trabajo adecuadamente porque vas muy estresado. —Se encogió de hombros—. Pero al menos vosotros, mi preciosa familia, lo estáis haciendo tan bien que no necesito preocuparme de vosotros. —Se giró y se marchó—. ¡Estaré en contacto! —exclamó, antes de abrir la puerta del coche y subirse, con una ráfaga de papeles a su alrededor.

Nikki lo observó marcharse en coche. Sabía que no debería preocuparse, que si el equipo de Elijah estaba satisfecho con dejar que las cosas se desarrollasen de forma natural, ella debería estar satisfecha también. Pero de vez en cuando descubría a Elijah con aspecto triste, y cada vez que le veía las cicatrices se le rompía el corazón. Había mucho que no sabía sobre su propio hijo.

## L. A. C. Decisiones de evaluación y Planificación 2

1. La evaluación apoya el deseo de Obi y Nikki de presentar una solicitud para adoptar a Elijah. Han cumplimentado el papeleo y lo remitirán esta semana.
2. Las visitas del trabajador social pasarán a ser mensuales. Ricardo los visitará en una fecha acordada.
3. Chioma continuará con el trabajo de juego terapéutico. Se ha comprobado que es enormemente beneficioso para Elijah.
4. El trabajo sobre la historia de vida no empezará hasta que Elijah no esté completamente adaptado, puesto que ha desencadenado muchos comportamientos en el pasado. Este trabajo se realizará junto con terapia.
5. Los acuerdos para el contacto permanecerán, aunque el contacto cara a cara parece menos probable, puesto que Deborah ha incumplido estos acuerdos de manera persistente durante un periodo considerable de tiempo. Ricardo guarda las cartas. La artesanía/escritura de Deborah, destinada a Elijah, es inapropiada para él a esta edad y ella se niega a modificarlas para hacerlas adecuadas. Se ha acordado que el equipo lo guarde todo.

— ¿Podemos jugar a mamás y papás? — preguntó Elijah a la hora de acostarse. Nikki miró el reloj. Ya eran las ocho.

— De acuerdo — contestó.

Bajo la luz de la lámpara, Nikki miró a su alrededor, a las sombras en la habitación de Elijah. Una vez, hacía mucho tiempo, iba a ser el cuarto de su bebé. Tenían una cuna, que Obi se pasó horas montando, para terminar dándose cuenta de que le sobraba un tornillo y no tenía ni idea de dónde debería ir. Maldijo tan fuerte que ella subió corriendo las escaleras. Pusieron cortinas, tela a cuadros rosa y blanca, y un cambiador con un tapete a juego a cuadros rosa y blanco.

Pero los recuerdos ya se estaban desvaneciendo, y ahí, delante de ella, la cara de Elijah resplandecía y era real. Ahora era una mamá con un hijo al que le gustaban los animales, jugaba y era perfecto. Por

primera vez en mucho tiempo, el presente importó mucho más que el pasado. Elijah levantó la mirada hacia ella, con unos ojos totalmente serenos.

Estaba haciendo como si llorase y cerraba los ojos, hecho un ovillo, procurando que su voz pareciese de bebé.

—Finjamos que acabo de nacer —susurró—. Hagamos como si fueses mi mamá.

Nikki le acarició la cara.

—No necesitamos fingir —murmuró—. Soy tu mamá.

## Dieciocho

Mi pequeño hijo:

Esta será una carta difícil. Ahora tengo que contarte algo terrible porque, como te he dicho muchas veces, no debería haber secretos entre una madre y su hijo. Pero te resultará difícil de leer, así que rezo para que esto te encuentre con una familia que te quiera bien.

Elijah, a veces las cosas cambian en el universo y todo se mueve hacia atrás o se da la vuelta. A Dios le gusta recordarnos, de vez en cuando, su ira. En el Libro de los Reyes, tu propio tocayo, Elijah, controló el fuego que caía del cielo y ascendió al Cielo en un torbellino. Si tú, mi pequeño hijo, puedes controlar el fuego y volar, bueno, entonces imagina lo que puede hacer Dios. Y si Dios puede hacer esas cosas por la bondad más grande, entonces el demonio sin duda puede igualarlo.

Akpan pasaba mucho tiempo fuera. Estudiaba Gestión Inmobiliaria en la Universidad de East London y trabajaba por las tardes en una empresa de seguridad para mantener a nuestra familia, pero siempre volvía a casa a tiempo, siempre. Yo miraba el reloj a la hora de la cena, la cazuela con el estofado borboteaba, contigo sobre mi espalda mientras daba vueltas por el piso, ordenando cosas y doblando ropa. Podía sentir que estabas despierto, aunque no te viese la cara, pero estabas feliz, respirando con suavidad y en silencio, acurrucado contra mí como un pequeño signo de interrogación. Anocheció y el reloj seguía marcando el tiempo. Empezaste a llorar, no porque estuvieses molesto o hambriento, sino porque notaste el cambio en mí: la preocupación. Seguíamos atados por ese cordón entre nosotros, visible o no.

— ¿Dónde puede estar? — dije—. ¿Dónde está tu Baba?

Dejé que se enfriara el estofado y apagué la luz, y nos quedamos a oscuras unos segundos. Algo terrible me estaba mordiendo las entrañas. Me invadió el pánico y empecé a llorar, y entonces lo oímos. La sirena. Nos envolvimos con la manta y salimos corriendo del apartamento, apretando el botón del ascensor una y otra vez y oyendo más sirenas. Sirenas diferentes. El sonido de chillidos y gritos. Para cuando el ascensor nos bajó y salimos corriendo del edificio, se había congregado una multitud, dos ambulancias, un coche de policía. Lo recuerdo con mucha claridad: una mujer con un anorak azul, la forma de sus ojos, un hombre junto a ella hablando fuerte por su teléfono móvil y otros también, formando un círculo alrededor de algo. Lloraste y temblaste; sentí tu pequeño corazón latiendo deprisa, deprisa. La luna estaba tapada por media nube y no había ninguna estrella, ni una sola. Caminé despacio hacia la muchedumbre. Los conductores de la ambulancia corrían de un lado a otro con enormes mochilas verde oliva y chaquetas amarillas luminosas, más brillantes que la media luna. No podía ver nada todavía porque el gentío se apiñaba, gritando, y el aire se aceleró en mis oídos; tu llanto. Entonces la luna menguó. A la luz de aquellas chaquetas pude ver un zapato negro. El zapato de tu Baba.

Elijah, tu Baba corría a casa para estar con nosotros cuando aquel coche lo golpeó. Murió en la calle frente a nuestro apartamento. Murió al instante, mirando hacia nuestra ventana, imaginándonos a ti y a mí, a mí y a ti, a los tres juntos. Akpan me quería como ningún hombre ha querido jamás a una mujer. Te quería como ningún padre ha querido jamás a un hijo.

Después de que pasase aquello, todo cambió. Caí en tal agujero de depresión que pensé que nunca saldría de él. Pero tenía que hacerlo. Había un funeral que organizar. Mi dolor era demasiado grande para hablarle de ello a la gente de Akpan, a mi familia, así que organicé un funeral sin cantos, y solo con un puñado de gente, y no derramé ni una sola lágrima. El obispo puso sus brazos sobre mis hombros y me dijo que Akpan era un buen hombre, y que todos los hombres buenos van al Cielo. Me dijo que el Cielo era un lugar mejor. Pero yo no quería que Akpan estuviese en el Cielo. Quería que estuviese allí conmigo y contigo, nuestro futuro por delante. Me quedé de pie



frente a tu Baba, helada por dentro. Así supe que algo se había roto dentro de mí. Y no le dije a nadie en Nigeria que él había muerto. Sabía que los estaba protegiendo. Quería que siguiesen creyendo que él estaba feliz y tenía una vida exitosa en Londres con su familia. Quería creer eso yo misma. Tenía un plan, sin embargo. Me concedería un mes para que la tristeza me comiese y, después, tan pronto tuviese dinero y fuerzas para el viaje, cogeríamos un avión a casa para siempre. Pero ese plan nunca se llevó a cabo.

El mes vino y se fue, y yo dejé de comer, dejé de lavarme o peinarme el pelo. Podía oírte llorando mucho, pero no podía hacer nada para ayudarte. No comías bien y tuve que empezar a darte biberones, pero el esfuerzo de preparar un biberón a veces era demasiado. Algo tan sencillo, preparar un biberón. Tú llorabas y llorabas y yo no hacía nada más que sentirme mareada y desconectada de mi cuerpo. Algunos días simplemente quería morir y volver a ver la cara de Akpan, oír su voz diciéndome que me quería. Pero todos los días el sol lograba salir. De alguna manera. Lo único que me detenía eras tú en mis brazos. Hice lo que pude, Elijah, y posiblemente no fue lo bastante bueno, pero hice lo que pude. Me mirabas con ojos tan tristes. Yo rezaba y rezaba. Pero cada día estaba más perdida, en lo más profundo de un lugar oscuro, sin saber cuál era el camino de vuelta.

Estaba tan sola, Elijah, que casi salté cuando reconocí a alguien. Fue volviendo a casa después de comprar pañales cuando pasó por mi lado.

—Hola —saludé, sin ni siquiera darme cuenta de que había hablado.

Él se giró, levantó una ceja.

—No estabas en la iglesia.

Cuando se giró, me di cuenta de que aquel hombre llevaba vaqueros caídos hasta media pierna. Lo miré a la cara. ¿Era el hombre de la iglesia? Conocía a un hombre de la iglesia que era amable y había conocido bien a Akpan. ¿Dónde estaba su chaleco? Mi mente estaba confusa, de acá para allá, dando vueltas y vueltas. Todo estaba muy claro mientras rezaba pero entonces, en la calle, en el lado de la transitada carretera, con el tráfico acelerado, la lluvia, el ambiente gris, me sentí insegura respecto a quién era yo, Elijah. De pronto me sentí

insegura por todo, lo que es aterrador cuando eres una mujer tan segura como yo. ¿Dónde estaba? ¿Quién era él?

—Hola —contestó—. ¿La iglesia?

Debía de ser él. Tenía la misma chaqueta. La misma sonrisa.

—¿Dónde estabas? —pregunté—. ¿Eras tú? Quiero decir..., lo siento. No sé..., Akpan, quiero decir...

Me sentí perdida. Extraviada. Me pesaban las piernas. Me moví hacia delante y tropecé con mis propios pies, como si perteneciesen a otra persona. ¿Era él? ¿El amigo de Akpan? ¿Sabía que había muerto? Había estado tan segura. Pero no llevaba chaleco de rayas. Llevaba una camiseta con algo escrito en la parte delantera, pero no pude leerlo porque todo se había vuelto borroso. Se había arremangado la camiseta y vi un dibujo sobre su piel.

Él sonrió.

—Llegué tarde —dijo—, a la iglesia. ¡Siempre llego tarde a la iglesia! —se rio. Miró detrás de mí—. Esa iglesia —siguió—. Siempre llego tarde.

Después respiró tan fuerte que sonó como una serpiente de cascabel.

—Oye, hermana, pareces helada. ¿Quieres que te lleve a casa?

Estaba helada. Mi cuerpo tiritaba y temblaba. Miré al hombre, al grupo que había detrás de él, apiñados como renacuajos. Oí risas y escupitajos. Un silbido. Uno de ellos gritaba. ¿Dónde estaba? ¿Había llegado ya a casa, al edificio? Miré los edificios que tenía al lado, pero parecían diferentes. ¿Cómo iba a llegar a casa? ¿Estaba perdida? El cielo gris y el hormigón de los edificios eran exactamente del mismo color, como si las cosas estuviesen goteando unas sobre otras o el mundo se estuviese replegando en sí mismo. Unos cuantos pájaros pasaron volando y se posaron a nuestros pies, picoteando por el suelo seco y vacío. Yo ya no sabía quién era. Entonces lo vi: el coche rojo que me seguía a todas partes, incluso en sueños. Se movía despacio en la carretera junto a nosotros, y las ventanas eran tan oscuras que no podía ver el interior. Pero, aun así, el corazón me martilleó por todo el cuerpo. Tú estabas arriba en el piso, solo en tu cuna. Únicamente había salido un minuto, pero aquel coche me estaba observando. ¿Había estado fuera demasiado tiempo? Agarré el brazo de aquel hombre.

Él me cogió el brazo con la otra mano.

—Estás a salvo —dijo—. Estás a salvo. Déjame llevarte a casa. —Su voz era suave y él era de la iglesia.

Y le dejé llevarme hacia los escalones y más allá de los renacuajos, y ellos se rieron, y llegamos al piso y él entró, y yo volví a mirarlo y no parecía él, el hombre de la tercera fila que era amigo de Akpan. Noté sus ojos extraños, allí, en el piso, y él habló con suavidad, tumbándome sobre la cama, y tenía los dientes puntiagudos y yo no dije nada, ni siquiera «no»...Y él hablaba y hablaba y después empujaba dentro de mí y decía «Soy yo, de la iglesia; estás a salvo; estás a salvo», pero entonces la voz le cambió, el aliento le cambió, y supe que no era de la iglesia. Y tú estabas allí, Elijah, en la cuna junto a la cama, mirándome con los ojos más tristes que la luna, y no lloraste, pero no apartaste la mirada ni una vez.

Elijah, no puedo escribir más. Ni siquiera en inglés.

## Diecinueve

Unos cuantos meses más pasaron veloces y la escuela iba realmente bien. Elijah empezó a tener ganas de ir al colegio, jugar con Jasmin y salir a dar paseos largos con Abuelo. A Elijah le daba la sensación de que vivía desde siempre con Nikki y Obi. Seguía viendo a Chioma, y Ricardo iba una vez al mes. Pasaron las Navidades, llenas de regalos y comida, y Nikki y Obi cantando villancicos desafinados. Jasmin, Chanel y Abuelo fueron a la cena de Navidad, y comieron ternera y pavo, y galletas que tenían escritas bromas tremendas. Todo el mundo había planeado el regalo para Elijah, y fue el mejor que tuvo nunca: una cámara especial para niños que sacaba fotografías y hacía vídeos. Elijah sacó fotos del jardín, los árboles, el cielo, un pájaro. Después Jasmin cogió prestada la cámara y filmó a Abuelo, que se había quedado dormido después de comer, y también grabaron sus ronquidos, y se los pusieron cuando se despertó.

—Ese no soy yo —dijo, riendo—. Habéis añadido efectos de sonido.

El 18 de enero, finalmente, llegó el día especial de la adopción de Elijah por parte de Nikki y Obi. Era un día, había dicho Ricardo, que significaba que todos se pertenecían mutuamente para siempre. Elijah se había permitido querer un poquito a Nikki y a Obi, y no les había pasado nada malo, así que cada día se permitía quererlos un poquito más. Le encantaba la forma en que Nikki se cepillaba el pelo unas cien veces antes de acostarse porque decía que era lo que su propia abuela solía hacer. Y le encantaba que Obi tuviese un globo terráqueo con todos los países del mundo, y dejase a Elijah darle vueltas con los ojos cerrados y apuntar con el dedo hasta que aterrizase en algún país misterioso. Y no importaba en qué país aterrizase, Obi había conocido

a alguien de ese lugar. Pero Elijah todavía pensaba en Mama al despertarse por las mañanas. Y pensaba en Mama cuando se cepillaba los dientes.

El juzgado era un edificio grande, frío, hecho de ladrillo, que tenía letreros por todas partes sobre las paredes. Elijah leyó los letreros. Su lectura iba bien porque estaba aprendiendo en el colegio y Nikki le dejaba leer historias todas las noches. Estaban con *La isla del tesoro* y, aunque era realmente difícil, Nikki lo ayudaba a leer unas cuantas páginas cada noche. Las palabras en el juzgado eran mucho más fáciles que las palabras en *La isla del tesoro*, pero mucho menos interesantes porque no decían nada sobre piratas:

Prohibidos los teléfonos móviles  
Prohibido comer  
Silencio, por favor

Elijah llevaba traje y corbata, y zapatos que resbalaban en el hielo y la nieve que había fuera. Era la ropa más adulta que había llevado nunca, y sus zapatos hacían ruido sobre el suelo. Nikki le había contado a Elijah que toda la familia podía estar para su día especial. Jasmin llevaba un traje morado y el pelo retirado de la cara con una pequeña horquilla roja. Había perdido otro diente, así que solo tenía dos dientes grandes en la parte delantera, y ella no dejaba de morderse el labio con ellos para parecer un conejo. Elijah se rio, y tía Chanel, con pantalones de cuero y camisa rojo brillante con un cinturón dorado, chasqueó la lengua.

Nikki y Obi estuvieron cogidos de la mano todo el día, muy felices y elegantes..., Nikki con un vestido azul claro a juego con sus ojos y Obi con un traje elegante como el de Elijah. Abuelo llevaba una túnica estampada y pantalones con colores a juego, verde y azul, y un sombrero diminuto. Su túnica tenía hilo dorado tejido sobre el pecho, formando remolinos.

— ¡Qué día! — exclamó Ricardo, cuando vino con un hombre que llevaba una enorme peluca blanca.

— Hola — dijo el hombre —. Tú debes ser Elijah. ¿Quieres entrar en

mi sala especial aquí en el juzgado? ¡Hoy es un gran día!

Siguieron al juez al entrar en su sala, que era muy grande y tenía filas y filas de sillas y bancos de madera, y un banco más elevado con una silla de cara a ellos. Jasmin y Elijah se turnaron para sentarse en diversas sillas mientras el juez hablaba con Nikki y Obi.

—Elijah, ¿podemos charlar también? —preguntó—. Tengo que rellenar un formulario muy especial, y este formulario significa que serás adoptado por Nikki y Obi como tu mamá y tu papá. Lo he leído todo sobre ti y creo que lo mejor sería que ellos te adoptasen y fuesen tus padres para siempre. ¿Qué te parece eso?

Elijah se sentó en una silla con respaldo alto.

—Estoy contento —respondió—. Pero también quiero ver a mi Mama.

—Bueno, yo estoy también contento con eso. Y tu mamá y tu papá me dicen que le escribes a tu mamá de nacimiento, Deborah, y que ellos te apoyarán si quieres tener contacto con ella en el futuro.

Elijah miró a Nikki y a Obi. Le dejarían ver a Mama. Lo sabía. Pero Mama nunca estaba lo bastante bien como para ir a verla. Pero él estaba seguro de que mejoraría, porque el brujo se había ido.

El juez selló un papel y después lo firmó con un bolígrafo plateado de aspecto caro. Lo levantó para que Elijah lo viese.

—Tu certificado de adopción —dijo—. Es oficial. Ahora eres Elijah Ukaegbu. Estás oficialmente adoptado.

Todo el mundo aplaudió fuerte y Nikki abrazó a Elijah. Ella respiraba muy profundamente. Abuelo soltó unos hurras y levantó a Elijah por el aire.

— ¡Mi nieto! —gritó.

Después todo el mundo hizo como Nikki y abrazó a Elijah.

Más tarde, fueron a Pizza Express. Tenían una mesa larga, y Nikki y tía Chanel bebieron mucho vino tinto. Todo el mundo se reía y estaba feliz. El brujo no apareció por ninguna parte y Elijah sabía que Mama estaría contenta. Mejoraría, y entonces volverían a verse.

## Veinte

Antes de que llegase Elijah, Nikki soñó a menudo con un mismo lugar: una habitación cerrada en la que de alguna manera podía oír el sonido del mar y a un bebé llorando a lo lejos. Pero ahora, Elijah estaba ahí, en sus sueños, riendo, y la bebé también estaba ahí... Rosy-Ify, en sus brazos..., los tres riendo. La habitación era cálida y estaba iluminada por la luz de una hoguera. Obi no estaba allí en persona, pero ella podía oír el tamborileo del corazón de él.

Nikki quería quedarse en la habitación y, mientras el sueño se desvanecía, apretaba los pies sobre la alfombra. Rosy-Ify estaba alrededor de ella y todavía dentro de ella, le dolían los pechos y notaba burbujas que le estallaban en el estómago. La turgencia de sus pechos se acentuó y Nikki se despertó, el sueño dejó el recuerdo de algo dulce, aunque los detalles ya se desvanecían, hasta que todo lo que recordaba era el corazón gigante de Obi y la turgencia de sus pechos. «La turgencia de mis pechos».

Nikki metió una mano por debajo de la parte superior de su pijama y los apretó, y el sueño se marchó volando. Se incorporó de súbito. Sus pechos. No podía ser, no podía ser. Imposible; completamente imposible. ¿Pero cuándo tuvo el periodo? Contó hacia atrás: ocho semanas. ¡Ocho semanas! Pensó en todo lo que sabía, intentó estar tranquila. No podían tener hijos. Lo habían intentado e intentado y siempre los habían perdido y, tras la última vez, horrible, los médicos dijeron que había muy pocas posibilidades de que Nikki volviese a quedarse embarazada. Tuvieron que operarla; había demasiada sangre, muchos pedazos arrancados de sus entrañas. Muchos médicos se lo habían dicho. Casi. Imposible. La habitación le dio vueltas y volvió a tumbarse. Era imposible que se quedase embarazada. Lo dijo en voz

alta: «Imposible, casi imposible». ¡Casi! Recordó conversaciones, segundas opiniones, palabras dolorosas: demasiado daño, tejido cicatrizado, trauma.

Recordó que tomaba la píldora religiosamente, hasta que se les terminó y ella no tuvo tiempo de ir a por su nueva receta. Con Elijah, había tenido la cabeza en todas partes; se había olvidado de tomarse sus vitaminas, la píldora, la aspirina para su problema.

Casi imposible. De pronto se sintió muy culpable. Le había dicho a Ricardo que seguía tomando sus anticonceptivos. Apenas había vuelto a pensar en ello...Tan solo se olvidó de tomarlo una mañana, volvió a por la caja cuando se dio cuenta de que no había recogido la receta. No pareció importar porque *Nikki no podía quedarse embarazada*. Oh, Dios, ni siquiera se lo había dicho a Obi. No podía ser. Pero su cuerpo recordaba esos pechos y ese dolor muscular de mucho tiempo atrás. Antes de Elijah. ¡Elijah! Ricardo dijo una y otra vez lo importante que era que Elijah fuese hijo único. Que, si querían volver a intentarlo, esperasen todo lo posible..., hasta que Elijah fuese mucho mayor.

Pero Elijah llevaba solo unos seis meses en casa y Nikki estaba embarazada. Sentiría que estaba siendo reemplazado. Ricardo les había contado que el trauma de Elijah implicaba que él necesitaba estabilidad y no grandes cambios. Que su apego dependía de ello. Nikki pudo oír la voz de Ricardo: «Elijah podría no ser capaz de hacerle frente, o vosotros podríais no ser capaces de hacer frente a sus comportamientos, y lo último que queremos cualquiera de nosotros es verlo volver al sistema de acogida». Podrían perder a su hijo.

Cuando Nikki salió de la cama aquella mañana, más tarde, no pudo quitarse el sabor de la boca. Cada vez que se movía, notaba los pechos pesados y doloridos. Bajó como de costumbre, y besó a Elijah y a Obi, y charló con ellos sobre lo fantástico que había sido el día de adopción. Por primera vez en años, necesitó a su propia madre. La imaginó sentada con su padre frente a la televisión, con los pies sobre un taburete. Prometió llevar a Elijah a Gales para visitarlos durante las vacaciones de Pascua. Imaginó la voz de su madre, su forma de usar la misma bolsita de té entre ella y su padre, y diciéndole a Nikki que en



definitiva eso era el matrimonio: compartir una bolsita de té entre dos tazas viejas.

— Enmarcaremos las fotos — dijo Obi, con la voz llena de orgullo —. Hay muchas fotos maravillosas, tendremos que hacer una selección. Y estoy seguro de que Papá querrá una.

Nikki cerró los ojos un instante. Papá. ¿Qué pensaría? ¿Cómo reaccionaría? No, era absurdo. No podía estar embarazada de ninguna forma.

— Esta mañana vamos a nadar — dijo Obi —. Ya lo decidimos antes de que bajas. Hay una máquina de hacer olas en la piscina del barrio los sábados y Jasmin dijo que vendría también. ¿Te apetece?

Nikki frunció el ceño.

— ¿Nevando? De todos modos, pensaba que habías dicho que tenías que ir a trabajar.

Obi tensó el rostro.

— No hace falta. He archivado la petición. Todo lo que puedo hacer es esperar. — Se relajó —. Así que voy a divertirme mientras espero... ¿con o sin nieve! ¿Vienes?

— No, creo que me quedaré y me relajaré. Un poco de paz y tranquilidad por una vez.

— Como quieras. Ve y coge tu bañador, hombrecito — le dijo Obi a Elijah.

Elijah miró a Nikki con los ojos enormes.

— ¿Estás bien? — preguntó. Puso una mano sobre el brazo de Nikki y ella le cogió y lo abrazó fuerte, tratando de olvidar el dolor en los pechos.

— Estoy bien — dijo respirando sobre el pelo del niño, la señal de Nike hacía mucho que había desaparecido —. Solo estoy cansada después de ayer. — Apartó a Elijah suavemente —. Creo que tía Chanel me puso demasiado vino, un poco...

Obi se rio y Elijah sonrió abiertamente. No podía estar embarazada. No podía volver a pasar por la experiencia de perder un bebé. Y no podía arriesgarse a alterar a Elijah. Las cosas iban demasiado bien.

Después de que se fuesen, dejó que la quietud de la casa la envolviese por unos minutos antes de ponerse las botas y el abrigo y

salir, casi corriendo todo el camino hasta la farmacia. Casi resbaló sobre el suelo helado unas cuantas veces. Cogió un test de embarazo, después otro. Conocía todos los tests, pero aun así habían salido marcas nuevas desde que tuvo que usar uno por última vez. El corazón le latía con fuerza mientras pagaba, y se sintió como una adolescente. «Contrólate, se dijo a sí misma. Soy una mujer adulta, una madre. Y de todos modos, no saldrá positivo. No puede ser».

Entró en casa y corrió al piso de arriba, abriendo el envoltorio del test y bajándose la ropa antes de hacer pipí sobre el palito como había hecho cientos de veces antes.

Se subió las bragas, los pantalones, se lavó las manos, se paseó por el baño y contó en voz alta. «Ciento siete, ciento ocho». Contó hasta quinientos, no porque tuviera que hacerlo, sino porque no soportaba mirar.

Pero al final paró, respiró hondo y echó un vistazo al test que estaba a un lado, encima del lavabo: «Embarazada 8-9».

¡De ocho a nueve semanas! ¿Cómo era posible? Se miró al espejo. Su cara tenía aspecto preocupado, aterrado. Pero en su cabeza, a pesar de todo, vio una imagen de ella sujetando a un bebé.

Durante el siguiente mes Obi volvió a casa cada vez más tarde, con la cara demacrada y la mandíbula apretada. Se relajaba cerca de Elijah, pero cuando estaban solos suspiraba y le hablaba sobre las tres hermanas cuyo caso estaba llevando, y que seguramente serían deportadas. Llevaban viviendo seis años en Gran Bretaña. Nikki había decidido no contárselo a Obi todavía. Perdió a todos los bebés, menos a Ify, a las once semanas, y las probabilidades apuntaban a que también perdería a este. Detestaba tener secretos con él, pero era por motivos justificados. Era culpa de ella si estaba en esa situación, y no quería que Obi sufriese también. Él soportaba mucha presión.

Nikki se encontró buscando su síndrome en Google, planes de tratamiento para el embarazo, resultados. Fue al médico, vio al especialista y empezó a tomar aspirina cada día en lugar del anticonceptivo. Posiblemente era demasiado tarde, se dijo a sí misma, pero tenía que intentarlo. Los médicos le dijeron que debería haber

tomado la aspirina con regularidad, pero que parecía prometedor. Ella no iba a permitirse creerlos. Los médicos se equivocaban a menudo. Le habían dado cita para otra revisión, cuando dijeron que lo sabrían con seguridad.

Ella intentó seguir con normalidad y no pensar en ello, alejando la idea de que estaba embarazada cada vez que le pasaba por la cabeza. Pero mantener un secreto ante Obi la hacía despertarse por la noche empapada en sudor frío, con el corazón latiéndole con fuerza. Solo lograba calmarse cuando observaba su respiración regular, su pecho fuerte subiendo y bajando. Después, cuando empezaba a dormirse de nuevo, sentía algo en su interior, una esperanza diminuta acerca de que esta vez sería diferente. Durante el día, se concentraba en querer a Elijah. Eso era fácil.

La primera vez que lo dijo estaban en el parque un día luminoso de febrero, el primer día despejado tras cuatro días de lluvia, y Elijah estaba corriendo deprisa, después se paró de pronto y volvió corriendo.

— ¡Mírame!

Ella y Obi estaban caminando por un camino embarrado con botas de goma, y Elijah, con sus zapatillas de deporte, estaba lleno de barro. A ella le pareció encantador verlo cubierto de barro.

—Deja que se manche —dijo Nikki, riéndose al ver la cara de preocupación de Obi—. Se supone que los niños tienen que mancharse de barro.

—Hay barro y más barro —contestó él. Elijah corrió hacia ellos—. Y tú eres como un rey del barro. Un monstruo del barro de un pantano de barro, de una tierra profunda donde la tierra solo está hecha de barro espeso, espeso... —Obi corrió hacia Elijah, chapoteando en el barro con sus propias botas.

Elijah chilló y corrió, pero Obi era más rápido. Cogió a Elijah y lo balanceó por los brazos, ambos riendo y riendo.

Mientras los observaba..., su marido, su hijo..., Nikki sintió que algo que nunca había sentido antes se despertaba en su interior. Una sensación acerca de que todo era posible.

Se lo contaría, se prometió a sí misma; se lo contaría a Obi el siguiente fin de semana, después de su cita médica. Explicaría que podría funcionar esta vez, que tenía que funcionar esta vez. Tendrían que ser lo bastante fuertes para ayudar a Elijah a afrontarlo. Ella sabía que podían hacerlo.

Elijah volvió a girarse.

— ¡Mírame! ¡Mírame, mamá!

¡Mamá!

Las entrañas de Nikki se inundaron de felicidad. Miró a Obi y sonrió, y el perfil de él pareció resplandecer, y todo se volvió más claro y luminoso, hasta que fue como si el sol brillase a través del cuerpo de Obi. Todo podría salir bien. Una familia. Mamá. Madre de dos hijos. Nikki dejó que la sensación se hundiese profundamente en su interior.

## Veintiuno

Nikki se puso pintalabios, mirándose en el espejo. «Ha llegado el momento, Nik», les dijo en silencio a sus propios ojos. «Ha llegado el momento y tienes que decírselo». Terminó de maquillarse, se roció un poco de perfume detrás de las orejas y se giró hacia Chanel.

—Bueno, tienes nuestros números, y he pegado el número del restaurante y el del médico de cabecera y el de papá en la nevera.

—Relájate, ¿de acuerdo? —Chanel había cruzado la calle en pijama y bata—. Hoy no podía molestarme en vestirme —dijo.

Jasmin puso los ojos en blanco.

—Qué vergüenza.

Elijah se rio.

—Estás muy guapa —le dijo Chanel a Nikki.

Se había puesto un vestido negro y tacones altos, y se había recogido el pelo en un nudo hacia arriba. Chanel miró la cintura de Nikki. Nikki dejó caer los brazos por delante. Estaba empezando a aumentar por el centro..., solo un poco, pero su hermana se daba cuenta de todo lo que tenía que ver con el peso. Chanel frunció el ceño.

—Estás... —se detuvo, mirando a los ojos de Nikki— radiante.

Nikki apartó la mirada rápidamente, e intentó no sonrojarse. Se miró al espejo y se toqueteó el pelo, pero notaba a Chanel detrás, mirándola fijamente.

—¡Guau! —Obi entró en el dormitorio—. Hola, Chanel. Gracias por hacer de canguro.

—Está bien. No los veré en toda la tarde. Al parecer están desarrollando su código secreto en la habitación de Elijah.

Obi se rio.

— ¿Estás lista?

— Oh, está lista — contestó Chanel—. Pasad una noche preciosa — le sonrió a Nikki—. Estoy segura de que será interesante.

— Em, bueno, pues... — replicó Obi—. Tan solo voy a despedirme de Elijah.

Desapareció de la habitación y las dejó mirándose cara a cara.

— ¿Qué coño? — siseó Chanel—. ¿Cuándo ibas a decírmelo?

— ¿De qué hablas? — contestó Nikki. Intentó mantener la voz neutral, pero estaba llena de fluctuaciones.

— Venga. He sido tu hermana desde siempre, sé lo que estás ocultando. ¿Por qué vas a volver a pasar por eso? ¡Pensaba que esa era la clave de la adopción!

Nikki empujó a Chanel.

— Ni se te ocurra decir nada — susurró. Después le mantuvo la mirada a su hermana—. Por favor.

Chanel suspiró.

— Oye, solo estoy preocupada, eso es todo. No quiero que pierdas otro bebé, mira por todo lo que pasaste. ¿Y cómo se sentiría Elijah? Acaba de centrarse.

— ¿Estás lista? — gritó Obi desde el otro extremo del pasillo.

— Sí, bajo en un segundo. — Nikki abrazó rápidamente a Chanel—. Por favor. Por favor, no digas nada. A nadie. Voy a decírselo esta noche a Obi, pero no quiero que Elijah lo sepa. Todavía no.

Chanel le devolvió el abrazo a Nikki. Después puso la mano sobre la tripa de Nikki.

— No diré nada — contestó.

El restaurante lo había elegido Obi, así que era francés y elegante, con mesitas y velas por todas partes, un menú escrito solo en francés y empleados que esperaban con aspecto aburrido. Nikki hubiera querido ir al nuevo restaurante mexicano, de aspecto divertido, que servía cócteles en peceras, pero, como de todos modos no iba a beber, no le importó que eligiese Obi. ¡Qué distintos eran! Con todo, ella al menos se metió en el papel. Nada de botas de agua. Él escogió una botella de tinto y pidió. Nikki no se opuso a que sirviese el vino, pero

ella solo dio un sorbo diminuto y confió en que él no se diese cuenta hasta que pudiese contárselo. No es que una copa marcara alguna diferencia, pero el sabor metálico todavía le llenaba la boca y no le apetecía beber nada excepto agua. Él no había notado que no estaba bebiendo ni té ni café, pero Obi trabajaba hasta altas horas. Nikki todavía no había vuelto al trabajo. Ahora, con la posibilidad de un bebé, la probabilidad de trabajar parecía más y más lejana. Pero a ella no parecía importarle. Tenía una sensación de lo más extraña respecto a que todo saldría bien. Recordó cómo se había preocupado mucho por Elijah, y lo bien que habían salido las cosas. Esto sería igual.

Los entrantes llegaron y se los tomaron. Obi hablaba y, de vez en cuando, levantaba la mano de Nikki de la mesa y se la besaba.

—Esto es precioso, tener un poco de tiempo para nosotros. Ahora que Elijah está verdaderamente ubicado, deberíamos hacerlo más a menudo.

Obi estaba guapo a la luz de las velas, sus rasgos fuertes, su piel tan suave.

—Gracias —añadió—. Gracias por ser una mamá tan estupenda. Sabía que Elijah estaba destinado para nosotros.

—Llevabas razón —contestó Nikki—. Estabas tan seguro... —Sonrió, pero le temblaba la mano—. Tengo algo que contarte, algo más.

Obi levantó la mirada.

—¿Qué quieres decir?

Ella se detuvo, dejó que el momento respirase.

—Estoy embarazada —susurró.

Obi se quedó callado y Nikki pensó por uno o dos segundos que estaba tomándose su tiempo, como ella. Pero después le cambió la cara.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo?

—Lo sé —dijo ella—. Lo sé, tuve la misma reacción... Yo tampoco podía creerlo. Todas las cosas que nos dijeron... —Algo en la cara de Obi hizo que dejase de hablar—. Sé que es un *shock*, Obi, pero nunca tuve la intención de que esto pasase..., ni siquiera pensaba que fuera posible.

—¿Embarazada? ¿Qué quieres decir? ¿Cómo que embarazada? —

Su voz se tensó más—. Y quieres... Tenemos que pensar en esto. — Sus ojos parpadearon mirando la cara de Nikki y después bajando a su regazo—. ¿Has pensado en lo arriesgado que es? ¿Cómo afectará a Elijah?

Nikki cerró los ojos. ¿Cómo reaccionaría Elijah a un hermano o hermana? O... peor, ¿cómo reaccionaría Elijah a perder un hermano o una hermana? Se había estado diciendo a sí misma que serían lo bastante fuertes como para ayudarlo a afrontar aquello, pero de pronto todo lo que Nikki podía ver era la cara de Elijah. Abrió los ojos de golpe. Recordó las palabras de Ricardo acerca de que a Elijah le resultaría extremadamente difícil asumir cualquier otra pérdida, y cómo, en el mejor de los casos, un hermano recién nacido afectaría a su apego y, en el peor, volverse peligroso, podría incluso maltratar a un niño más pequeño.

—No puedo creer que sea cierto. — A Obi se le quebraba la voz.

—Es cierto —susurró Nikki—. Ya estoy de tres meses.

El camarero se les acercó con un pequeño cuaderno.

—¿Les digo qué hay de postre? —preguntó.

Obi levantó la vista.

—No —contestó, y después volvió a mirar directamente a Nikki. El camarero retrocedió, y después se dio la vuelta.

—Eso ha sido grosero.

Obi suspiró.

—Está bien —dijo—. Tenemos que hablar de esto, pensar cuidadosamente cómo vamos a manejar las cosas.

—Solo lo sé con seguridad desde hace un mes. Irá bien —intentó calmarlo—. Simplemente lo sé. Esta vez no lo perderé. —Notó que las lágrimas le punzaban en los ojos—. Estoy tomando la medicación adecuada y el especialista afirmó que podría llevarlo a término. Recuerda lo que dijeron: un ochenta por ciento de posibilidades tomando medicación.

—¿Pensaba que estabas con la píldora!

—He estado muy ocupada, Obi. Imagino que olvidé tomarme unas cuantas. No creí que fuese tan importante..., solo me servían, en realidad, para regular la menstruación. No pensé que esto fuera a suceder. Cuando Elijah se estaba instalando, hubo un par de veces que



no me acordé. Pero me dijeron, Obi, me dijeron que era casi imposible...

—Oh, Nikki —contestó Obi, ralentizando la respiración—. ¿Qué hay de Elijah? ¿Qué hay de nuestro hijo, que habla, vive, respira, nos necesita, a quien tenemos la obligación de proteger? Recuerda lo que nos repitió Ricardo. Que era mejor para él ser hijo único..., que si queríamos pensar en tener un hijo biológico, esperásemos, dejásemos un tiempo considerable. Años, Nikki; años y años, no meses. Nos dicen estas cosas por un motivo, Nik. Y todavía podríamos perder a este bebé. Todavía hay un veinte por ciento de posibilidades de que pase eso. ¿Cómo crees que lo afrontaría Elijah? ¿Por qué no me dijiste que habías dejado pasar la píldora? ¿Por qué no me lo contaste en cuanto lo supiste?

Obi cerró los ojos. Nikki quería que volviese a cogerle la mano y la besara. Pero él tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—Lo siento. Lo siento mucho. Quería a este bebé —habló Nikki, a quien se le quebraba la voz—. No te lo dije porque supuse que lo perdería. Y de todos modos, ¿qué podía hacer exactamente? ¿Abortar? ¿Después de pasar toda mi vida adulta perdiendo tantos bebés? —Miró a Obi a los ojos—. Quiero a este bebé —dijo.

Obi apartó la mirada, después giró la cabeza de nuevo hacia ella, deprisa.

—No puedo creer que hayas hecho esto. Mentirme. No puedo creer que le hicieras esto a nuestro hijo. Los médicos no dijeron que fuese imposible. Dijeron que sería muy difícil, casi imposible, que es muy distinto, Nik. ¿Cómo pudiste no tomarte la píldora? ¿Por qué pensaste que no era importante?

Nikki cerró los ojos. No quería ver cómo cambiaba el rostro de Obi.

—La estabilidad de Elijah está en nuestras manos y no me dijiste nada cuando se te pasó la píldora... ¿No pensaste en tomar precauciones extra? ¿Qué va a decir Ricardo? Él cree que esto es imposible.

—Tú estabas cuando hablé con Ricardo. Ambos hablamos con él...

—Sí, estaba allí. «Casi imposible» más las píldoras anticonceptivas significa imposible. Pero me has mentido.

Nikki abrió los ojos. Quería meterse debajo de la mesa y taparse los oídos. En vez de eso, alargó la mano e intentó ponerla sobre la de Obi, pero él la apartó, sacudiendo la mesa y haciendo que los vasos tintineasen.

Cuando llegaron a casa, Elijah y Jasmin estaban dormidos, y Chanel estaba leyendo una revista.

—¿Qué tal la cena? —preguntó. Entrecerró los ojos.

—Bien —contestó Nikki.

Obi fue directo a la cocina.

Chanel parpadeó con rapidez.

—Bueno, bien. Voy a por Jasmin. —Se rio—. La he seguido oyendo hablar mucho después de que Elijah se callase. Estoy segura de que parlotea incluso dormida.

Chanel fue al piso de arriba y Nikki la siguió. Nikki echó un vistazo por la puerta abierta de la habitación para ver a Jasmin acurrucada alrededor de Elijah, rodeándole los hombros con el brazo de forma protectora.

—¿Cómo fue? —siseó Chanel.

—Horrible.

Chanel puso la mano sobre la mejilla de Nikki y la apretó con suavidad.

—Habla mañana.

Despertó a Jasmin y la cargó para bajar las escaleras, mientras Nikki las seguía.

Chanel besó a Nikki en la mejilla y sonrió a Obi.

—Hasta mañana.

—Gracias —dijo Obi.

Nikki dejó que Chanel saliese y cerrase la puerta. Cuando volvió a la cocina, Obi estaba ahí de pie.

—Me voy a la cama —dijo él.

Al día siguiente, Obi parecía incluso más distante. Cuando Elijah se estaba bañando, fue y se sentó al lado de Nikki en la cocina.

—Tenemos que hablar con Ricardo —dijo—. Pero opino que no se lo digamos a Elijah de inmediato. Ni en unas cuantas semanas, al

menos. Debemos reflexionar sobre esto. Si se lo decimos y después el bebé se malogra, será otra pérdida a la que tendrá que enfrentarse. — Obi se cogió la cabeza entre las manos—. Oh, Dios, y tenemos que decírselo a Papá. — Levantó la mirada—. ¿Lo sabe Chanel?

Nikki asintió.

—Lo adivinó anoche.

—Tienes que asegurarte, completamente, de que no se lo diga a Jasmin, ¿de acuerdo?

Nikki asintió.

—Siento no habértelo dicho. Me he sentido tan mal ocultándotelo..., viendo a los médicos y sintiendo pánico, después esperanza, o empezando a sentir esperanza, pero tenía una buena, buena razón. No quería que sufrieses más, del mismo modo en que tú no querías que lo hiciese yo. Pero todos los médicos dijeron lo mismo..., especialmente ahora que he pasado la barrera de las doce semanas. Dicen que es perfectamente viable que lo lleve a término. Y siento que pasemos por este momento y toda la preocupación acerca de cómo lo asimilará Elijah, y sobre todo por no decírtelo. Pero no habría cambiado nada.

—Yo nunca te habría guardado un secreto así. Jamás —contestó Obi. Y se levantó y salió de la cocina sin ni siquiera darle un beso en la mejilla.

Ricardo se quedó callado por un momento al otro lado del teléfono cuando ella se lo contó.

—¿Y habéis hablado? ¿Habéis tomado ya alguna decisión concreta?

Nikki contuvo la respiración y cerró los ojos.

—Ricardo, no puedo abortar. He querido tener un bebé toda mi vida. Vamos a tener al bebé. Los médicos dicen que no hay motivo para que no llegue a término.

Ricardo suspiró.

—Pero no hay garantía.

—Nunca hay garantía —dijo Nikki.

—Bueno, entonces, felicidades. —Ricardo volvió a suspirar—. Tendré una conversación con mis colegas, pero esto tiene que

manejarse con sensibilidad. Mi consejo es no decírselo a Elijah todavía..., no hasta que se te note. Pero entonces deberías implicarlo de todas las formas que se te ocurran: llevarlo a las ecografías y a todo. Si se siente parte de esto, hay más probabilidades de que afronte positivamente la llegada de un hermano o una hermana. No quiero asustarte innecesariamente, pero, por nuestra experiencia, niños con los antecedentes traumáticos de Elijah pueden verse seriamente afectados por algo así. Hará falta una comunicación abierta y sincera. Hacedle saber que tienes un problema, que hay una pequeña posibilidad de que el bebé no lo logre. —Se detuvo—. Deberías prepararlo para la posibilidad de una pérdida, aunque la posibilidad sea mínima. Tiene que estar listo, Nikki, en cualquier caso. Y, por supuesto, espero que los médicos estén en lo cierto, que tengas este bebé, pero es obvio que esto va a ser duro para Elijah.

Elijah se había ido a casa de Jasmin, y papá estaba sentado a la mesa mientras Obi le daba la noticia. Nikki cerró los ojos. No podía asimilar más reacciones negativas.

Hubo silencio durante un largo rato, después papá se levantó lentamente de la mesa, la rodeó y abrazó la espalda de Nikki.

— ¡Un bebé! — exclamó —. ¡Felicidades!

Obi tosió.

— Papá, ¿no lo has entendido?

Papá soltó a Nikki, regresó a su silla, se sentó y levantó las cejas.

— ¿Entender?

— Perdimos muchos — susurró Obi —. Lo que pasó podría volver a ocurrir. Y Elijah..., dijeron que le afectaría gravemente. — Obi negó con la cabeza —. Es un desastre.

Papá se rio. Nikki y Obi se miraron.

— ¿Un desastre? — Papá se frotó las manos —. Un bebé nunca, jamás es un desastre, no importa lo difíciles que sean las circunstancias. — Le brillaron los ojos —. Un bebé — continuó — es un regalo de Dios.

## Veintidós

Elijah no lograba dormirse. Mamá y papá no se besaban como solían hacer y no se cogían de la mano. Y ahora decían que iban a posponer el viaje para visitar a sus abuelos en Gales hasta el verano. Sabía que estaba pasando algo. Los había estado observando con atención y parecían muy alejados, como si ya no fuesen los mejores amigos. Se quedó despierto durante lo que parecieron horas, con los ojos abiertos en la oscuridad, mirando las sombras. Podía ver los cuernos, y las cortinas, y la puerta. Pensó en mamá y papá, y cómo papá parecía estar un poco lejos, aunque estuviese en la misma habitación, y cómo mamá tenía menos pecas en la cara. Menos besos de ángel. Por algún motivo, la protección de los ángeles se estaba borrando un poco. Cerró los ojos y los apretó, pero mamá y papá no dejaban de aparecer detrás de sus párpados, dándose la espalda el uno al otro. Entonces Elijah notó algo en la tripa. Algo que se arrastraba. Se le llenó la boca de vómito. Tragó rápidamente y obligó a que se alejase lo que se estaba revolviendo. El brujo se había ido. No permitiría que regresase. No lo haría.

Pero a medida que pasaron las horas de la noche, la cabeza de Elijah se fue llenando de preocupaciones y se le fue revolviendo la tripa.

Obi y Nikki estaban sentados uno a cada lado de la mesa, cogidos de la mano. Elijah no había dormido en toda la noche; tenía los ojos irritados y rojos. ¿Qué había pasado? Se volvían a coger de la mano, así que eso era como de costumbre, pero Ricardo no les había visitado en mucho tiempo, y, aunque Obi le había dicho a Elijah que eran

buenas noticias y nada de lo que preocuparse, tenía la boca completamente seca. ¿Le había pasado algo a Mama?

Ricardo llevaba el pelo afeitado por los lados. La parte central se le levantaba. Parecía preocupado, aunque llevase un pelo divertido. Y eso hizo que Elijah se sintiese preocupado también. Sentirse preocupado era como si fueses un sol con una nube delante, y no pudieses ver a la gente o ni siquiera brillar. Elijah miró la cara de Ricardo para ver qué decía. Ricardo se dio cuenta de que le estaba mirando el pelo divertido y se puso un gorro con las palabras: «Si quieres perder peso en un tic, pregunta por Rick».

—Estoy intentando cambiar de oficio —dijo, cuando vio que Elijah observaba su gorra en vez de su pelo—. Sabes que me encanta cuidar de niños y niñas, pero mi trabajo está cambiando y no he tenido tiempo de hacerlo adecuadamente. —Miró a papá—. Ahora es imposible, tan poco seguro..., nadie tiene tiempo de hacer su trabajo como quisiera y, por supuesto, el trabajador social siempre es el cabeza de turco al primer indicio de problemas. —Apretó el brazo de Elijah—. Me alegra mucho que lo tuyo esté arreglado y estés seguro con tu preciosa familia, Elijah. Ha sido la mejor parte de mi trabajo y, si todos los niños y las familias a las que he atendido fuesen como vosotros, sería un trabajo sencillo. —Se rio, después se dio unos golpecitos en la gorra—. Tengo estas pastillas dietéticas de hierbas de Brasil..., completamente orgánicas y fiables, y he iniciado un pequeño negocio para venderlas a clientes privados. —Miró a Obi y a Nikki de arriba abajo—. Pero vosotros, mi preciosa familia, no necesitáis ninguna. Estáis sanos y en forma.

Los ojos de mamá miraron deprisa a papá.

—¿Ayudan para alguna enfermedad?

Ricardo se rio.

—Me temo que no, Elijah. Si lo hiciesen, sería un hombre muy rico. Sonó el timbre de la puerta, y después se oyeron unos golpes.

—Ahora —siguió Ricardo— tengo que hablar con mamá y papá, así que Jasmin ha venido a jugar.

—¿De verdad? —Elijah miró a mamá. Ella tenía la cara llena de manchas.

—De verdad —contestó Nikki. Se levantó y caminó hacia la puerta.

Jasmin entró a toda prisa.

—¡Hola! ¡Adiós! —dijo Jasmin corriendo escaleras arriba y saludando con la mano por detrás de su cabeza.

Elijah la siguió. No se giró para ver de qué hablaba Ricardo con mamá y papá, pero pensó que sería algo malo. El aire estaba más denso de lo habitual y había sombras en las esquinas.

—Eres la mejor en clase, Jasmin —le dijo Jasmin a Elijah—. La mejor alumna que he tenido nunca, y posiblemente llegues a ser astronauta o la presidenta de los Estados Unidos. De hecho, eres la alumna mejor educada que he tenido, Jasmin.

Jasmin era la profesora y Elijah era una niña llamada Jasmin. Había una pizarra frente a ella y estaba dibujando con tiza blanca.

—Jasmin —dijo ella—, ven aquí. Puedes ser la encargada de la clase y ocuparte de hacer sonar el timbre de la comida.

Elijah se dirigió hacia Jasmin e imitó el sonido de una campana.

—Bien. Puedes ser la encargada hoy... —Jasmin dejó de hablar cuando unas voces que subían de tono viajaron escaleras arriba. Elijah oyó la voz de Nikki y después la de Obi. No oyó la voz de Ricardo.

—Guau, están hablando fuerte para una reunión.

Elijah se acercó más a Jasmin. Le temblaba el brazo.

—Mi mamá y mi papá hablaban mucho más fuerte. De hecho, mi mamá y mi papá gritaban todo el tiempo, tenían discusiones todos los días antes de que mi papá se mudase a América. —Jasmin vio el rostro de Elijah llenándose de lágrimas—. Pero tu mamá y tu papá no son como mi mamá y mi papá. Todos los adultos hablan fuerte a veces. —Rodeó el hombro de Elijah con su brazo—. Vamos. Sigamos jugando a la escuela. Ahora puedes ser el profesor, si quieres.

Después de que Jasmin se fuese, Ricardo seguía sentado a la mesa y tenía junto a la mano una taza de café vacía.

Elijah se inclinó sobre mamá.

—Bueno, hoy he venido, Elijah, para ayudar a mamá y a papá a darte una gran noticia. Mamá y papá y yo hemos pensado que sería incluso mejor si te lo decimos todos juntos. Queremos contarte

muchas cosas, así que, por favor, haz preguntas porque es una noticia difícil de entender... ¡incluso para nosotros!

Entonces mamá sonrió con una sonrisa que no parecía alegre en absoluto, y Ricardo dejó de darse golpecitos en la gorra. Elijah había oído a mamá y a papá hablar de Ricardo. Mamá y papá se reían de Ricardo a veces, y de cómo una vez llevó el pelo azul. Elijah pensaba que Ricardo debía gustarles mucho, aunque pensasen que era un poco raro. A Elijah también le gustaba Ricardo. Solía ser su mejor amigo, pero ahora Jasmin era su mejor amiga.

—Bueno —dijo Ricardo, antes de sacar una libreta y ponerla delante de él sobre la mesa—, estoy muy contento por cómo está yendo todo. —Le sonrió a Elijah y su sonrisa parecía enfadada, como la de mamá—. ¿Cómo van las cosas, Elijah? Ha pasado un mes desde la última vez que te vi.

—Estoy bien, gracias. —La voz de Elijah sonó fuera aunque procedía de su interior, como si quisiera volar a otra habitación—. Fuimos al acuario, y toqué a una raya por la espalda. Y vi un programa en casa del Abuelo titulado *Planeta helado* en el que una oruga muere cada año cuando hace realmente mucho frío y después vuelve a la vida. Abuelo también me ayuda a coleccionar cosas de la naturaleza.

Ricardo movió sus papeles sobre la mesa, frente a él.

—Guau —dijo—. En general, parece que te lo has estado pasando muy bien. —La risa de Ricardo hizo que la gorra se le moviese arriba y abajo sobre su cabeza—. Mamá y papá me dicen que lo estás haciendo realmente bien, y que te has integrado por completo. Eso es estupendo.

Ricardo se rio otra vez, pero Elijah no lo hizo. De pronto pensó en cuántos niños más habría como él, y cuántas mamás como Mama, todos solos. Ricardo hacía que Elijah se sintiese muy contento y después un poco triste, con rapidez. Se mordió la parte interior de la boca.

Los ojos de mamá no buscaban los suyos. Normalmente los ojos de mamá buscaban los suyos todo el tiempo.

—Primero... —Ricardo sonrió y dejó de mover la cabeza de un lado a otro—, deberías saber que esto podría ser algo muy bueno, pero sería totalmente natural que tuvieses sentimientos... Podrías sentirte



confuso, o incluso enfadado, y todos estamos aquí para ayudarte a entender lo que está pasando. Los sentimientos son buenos. De hecho, vamos a organizarlo para que juegues un poco más con Chioma. Es muy buena ayudando a la gente con sus sentimientos.

Elijah los miró a todos, a su alrededor. Quizás no podían quererlo porque era muy malo.

—No necesito jugar con Chioma —contestó Elijah.

Mama se había hecho daño. Simplemente lo sabía. Las lágrimas le llenaron la cara y cayeron sobre la mesa una a una. Mamá dejó caer la mano de papá como si fuese una lágrima de Elijah y acercó la silla incluso más, a su lado.

—Elijah, no llores —dijo, atrayendo a Elijah hacia ella—. Todo irá bien.

Pero Elijah sabía que pasaba algo malo porque mamá olía diferente.

—No hay nada de lo que asustarse —siguió ella—. De hecho, creo que es una noticia muy buena y que estarás contento. —Mamá le dio un mordisco al aire con los dientes—. Vas a ser hermano. Hermano mayor.

Y Elijah pensó en Mama y un bebé, que no era él, creciendo dentro de su tripa: un bebé normal que no tuviese un brujo dentro. Y ella sería capaz de cuidarlo, y mejoraría y podría volver a verlo a él. Las lágrimas pararon de inmediato.

Pero entonces lo advirtió: la expresión en la cara de mamá. La olió mientras ella tiraba de nuevo de él para acercárselo.

—Estoy tan contenta de que te alegres. Va ser estupendo —dijo.

Pero él se dio cuenta. Sintió el calor desde lo más profundo de mamá. Un bebé de verdad dentro de mamá. Su bebé y el bebé de papá.

No había ningún bebé en la tripa de Mama. Mama estaba totalmente sola.

Mamá quería un bebé recién nacido tanto como Elijah quería a Mama. Pero él no podía tener a Mama. Nunca pudo tener a Mama.

Ricardo se inclinó hacia delante.

—Podrías ser hermano mayor —dijo. Miró a mamá mucho rato—. Pero la parte triste de esta noticia es que mamá tiene una enfermedad dentro de su cuerpo que no la hace estar enferma, pero hace que para los bebés sea difícil crecer en su tripa. Hace que salgan demasiado

pronto para vivir en el mundo. No creemos que vaya a pasar con este bebé porque mamá está tomando una medicina especial para ayudarlo a crecer, pero podría pasar.

Papá alargó el brazo y puso la mano sobre el hombro de Elijah.

—¿Qué le pasa al bebé si sale demasiado pronto? —Elijah miró a mamá.

Mamá negó con la cabeza.

—Esperemos que no pase, pero es importante que hablemos de todo —siguió Ricardo. Miró a Elijah—. Un bebé que saliese demasiado pronto sería demasiado pequeño para vivir fuera de su tripa. El bebé moriría, y sería muy triste, pero el bebé no sufriría.

El suelo se movió de repente y a Elijah todo le dio vueltas en la cabeza. ¿Por qué estaba enferma mamá? Antes siempre había estado sana. Enfermedad. Muerte. Seguía a Elijah a todas partes. Esto era cosa del brujo. Si el bebé moría, sería por culpa de Elijah. Del brujo. Y, si el brujo fallaba, entonces el bebé crecería dentro de mamá, donde Elijah nunca había estado. Un bebé al que ellos querrían y cuidarían. Un bebé se quedaría con su habitación y él tendría que volver a casa de Nargis, y Darren le quemaría con sus cigarrillos y todo sería FUEGO y él derretiría el mundo entero y de pronto estaba gritando y gritando y gritando y, aunque estaba gritando, pudo ver cómo papá se echaba atrás en su silla y levantaba las manos y pudo ver las manos de Nikki tapándose la boca. Pudo ver la mirada que él provocó entre ellos, llena de fuego y odio e infierno en llamas, y gritó y gritó sin palabras. Era el brujo. Tenía que ser el brujo. Todo daba vueltas. Notó el sabor de la sangre y un repiqueteo en los oídos y se sintió presionado hacia arriba, contra el techo, mirando hacia abajo sobre su propia cabeza, después cayendo, cayendo tan rápido que el estómago voló y se dio la vuelta en su interior. Su silla lo lanzó contra la pared de golpe y todo el mundo intentó cogerlo, pero eran demasiado lentos para un brujo, y Elijah observó mientras una pila de platos junto al fregadero se estrellaba contra el suelo, un millón de pedazos, afilados e hirientes, rasgándolo, y él se miró las manos, llenas de pedazos que le cortaban la piel y después volaban por el espacio.

Notó los brazos de Ricardo alrededor de él mientras se revolvía y

mordía y chillaba y daba puñetazos, y finalmente lloraba y lloraba, y Ricardo lo llevaba escaleras arriba, sujetándolo muy fuerte.

— Chss. Está bien — susurró —. Irá bien, Elijah.

Pero de fondo Elijah oyó la voz de papá volverse mala, y decirle «Esto es culpa tuya» a mamá, y supo que nada volvería a estar bien jamás.

Después de que Ricardo se fuese, Elijah volvió a sentir al brujo dando vueltas en su interior, como si se hubiese reducido y estuviera intentando escapar. El frío se extendió a su alrededor. Intentó cerrarle el paso al brujo pellizcándose la nariz y tapándose las orejas con las manos pero, esa noche, las pesadillas regresaron. Soñó con Babilonia, la Grande, la Madre de las Prostitutas y Abominaciones de la Tierra, y se despertó gritando y arañando, y mamá y papá fueron y trataron de calmarlo y le acariciaron el pelo hasta que volvió a quedarse dormido, y el susurro en sus oídos desapareció, y lo reemplazaron los gritos: «¡Bestia, llena de nombres de blasfemia, con siete cabezas y diez cuernos!».

## Veintitrés

Obi se paseaba por la habitación mientras Nikki estaba sentada con las piernas hechas un ovillo. No podía pensar con claridad. La voz de él era tan fuerte que le llenaba todo el cuerpo.

—He leído, una y otra vez, que cuando los padres tienen un hijo biológico después de la adopción hay un elevado porcentaje de fracaso. De trastorno. ¿Sabes qué significa eso? Creo que ya lo hemos hablado. Creo que te lo expliqué poco después de que me llevases a una agradable cena y me lanzases un embarazo de doce semanas. ¿Recuerdas lo que significa una adopción fallida? ¿Recuerdas nuestra preparación para la adopción hace tanto tiempo, cuando nos dijeron que el veinte por ciento de los niños adoptados regresan al sistema de acogida?

Obi daba vueltas y vueltas.

—Una vida en acogida. Totalmente evitable. Una infancia arruinada por el egoísmo de los padres.

—Mi egoísmo —dijo ella, en voz baja.

—¡Sí! —contestó Obi, que se giró para mirarla de frente y trabó sus ojos con los de ella—. Elijah se estaba asentando, Nikki. Teníamos una familia. Teníamos un hijo.

Nikki desenroscó las piernas.

—Tenemos un hijo —dijo.

Pero Obi no tomó aire.

—¡Y puede que ni siquiera haya un bebé! Incluso con los anticoagulantes, ¿cómo se supone que va a afrontar una posibilidad del ochenta por ciento? ¿La preocupación, la prisa para ir al hospital en medio de la noche, todas esas pruebas y toda esa espera y todas tus lágrimas? ¿Cómo puede sentirse seguro si tú estás hecha pedazos?

¿Qué pasará cuando el bebé muera? Elijah está cubierto de cicatrices de la cabeza a los pies. Ha perdido a su madre. ¿Quieres que también pierda a un bebé? ¿Que te pierda a ti?

— ¡Por favor! — Nikki aporreó el sofá—. Ya hemos pasado por esto. ¿Qué cambia? Ya hemos dicho todo esto... — Su voz sonaba apagada, como si estuviese hablando a través de un cristal.

— Así que, una vez dicho, ¿ya está? ¿Podemos avanzar? Estos son los hechos. Elijah tiene un veinte por ciento de posibilidades de perder un hermano. Tenía un veinte por ciento de posibilidades de volver al sistema de acogida. Pero eso se ha esfumado, ahora que has sido tan tonta.

Nikki notó que se le abría la boca, entraba el aire.

— ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?

— Elijah no debería pasar por esto.

— Pero esta es la situación y no sé qué esperas que haga. También es tu bebé. ¿Quieres que aborte? ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que mate a nuestro bebé?

Obi se giró hacia ella y acercó su cara a la suya.

— ¿He dicho eso? ¿Diría eso? — Se apartó—. Sabes muy bien que, dejándolo hasta las doce semanas, alejaste esa discusión de encima de la mesa.

Nikki estaba ardiendo de dentro afuera. Se acunó con los brazos sobre el estómago y miró a Obi con atención.

— Todavía es posible — dijo, despacio, sin parpadear.

Los labios de Obi formaron una línea apretada y él negó con la cabeza.

— Lo sabías. Lo sabías. ¡Doce semanas! ¡Cuando te enteraste a la octava! Claro que es posible.

— ¿Y?

— ¡Sabías lo que pensaba sobre esto! ¡Lo sabías! Así que ahora estamos atascados de nuevo con algo que puede que sobreviva o no, y que lo arruinará todo en cualquier caso.

— Dilo. Quieres que aborte de todos modos. — Nikki apretó los puños—. No lo haré, Obi; no le haré eso a nuestro bebé. Pero deberíamos también tener claro lo que estás diciendo.

— Eso no es lo que estoy diciendo.

—Entonces ¿qué estás diciendo? ¿Qué estás diciendo? —ahora gritaba.

—Todo estaba funcionando. ¿Oíste a Ricardo? ¿Viste lo preocupado que estaba en cuanto se lo dijimos? Conoce a Elijah. Sabe que no lo superará.

— ¡Deja de decir eso!

— ¿Ese berrinche? ¿Todos esos arañazos en los brazos de Elijah?

— ¿Qué? ¿Qué?

Obi ya no la miraba. Siguió gritando y gritando, volviendo una y otra vez a lo mismo: lo bien que había ido, lo que le habían prometido al equipo, la investigación, cómo Nikki le había fallado a Elijah. Estaba atascado. Obi no podía ir más allá de los hechos, de la situación.

Nikki se secó los ojos y se sentó inclinada hacia delante. Volvió a suavizar la voz.

—Obi, estoy embarazada de tu bebé y tenemos a Elijah. Esa es la situación y yo he asumido toda la culpa, y ahora tenemos que empezar a manejarlo.

—Oh, así de sencillo, ¿verdad? No creo que entiendas la magnitud de todo esto, Nikki, de verdad que no lo creo.

—Por favor, sí lo entiendo, y ahora tenemos que trabajar juntos.

— ¿Trabajar juntos? —Obi se rio.

—Lo que dijo Ricardo..., tenemos que incluir a Elijah en todo. Ricardo dijo que era natural que Elijah se sintiera como si estuviese siendo reemplazado, como si ya no lo quisiésemos.

Obi solo se la quedó mirando fijamente y negó con la cabeza.

—No era necesario que pasase esto —dijo.

Nikki cerró los ojos.

—Por favor, Obi, tenemos que intentarlo. Más que nunca, ahora no podemos pelearnos. Desestabilizaría a Elijah.

—Creo que ya te has encargado de eso, ¿no, Nikki?

Nikki frunció el ceño. ¿Qué quería que dijese ella?

Nikki asintió.

—Lo sé —dijo.

—Esto no debería estar sucediendo.

Ella volvió a cerrar los ojos y suspiró.

—Estamos de acuerdo en eso, Obi. Te lo prometo, estoy de acuerdo. —Unas lágrimas enormes le apretaban bajo los párpados y le tembló todo el cuerpo.

Finalmente, Obi se sentó a la mesa y se acercó sus papeles. Abrió una carpeta y sacó un bolígrafo.

Cuando Elijah bajó más tarde, ella intentó cogerle la mano, pero él se zafó. Cenaron casi en silencio, y Nikki no logró tragar más que unos pocos bocados. Ni Obi ni Elijah la miraron a los ojos.

Mientras fregaba los platos, Elijah desapareció en el jardín con su linterna para buscar murciélagos, y Obi volvió a su trabajo. Al cabo de un rato, Obi se levantó.

—Voy a dar un paseo.

Nikki se inclinó sobre la encimera e intentó no llorar. Dobló el trapo y secó el hornillo. Estaba oscuro fuera. Echó un vistazo a las sombras y después empujó la puerta.

—¿Elijah? —lo llamó. Entrecerró los ojos.

Él estaba agachado junto al estanque. Hacía frío y ella se envolvió con la chaqueta de punto mientras caminaba por el césped de forma apresurada.

—¿Elijah? —Se acuclilló a su lado, pero él no la miró. Lo rodeó con los brazos y lo atrajo suavemente hacia ella—. Siento que papá y yo nos hayamos peleado, Elijah. Papá estaba enfadado conmigo. Pero ahora todo está bien.

Nikki sintió en su cuello las lágrimas calientes del niño.

—Pobre Elijah —susurró—. Te queremos, Elijah. Nada cambiará eso.

Él se apoyó sobre ella. Era tan pequeño. Ella lo cogió y volvió con él a casa. Cuando lo arropó, él la sujetó de la mano para que se sentase sobre el colchón a su lado. Tiró de ella para que se tumbase y se acurrucó a su lado, apretándose tanto como pudo, y ella le inundó el pelo de besos. Lentamente, se quedó dormido y su cuerpo se relajó, y Nikki se quedó tumbada acariciándole el pelo mientras esperaba oír llegar a Obi.

## Veinticuatro

Cuando se despertó, Elijah se sintió vacío, como si no hubiese nada en absoluto dentro de él. Durante los días siguientes, mamá miraba a Elijah como si fuese una televisión y papá empezó a venir a casa del trabajo a tiempo para jugar con él, pero Elijah no podía parar de apretarse la nariz para impedir que el brujo saliese. Lo notaba pujando desde el interior, llevándose todo a su paso. El brujo iba a obligarlo a hacer algo realmente malo. En el colegio, podía intentar no pensar en él y concentrarse en las clases. Sus profesores le decían que estaba aprendiendo bien, y el brujo estaba tranquilo. Pero en casa solo podía pensar en el brujo. A veces, Elijah miraba a mamá y el brujo le susurraba al oído: «Ella no te pertenece». E, incluso cuando Elijah le decía que se callase, el brujo seguía. «No es tu mamá. Tú la robaste».

Por la noche, sintió que había algo que iba muy mal. Papá estaba sentado en el salón frente a mamá cuando fue a buscarlos. Los dos levantaron la vista de los libros que estaban leyendo, y sonrieron. Mamá estaba leyendo un libro sobre jardinería, con la foto de una flor bonita en la portada, del todo abierta y amarilla. Papá estaba leyendo un libro que no tenía ninguna foto en la portada y solo palabras largas. El libro de papá no podía ser muy bueno porque de pronto lo tiró encima del sofá.

En las semanas que habían pasado desde que le dijeron lo del bebé, aunque a veces las cosas fuesen casi normales, todo estaba demasiado silencioso y papá tenía todo el rato los ojos puestos en Elijah, como si supiera que guardaba alguna maldad en su interior.

— ¿Estás bien, hijo? — Papá entrecerró los ojos.



—Estoy bien —contestó Elijah, pero todo se sentía distinto. El brujo se arrastraba constantemente, dando vueltas dentro de él. Y, aunque dijo las palabras, no sonaron reales.

—Vete a la cama, Elijah —dijo mamá—. Subiré en un minuto, ¿de acuerdo?

Elijah miró a papá, pero los ojos de papá ya no lo estaban mirando. Estaban mirando la tripa cada vez más grande de mamá.

Elijah subió las escaleras y se metió en su cama vacía. De alguna manera parecía más grande. Era igual al tamaño del vacío que sentía dentro del pecho. Mamá entró en su habitación y miró por la ventana oscura. Echó las cortinas.

—No hay historia esta noche, Elijah —dijo mamá, inclinándose cerca de su cara—. Estoy demasiado cansada. Estar embarazada te hace estar muy cansada... —Se miró la tripa y sonrió. Su cara no había dejado de cambiar desde que vino Ricardo. A veces parecía asustada, y a veces más feliz de lo que la había visto nunca.

—Vale —contestó él.

Pero era la primera noche que no le leía una historia. Se fijó en la cara de mamá. Después observó con más atención. Elijah solo pudo contar cinco pecas. Apretó los puños y supo que los ángeles estaban perdiendo. Dios estaba perdiendo. El aire se volvió peligroso. Contempló la tripa de mamá, el espacio donde algo estaba creciendo en su interior.

—Buenas noches, Elijah —susurró mamá.

La habitación estaba más oscura que nunca y Elijah tenía una sensación muy grande en el estómago, como si tuviese hambre y no fuese a conseguir comida nunca más. Oyó al obispo en su interior: «Pero los cobardes, los incrédulos, los infames, los asesinos, los sexualmente inmorales, aquellos que practican artes mágicas, los idólatras y **TODOS LOS MENTIROsos**... tendrán su lugar en el lago feroz de sulfuro ardiente. Esta es la segunda muerte».

Elijah miró las sombras por un rato, después notó lo que estaba pasando. La voz del obispo no podía detenerlo. El brujo estaba luchando para salir de él. Podía sentirlo. Se estaba haciendo pequeño y empujaba y empujaba, y se apretaba para atravesarlo, hasta que todo se quedó tranquilo y oscuro, y él fue incapaz de moverse. Todo lo que

pudo hacer fue oír la voz del brujo diciéndole una y otra vez: «Sus pecas casi han desaparecido. Me comeré a su bebé y después me comeré a Nikki. Ella no es tu mamá. Nadie te querrá jamás. El demonio que llevas dentro mató a tu propio padre y le hizo daño a tu madre».

## Veinticinco

Fueron al hospital en el coche de Nikki, y permanecieron callados durante todo el camino, mirando por la ventana a los árboles contra el cielo, las calles casi despejadas de tráfico. Ella se detuvo en los semáforos y miró a Obi y a Elijah, pero los dos estaban mirando por la ventana. Se mordió el labio. Tenía que ir bien. Tenía que hacerlo.

Recorrieron el hospital, un laberinto de pasillos que Nikki conocía demasiado bien. Les hicieron pasar rápido, más allá de las mujeres en la sala de espera que ya tenían bebés o enormes panzas. Nikki bajó la mirada hasta su tripa, se abrazó a sí misma. Subió a la camilla.

— Bájese los pantalones, por favor, y suba la parte de arriba.

Una mujer que nunca había visto antes se movía por la habitación, cogiendo materiales y tubos de cosas, un montón de toallitas de papel.

La habitación estaba silenciosa y oscura, pero era más que ausencia de sonido; la única luz procedía de un monitor; el aire contenía una sensación, una pesadez. Nikki imaginó a la gente que habría estado en esa habitación: los bebés, las madres que habrían mirado la pantalla que tenían delante, aguardando al latido, como hacían ellos ahora, aguardando ese momento en el que todo cambia, cuando la vida se bifurca.

Y así miraron la pantalla juntos, y no era posible que Elijah entendiese la importancia de todo aquello, posiblemente no podía, y sin embargo Nikki sabía que Elijah captaba los indicios que había en el aire mejor que ella. Quería alargar la mano y acercárselo, pero estaba fuera de su alcance. Miró a Obi. El rostro de él era impenetrable.

Dejó de intentar adivinar qué estaba pensando Obi y se concentró en la pantalla, la imagen de la ecografía: parpadeante, inidentificable.

De pronto se enfocó algo. Y ahí estaba. Ahí estaba *ella*. Nikki lo supo enseguida.

—Los puntos que está marcando la señora con el ordenador son para medir el perímetro de la cabeza —dijo Obi. Elijah abrió mucho los ojos—. Y ese hueso largo de ahí es muy importante también para las ecografías. Es el fémur. Si esos huesos están dentro del tamaño normal, nos aportan mucha información sobre la edad exacta de los huesos del bebé.

Nikki intentó desconectar de la voz fuerte de Obi y miró directamente la pantalla.

Un parpadeo. Un corazón, latiendo. Una vida.

Y toda la preocupación y el dolor que sentía de repente se desvanecieron. Ella. De ella. Un latido. Nikki sonrió y su propio corazón parpadeó y latió en su pecho. Cogió la mano de Obi y él la dejó sujetarla. Alargó la mano para coger la de Elijah..., él tuvo que arrastrar la silla hacia delante..., y entonces cogió su mano también, y los tres miraron la pantalla.

—Ahí está el latido. —La mujer que hacía la ecografía empezó a mover el ecógrafo arriba y abajo sobre el estómago de Nikki—. Sí, solo un latido sano. Todo parece normal. Todas las medidas están bien. Un bebé sano. Y calculo que ya estás de dieciséis semanas más cuatro. Haré que el doctor Seaton revise la ecografía ahora mismo, como habéis pedido, y os daré cita para una ecografía rutinaria por si hay anomalías en unas cuantas semanas más. Si esperáis, podéis verlo esta mañana.

—Dieciséis semanas —dijo Nikki—. Sí, por favor; veremos al doctor Seaton. —Aparte de Ify, todos sus bebés se habían malogrado antes, tras diez u once semanas—. Dieciséis semanas —le repitió a Obi—. Sana.

—¿Está segura? —preguntó Obi—. ¿Dieciséis semanas?

Obi estudió los ángulos de la imagen, leyendo los números que aparecían en la pantalla, haciéndole preguntas a la técnica sobre las medidas del perímetro de la cabeza, el fémur, los niveles de líquido amniótico. Cuando leyó en voz alta las medidas, su ceño desapareció

y surgió una lenta sonrisa en su cara. Miró de la pantalla a la tripa de Nikki y después de nuevo a la pantalla.

— Esto es real — susurró.

Nikki cerró los ojos. No perderían a nadie. Esta vez no.

— ¿Estás bien, Elijah? — Ella no dejaba de preguntarle.

Y, aunque estaba muy callado, él asintió. Parecía abrumado. Sacaron fotos y le dieron una a Elijah. La dobló hasta hacerla muy pequeña, casi del tamaño de un sello, y la guardó dentro de su puño cerrado, antes de metérsela en el bolsillo. Se tocó el bolsillo muy a menudo en el trayecto de vuelta, como si quisiera comprobar que seguía allí. Nikki se tomó eso como una señal de que estaba contento.

El doctor Seaton era un hombre alto, tremendamente delgado, que olía a aguarrás y tenía muy poco pelo, que se peinaba hacia el otro lado sobre la cabeza.

— En este punto, todo está bien. Seguiremos controlándote las plaquetas y los niveles, así que sigue tomando la medicación que prescribí, pero el bebé lo está haciendo muy bien y, en realidad, ahora que te estamos tratando, no preveo ningún problema en absoluto.

Nikki quiso levantarle el pelo y besarle en lo alto de la calva.

— Gracias, doctor — dijo Obi.

No dejaba de mirar hacia la puerta. Elijah estaba fuera, a poca distancia, jugando con una Nintendo. Quería entrar con ellos, pero entonces un niño en la sala de espera sacó su videojuego y empezaron a jugar juntos. Era bueno verle hacer amigos.

— También quiero empezar con las inyecciones de heparina para el recordatorio del embarazo. Es una inyección diminuta que puedes ponerte en casa, una vez al día, solo bajo la piel. La mayoría de la gente lo hace en la piel de la barriga. No duele y es una especie de tratamiento extra para asegurar que tu sangre ya no se espese más. — Empezó a rellenar una receta—. Dadles esto a las enfermeras y os ayudarán con las inyecciones.

Nikki cogió la receta. Todo lo que precisaba era una sencilla inyección para que su sangre se diluyese. Pensó en todas aquellas pruebas que le habían hecho, todas las veces que le dijeron que los abortos eran frecuentes y que simplemente había sucedido. Después, tras Ify, finalmente la remitieron al doctor Seaton. La remitieron

demasiado tarde para salvar a su hija... Nikki puso las manos sobre su tripa... Pero no demasiado tarde para este bebé.

Obi cogió la mano de Nikki y la besó. Ella lo miró. Él no dijo que lo sentía, pero no hizo falta. Ella borró todas sus palabras anteriores. Ahora que había visto a su hija, y había oído por sí mismo lo que dijo el médico, no podía seguir enfadado. Solo tenían que concentrarse en hacer que Elijah se sintiese seguro y querido.

De camino a casa, Obi se giró para mirar a Elijah.

—Qué gran hermano mayor vas a ser —dijo.

Nikki observaba a Obi y a Elijah todo el día, la tibieza del aire entre ellos. Sintió burbujas en su interior, el bebé empezando a moverse. Nikki sonrió, dejó que su corazón se hinchase. Este bebé iba a lograrlo. Serían padres de dos niños. Una familia.

Los tres se acurrucaron en el sofá, escuchando una música que había elegido Obi: un grupo cubano que Nikki no había oído antes. Elijah se daba golpecitos en la rodilla con la percusión. Parecía mucho más relajado. Después de su reacción inicial al embarazo, a Nikki se le pasó por la cabeza que no podría soportarlo de ninguna forma. Pero viendo cómo se calmó después de escuchar las noticias, cómo dobló la foto, ya casi había vuelto a su habitual forma de ser cariñosa y solo habían pasado un par de semanas desde que se lo contaron.

—Reaccionó de manera extrema —dijo Ricardo—. Pero eso no significa que no pueda adaptarse. La noticia desencadenó algo en él: furia. Se calmará cuanto más implicado esté.

Y Ricardo tuvo razón. Después de llevar a Elijah al hospital con ellos, estaba más tranquilo, y aquella tarde no se revolvió para zafarse cuando ella intentó tocarlo.

—¿Cómo es ser un hermano mayor? —preguntó.

Obi sonrió abiertamente. Se había olvidado por completo de su enfado hacia Nikki.

—Es como tener un amigo con el que jugar todo el día.

—¿Como Jasmin?

—Bueno, sí —contestó Obi—. Pero el bebé será mucho más pequeño o pequeña, así que podrás enseñarle cosas.

—Pero solo si tu sangre no se espesa —dijo Elijah.

Nikki asintió.

—Así es. Pero, como te dijimos antes, ahora tengo una medicina especial para eso. La medicina terminará con la sangre espesa.

Obi entrelazó su brazo con el de Elijah. Parecía como si estuviese decidiendo algo.

—Todo irá bien —dijo.

Nikki se apretó contra Obi y lo besó fuerte en la boca por encima de la cabeza de Elijah.

—Jasmin diría que eso es de muy mal gusto —dijo Elijah.

—¿Y tú, Elijah? ¿Qué dices tú? ¿Crees que es de mal gusto? —Nikki le hizo cosquillas, y él sonrió y trató de escaparse serpenteando.

Obi tiró de Nikki para acercársela más aquella noche. Puso la mano sobre su tripa. Ella exhaló tanto rato que parecía que hubiese estado aguantando la respiración días enteros.

—Siento haberte ocultado el embarazo —dijo—. Detestaba no contártelo. Realmente pensaba que estaba haciendo lo correcto.

Nikki apoyó la cara sobre el cuello de Obi, respirando el aroma de su piel.

—Lo siento —volvió a susurrar.

Se quedaron dormidos el uno junto al otro y, cuando ella se despertó, la mano de él seguía sobre su tripa. Miró por encima del hombro de Obi los libros que había en su mesita de noche, que eran una mezcla de libros sobre adopción... *Ser padres de un niño con problemas; Cuando el trauma afecta al comportamiento; Cuestiones sanitarias subyacentes causadas por apegos negativos...*, junto a sus nuevos libros sobre embarazo: *Un embarazo normal y saludable; El apego comienza antes de nacer.*

## Veintiséis

Elijah se sacó la foto doblada del bolsillo del pantalón y la desplegó. Miró las curvas y los ángulos, las formas y sombras del bebé. No parecía un bebé en absoluto, se parecía más a un extraterrestre. Mamá y papá y Ricardo seguían diciéndole cosas que él no quería oír. Le decían que el bebé que mamá tenía en la tripa podría no crecer lo bastante como para nacer, que podría morir. Y Elijah no sabía qué decir. No había palabras en las que pudiera pensar.

Elijah analizó la fotografía. Pudo ver la nariz del bebé.

—Tienes que crecer y hacerte muy grande —dijo. Sabía que las fotos no pueden oír, e incluso que podría ser que el bebé todavía no tuviese orejas, pero lo repitió de todos modos—. Tienes que crecer, hacerte muy grande y no morirte.

Y después se hizo un ovillo sobre la cama e intentó imaginar que crecía en la tripa de Mama. Oyó el zumbido, y sintió el calor. Después oyó algo más y se incorporó.

«La medicina no funcionará. Cuando estés dormido, me escurriré dentro del cuerpo de mamá para hacer que mamá se ponga enferma y le haga daño a su bebé. La medicina inglesa no puede parar a un brujo nigeriano».

Elijah apretó la foto contra el pecho y trató de ralentizar su respiración.

Papá estaba oculto detrás del ramo de flores más grande que Elijah había visto jamás. Nikki corrió hacia la puerta, hacia papá y las flores. Elijah estaba en la cocina haciendo un dibujo e intentando no pensar en que su brujo podría estar comiéndose al bebé de mamá.



— ¡Son preciosas!

Papá asomó la cabeza por encima de las flores.

—Hola, Elijah. Mamá y yo vamos a tener una charla rápida, ¿vale? Después vendré y jugaremos a fútbol antes de cenar. He reservado en Chimichanga's a las siete, y Jasmin, Chanel y Abuelo van a venir.

Elijah no contestó, pero papá no se dio cuenta. Les oyó hablar desde la otra habitación, aunque cerrasen la puerta:

—Está bien. Ha estado bien todo el día.

—Lo sé. Estaba muy asustado por cómo reaccionaría. Estaba asustado por cómo reaccionó. Pero desde entonces, nada. Ni arrebatos, ni berrinches.

—Y el doctor Seaton fue muy positivo.

—Tengo una sensación muy buena sobre todo ahora, Nik. Siento tanto lo de antes...

—Tomaré un margarita, por favor. —Abuelo analizó el menú durante siglos antes de elegir.

—¿Estás seguro, Papá? Lleva tequila...

—Yo también tomaré uno. —Tía Chanel no miró el menú ni una vez—. Siempre tomo fajitas de pollo —añadió.

—Yo también tomaré margarita, por favor. —Jasmin llevaba el pelo peinado en dos trenzas y se había puesto cinco horquillas en el medio.

—No puede tomar un margarita, señorita. —El camarero parecía aburrido—. Lleva alcohol.

Jasmin se giró hacia tía Chanel.

—Qué injusto. Todos los niños en México beben tequila. Lo ponen en los biberones para ayudarlos a dormir, porque todo el mundo sabe que México es muy ruidoso, por la gente que toca esas flautas pesadas todo el día. —Miró al camarero y entrecerró los ojos—. ¿A que tú ni siquiera eres de México?

—¡Jasmin! —Tía Chanel se levantó—. Quiero decirte una cosa, por favor.

Jasmin siguió a tía Chanel, chasqueando la lengua.

Abuelo negó con la cabeza y después se rio por lo bajo.

—Tomaré un refresco de limón, por favor —dijo.

Como de costumbre cuando Jasmin estaba cerca, Elijah no se preocupó demasiado por el brujo. Miró a Abuelo. Abuelo seguía revisando el menú y leyendo en voz alta todas las palabras, pidiéndole al camarero que le recomendase algún plato.

—Volveré con las bebidas, señor —contestó—, y le daré más tiempo para elegir.

Obi se rio. Tenía la mano encima de la de Nikki.

—Siempre tarda siglos en decidirse. Le gusta pensar cuidadosamente en todo.

—Toda la gente sabia piensa las cosas cuidadosamente —replicó Abuelo.

Elijah movió con rapidez la cabeza hacia los ojos de Abuelo. Abuelo era sabio. E inteligente. Lo sabía todo sobre Nigeria y mucho sobre las estrellas. Y entonces se dio cuenta de algo importante: Abuelo debía saber sobre brujos.

—¿Podemos ir al parque hoy? —preguntó Elijah. Miró por la ventana. Era un precioso día de primavera, su tipo de día preferido. El favorito de Mama.

Papá miró a Elijah. Desde la ecografía del bebé, papá volvía a cogerle la mano a mamá, y la besaba todo el tiempo, incluso cuando Elijah estaba mirando. Ponía las manos en su tripa y se sonreían una y otra vez el uno al otro, como si él no estuviese en la sala. Como si no estuviese en ninguna parte. No había visto a Abuelo desde la cena y no tuvo ningún momento a solas con él. Pero, aunque se quedase solo con Abuelo, no estaba seguro de si podría contarle lo del brujo. Por supuesto, Abuelo podría saber qué hacer y ser capaz de ayudar. Abuelo creería a Mama y creería a Elijah. Pero pasarían cosas malas si Elijah hablaba.

—Me temo que tengo que ir a trabajar más tarde, y organizar unas cosas. Pero cuando vuelva a casa quizás podríamos jugar a algo.

Elijah se encogió de hombros.

—De acuerdo.

—Debo trabajar mucho mucho de ahora en adelante para poder coger todo el permiso que pueda cuando llegue tu hermanito o

hermanita. —Sonrió y miró a mamá. El aire entre ellos tenía un campo de fuerza, de manera que Elijah no podía entender qué decía la mirada.

—Estoy muy orgulloso de ti, Elijah, de lo bien que lo estás llevando. Es todo un cambio ser hermano mayor.

Mamá miró a Elijah y sonrió.

—Estamos muy orgullosos de ti —dijo.

La tripa de mamá estaba cada vez más y más redonda, como si estuviese creciendo a una velocidad sobrehumana. Mamá se agachó y abrazó a Elijah. Él intentó devolverle el abrazo, lo intentó de verdad. Pero la tripa de ella se interponía.

Elijah había estado horas esperando a que papá fuera a arroparlo. Oyó a papá cuando llegó a casa y contuvo la respiración, pero papá no subió corriendo las escaleras como de costumbre y al final Elijah tuvo que soltar todo el aire. Oyó a mamá y a papá, y al bebé dentro de mamá, riéndose en el piso de abajo.

—Lo siento —dijo papá, arropando a Elijah y subiendo el edredón hasta detrás de sus orejas. Papá miraba la puerta de la otra habitación como si no pudiese esperar para volver con ellos—. Te puedo contar una historia ahora, si quieres. ¿Una muy rápida?

Elijah negó con la cabeza.

—Está bien.

—Lo siento. Quizás mañana. Es solo que tengo que hacer tantas cosas en los próximos meses, antes... —Papá olisqueó—. ¿Hueles eso?

De pronto se oyó un fuerte ruido chirriante. Papá se levantó de un salto de la cama de Elijah y corrió hacia la puerta. Elijah corrió tras él. Cuando llegaron a la cocina, estaba llena de humo y mamá sobre una silla con una revista, abanicando el detector de humo.

—¡Lo siento! —gritó ella—. Te he quemado la cena.

Elijah tosió. Papá corrió hacia la puerta trasera y la abrió.

—¡Fuera! —gritó—. Venga. Salgamos hasta que se vaya el humo.

Pero Elijah no quería que lo mandasen fuera. Sintió que le estallaba la cabeza y después algo que se arrastraba en su tripa. Sabía que las cosas siempre pasaban por un motivo. Oyó voces que le decían:

«Causaste la muerte de tu Baba. Causaste enfermedad, dolor y muerte. Causaste incendios».

Elijah miró la tripa de mamá. Intentó usar el láser para ver lo que había dentro. Ella le acarició el pelo.

—Vamos, por favor, no llores —dijo—. No es un incendio serio. Solo un accidente. Anda, esperemos fuera mientras papá despeja el humo. Ya no hay fuego. No llores, Elijah.

Pero él no estaba llorando. Ya no más. Estaba mirando la cara de ella a la luz de la lámpara, el aroma del humo pegado en sus propias entrañas. La cara de mamá estaba completamente limpia de pecas. No tenía ni una sola. ¡Ni una sola peca! Los ángeles que la habían estado protegiendo con sus besos se habían ido. Miró a mamá con los ojos húmedos, asustados. El corazón le latía muy fuerte. Ya no la estaban protegiendo. Oyó la voz dentro de él, más fuerte que el detector de humo.

«Hiciste que todos los ángeles se marchasen asustados. Nada puede pararme ahora. Mataré al bebé que hay en su barriga. La mataré a ella también. Como maté a tu baba».

## Veintisiete

Elijah:

Nunca había conocido un amor como el que sentía por ti, Elijah, y sabía que alguien quería hacerte daño. Cada vez que me acercaba a la ventana veía el coche rojo, aparcado allá fuera y observándonos. Algo terrible había cambiado dentro de mí. Todo lo que podía oír era gente susurrando. Gritando. A veces la crueldad de la vida radica en su continuación, Elijah. El mundo seguía adelante. Solo yo había cambiado. Estaba aterrada y oía voces, no solo de Dios sino del mismo diablo.

Te mantuve alejado de esa ventana; habría hecho cualquier cosa para protegerte. Cualquier cosa. Te observaba acurrucado y suave, nuevo e inocente. Ignorabas el peligro, lleno de sueños y con los ojos bien abiertos. Estaba tan asustada por el daño que podían hacerte, mi pequeño bebé perfecto, lleno de bondad y esperanza. Elijah, mis entrañas se estaban pudriendo.

Daba vueltas por el apartamento contigo en brazos, mirándome con los ojos enormes, enormes. Tenías mucha hambre, Elijah, y yo te alimentaba tanto como cualquier mujer alimenta a su bebé. Pero era tan difícil, Elijah. Preparar biberones. Algo tan sencillo como eso. Y, sin embargo, tú llorabas y llorabas. Sabía que necesitaba ayuda. El miedo me tiraba de las entrañas y me hacía girar. Quería estar tan desesperadamente con mi Baba y mi madre, y mis hermanas, sobre todo Rebekah, pero no había forma de ir a casa sin marido y con un bebé al que no cuidaba adecuadamente, un bebé al que quería tanto pero al que no podía mantener a salvo, caliente y lleno de leche. Te envolví en un jersey, uno de tu Baba..., y salimos corriendo de casa, junto a la puerta de los hombres terribles y los olores horribles, y

bajamos la escalera llena de meadas y garabatos y esquinas oscuras. Corrimos todo el camino hasta la calle principal...Y correr parecía distinto, desesperado, como si estuviésemos corriendo por nuestras propias vidas lejos del demonio. Mis entrañas se retorcían a cada paso, mi corazón golpeaba como los pies sobre la acera. Durante todo el viaje recé por el perdón, por algo que no entendía completamente. Corrimos hasta el único lugar donde sabía que nos ayudarían. El único lugar donde las mujeres podridas por dentro podían ser ayudadas.

La Iglesia de la Liberación estaba vacía cuando abrí las puertas de un empujón, pero las velas en la parte delantera estaban encendidas y parpadeaban suavemente. Te llevaba envuelto en el jersey de Baba, lo último que quedaba de él, los propios huesos de tu Baba. El obispo estaba delante, leyendo la revista *Time*, hojeando las páginas deprisa.

—Bienvenida —dijo, como si hubiera estado esperándome..., esperándonos—. ¿Cómo estás, Deborah? He estado rezando por ti. No te he visto desde el funeral, pero he estado rezando.

Asentí y te apreté más contra mí. Intenté actuar con tanta normalidad como pude, con mi pelo desaliñado, mis ojos desesperados y mi bebé envuelto en un jersey.

Él me ofreció la mano y la toqué, apartando mi mano deprisa, sin esperar a ver si él pudo ver lo sucios que estaban mis dedos, lo sucia que estaba yo. Me sentí como si él pudiese ver dentro de mi pérfido corazón, como si supiese de inmediato el tipo de mujer que era. Sentía maldad por todo mi ser, Elijah, hasta el centro.

El obispo estaba cerca de Dios, y Dios posiblemente le había susurrado secretos al oído. Podía ver lo aterrada que estaba, lo mal que te sujetaba, no te llevaba atado a mi espalda como debería ser.

De cerca, incluso herida como me hallaba, noté que el obispo parecía todavía más refinado. Tenía la barba bien recortada y arreglada alrededor de la boca, y los labios rosados, rosados como tu Baba después de tocar el saxofón muchas horas. Había una mujer de rostro agrio, de pie detrás del obispo. Solo me percaté de ella cuando tosió. Sujetaba un vaso de agua sobre una bandeja. Tenía la frente elevada y sus rasgos parecían aplastados en la parte inferior de la cara. No sonrió

en absoluto, y me pregunté si ella, como mujer, podía ver lo rota que yo estaba.

—Oh, eso. —El obispo le hizo un gesto con la mano y ella trajo la bandeja. Él cogió el vaso y dio un sorbo, después volvió a poner el vaso sobre la bandeja. La mujer regresó a las sombras por detrás del obispo—. Me refiero a ella. Es mi ayudante. No una de mis veintisiete mujeres..., ¡no soy ningún Fela!<sup>10</sup> Solo estoy casado con mi trabajo. Con Jesús mismo. Ahora —el obispo caminó para aproximarse a mí, tan cerca que pude ver una pequeña miga de galleta en su labio inferior—, ¿qué puedo hacer por ti, hermana mía?

Las palabras se derramaron de mi boca.

—Siento molestarle, señor. Es mi bebé. La maternidad no me está resultando fácil y temo por él. No me las arreglo bien sola en Inglaterra y sin mi familia, que está en Nigeria. Hay algo malo en mí..., en mi salud. Deseo tanto ser buena, pero necesito ayuda... —dije, y respiré hondo— con mi bebé. No soy una buena madre. —Bajé la mirada—. Después de que mi marido..., después de que matasen a mi marido...

Quise contarle todo, Elijah, lo del coche rojo que me seguía a todas partes, y otras cosas, Elijah, que nunca podré escribir, cosas entre Dios y yo y tú, porque solo nosotros estábamos allí; pero no me atreví a hablar de ello. Estaba segura de que un hombre de Dios no ayudaría a una mujer así.

El obispo casi sonrió, amable, chasqueó los dedos y la mujer que había detrás de él volvió a caminar al frente. Al principio pensé que tal vez no me había oído. Pero entonces te miró, envuelto, y asintió.

—Que esta pobre mujer se siente en mi cómodo despacho. ¿No ves que está preocupada por el bienestar de su hijo? Cuánto estrés está sufriendo, señora. Vamos a ayudarla. Ella necesita nuestra ayuda, aquí en la Iglesia de la Liberación. —Me miró—. Has oído hablar de nuestros servicios. Podemos ayudar a cualquiera. No te preocupes, hermana, has venido al mejor lugar. Soy médico de almas, un sanador para el espíritu. Un farmacéutico para la debilidad humana.

Su voz era suave y segura. Te apreté, envuelto en el jersey, contra mí y noté tu respiración en mi cara. El alivio es una fuerza poderosa, y me atravesó soplando, hasta mi centro podrido. Todo iría bien. Te

protegería de todo mal. Sería una buena madre, el obispo me auxiliaría con mi dolor y mi podredumbre y me ayudaría a volver a estar completa.



## Veintiocho

Un pequeño ruido despertó a Nikki de un sueño sin sueños: un sonido tintineante, una campanita. Pero solo estaba Obi roncando en la oscuridad y la sensación de vida moviéndose dentro de ella: las patadas, que aumentaban cada día desde que empezó a sentir las. Tocó la espalda de Obi, su piel cálida por el sueño, deseando despertarlo para que le pusiera la mano sobre la tripa, para que susurrara que sabía que iría bien.

—¿Por qué no lo intentamos antes, entonces? —había susurrado Nikki.

Y Obi sonrió.

—Estábamos muy cansados —dijo—. Simplemente exhaustos.

Ella levantó la mano de él hacia su cara, colocó las puntas de los dedos de Obi sobre su mejilla.

—Ya no me siento cansada —contestó. Pensó en Elijah, en el bebé que tenía dentro, imaginándose los juntos.

Elijah había estado bien, más callado de lo habitual, pero no hubo más arrebatos como Ricardo había pronosticado, como Nikki había temido. Lo había subestimado. Quizás, cuando el bebé llegase, lo llevaría bien. Ya podía verlo: un hermano mayor cariñoso, protector. Habían pasado la tarde en la cocina, comiendo y charlando; mientras Elijah hacía dibujos en silencio, Nikki y Obi habían hablado del bebé, cómo sería, cuánto querría todo el mundo al bebé.

«Serás un estupendo hermano mayor», dijo Obi, y Elijah miró a Nikki con atención y dibujó una familia: Nikki y Obi y él, todos cogiéndose de las manos. Había una estrella gigante encima de ellos y un cielo azul oscuro. Había dibujado docenas de pecas por la cara de

Nikki. «¿Dónde está la bebé?», preguntó Nikki. Elijah levantó la mirada hacia ella. «La bebé todavía no está aquí», contestó.

La oscuridad se volvió más oscura y el corazón tranquilo de Nikki latió más deprisa. Un ruido en el borde de las cosas: algo de metal, algo reluciente. La sonrisa de Elijah llenó la oscuridad, pero algo en ella parecía distinto. Nikki tocó la piel de Obi y su espalda ya no estaba tibia, sino fría y húmeda, pegajosa, como si hubiese una capa de preocupación que le saliera de dentro.

Algo iba muy mal. Nikki tenía la sensación de que había alguien cerca, y se incorporó de golpe. Obi refunfuñó y se giró. Una sombra se cernía en la oscuridad.

— ¿Elijah? ¿Eres tú?

Él se acercó y Nikki reconoció su silueta. Su corazón aminoró casi hasta recuperar la normalidad. Casi.

—Elijah, me has dado un susto de muerte. Dios mío, ¿pensaba que eras un ladrón!

Obi se incorporó.

— ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

La cama se movió debajo de ellos, como si Obi hubiese movido su peso. Elijah se acercó más. Mientras los ojos de Nikki empezaban a adaptarse a la oscuridad, pudo ver que llevaba algo en la mano.

—Elijah, ¿estás bien?

Parecía disgustado, ¿y qué sujetaba? Algo reluciente y metálico, como el sabor que notaba Nikki. Nikki oyó un llanto de bebé, lejano. Un lamento. De alguna otra parte. La llenó por completo.

Alargó la mano hacia el brazo de Obi, pero los ojos de Obi no se habían adaptado a lo que tenía delante, ante ellos.

—No soy Elijah —dijo, y caminó hacia ellos con el cuchillo que llevaba en la mano, con la punta dirigiéndose a la tripa de Nikki. Y entonces ella vio, en aquellos segundos, lo equivocados que estaban respecto a todo, lo poco que realmente entendía cualquiera de ellos.

Elijah no era él mismo. Sus ojos eran distintos, y había algo detrás de él: una sombra terrible.

—No soy Elijah —repitió.

Nikki se puso a gritar antes de darse cuenta y su propia voz sonaba lejana, en un sueño, tratando de escapar. Obi también gritaba, y

después se encendió una luz. Sucedió de repente, pero todo se ralentizó. El corazón de Nikki latía despacio, atrayéndolo todo hacia sí. Obi se echó sobre ella, y Elijah se movió hacia delante. Los ojos de Elijah relucían como el metal del cuchillo, y había algo tras ellos que le produjo a Nikki más miedo que cualquier miedo que hubiese sentido jamás. Se dobló por la mitad, sobre sí misma, puso las manos sobre su vientre y Obi cayó sobre ellas, pero fue demasiado tarde, el cuchillo empujó, y ella sintió cómo cortaba su centro mismo.

## Veintinueve

Elijah:

Mientras estaba sentada en el despacho, una sensación de esperanza me recorrió a toda velocidad. Tenía la sensación, Elijah, de que podría ayudarnos a ambos. Yo sería muy buena madre para ti. Cómo te quería, Elijah. Debería haber venido de inmediato, pensé, cuando comenzó el vértigo, cuando tu Baba se fue. Debería haber acudido al obispo después de que sucediese. La iglesia siempre ayudaba a los suyos. Nos purificaba. Limpiaba nuestros pecados. Yo era una de las hijas de Dios, y la iglesia era mi familia. El obispo era mi hermano.

—Ahora, cuéntame exactamente, ¿en qué puedo ayudarte? —El obispo me miró la ropa y el bolso con mucha atención, como si les estuviese haciendo una pregunta.

Noté tu boca cerca de mi pecho, el aire cálido que salía, suave y tibio.

—He tenido mala suerte, muy mala, y ahora me siento como si no fuese buena para él, para mi bebé. —Miré al obispo y su expresión era suave y tibia como tu pequeño aliento—. Un coche lleno de hombres me ha estado siguiendo. Estoy confusa, desde que Akpan murió. Él estaba en la calle, en la carretera. —Tragué saliva—. Fue ese coche rojo el que lo golpeó. Lo que había dentro...

Los ojos se me llenaron de unas lágrimas tan enormes que, cuando cayeron sobre tu cara, te sobresaltaste y empezaste a llorar.

—Por favor, niño —dijo el obispo, con su voz amable y buen corazón.

Empecé a llorar tan fuerte que la cara del obispo se volvió borrosa delante de mí y se convirtió en otra cara... casi igual a la de tío pastor.

—Lo intento, pero no puedo alimentarlo como es debido, y no está

seguro.

El obispo levantó la mano en el aire.

—Está bien; por favor, no llores, hermana. Puedo ver el gran trabajo que estás haciendo como madre reciente. La maternidad no es fácil y parece que has tenido una temporada terrible. Una suerte terrible. Pero para eso estoy aquí. Ahora, déjame ver a este precioso niño.

Abrí el jersey de Baba. Estabas acurrucado como una pelota. Me sentí tan aliviada, el peso del miedo que notaba sobre los hombros desapareció, y allí en la iglesia sentí, por primera vez desde que naciste, que sería digna de ser tu madre, que serías mío para siempre.

El obispo se inclinó hacia delante y te miró. Frunció el ceño.

—La muerte de tu esposo..., es terrible que le pase algo así a alguien. Hermana, no tienes que preocuparte. Te ayudaré. Tu suerte cambiará, no lo dudes. —El obispo puso su mano sobre la mía—. Ahora, dime, ¿has llevado este niño a que lo vea alguien más? ¿Un médico, quizás? ¿O tal vez un trabajador social?

Negué con la cabeza.

—Al niño no le pasa nada..., soy yo quien no lo lleva bien —susurré, pero el obispo estaba demasiado ocupado mirándote.

—¿Y tu familia? ¿Saben que has venido a verme? ¿Amigos? Estoy seguro de que tus amigos te han recomendado que vengas a verme.

—Mi familia está en Nigeria. Quiero ir a casa con ellos... tan pronto como me sienta mejor, tan pronto como pueda sobrellevarlo un poco más. Cuando las cosas mejoren. Siento admitir que todavía no les he contado la muerte de mi esposo...

El obispo casi sonrió. Su rostro era muy comprensivo.

—Estás en el lugar adecuado. Sin duda puedo ayudarte con cualquier problema espiritual. En ausencia de tu padre, seré como tu padre. En ausencia de tu marido, cuidaré de ti como si fueses mi propia esposa. No tienes que preocuparte. Trataré a este niño como si fuese de mi propia sangre. Lo ayudaré y te ayudaré.

¡Qué alivio sentí, pequeño Elijah!

Tú abriste los ojos y parpadeaste.

La expresión del obispo no cambió. Siguió mirándote, pero no de la manera en que una persona observa a un recién nacido. Miró tu

pequeño cuerpo de arriba abajo, moviendo los brazos, uno y después el otro, después estirándote las piernas, una y después la otra, dejando que volviesen a su sitio de golpe. Te abrió mucho los ojos con su pulgar y su índice. Tus ojos observaron enormes. El obispo te examinó durante unos segundos, después pareció recordar algo importante. De pronto, dio un grito ahogado. Luego miró a la mujer que estaba en las sombras detrás de él, con las cejas bajas, y la mujer que estaba en las sombras tras él también dio un grito ahogado.

—¿Qué problema crees que tiene? Yo mismo puedo verlo de inmediato, pero claro, soy un experto. Vi esto muchas veces en la región de Akwa Ibom, cuando me di cuenta por primera vez de que había sido bendecido con el don de sanar. He tratado con esto durante más de veinte años y sé cuál es el problema, y tengo un porcentaje de éxito del cien por cien curándolo. Pero necesito saber lo que piensas. ¿Cuál dirías que es el problema? ¿Hay algo en concreto que te concierna?

—El problema está en mí, obispo. No estoy sobrellevándolo. Me siento muy sola. Desde que empezó mi mala suerte...

El obispo sonrió y me puso la mano sobre el hombro.

—Tienes que entender algo. —Apartó la mano y mi hombro sintió calor—. El problema no está en ti. Estas cosas malas que han estado pasando: tengo muy claro... de hecho, está muy claro para cualquiera... por qué han estado pasando. El problema no está en ti, hermana. Tengo claro el problema. Soy un experto en estas cuestiones. El bebé no está bien. No es él mismo.

Bajé la vista hacia ti. Estabas respirando muy deprisa y tenías la cara todavía mojada por mis lágrimas, pero podría haber sido sudor. Te toqué la piel y era cierto que estaba sudada. ¿Estabas enfermo? ¿Era tan mala madre que no me había dado cuenta?

—¿Lo has llevado a que lo vean otros especialistas? ¿Estás segura de que no has visto a ninguno de esos médicos blancos? Porque, déjame decirte, algunos de ellos son charlatanes. Se llevarán las comisiones por tus recetas y te darán placebos; ¿sabes lo que son los placebos? ¡Tabletas que solo tienen aire! Y no se dan cuenta de que la curación no viene solo por las células, el cuerpo, los órganos y el sistema inmunitario, sino que viene de Dios, en su gracia y sabiduría. Tratar el

cuerpo sin tratar el alma es como cocinar arroz sin ponerle sal: no tiene sentido. Y has tenido suerte al oír esa voz en tu interior diciéndote que lo trajeses a mí, al médico de las almas. Ahora, esto es muy importante: ¿se lo has dicho a alguien?

Negué con la cabeza.

—No pensé que fuera él... Creí que era yo quien no estaba bien.

El alivio me lavó por completo mientras te miraba. Si tú estabas enfermo, entonces seguramente podrían curarte con facilidad y yo podría ser una buena madre después de todo. ¿No es seguramente más fácil de sanar un bebé enfermo que una mujer en nada buena? Él podía ayudarnos, este hombre de Dios. Podía confiar en él. Alejaría el dolor que había estado sintiendo durante tanto tiempo. Una voz me susurró al oído. Cúrame; cúranos, recé. Elijah, imaginé que mejoraba y nos íbamos a casa con mi familia, y la risa de Rebekah y de mis padres, que nos cuidarían a los dos.

—Eso es bueno. Veo que eres una mujer sabia al traérmelo primero a mí. No puedo decir que vaya a ser fácil, pero creo que puedo ayudar a este bebé. ¿Sabes que está poseído por un brujo, no?

Lancé el jersey de Baba sobre ti y te apreté contra mí.

—Está equivocado, señor; soy yo quien está enferma. Oigo voces, y las cosas no están claras...

El obispo se reclinó en su silla. Tenía los ojos llenos de compasión.

—Señora, veamos los hechos: este niño está en tu interior cuando empiezan a ocurrir cosas malas. Tu marido muere en la calle. ¿Un hombre joven atropellado? Estas cosas no pasan sin motivo, y tú, como mujer nigeriana, entiendes eso, por supuesto. Y ese coche rojo te sigue y te sientes muy mal. ¿Y se suceden otras cosas malas... o peores... también?

Cerré los ojos, Elijah, pero los hombres estaban detrás, esperando. Los aparté de golpe abriendo los ojos deprisa.

—Señora, eres una mujer nigeriana. Deberías saber que una mala suerte así surge por alguna fuerza más grande que lo que conocemos, lo que podemos entender. ¿Te has olvidado de ti misma, de dónde vienes y en lo que crees?

Te abracé muy fuerte, Elijah. Había visto casos en Nigeria en los que un niño era denunciado como brujo. Había visto *End of the*

*Wicked*<sup>11</sup>. ¿Quién no? Había visto auténticos brujos en Nigeria y el modo en que se apoderaban del cuerpo de un niño hasta que eran exorcizados. Sabía que los pastores que trabajaban con brujería eran los más seguidos y los que tenían las iglesias más llenas. Lo había visto. No lo había olvidado, pero no quería creerlo.

—Este bebé necesita nuestra ayuda y protección. ¡Este bebé necesita que lo salvemos del demonio que vive dentro de él! Como madre suya tienes ese deber y, como su obispo, yo también. De hecho, como obispo con una larga trayectoria de servicio, honestamente puedo decir que no creo que haya visto antes el nivel de maldad que contiene tu pobre hijo...

Empecé a sollozar en voz alta. ¡El obispo tenía que estar en lo cierto! Todo encajó en su lugar..., de lo contrario, ¿qué sentido tenía el mundo? ¡Estabas en peligro, Elijah! Estabas lleno del hombre malo. Dios, en su furia, nos había retirado la mirada y había permitido que entrase el demonio, y él te invadió con un brujo, estaba segura de ello. Eso debía haber ocurrido, porque solo el demonio me haría herir de esa forma. Mi pequeño amor, al que quería más que a la vida misma. Tu vida estaba en peligro.

Elijah, estas cosas deben parecerle extrañas: cómo nosotros, los nigerianos, creemos con tanta fuerza que las cosas malas ocurren como consecuencia de un ataque espiritual. Al crecer en Inglaterra, estas creencias te parecen muy extrañas y no tendrán mucho sentido. Pero deberías saber lo asustada que estaba. Lo aterrada que me sentía por si te herían. Cuánto te amaba y quería protegerte.

—No te preocupes por ello, hermana. Soy un experto en librar a los niños del diablo. En la región de Akwa Ibom, fui obispo y curé a más de cien brujas y brujos: hice que saliesen de sus cuerpos. Ahora, no llores; esta situación es más sencilla en Inglaterra. Tenemos acceso al mejor equipamiento, a las medicinas. El brujo maligno está asentado en el cerebro de tu bebé y puedo llegar a él con el alcance de Dios. Ahora, no puedo prometer que sea fácil, pero el camino a la iluminación nunca lo es. Y Jesús nos salvará de todo demonio. Salvaré a este niño y expulsaré al brujo. Estará a salvo conmigo. Lo más importante es que no se lo digas a nadie. Estos ingleses no



comprenden a Dios como lo hacemos nosotros. No creen en el maligno. Y, peor, he oído que se llevan a los niños, niños africanos, y experimentan con ellos, o se los dan a parejas blancas estériles, o a Madonna. No, yo te ayudaré. Salvaré a tu hijo.

Cómo lloré. Me sentí como si alguien hubiese cogido un cuchillo y me lo hubiese clavado en el estómago y le estuviese dando vueltas lentamente. Pero, después del dolor, el obispo seguía allí, con amabilidad en los ojos. Y de pronto sentí como si hubiese esperanza después de todo. Si estabas enfermo, entonces quizás él podía ayudar. Puse mi vida en sus manos, Elijah, e incluso puse la tuya. Pensé en todo lo malo que nos estaba sucediendo, las voces en mi cabeza. Hubiese hecho cualquier cosa que me convirtiese en una buena madre para ti. Cualquier cosa.

— ¿Puede ayudarnos?

— Por supuesto. Ni siquiera cobraré la tarifa habitual a una hermana como tú. Solo cobraré el precio mínimo por el exorcismo. No sería apropiado llevarse dinero de una hermana. En este caso, de ninguna forma cobraré más de cien. Ni siquiera aunque vaya corto este mes. El tejado de la iglesia, Dios mediante, no se vendrá abajo y al coro no le importará perder unas cuantas comidas. A esos niños a los que apoyo en las iglesias, allá en casa, no les importará perder unos pocos días de comidas. No; tú, hermana..., para ti el precio de casa.

Me levanté, de pronto.

— No tengo cien libras. Es imposible.

— ¡Ajá! — El obispo se levantó de la silla de un salto—. Es imposible mantener una iglesia en Deptford. Es imposible que atraiga a tantos seguidores en Inglaterra para que escuchen las palabras de Dios como hacía en Nigeria. ¿Es imposible que yo, un muchacho de pueblo del Delta, lidere el seguimiento de miles en mi iglesia? ¿De todo el mundo? Es imposible para un simple ser humano tener el poder de Dios en sus manos, pero yo lo tengo. ¡Justo aquí! Todas estas cosas son imposibles. Oh, estoy seguro de que una mujer como tú lleva bien las cuentas. ¿Si no puedes hacerte cargo de algo tan sencillo como el dinero, cómo puedo, cómo puede Dios, confiarte el cuidado de un bebé?

» Dios necesita confiar en tus aptitudes como madre, de lo contrario

no intervendrá y simplemente dejará que el demonio te lleve. Por ese sencillo motivo un brujo se ha apoderado de tu hijo. Estoy seguro de que eres la clase de mujer que daría la vida por su bebé. Si supieras qué maldad hay en él, el demonio que habita en su cuerpo diminuto, sé que no harías ese comentario. Y, como sabes, el buen nombre de la iglesia es el principal motivo por el que te ayudo. Un obispo que es capaz de ayudar en estas cuestiones tiene el mayor número de seguidores. Por supuesto, es la reputación del obispo lo que atrae a los seguidores, y ese es el factor más importante, pero aun así debe requerir unos honorarios simbólicos, ¡de lo contrario sería el hazmerreír de todos y perdería a su rebaño tan rápido como si el pastor dejase la puerta abierta y el perro pastor se quedase dormido! Esta tarifa es un honorario simbólico que te propongo a ti como hermana mía, pero debo insistir en que se me brinde tal estipendio. ¡Míralo desde una perspectiva más amplia! Salvando a Elijah, protegiendo a tu único hijo del demonio, atraeré a más seguidores, y predicando la verdad de Dios, por tanto, también salvaré sus almas. ¡Sé que puedo ayudar a este niño...!

—Lo siento, señor; no quería decir...

—Mira, no ofrezco este precio por exorcismo por el mercado o por la calle; la iglesia se vendrá abajo un día de estos. Si quieres la medicina para ayudar a tu hijo, serán cien libras. Ahora, vete, soy un hombre muy ocupado con muchos otros brujos a los que combatir. Tú... puedes probar suerte contra este brujo maligno. Espero que puedas dormir por la noche, hermana.

Recé, Elijah; ¡cuánto recé! No puedo describir el efecto del obispo, pero pudo tener que ver con lo mucho que echaba de menos a tío pastor. Todos somos producto de nuestro pasado, Elijah; tú lo sabes mejor que nadie. Cuanto más rezaba, más fuerte oía las voces, ¡y cómo llorabas! No podía ser cierto. No podías estar poseído por un brujo. Acaricié tus rizos y miré tu cuerpo, y vi en tus ojos lo doloroso que era para ti. Mi propio corazón se rompía con cada lágrima. Me dije a mí misma que tenía que seguir y tratarte con normalidad, y tal vez el brujo nos dejaría y encontraría a otro bebé cuya madre hubiera fracasado, que no hubiese rezado lo bastante. Yo sabía cómo cuidar bebés. Los bebés necesitaban que los llevaran en brazos a todas partes.

No les gustaba ir destapados o pasar frío..., se asustaban. Les gustaba dormir con su mamá, y oler a su mamá, y tomar leche del pecho de su mamá siempre que quisieran. ¡Cuánto deseaba alimentarte, Elijah! Y sin embargo el miedo me detenía: un miedo más grande que cualquier cosa, mi corazón estaba hecho trizas dentro de mí hasta que gritaba, y gritabas.

— ¡Basta! — chillé—. ¡Basta! ¡Basta!

Imaginé a Bukky, que para entonces habría tenido a su bebé, gordo y feliz sobre su espalda, la boca abierta del bebé tomando leche de su pecho. Cómo echaba de menos a tío pastor. A mi Baba. Mi familia. Qué miedo sentía por lo que vivía dentro de ti. Qué aterrada estaba por ti. Qué aterrada por el hecho de que pudiera morir otro ser querido, que volviesen los hombres malos. El miedo es más grande que cualquier otra cosa, Elijah; crece más deprisa que el fuego y mata todos los demás sentimientos hasta que es puro y muy peligroso. Siempre imaginé el amor como la más poderosa de todas las emociones. Pero al final, el miedo supera al amor, y eso es lo que nos hace tan humanos.

Elijah, mi amor, mi mundo.

Recuerdo cómo te abracé bajo la ventana y te mostré las estrellas. Canté canciones y nanas, y me miraste con ojos enormes, y vi, en lo profundo de tu cuerpo, que estabas ahí. Podía ayudarte. Sonreí e hice que tomases sorbos de medicina y entonces sonreíste, todo encías, y me hiciste reír fuerte. Te dejé terminar de beber y después nos tumbamos juntos en mi cama, y te observé intentando coger la luna con tu pequeño puño. Diste patadas con las piernas y lanzaste pompas, y yo te hice cosquillas en la tripa hasta que te quedaste dormido riendo.

## Treinta

Nikki era consciente de que había gente apresurándose a su alrededor y luces que se encendían, gritos, y mucha sangre, pero todo se ralentizó dentro de ella, y regresó al pasado, y a Rosy-Ify se le escapaba la vida. Obi presionó algo sobre ella con una mano y en la otra tenía el teléfono y estaba gritando, y Elijah estaba allí de pie con un cuchillo, parecía encontrarse muy lejos, y después se estaba meciendo en un rincón de la habitación, hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás.

—¿Qué has hecho? —preguntó a Elijah y a sí misma y a Obi, y al aire ácido alrededor de ellos, al mundo—. ¿Qué has hecho?

Percibió a Elijah delante de ella todavía, una figura pequeña, asustada, temblando, con los ojos muy abiertos, aterrados, ojos que ya habían visto demasiado, cosas que nunca podría olvidar haber visto: un niño pequeño, solo. Después cerró los ojos por un tiempo mínimo y recordó un sueño hermoso. Tenía en brazos a su bebé, ojos con motas doradas y piel suave, limpia, viva, respirando, sonriendo. Viva.

Cuando se despertó, ya estaban en el hospital, con una mujer dibujando marcas sobre su estómago. Nikki miró al techo. La pintura. La luz. Miró a su lado y alrededor de la sala: llena de camas pero sin gente, cortinas medio echadas alrededor de cada cama, un lavabo junto a la pared, un cubo de basura amarillo. Los ojos de Obi estaban pegados al monitor. Nikki no podía mirar. Deseaba que él le cogiese la mano, pero no tenía energías para alargar la suya. En vez de eso, se concentró en el vendaje tremendamente blanco que tenía sobre el

costado, con los bordes sujetos con esparadrapo. Intentó permitirse sentir dolor, pero todo lo que sentía era atontamiento. Nada.

—Todo parece estar bien. —La mujer dibujaba y apretaba—. Hay un latido fuerte y todo está bien. Tuviste mucha suerte.

Obi soltó aire y la miró con ojos secos.

Pero ella no soltó aire. Nada iba bien. Nada volvería a ir bien jamás.

—¿Dónde está Elijah? —preguntó, incorporándose.

Obi no contestó por un momento, y solo parpadeó.

—Con Ricardo. —Negó con la cabeza—. No puedo creerlo. —Sus palabras sonaron como si perteneciesen a otra persona, tan seguro de sí mismo como solía ser.

La técnica limpió la tripa de Nikki con un pañuelo, fuerte, y tiró de la camiseta para ponérsela sobre el vendaje.

—¿Qué pasó? —preguntó Nikki.

—Te desmayaste, pero posiblemente fue por el estrés. Elijah tuvo algún tipo de disociación. Él..., él... —La voz de Obi se apagó—. Intentó hacerte daño, Nikki. Intentó haceros daño a ti y al bebé. Algo debió hacer que estallase. No era él mismo. No sé qué pasó. Intenté pararlo. —Obi contuvo la respiración—. Sucedió muy deprisa.

Ella se tocó el costado, el dolor.

—No duele tanto.

Él cruzó y luego volvió a cruzar las piernas, dando golpecitos con los pies.

—Aceptamos este riesgo cuando dijimos que sí a Elijah. Ha tenido diversos cuidadores, numerosos traslados, y sabíamos que había sufrido maltrato y negligencia tanto física como emocional. Y, de todas las categorías, la negligencia era la más arriesgada en términos de desarrollo cerebral, pero, con tiempo, pueden crearse nuevos caminos neuronales... —Obi dejó de hablar y se levantó. Caminó de un lado a otro, los ojos fijos en el suelo. Finalmente, levantó la mirada hacia Nikki y se sentó a su lado—. He tratado con situaciones en el trabajo...

Obi paró de hablar otra vez. Tenía los ojos rojos y los labios secos. Parecía muy solo, aunque estaba sentado junto a Nikki. Ella quería tocarlo, pero su mano no lo consiguió. Él dio golpecitos, se movió

nerviosamente y se frotó la cabeza, pero se había quedado sin palabras.

Nikki lloró silenciosamente a su lado.

Obi la vio mirándose la barriga, y se giró. Cada vez que cogía aire era un suspiro. Parecía un hombre que no tenía ninguna respuesta en absoluto. El mundo era un lugar completamente distinto.

## Treinta y uno

Elijah:

Para cuando tenías dieciocho meses, había pasado de no querer creer que tenías un brujo dentro, a querer, con todo mi ser, sacarlo de ti y salvar a mi pequeño Elijah. Tu cuna era como un bote en una tormenta. Yo estaba muy mal, Elijah, oyendo voces constantemente, sin dormir, incapaz de comer, y sabía que todo se debía a ese brujo que nos estaba destruyendo. Los insectos se arrastraban por todas partes dentro de mí.

—Este brujo es muy fuerte. En casa, en la región Akwa Ibom, me topé con un brujo tan fuerte como él. ¡Oh! Aquel brujo resistió con fuerza. Tuve que probar con diversas medicinas y, ya sabes, en Akwa Ibom es difícil conseguir las. Pero lo bueno es que pudimos usar *muti*<sup>12</sup>, y esa *muti* es magia poderosa para ayudar a expulsar a los brujos. A los hechiceros les da mucho miedo la *muti*. Cuando pienso en Akwa Ibom, mi corazón se vuelve tan redondo como la luna. Estoy seguro de que conoces ese sentimiento por el hogar, hermana. Déjanos curar a este niño para que su familia esté orgullosa de que los visite en Nigeria. ¿Has tenido sueños malos? Estoy seguro de que estarás sufriendo de mala suerte y mala salud con este niño cerca.

Asentí. Mis sueños se estaban convirtiendo en terribles pesadillas estando despierta, y vivía con ellas dentro. Tenía los ojos rojos y borrosos y las mejillas se me contraían nerviosamente una y otra vez; las manos me temblaban de forma constante.

—Está lleno de maldad. Dime, ¿se ha terminado la medicina? No puedo creer cómo lucha este brujo por permanecer dentro del bebé. Está en casa dentro de tu hijo. Hará falta un poder muy fuerte para

expulsar a este brujo. No te preocupes por eso, hermana; te ayudaré a eliminar esta maldad. Coge mi mano y recemos.

La iglesia estaba vacía por la noche, excepto por una mujer que permanecía en la penumbra y que se encargaba de la contabilidad. El obispo me decía que siempre fuera por la noche, y los domingos predicaba cómo estaba ayudando a nuestro miembro más vulnerable, exorcizando el mal y el demonio poderoso de esa persona. Mi Elijah. Así era, estábamos en las sombras, corríamos del apartamento a la iglesia y de vuelta al apartamento. Al principio me dio una medicina, y me dijo que te curaría. Y te di esa medicina cada día, a pesar de la forma en que te enfermaba y te irritaba el intestino. Recé muy fuerte, Elijah, todo el tiempo. Pero las voces eran más poderosas que nunca. Sentía como si me arrancasen mi propia cara, gritando. Veía lo enfermo que estabas, lo enfermo que te ponía el espíritu maligno. Estabas enfermo todo el tiempo, hijito mío. Tan enfermo que ya ni siquiera llorabas.

— ¡En el nombre de nuestro salvador, Jesús, este bebé será sanado! Necesitamos un milagro, querido Dios, esta noche. Apelo a ti, como tu fiel servidor, un hombre que ha dedicado su vida a tus enseñanzas, que ha dedicado su vida a difundir tus palabras: por favor, Padre, salva a este pequeño de la oscuridad. Devuélvenos a Elijah, nuestro hijo, de las manos del demonio. Llévate a este demonio que ha elegido vivir en su cuerpo. ¡Pon tu poder en mis manos!

Dejó que su mano planease sobre tu cabeza y las cosas encajaron de nuevo lentamente dentro de mí. Todo parecía más claro con el obispo cerca. Podía imaginar a tío pastor, y mi casa, y mami y Baba, y sabía que, si pudiera hacer que te pusieras bien, salvarte..., entonces podríamos volver a Nigeria y todo iría bien.

— Necesito darle una medicina más potente. Pero, por supuesto, eso supone una tarifa mayor.

— No puedo pagar; no me queda nada. Por favor, ayúdame, Baba obispo. Por favor, te lo suplico. Ayuda a mi hijo.

— No puedo garantizar tu seguridad cerca de este niño. Los brujos tienden a crecer hacia crímenes más grandes. Al principio, sí, tienes mala salud, mala situación económica y sueños terribles, pero ¿quién sabe qué es lo próximo? El brujo que hay en tu hijo puede causar otra muerte. Ha matado a tu marido, ¿qué será lo próximo? — Se detuvo



unos segundos—. Incluso puede volar a Nigeria, donde sea que viva tu gente, y causar muerte en tu familia.

Me agarré al borde de la mesa y te miré, pero mis ojos solo vieron a mami y Baba, mis hermanas y hermanos, tío pastor, mi hogar.

—Costará quinientas libras. Ahora bien, esa es la tarifa con descuento por mis servicios expertos. No será fácil, hermana. No será un asunto fácil y tendrás que ser fuerte. El brujo intentará engañarte, hacerte creer que se ha ido y que, de alguna forma, estás haciendo daño a tu bebé en lugar de ayudarlo. Pero, si de verdad quieres socorrer a este niño... y, por supuesto, a tu familia en Nigeria..., tienes que ser una mujer valiente. Confía en mí, el médico, el único que puede ayudarte. Los aliados de Lucifer no pueden ganar. El demonio nunca vencerá a un oponente como yo.

—No tengo dinero —repetía—. No tengo dinero —supliqué, Elijah. Le supliqué de rodillas al obispo para que me dejase pagarle más tarde, pero simplemente me hizo gestos con la mano para que me marchara.

—Si Dios no puede confiar en ti en cuanto a tu situación económica, entonces ¿cómo va a concederte el regalo de un niño sano? Vuelve a mí cuando tengas quinientas libras, y entonces veré tu compromiso como cristiana. —Me miró de la manera especial en que solía hacerlo, como si pudiese ver dentro de mi cuerpo—. Por supuesto, cuando esté curado, tu suerte cambiará y entonces supongo que querrás llevarlo de vuelta a Nigeria.

Y así fue, Elijah. Intenté no comer ni usar electricidad, y ahorrar cada centavo que conseguía para entregárselo al obispo. Hicimos todo lo que pudimos para golpear y matar de hambre al brujo. Tú llorabas y llorabas, y el obispo golpeaba más fuerte, porque era el espíritu maligno y no tú quien quería que parásemos.

—¡Un hechicero es una abominación para el Señor! —gritó el obispo—. La mano de los testigos caerá primero sobre él para matarlo, y después la mano de todo el pueblo. ¡Así apartarás el mal que haya en medio de ti!

Lo intenté con todo mi ser, hijito. Pero no importaba cuánto veneno te hiciésemos beber, o cuánto golpeásemos tu cuerpo para expulsarlo..., no importó nada... El brujo permanecía. Cómo se me

rompía el corazón por la mitad cuando te miraba a los ojos, hijito. Veía que estabas muy lejos de mí. Quería que regresases tan desesperadamente que habría hecho cualquier cosa.

—Esto funcionará —dijo el obispo. Me dio un pequeño frasco de líquido—. Es para el baño, no para la leche.

—¿El baño?

—Es una medicina poderosa que expulsará al brujo. En Akwa Ibom la usamos pura y bañamos a los brujos directamente en ella, pero es difícil de conseguir, así que solo añádela en su baño. Y asegúrate de limpiar la bañera con cuidado después. —Me dio un par de guantes de goma—. No toques la medicina. Es muy fuerte.

Cuando te despertaste después, aquella tarde, preparé tu baño, y vacié dentro la medicina que el obispo me había dado. Miré la tarjeta del obispo, pegada con Blu-tack encima de nuestra cama, y la toqué para sentir lo que quedaba de las huellas de los dedos de Akpan. Akpan creía en el obispo. Estaba segura de que él hubiera sabido cómo ayudarnos. Te levanté y te quité el pelele. La bebida estaba empezando a hacer efecto y la mitad inferior estaba cubierta de diarrea apestosa: una señal, dijo el obispo, de que las cosas estaban funcionando. La medicina hizo que me llorasen los ojos y que todo oliese muy limpio. Te levanté y te llevé al pequeño aseo. Tenías la piel fría, lo noté incluso a través de los guantes de goma que llevaba puestos, y estabas muy delgado. Notaba tus huesos en las puntas de mis dedos como las llaves del saxofón de Baba. Te sostuve sobre la bañera y te metí las piernas despacio.

Tu grito me llenó el corazón y lo resquebrajó. Levantaste las piernas para sacarlas pero hubo un chisporroteo y gritos, gritos, la piel de tus pies cambió de color, volviéndose rosa ante mis ojos. Ardiendo.

Te saqué y te miré a la cara. Tu cara era un grito gigante, como si el mundo jamás hubiese conocido tanto dolor. Te envolví con una toalla, y otra, pero el olor traspasaba, y sabía que estabas quemado.

La bañera estaba llena de medicina.

La medicina era ácido.

## Treinta y dos

La primera noche siempre era la peor.

Elijah se sentía en un sueño, porque no podía acordarse de lo que había pasado. Sabía que el brujo había vuelto, sin embargo, porque tenía sangre en las manos y Ricardo estaba llorando y lavándole las manos al mismo tiempo. Estaban en un sitio nuevo, con dos adultos, que no eran como padres sino más parecidos a médicos. Ricardo dijo que eran especialistas en comportamientos extremos. Elijah estaba en el baño, sentado a un lado de la bañera. La bañera era color aguacate, que era una fruta blanda que mamá ponía en la ensalada. Una vez, le dijo que le daría una libra si se comía un pedazo, y él contestó que lo haría por veinte, y ella se rio toda la tarde.

—¿Vendrán mamá y papá a recogerme más tarde? —susurró—. ¿Dónde están mamá y papá?

Ricardo seguía lavándole las manos, aunque parecían muy limpias para entonces.

—No estoy seguro, Elijah. Sé que esta noche te quedas aquí.

—Quiero irme a casa. —Su voz salió extraña. Nada parecía real. Elijah se sentó.

—Lo sé. Pero ha ocurrido algo muy malo y, para que todo el mundo esté a salvo, tenemos que cuidarte aquí esta noche. Y mañana por la mañana, todos nos sentaremos juntos y hablaremos para poder decidir qué hacer.

—Pero quiero irme a casa ahora. —Elijah empezó a llorar. No quería llorar porque Ricardo parecía muy preocupado, como si pudiese empezar a llorar otra vez él también, y Elijah detestaba hacer llorar a la gente. Era lo peor del mundo—. El brujo ha vuelto —susurró—. ¿Verdad?

Ricardo se arrodilló delante de él.

—¿Qué brujo, Elijah? ¿Qué brujo? ¿De qué hablas?

Elijah sorbió por la nariz y trató de apartar la mirada. No podía hablar sobre el brujo. Nunca volvería a ver a Mama. ¿Pero cómo iba a parar al brujo él solo? Elijah miró a Ricardo a los ojos y respiró más profundamente de lo que había hecho en toda su vida, haciendo que el estómago se le pusiera duro como una roca.

—Hay un brujo dentro de mí. Un hechicero —susurró. Cerró los ojos y soltó aire lentamente—. Un brujo maligno. Los brujos tienen millones de años. Andaban sin rumbo fijo al comienzo del mundo. Los brujos estaban aquí antes que los humanos. Antes que los dinosaurios, incluso. —De pronto Elijah se quedó más tranquilo—. Los brujos traen enfermedad y mala suerte y muerte. —Volvió a abrir los ojos—. Y, por la noche, sale a rastras por mi piel y vuela por el aire antes de elegir a una víctima.

—¿Quieres decir que crees que hay un brujo viviendo dentro de ti? —Los ojos de Ricardo se movían rápido hacia todas partes, analizando el rostro de Elijah—. ¿O quieres decir que en realidad estoy hablando con un brujo? Porque me parece que eres igual que un niño llamado Elijah. Los brujos no son reales, Elijah. Sencillamente no son reales. —Ricardo no se movió, después negó despacio con la cabeza—. ¿Quién te dijo eso, Elijah? ¿Fue Mama? ¿Fue el obispo?

Ricardo no lo creía. Elijah empezó a llorar de nuevo.

—Soy un brujo. Hay un brujo dentro de mí. A veces hace cosas malas.

—Oh, Elijah, ¿sabes que me lo puedes contar todo? Ayudará, Elijah. Te ayudará a ti y me ayudará a mí y ayudará al resto del equipo, e incluso ayudará a Deborah, tu Mama.

Elijah levantó la mirada, pero pudo ver en los ojos de Ricardo que él no se lo creía. Ricardo no creía en el brujo, así que ¿cómo iba Ricardo a ayudar a nadie en absoluto? Elijah estaba solo con el brujo. Siempre estaría solo con el brujo.

Ricardo lo abrazó, apretando.

—No eres un brujo, Elijah. No lo eres —dijo, mientras la voz se le volvía a quebrar—. Pero no quiero que pienses en eso ahora. Todo lo

que necesitas saber es que todo el mundo está bien y tú estás a salvo. Mamá está bien.

— ¿Mamá? — Elijah se puso de pie frente a Ricardo. Porque Ricardo estaba de rodillas, sus ojos estaban exactamente al mismo nivel y miró a Ricardo justo a los ojos—. ¿Mamá está herida?

Ricardo apartó los ojos de los de Elijah y entonces él supo que algo muy terrible había sucedido. Supo que el brujo debía de haberle hecho daño. Empezó a llorar realmente, a llorar de verdad. Ricardo intentó abrazarlo, pero él no quería que lo tocasen. Todos aquellos a quienes tocaba terminaban heridos. El brujo podía seguir dentro de él y herir a Ricardo. Hería a todo el mundo. «Mereces pudrirte en el infierno. Volver a los brazos de Satán, adonde perteneces».

— Elijah, ahora estás a salvo. Las cosas se verán mejor mañana, te lo prometo. Solo tienes que quedarte aquí esta noche y dormir bien, después lo arreglaremos todo mañana.

— No quiero quedarme aquí. Quiero irme a casa.

— Lo sé, Elijah. Lo sé. Vamos. — Ricardo abrió la puerta del baño y esperó a que Elijah lo siguiese para entrar en un dormitorio. Los dos adultos estaban fuera y le dieron las buenas noches cuando pasaron por su lado. Él no les dijo nada. Ni siquiera los miró. El brujo intentaría comérselos si reconocía sus caras.

— Quiero irme a casa — susurró de nuevo. Pero Ricardo lo metió en una cama pequeña con un osito de peluche y lo arropó con la colcha hasta las orejas.

— Intenta dormir, pequeño Elijah. Las cosas serán mejores mañana.

Dejó la puerta un poco abierta y Elijah permitió que sus ojos empezasen a ver. La habitación no era un cuarto para niños. No había juguetes y en la pared había un tablero de madera con un millón de agujeros de antiguas chinchetas. Podría ser una oficina. Intentó cerrar los ojos, pero estaba demasiado asustado. ¿Qué le había pasado a mamá? ¿Qué le había hecho el brujo? ¿El bebé estaba bien?

Buscó polvo mágico en el aire, pero el aire estaba vacío. No había luz de luna, ni destellos de peces diminutos en el fondo del océano, solo un universo de vacío, y nada.

Elijah apretó los dientes, tembloroso, y lloró y lloró, pero después oyó unos golpes. Luego gritos.

—Déjenlo bajar, ¡esto es ridículo! ¡Esto causará más problemas de los que teníamos antes! Llame a la policía..., ¿qué pueden hacer? Arréstenme, pero me lo llevo a casa.

¡Abuelo! Elijah se incorporó, abrió los ojos y escuchó. Se le aceleró el corazón. Estaba subiendo las escaleras, soltando palabrotas y gritando. Los dos adultos hablaban con él.

—Seguramente es mejor esperar hasta mañana y seguir los canales adecuados...

Abuelo irrumpió en la habitación e hizo desaparecer la mitad de la oscuridad, su pelo blanco era un halo alrededor de su cabeza y Elijah supo de inmediato que era un ángel enviado por Dios para protegerlo, justo como Mama le había dicho.

—¡Elijah, mi pequeño nieto! —Se precipitó hacia la cama y levantó a Elijah por el aire y él le besó toda la cara mojada. Olía a coco.

—Estoy lleno de maldad.

—No hables de eso ahora. Tienes que venir a casa. Coge tu jersey.

Abuelo se giró para hablar con los dos adultos mientras Elijah se ponía el jersey y los vaqueros por encima del pijama.

—No me importa lo que diga Ricardo. Es nuestro hijo y me lo llevo a casa. No se preocupen; asumo toda la responsabilidad.

—Pero va completamente en contra de las normas...Tendríamos que llamar a la policía.

Elijah miró a Abuelo en la penumbra; su pelo suave, blanco, haciéndolo parecer el ángel más importante de todos. A Abuelo no le interesaban esas normas. Cogió a Elijah por el brazo, bajó con él las escaleras y salieron a la noche. Caminaron deprisa por la calle, con el aire frío. Abuelo sujetaba la mano de Elijah con mucha fuerza. Esperaron el bus nocturno, número treinta y seis, y Abuelo usó su pase al subir. Cuando llegaron al piso de arriba, Elijah observó la noche por la ventanilla, el mundo lleno de sombras. Imaginó el sonido de los cuentos de hadas de mamá, la risa que le salía a papá desde la tripa, y sangre por todas partes. Mucha sangre.

—El brujo ha vuelto —le dijo a Abuelo.

Abuelo tenía que creerlo. Abuelo era nigeriano e iba a la iglesia, y a veces olía exactamente igual que Mama. Pero Abuelo miró a Elijah de cerca, directamente a los ojos.

— Abre la boca —le dijo—. Más.

Elijah estiró la boca para abrirla tanto como pudo, hasta que empezaron a dolerle las comisuras de los labios.

— Como pensaba —dijo Abuelo, dándole golpecitos en la cabeza por un lado y por el otro—. No hay ningún brujo dentro de ti. Ningún brujo en absoluto.

## Treinta y tres

Nikki se levantó antes del amanecer. No le dolía tanto el estómago, pero siguió analizando el pedazo cuadrado de gasa blanca que las enfermeras le habían puesto sobre la herida. Ya había llamado seis veces a Abuelo. Elijah estaba dormido. Estaba muy afectado, pero era un chico fuerte. Abuelo quería hablar, cara a cara, lo antes posible. Ricardo había llamado a las ocho y media, incluso antes de llegar a la oficina. Nikki paseaba por la cocina, parándose para girar sus tobillos hinchados.

— Vienen hoy para tener una reunión. Todos. ¿Crees que pretenden devolver a Elijah al sistema de acogida? — Quería que Obi se acercase a ella y la abrazase, y le acariciase el pelo, pero él no se movió. Parecía un hombre roto, doblado por la mitad, de alguna forma más pequeño. Él miró al suelo y dejó la mirada fija ahí, con los ojos secos—. Quiero a Elijah en casa — susurró Nikki—. Estoy asustada, pero quiero que venga a casa. Podrían llevárselo; ¿podrían, verdad? — Se le quebró la voz—. ¿Y qué pasa si vuelve a hacerlo? — Imaginó los ojos de Elijah buscándola. Su voz diminuta—. Di algo — añadió.

Obi no contestó. Nikki se miró la ropa arrugada, que había cogido de prisa del suelo de la habitación. Obi se había duchado y vestido como de costumbre. Su cara estaba tersa: ningún indicio de dejadez. Nikki incluso lo había oído atender una llamada telefónica.

Nikki dio unos pasos hacia atrás.

— Por favor — pidió, aunque no sabía qué estaba rogando.

Obi la miró, brevemente, con los ojos vidriosos.

— Pero, si viene a casa, podría no ser seguro — siguió Nikki—. ¿Qué pasa si lo vuelve a hacer? — Se sujetó el vientre. La bebé le dio una patada, fuerte, como si estuviese enfadada con ella. Como si ella



no fuese buena madre, incluso cuando todavía estaba dentro de su cuerpo. Intentó ignorar el escozor de su corte.

—Es Elijah quien tiene que preocuparnos. No nosotros. ¿Cómo sabremos si está seguro si no viene a casa? Elijah pasará el resto de su vida en acogida. —Obi se levantó—. ¿Cómo ha pasado esto? Le hemos fallado a Elijah. —Su voz era distante y su cuerpo le dio la espalda a Nikki.

Ella empezó a llorar de nuevo.

—Por favor, Obi. Por favor, no te enfades más conmigo. Si necesitas culpar a alguien, entonces culpa a su madre biológica. —Notó el calor subiendo por su cuerpo—. ¿Qué le pasó a Elijah para convertirlo en esto?

Nikki dio unos pasos hacia delante y se puso de pie frente a Obi. Pudo ver cómo se le humedecían mínimamente los ojos al apartar la vista. O quizás se lo imaginó.

—Todo lo que sé con seguridad —contestó él— es que no fue culpa de Elijah. Teníamos que seguir el manual.

Nikki parpadeó.

—Todo lo que sé —replicó— es lo que siento. La vida no es un manual. Es complicada.

Alargó el brazo hacia Obi.

—Pero tienes razón, debemos intentar ceñirnos a las recomendaciones. Hemos de averiguar todo lo que podamos sobre Elijah, sobre niños como Elijah. —Negó con la cabeza—. No sabemos nada. No realmente. Nunca nos contaron nada concreto.

Obi la miró mucho rato, como si estuviese decidiendo algo. Había fruncido ligeramente el ceño.

—Elijah debe venir a casa. Tenemos que arreglar esto —dijo.

Nikki frunció el ceño.

—¿Cómo vamos a arreglarlo, si ni siquiera sabemos qué le pasó a nuestro hijo?

Obi negó con la cabeza y levantó el brazo como si fuese a tocar a Nikki, pero lo dejó caer de nuevo como si simplemente no tuviese energía suficiente.

Cuando llegaron todos los trabajadores sociales, Obi habló de nuevo, pero demasiado alto; ¡querían que Elijah volviese! Elijah, su hijo, al que Nikki quería más de lo que pensaba que era posible querer. Pero había una voz dentro de ella de la que no pudo hablarle al equipo. ¿Y si volvía a atacarla? ¿O a Obi? ¿O a Jasmin? ¿O a la bebé? ¿Y si la próxima vez no tenía tanta suerte? Ricardo estaba sentado junto a ella y Obi en el otro lado. Enfrente, había una trabajadora social nueva, a la que no conocían, un cuidador de acogida especializado, Mike, con quien habían enviado a Elijah, hasta que Abuelo insistió en recogerlo, la nueva coordinadora, una mujer con cara de pocos amigos y capilares rotos en los pómulos, y Chioma. Chioma era la única persona de la mesa que sonreía.

—Habéis sufrido una terrible impresión —dijo Chioma—. Estamos todos aquí para descubrir exactamente qué ha desencadenado esto y cómo proceder. Estamos aquí para ayudar.

—No queremos hablar de ruptura —contestó Nikki. Se rodeó la barriga con los brazos.

Obi asintió.

—Necesitamos un plan para asegurar que él está a salvo y que podemos cuidarlo sin riesgo. Necesitará una evaluación psiquiátrica y queremos un plan de apoyo posadopción.

Nikki asintió y continuó.

—Pero también estamos preocupados por qué más podría hacer Elijah. Nos gustaría saber exactamente qué hay en los informes. De hecho, queremos todos los informes. Necesitamos saber qué le pasó a nuestro hijo. Nos contasteis algo, pero nunca esperamos esto.

La coordinadora con cara de pocos amigos se inclinó hacia delante y puso su mano fría sobre la de Nikki.

—Esto que ha pasado ha sido algo terrible —dijo—. No os hemos ocultado nada, os lo aseguro.

Ricardo asintió.

—Hablamos del incendio, y la sospecha de que Elijah lo provocó. En cuanto a informes, podéis tener acceso a todo lo que tenemos..., todos los informes de Elijah. Pero me temo que no podéis ver los informes de Deborah, a menos que se refieran a Elijah, porque eso es

información privada de Deborah. Y tenéis que recordar que solo sabemos lo que a nosotros mismos nos han contado.

Obi no dijo nada; miró a lo lejos.

Nikki miró a su alrededor, a todas las caras, y de pronto no confió en ninguno de ellos.

—Lo quiero todo.

La coordinadora le soltó la mano.

La nueva trabajadora social estaba escribiendo frenéticamente y tenía el ceño fruncido desde el puente de la nariz hasta la parte superior de la frente.

Ricardo se giró hacia Nikki.

—Os hemos enseñado todo lo que pensamos que era relevante. El C. P. R.<sup>13</sup> completo de Elijah. Conocisteis al médico y también hablamos con vosotros de su trauma extremo, cómo podría afectarle —dejó de hablar. Se aclaró la garganta—. Pero anoche Elijah dijo algo que me preocupó mucho. Y parece que ha salido a la luz algo más desde la última evaluación de la madre.

Nikki observó el movimiento del bolígrafo. La respiración de Obi a su lado era tenue. Pensó en Elijah, a solas en una habitación extraña en casa del Abuelo, únicamente a dos calles de distancia, y se le retorció el estómago. Pensó en su bebé.

La coordinadora se echó hacia delante en la silla.

—Pero antes de que Ricardo continúe, quiero añadir que esto en realidad no cambia nada. Por lo que a nosotros respecta, no se habría manejado nada de manera distinta. Os habríamos dado los mismos consejos. Como organización, estamos orgullosos de trabajar de forma completamente transparente...

—¿Qué ha salido a la luz? ¿Qué significa? ¿Qué dijo Elijah? — Nikki pensó en el rostro de Elijah y dio un fuerte golpe con su mano en la mesa. Los trabajadores sociales dejaron de escribir. Todo el mundo la miró a la cara.

Después de lo que parecieron minutos, Ricardo habló.

—Elijah cree que es un brujo, o que está poseído por uno. —Se mordió el labio—. Eso es lo que ha estado intentando decirnos... —Se le arrugó la cara—. Cree que trae mala suerte a toda la gente que está a su alrededor.

Nikki se quedó mirando fijamente. Obi no se movió.

—Gritaba algo cuando pasó —dijo Nikki—. De la Biblia. Lo ha hecho antes.

Ricardo siguió.

—Esto encaja con lo que hemos averiguado sobre Deborah. Me temo que es lo que sospechamos, entonces, cuando Elijah mencionó al brujo por primera vez. No podemos sacar conclusiones. Parece que Deborah estaba más implicada con la iglesia de lo que pensábamos antes, y seguramente se produjo algún maltrato de tipo ritual. El líder de la iglesia de Deborah fue arrestado pero huyó a Nigeria, aunque actualmente lo están buscando.

—¿Maltrato ritual? ¿Qué quieres decir? ¿Qué le pasó a Elijah?

—Bueno, os hemos dado toda la información que teníamos, pero parece que la madre biológica y los líderes de la iglesia estaban intentando exorcizar un demonio del cuerpo de Elijah. Creían que estaba poseído por el diablo. Y los métodos que utilizaron para el exorcismo eran maltratos. Creemos que, además de la negligencia y el maltrato físico que ya conocíais, fue envenenado y bañado en ácido. Sabíamos que las cicatrices de su cuerpo procedían del maltrato físico, pero no teníamos idea de cuál era su naturaleza. —A Ricardo se le quebraba la voz. Su rostro pareció muy joven de repente—. Fue torturado.

El mundo se volvió lento y el aire demasiado bochornoso para respirar.

—¿Y sabíais esto? —La mano de Obi estaba sobre el brazo de Nikki—. ¿Ácido? ¿Veneno? ¿Sabíais esto y no nos informasteis?

—No, no conocíamos el alcance del maltrato —contestó Ricardo—. Quizás nunca lo sepamos. Solo sabemos lo que la madre biológica nos ha contado, porque gran parte de ello pudo haber ocurrido cuando Elijah todavía no hablaba.

A Nikki le dio vueltas la cabeza. Le gustaría matar a la madre biológica de su hijo, y a quienquiera que hubiese estado implicado. Imaginó cómo era Elijah de bebé, lo asustado que debió de haberse sentido. Pensó en la cara de Elijah. Sintió cómo la náusea le subía por la garganta. Todo se nubló. Se sintió aterrada al imaginar por lo que

habría pasado Elijah, por cómo se destaparía eso. E incluso sentía más pánico aún a perderlo.

—Nuestro hijo —habló Obi. Ella lo miró a la cara. Obi, que estaba tan seguro de sí mismo, que estaba tan seguro de todo y era el centro de su seguridad, Obi estaba aterrorizado. Nikki pudo verlo entonces —. Es nuestro hijo —siguió Obi—. Está con mi padre hasta que pueda regresar a casa hoy, más tarde. No va a volver al sistema de acogida.

La nueva trabajadora social se enderezó. No dejó de toquetear un mechón de su pelo rizado, enrollándolo en el dedo y después dejando que saltase.

—Nadie va a devolver a Elijah al sistema de acogida. Y esa tendría que ser una decisión planteada por vosotros.

Ricardo asintió.

—Parece que ambos compartís el compromiso de traer a Elijah a casa tan pronto como sea posible, sin importar el grado de dificultad de los desafíos a los que os habéis enfrentado —le sonrió a Nikki.

Pero ella estaba concentrada en Obi. Tenía una expresión vacía; abrió la boca para hablar, pero después la cerró. Nikki notó cómo le latía el pulso en el cuello.

Chioma habló.

—Bien. Esto es bueno. Estáis enfadados y tristes y un poco asustados: es completamente normal. Por mi parte estoy de acuerdo en que necesitáis más información si queremos que esto funcione.

Mientras Chioma hablaba, los bolígrafos de los trabajadores sociales fueron más despacio, como si incluso los bolígrafos se viesan afectados por su voz hipnótica.

—He llegado a conocer muy bien a Elijah durante nuestras sesiones y también he estado en contacto con el doctor Peters, del C. A. M. H. S.<sup>14</sup>, que se disculpa por no haber podido asistir a esta reunión.

—¿C. A. M. H. S.? —Nikki se enderezó.

—El Servicio de Salud Mental para Niños y Adolescentes. —Mike habló por primera vez. Era un hombre delgado con marcas de acné y ojos grises, cansados—. Elijah fue evaluado por el equipo poco después de llegar a vuestra casa. Había tenido una evaluación

psiquiátrica antes, por supuesto, pero, en vista de lo que ha pasado, ha sido evaluado de nuevo por si necesitaba ingresar.

— ¿Ingresar?

—El doctor Peters lo ha examinado —habló Chioma; su voz suave calmó el corazón de Nikki—. Y tiene la sensación de que lo estamos haciendo todo bien. —Alargó la mano sobre la mesa y tocó la de Nikki—. Lo estáis haciendo todo bien. Pero Elijah necesita más apoyo intensivo, y el doctor Peters quiere verlo en su consulta para debatir opciones de tratamiento, que pueden incluir medicación, aunque Elijah es todavía muy joven.

— ¿Qué piensas? —Nikki sacó la mano de debajo de la Chioma. La gente no paraba de tocarle la mano, como si eso fuese a ayudar.

—Bueno, como equipo, hemos debatido las cosas y pensamos..., pienso... que es muy difícil desbrozarlo. Elijah puede tener problemas de salud mental, pero podría solucionarse todo con el apego. Y el mejor tratamiento es jugar..., encauzando el cuidado como vosotros habéis hecho: aseguraos de que sois los únicos que abrazáis a Elijah; si está dolido, entonces vosotros haced que se sienta mejor; jugad con él constantemente. Necesita sentirse seguro y saber que vivirá con vosotros para siempre, no importa lo que pase.

Entonces Obi levantó la mirada.

— ¿Qué hay de sus delirios? Quiero decir, ¿cree que es un brujo, por el amor de Dios...! ¿Eso no es seguramente un problema de salud mental?

—Bueno, es muy pequeño y gente en la que confía, creemos, le ha dicho que es un brujo. Pero también está representando experiencias traumáticas. Está hiriendo de forma muy, muy grave, y está haciendo exactamente lo que hizo con el incendio. Está empezando a sentirse seguro, y unido, y quiere probar para ver si vais a echarlo. —Chioma miró a Nikki y después a Obi—. Toda la gente de su vida lo ha echado.

Obi se enderezó más, colocó los hombros hacia atrás.

—Nunca lo echaremos.

—Entonces tenéis que hacérselo creer. —El otro trabajador social dejó de escribir—. Si este emplazamiento ha de funcionar, necesitaremos revisiones frecuentes, y la implicación del C.A. M. H.

S., y también la tuya, Chioma. Podemos ofrecer un programa de ayuda estructurado, y ayuda tanto práctica como económica, si es preciso.

Chioma miró a Obi.

—Y es importante entender que, incluso con la mejor voluntad del mundo, a veces los emplazamientos se malogran. Y no es culpa de nadie. Algunos niños sencillamente están demasiado heridos como para poder sobrellevar un escenario familiar.

Ricardo habló deprisa.

—Pero no queremos que eso suceda aquí. Y estamos muy lejos de ese debate, en mi opinión. Por supuesto, Elijah reaccionó mal ante la noticia del embarazo..., peor de lo que pensamos..., pero podemos ayudarlos en este proceso. Sugeriría que va siendo hora de que le mostremos a Elijah la historia de su vida, y empecemos a repasar esta con él: enseñarle fotografías, hablarle de su familia biológica. Ha sido muy reticente a ello en el pasado, pero creo que realmente tenemos que empujarlo ahora. Podría ayudar o no, pero hay que intentarlo. Puedo proporcionar algo de ayuda. —Se frotó la cara—. Todavía tengo dos trabajos, cubriendo a mi otro coordinador que está de baja por enfermedad... —Sonrió como pidiendo disculpas—. Pero, siempre que pueda, vendré aquí para hacer el trabajo de historia de vida con vosotros. —Asintió—. Verdaderamente no os ocultamos nada. Intentaré conseguir acceso a los informes sanitarios de la madre biológica, al menos. Y estoy de acuerdo con Chioma: sed abiertos y sinceros con Elijah, respecto a todo. Necesita entender que Deborah lo quiere, pero que está mentalmente enferma. Que ella le metió una idea en la cabeza, pero era una idea mala, equivocada, y solo tiene que hacer que el brujo se vaya y dejar de creer en él.

Nikki los miró a todos alrededor de la mesa y se tocó la barriga. Su respiración se ralentizó. Pensó en el bebé que tenía dentro, en cómo alguna vez se lo contaría y le explicaría lo que estuvo a punto de pasar. Notó una patada. El bebé era fuerte. Una niña fuerte: Nikki sabía eso, estaba segura de ello. Pero Elijah no era fuerte en absoluto. Quería que estuviese con ella, en su regazo, en sus brazos. Quería susurrarle al oído que lo quería y que todo iría bien. Quería eliminar el dolor que había soportado, el maltrato.

—Solo queremos que venga a casa.

Pensó en los perros sin salvación, los que habían sido tan maltratados que no tenían posibilidad de sobrevivir. Los que se llevaban de sus nuevos hogares y eran sacrificados.

Obi le besó la mano. La mano de él era firme y fuerte, su beso fuerte sobre la piel de Nikki. Ella levantó la cabeza. Intercambiaron una mirada que ella siempre recordaría. Eran los ojos de Obi mirando a los suyos para ver qué hacer. Nikki se dio cuenta, por primera vez, de que ella tendría que ser la fuerte. Que su fortaleza hacía más fuerte a Obi.



## Treinta y cuatro

Abuelo no esperó a que mamá y papá fuesen con Ricardo a recoger a Elijah para llevarlo a casa.

—No les pasa nada a tus piernas, ¿verdad? —preguntó.

Elijah negó con la cabeza.

—Vamos entonces.

Le puso a Elijah la chaqueta alrededor de los hombros y salieron al día. Abuelo vio que Elijah se pellizcaba la nariz.

—¿Qué son todos esos pellizcos en la nariz, Elijah? —Abuelo sonrió y cogió la nariz de Elijah entre su pulgar y su índice—. El brujo se ha ido. Lo comprobé..., ¿te acuerdas?

Mamá abrió la puerta y salió corriendo, acercando a Elijah hasta ella, levantándolo del suelo.

—¡Elijah! —Lo besó en la mejilla y apretó su espalda contra su pecho. Él notó la dureza de su tripa crecida—. Ricardo está aquí —le dijo a Abuelo, cogiendo el brazo de Elijah—. Tendrías que habernos esperado para recogerlo.

—Bueno, aquí estamos ahora —contestó Abuelo—. De todos modos, me voy a casa. Llamadme más tarde.

Apretó el hombro de Elijah y se giró para marcharse, pero mamá corrió tras él, lo abrazó y lo besó en la mejilla antes de que se fuese. Después se dirigieron al vestíbulo y cogió a Elijah de la mano. Con la otra mano él se apretó la nariz y mantuvo la boca cerrada. No dejaría que el brujo se escapase.

Papá y Ricardo estaban sentados a la mesa de la cocina. Las cortinas de la cocina estaban medio echadas y hacían que el espacio pareciese distinto. El aire estaba amarillo y Elijah pudo ver motitas de polvo bailando delante de él. Papá se levantó de un salto, abrazó a Elijah y se

lo puso en el regazo. Elijah intentó no llorar y no le salió ningún ruido, pero unas lágrimas enormes le rodaron por las mejillas y cayeron en la camisa de Obi.

—¿Quieres un zumo, Elijah? ¿Una galleta? —Mamá seguía tocándolo, preguntando si quería cosas. Él negó con la cabeza.

—Creo que tenemos que hablar enseguida —dijo Ricardo—. ¿Qué crees que pasó, Elijah?

Elijah cerró la boca, apretando mucho, y se mordió la lengua. Se concentró en el montón de papeles que Obi había dejado en la mesa, al lado de su ordenador portátil, que era plateado y brillante.

—Creo que pensaste que el brujo apuñaló a mamá. Creo que eso es lo que hay en tu cabeza. Pero ahora quiero decirte muy claramente que no hay ningún brujo. Los brujos sencillamente no son reales.

Elijah se sintió partido por la mitad. Se pellizcó la nariz para cerrarla por completo. Mamá se acercó con rapidez y le quitó la mano de la cara de un tirón.

—Está bien, Elijah. Está bien. Podemos superar esto. Papá y yo te queremos mucho mucho, y nada cambiará eso nunca. Nada. Ahora estás en casa. Ahora estás seguro. Puedes hacer que el brujo desaparezca por completo no creyendo en él. No existe si no crees en él.

«Los brujos son reales», quiso gritar Elijah.

El martes, Ricardo volvió a pasarse. Elijah no había ido al colegio porque el doctor había dicho que debería cogerse dos semanas. Ricardo llevaba vaqueros con un agujero en la rodilla.

—Siento que tu cita con el doctor Peters se cancelase la semana pasada. ¿Entiendo que vas el lunes? De todos modos, lamento que no hayas tenido la cita todavía porque me temo que hoy va a ser un día difícil —dijo—. Vamos a mirar un libro muy especial y tengo que empezar a contarte una historia. Es una historia muy especial porque es tu historia, Elijah..., tu historia de vida. Y sé que has hecho un poco de trabajo de historia de vida en el pasado, pero esta vez nos gustaría hacer más. Sé que tenías un libro especial de vida en casa de Nargis y que no quisiste leerlo entonces, no pasa nada. Pero ahora creemos que

es muy importante que empieces a leer el libro con mamá y papá. Muy importante.

La mano de papá rodeaba la espalda de Elijah y estaban sentados en el sofá cómodo. Mamá se colocó junto a él al otro lado, también rodeándolo con el brazo, sobre el de papá. El brazo de mamá estaba helado. Aunque estaba ahí sentada a su lado, se sentía solo.

—No quiero.

Mamá levantó la mano y le acarició el pelo.

—Está bien —susurró.

—Sé que no quieres, Elijah. Nargis me contó que el trabajo de historia de vida te resultaba muy muy difícil. La mayoría de los niños descubren que realmente ayuda, ¿sabes? Vamos a leer un poco. Solo un poco. Podría servirte para que dejases de estar asustado.

—¿Es sobre Mama?

—Parte sí. Pero la mayoría es sobre ti. Y la mayor parte del tiempo mamá y papá pueden leerlo contigo, pero pensé que sería bueno estar aquí mientras leamos el primer fragmento. Hoy solo leeremos un trocito muy pequeño del libro y después te explicaré cualquier palabra difícil, y entonces pararemos. ¿De acuerdo?

Elijah no asintió pero tampoco tembló. Ricardo sacó el libro de su bolso grande. Era de plástico azul por fuera y tenía estrellas en la tapa. La foto de Elijah estaba en la portada, y estaba sonriendo, pero Elijah recordaba ese día. Darren le había tirado al suelo y le había apretado la cara contra el barro y, con la otra mano, le había quemado detrás de la oreja con un cigarrillo. Nargis sacó docenas de fotos. Dijo que algunas eran para su trabajo de historia de vida.

Elijah miró su historia de vida. Dio la vuelta a la portada. Al principio del libro habían puesto una foto de Mama. Tenía la barriga redonda y él estaba dentro. Le ardieron los ojos, quiso meterse en esa foto y volver a estar dentro de la barriga de Mama. En la foto, Mama no sonreía y los músculos de sus brazos estaban duros y tirantes, las piernas ligeramente dobladas. Parecía como si quisiera escaparse.

Elijah. Naciste en el hospital Lewisham, pesaste tres kilos y seiscientos gramos. Eras un bebé sano y feliz. Esta es tu madre biológica, Deborah. Creciste dentro de la barriga de Deborah.

Ricardo pasó la página. Apareció la foto de un hombre vestido con ropa como la de Abuelo, solo que el hombre de la foto estaba borroso y Abuelo siempre estaba reluciente.

Esta es una foto de tu padre biológico, Akpan, que murió cuando eras muy pequeño. Akpan era alto y tenía la piel suave, como tú. Deborah dice que le gustaba el jazz y solía tocar el saxofón.

Elijah levantó la vista hacia papá. No quería llorar pero había algo muy triste en la foto del saxofón que Ricardo debió de haber encontrado y pegado en la página, debajo de la foto de Akpan. Su padre biológico no se parecía nada a papá.

—Tu lectura está mejorando mucho, pero algunas palabras son superdifíciles, así que leeré el siguiente fragmento en voz alta —dijo Ricardo. Miró a Elijah y sonrió, pero Elijah no pudo devolverle la sonrisa. Sentía punzadas en el corazón.

Cuando eras un bebé, los médicos y las enfermeras estaban preocupados por tu madre biológica, Deborah. A ella le resultaba difícil cuidarte porque estaba muy confundida. Eras un bebé precioso y ella te quería mucho, pero, aunque te quería, descubrió que le resultaba demasiado duro mantenerte limpio, cuidado y caliente, como te merecías, y como se merecen todos los bebés. Tu Mama, Deborah, tiene una enfermedad en el cerebro, y eso significa que todo se desordenó y le resultaba difícil saber qué era real y qué no era real. Fue duro para ella y duro para ti también. No tenías las cosas que necesitan los bebés porque Deborah no podía darte esas cosas. No te daba bastante leche, ni te mantenía limpio, y no te abrazaba para demostrarte lo mucho que te quería. Y la enfermedad del cerebro de Deborah empeoró y empeoró hasta que oía voces dentro de su cabeza que no estaban realmente ahí, y que le decían que te hiciese daño. Eras un bebé bueno, igual que ERES un niño bueno. Te gustaba sonreír y jugar y abrazar, pero no tenías las cosas que merecías y por eso estabas confuso y triste. No es culpa tuya que Deborah no pudiese cuidarte. Te mereces AMOR, y estar SEGURO, y vivir para siempre en una FAMILIA.

Elijah se mecía hacia delante y hacia atrás. Quería cerrar los oídos porque sabía que Mama podía mantenerlo seguro, y sabía que Mama lo quería. Mama sabía que los bebés necesitaban leche y abrazos y

pañales limpios. Lo habían entendido todo mal. Mama nunca le haría daño a un bebé.

Papá se levantó y se acercó a la ventana, miró hacia fuera.

— Chsss — dijo mamá. Le acarició la cabeza y él cerró los ojos, y se meció hasta que oyó que Ricardo cerraba el libro.

Iban a ver a Chioma dos veces a la semana, así que a Elijah le parecía que la veía todo el tiempo. Jugaron con la arena y, cuando fueron a limpiarla al terminar, Chioma les paró.

— ¿Puedes dejarla, Elijah?

Él la miró.

— Puedo leer la arena — dijo ella—. Así como hay gente que puede leer las hojas de té, yo puedo leer la arena... Me dice cómo eres en lo más profundo de tu cuerpo.

Elijah miró la arena. No había nada distinto en ella. Habían construido unos cuantos castillos y otras formas. Pero algo le hizo alargar la mano y revolverlo todo, y los castillos se tumbaron rápidamente.

— ¡Elijah! — exclamó papá—, eso ha sido una grosería.

Chioma no gritó. En vez de eso, dijo:

— Además, soy muy buena leyendo por qué los niños hacen cosas. — Sonrió—. Guau, Elijah, realmente no quieres que vea dentro de tu cuerpo, ¿verdad? Debes sentir que hay algo muy malo dentro de ti. Ricardo me dijo que crees que hay un brujo.

Chioma miró a Elijah. Pero él no quería hablarle del brujo. Ella no esperó demasiado a que él contestase, sino que abrió la puerta y dijo:

— Excelente trabajo hoy. Os veré a todos la semana que viene.

Mamá miró a papá y los dos levantaron las cejas.

Esa tarde, estaban todos juntos y Elijah intentaba no pensar en Mama, pero no dejaba de asomarse a su mente como una estrella gigante. Pensó en el libro que tenía Ricardo..., un libro lleno de motivos por los que no podía vivir con Mama. Era muy duro, pero haría cualquier cosa para hacer sonreír a Nikki.

— Le echaré un vistazo, si también queréis que lo haga — dijo.

Si tan solo pudiera hacer que el brujo se marchase para siempre. Si mamá y papá lo echasen, Mama nunca lo encontraría. Y si tuviese que vivir en un hogar de menores, entonces ella nunca podría vivir con él. En los hogares de menores solo pueden vivir niños. Quería que mamá y papá volvieran a quererlo. Quería ser un buen hermano mayor. Y, sobre todo, necesitaba a Mama. Solo Mama podía salvarlos a todos del brujo. Recordó que Ricardo había dicho que él había intentado hacer daño a mamá, pero él sabía que fue el brujo el que intentó hacer daño a mamá y a su propia hermana bebé. Odiaba al brujo más que nunca. Elijah puso la oreja sobre la tripa redonda de mamá y notó que Nikki sonreía.

Ella le apretó la espalda.

— Sabía que ayudaría — dijo.

Papá asintió.

— Todas las semanas leeremos un poco más y te ayudará a entender.

Elijah levantó la vista.

— ¿Qué pasa?

Elijah apretó la tripa.

— ¿Puedo ir a la iglesia con Abuelo? Creo que me dejará. — Sabía que la iglesia de Abuelo sería segura.

Rezaría y rezaría, y trataría de luchar contra el brujo él mismo. Quizás encontrase a un obispo que lo ayudase a echar al brujo.

Mamá y papá se miraron y parpadearon.

— Ya intentaste ir a la iglesia con Abuelo una vez y solo te hizo sentir más asustado... — Entonces los ojos de mamá se encontraron con los de Elijah —. De acuerdo, si va a servir de ayuda.

Vieron un programa sobre tigres, que eran los gatos más grandes y fuertes del mundo. Una mamá tigre percibió el peligro y llevó al bebé tigre en la boca hasta que lo puso a salvo.

— Los tigres deben de querer mucho a sus bebés — dijo Elijah.

Y mamá lo apretó más cerca de ella y, cuando lo hizo, el brujo se quedó callado. Ni siquiera pudo reírse.

## Treinta y cinco

Chanel, Jasmin y Abuelo fueron a comer. Se habían mantenido alejados por un tiempo y, aparte de hablar con ellos por teléfono, Nikki llevaba días sin ver a Chanel. Se abrazaron como si hubiese pasado un año.

— ¿Estás bien? — susurró Chanel al oído de Nikki.

Ella asintió. Estaba bien. Estaban superándolo. Elijah no había hecho nada desde aquella noche terrible. Todavía estaba hundido, pero parecía menos nervioso, y su amor por él no parecía diferente en absoluto. De hecho, lo notaba más fuerte, como si saber por lo que él había pasado la hiciera sentirse incluso más protectora.

Chanel apoyó la mano sobre la barriga de Nikki y sonrió. Se giró hacia Elijah.

— ¿Cómo estás, hombrecito? — Chanel le dio una bolsa a Elijah, y se giró hacia Nikki—. Un chándal que vimos en JD Sports.

Nikki levantó las cejas.

— Gracias, tía Chanel — dijo Elijah. Su voz seguía baja, pero ya no parecía tener una expresión dolorida en la cara. Despacio pero firme, parecía que iba volviendo a sentirse seguro de sí mismo. Su piel estaba empezando a relucir.

— ¿Podemos ir a jugar? — Jasmin llevó a Elijah de la mano, directamente escaleras arriba, antes de que Nikki tuviese tiempo de abrir la boca.

Abuelo se rio.

— ¿Niños, eh? — sonrió.

— ¿Una partida de ajedrez? — preguntó Obi.

Abuelo asintió. Miró a Nikki.

— Suena bien.

Se sentaron en la mesita del salón uno frente a otro y Obi colocó su juego de ajedrez de madera. Nikki y Chanel desaparecieron en la cocina y Nikki puso agua a hervir para otra infusión. Había dejado de tomar su café bien cargado, como recomendaban todos los libros, pero ¡lo que daría por un expreso!

—¿Cómo estás? —preguntó Chanel.

—Estoy bien, de verdad —contestó Nikki—. De verdad. —Pero entonces se echó a llorar y Chanel se apresuró a acercarse y la abrazó fuerte—. Está bien. —Nikki se apartó del abrazo de Chanel—. Estoy siendo una tonta. Seguramente solo ha sido algo raro que ha ocurrido y que no volverá a repetirse; quiero decir, fue culpa nuestra y no vamos a dejar que suceda de nuevo, pero fue tan espeluznante, Chanel. Y lo que nos han contado, todo por lo que él ha pasado...

Nikki se encontró confesándosele todo a Chanel: cuánto deseaba al bebé; cómo Obi pareció pensar que toda la culpa era suya; cómo, al principio, él no quiso cogerla de la mano en el hospital y cómo ella lo necesitaba ahora más que nunca. Y lo mucho que le preocupaba Elijah. Le contó lo que les habían dicho los trabajadores sociales, sobre lo que él había sufrido.

—¿Ácido? —preguntó Chanel. Tenía la boca abierta de par en par—. Bueno, no es de extrañar que esté desajustado. De hecho, me sorprende que sobrelleve esto bien. ¡Amorcito!

Nikki asintió.

—Lo sé. La odio —dijo—. A su madre biológica. Luego empiezo a sentirlo por ella. Es muy confuso. Desearía poder ver solo lo bueno de la gente. Obi no deja de intentar racionalizar por qué lo hizo...

—¿Por qué crees tú que lo hizo?

—Obviamente tiene problemas de salud mental bastante graves, pero es más que eso. Ahora no es tan importante por qué hizo lo que hizo, sino averiguar qué hacer al respecto, cómo manejar las cosas desde ahora. Leo los libros aburridos de Obi y estamos siguiendo el consejo de los trabajadores sociales y de Chioma, pero todos contradicen lo que piensa el padre de Obi.

—Tiene opiniones extrañas sobre la vida. No deberíais poner el consejo de un anciano chiflado por encima del de los profesionales.

—Lo sé, pero me parece que dice cosas sensatas. Dice que carece de



sentido decirle a Elijah que los brujos no existen, porque sí existen...

Chanel puso los ojos en blanco.

— Oh, por el amor de Dios.

— Sé que parece una locura, pero en realidad él cree en ese tipo de cosas. Dice que rechazar alguna idea de un sistema de creencias solo porque sea extraña para nosotros es negar la identidad, y Elijah nunca se asentará a menos que su identidad sea aceptada.

— Bueno, ¿qué piensa Chioma?

— Chioma dice que es una tontería..., que no debemos permitirle esa creencia de ninguna forma o reforzará su sensación de pérdida y causará un mayor trauma.

— Eso parece que tiene más sentido...

Nikki suspiró.

— También cree que algunos niños están demasiado traumatizados como para ser capaces de vivir con familias alguna vez. Lo que es demasiado horrible ni siquiera para considerarlo.

Chanel sonrió.

— Pero puedes seguir el consejo de ambos, ¿sabes? Decide por ti misma. Sigue el consejo profesional de Chioma acerca de cómo manejar las cosas y aplica el optimismo del padre de Obi. Estoy segura de que, a pesar de sus ideas chifladas, el padre de Obi también piensa que cualquier niño puede ser ayudado en cualquier caso... y estoy de acuerdo con eso. Es tan idealista. De ahí lo saca Obi.

Nikki se rio.

— Obi es igual. Son tan cariñosos los dos. Y Chioma, aunque desearía que dejase de decir que las familias no son el lugar adecuado para todos los niños.

— Tú también ves lo bueno en la gente — dijo Chanel—. Siempre lo has hecho.

Unas risas fuertes llegaron de la otra habitación. Siguió el ruido hasta el salón, donde Abuelo estaba bailando y gritando:

— ¡Jaque mate! ¡Jaque mate! Puede que seas más joven, pero yo soy mucho más inteligente. Mis neuronas todavía son bastante rápidas.

Elijah y Jasmin bajaron corriendo las escaleras. Jasmin lanzaba risitas muy fuertes y bailaba alrededor de Abuelo, gritando:

— ¡Jaque mate! — Y después —: ¡Perdedor! ¡Perdedor! — A Obi.

— ¡Jasmin! — exclamó Chanel—. No seas maleducada.

Elijah estaba callado. Se sentó al lado de Obi, pero Nikki creyó poder ver el esbozo de una sonrisa asomándose a su cara.

Las cosas de alguna forma se fueron volviendo un poco más fáciles para Nikki. Dejó de sentirse tan asustada. Había escondido cualquier cosa que pudiera ser dañina. Los cuchillos de cocina estaban en el armario más alto, y cerrado con llave. Aunque apenas dormía porque la piel del estómago parecía que se le fuera a partir y que posiblemente tuviese la espalda rota, estas cosas eran parte del hecho de tener un bebé sano, y, cuando se despertaba por la mañana, su primer pensamiento era Elijah. Elijah trepó a su cama esa mañana y se acurrucó contra ella y su tripa, que no dejaba de crecer, y Nikki no pudo parar de sonreír. Obi se giró y les rodeó con el brazo a ella y a Elijah, y el bebé dio una patada tan fuerte que la mano de Obi resbaló, y él se rio y los abrazó más fuerte.

—Hoy vamos a volver a ver a Ricardo —dijo Nikki—. De verdad creo que está ayudando. ¿Qué te parece?

Elijah asintió. Se acercó más a ella. La piel del niño estaba muy suave y tibia.

Nikki lo besó en la cabeza. Se sentía muy cansada. Quería viajar atrás en el tiempo y que Elijah creciese dentro de ella también, y darle a luz, y asegurarse de que nadie, jamás, hiciera daño a su hijo.

—Estoy contenta —dijo—. Estoy muy contenta. ¿Crees que podrías estar preparado para hablar sobre el brujo ahora?

Elijah la miró.

—Yo nunca te haría daño, mamá —contestó—. ¿Me seguirás queriendo cuando venga el bebé?

—Te querremos siempre —respondió ella. Lo miró a la cara, los brazos delgados, la forma en que su pecho se hundía un poco por el centro. Parecía un niño que se había tragado la bondad del mundo, no uno que estaba lleno de horror.

Mientras se duchaba, el bebé le dio una patada y Nikki pudo distinguir un pie diminuto justo debajo de sus costillas.

## Treinta y seis

Mi pequeño corazón:

Hubo años en el medio que apenas recuerdo y de los que me resulta difícil escribir, incluso a ti, Elijah. Siempre dije que no debería haber secretos entre nosotros, pero ahora sé que la vida está llena de secretos que no nos contamos ni a nosotros mismos. Las palabras que escribo en esta página no tienen sentido para mí ahora.

Los años pasaron, Elijah, y yo seguía consiguiendo como podía dinero para el obispo. Al principio, fue todo el dinero que había estado ahorrando para el viaje de vuelta a Nigeria. Akpan y yo habíamos ahorrado tanto como pudimos, pero el obispo se lo llevó todo. Después pedí prestado a los vecinos, reclamando prestaciones, incluso suplicando para que el obispo pudiera seguir haciendo todo lo posible para sacarte del cuerpo a ese brujo obstinado. Ya no había ninguna posibilidad de regresar a Nigeria. Después del baño de ácido, pensé que el brujo se había ido. Te pegaste a mí todo el tiempo que tardó en salir de nuevo la piel de tus piecitos. Pero, tan pronto como tu cuerpo se curó, mis sueños regresaron. El mareo. Los insectos. El obispo dijo que el brujo te estaba matando, y pasaba todas las noches rezando para que te librases, para que el brujo abandonase tu cuerpo y volvieses a mí de nuevo como un niño pequeño, mi hijito, mi amor.

El obispo predicaba cada domingo. Su congregación aumentaba cada semana y su reputación como salvador de almas crecía. Había gente que venía de visita al piso..., gente con aspecto oficial. Primero matronas, después asistentes sanitarios, luego trabajadores sociales, personal de salud mental. Pero ninguno de ellos podía ayudar con un brujo viviendo en un niño. Ese era un problema nigeriano, y solo funcionaría una solución nigeriana. Todo el mundo sabe que si una

araña te muerde en una selva, entonces el único lugar donde encontrarás un antídoto es en esa misma selva. Pero, incluso con la ayuda del obispo, las cosas empeoraron y empeoraron, y seguía sin haber ninguna señal de que el brujo fuese a dejarnos. Tenías cinco años cuando las cosas empeoraron más que nunca. Empezaste a hablar a los tres, copiando las palabras que yo te decía, pero entonces te volviste un niño callado, inusualmente callado, a veces cantabas, pero no reconocía que fuesen canciones infantiles, sino un extraño canturreo en voz baja que hacía que el mundo entero se sintiese triste. Sabía que tú estabas ahí, Elijah; mi niño triste, queriendo salir. Sabía que en el fondo seguías ahí.

—Mama —dijiste un día—, Mama, ¿puedo ir al colegio?

Habías visto a los niños por la ventana, caminando con el pelo arreglado y balanceando sus mochilas. Quería que fueses al colegio tan desesperadamente, Elijah, pero estabas demasiado enfermo para mandarte fuera. Demasiado lleno del brujo. Y el coche rojo estaba allí, siguiéndonos, o aparcado frente a nuestro apartamento. Los asistentes sanitarios y los trabajadores sociales llamaban cada vez más a menudo. Fingía estar fuera. Pero entonces, una vez, me encontraron en casa. Era una señora que tenía la forma de la cara como la de un caballo, y no pude oírla muy bien, pero dijo que iba a una reunión de protección de menores porque estaba preocupada, y que habían hablado con mis vecinos, que también estaban preocupados. ¡No era verdad! Te sonrió, estabas en el otro extremo de la habitación, y te preguntó si estabas bien, y qué actividades te gustaba hacer. Tú me miraste con ojos tristes, Elijah, y volviste a mirar a aquella mujer.

—Me gusta estar con mi Mama —contestaste.

Cuando se marchó, corrí todo el camino hasta la iglesia y caí de rodillas delante del obispo. Pero, en vez de ayudarme a levantarme, de ayudarnos, miró a su alrededor y dio unos pasos hacia atrás.

—Creo que necesitas ver a otra gente —contestó—. Únete a otra iglesia. No puedo ayudarte.

Me levanté y miré al obispo con la cara llena de lágrimas. Dios hablaba a través de él. Dios no podía ayudarnos. El demonio estaba ganando. Cuando volvimos a casa, Elijah, te sujeté los brazos cerca del cuerpo y te miré directamente a la cara.

— ¿Eres un brujo, verdad? Estás lleno del brujo.

Me miraste un rato eterno, y después hablaste; tu voz era suave y clara:

— Seré un brujo si quieres que lo sea, Mama.

Pude ver en tus ojos los trucos que estabas usando, que el brujo estaba usando para matarte, y matarnos. Entonces supe que el brujo estaba ganando.

El instante en que me despertaba por las mañanas, cuando todo estaba en calma, incluso mi corazón, era mi momento favorito del día. Dejaba que mi cabeza viajase de vuelta a mi cálida Nigeria, con mis hermanas alegres y el patio donde mi madre cocinaba o fregaba sus cacharros relucientes. Pero algo me hacía volver siempre de golpe..., de vuelta al apartamento frío, sin dinero para la electricidad. Podía ver que estabas macilento, perdiendo cada vez más peso. Me mirabas con ojos escrutadores. Podía ver la maldad en ellos. Al demonio mismo. El coche rojo aparcaba bajo el balcón todas las noches y sabía que te llevarían para siempre. La forma en que tu boca se doblaba ligeramente por los bordes, como un secreto a medio contar... Crecías como una mala hierba... Apenas pronunciabas alguna palabra... Había días en los que, simplemente, te sentabas en tu cama y te mecías hacia delante y hacia atrás hasta que volvía a ser hora de acostarse. Intentaba no mirarte. Me concentraba en rezar y rezar y, cuando estabas bastante bien, te unías a mí, los dos rezábamos una y otra vez. Pero nada cambió. Los sueños terribles continuaron.

Tenía que hacer algo. Elijah, la depresión me había consumido durante tanto tiempo que apenas ponía tenerme en pie; pero, con la fuerza que me dabas, encontré el coraje en alguna parte. Imaginé otra vida para nosotros, y esa imagen... de nosotros en Nigeria, donde teníamos que estar, bueno, aquella imagen irrumpió en la vida real y me hizo levantarme. Ya no necesitaba al obispo. Ni siquiera necesitaba estar en la iglesia. Dios me hablaba directamente, de todos modos, diciéndome que yo era su ángel especial y que él podía ayudarme a salvarte del mal que tenías dentro. Había visto cómo trataban a las brujas y a los brujos y hechiceros. Sabía que los pastores, allá en casa, golpearían al brujo para hacerlo salir, o lo quemarían, o lo envenenarían. Había probado la medicina especial contigo, pero no

funcionó. El brujo te estaba matando. Pronto no quedaría nada de mi hijo. Tenía que actuar. De repente supe qué tenía que hacer. Tú me lo dijiste. Las voces me lo dijeron. La voz de Dios. Pude oír la voz de Dios por encima de las demás: «El brujo lo está matando. Solo tú puedes salvar su vida».

Miré tu pequeño cuerpo. Mi hijo, mi pequeño corazón. Me habría quitado la vida si pensase que eso ayudaría a salvar la tuya. Sabía con total claridad lo que el obispo me habría hecho hacer, lo que podía hacer. Era tu madre. Te conocía mejor de lo que conocía la vida misma. Era una cristiana comprometida y podía rezar y actuar. Akpan había dejado su destornillador en el cajón. Siempre estaba arreglando cosas, cosas pequeñas, él solo. Recordaba a Akpan, tu Baba, con mucho cariño, aunque para entonces se había ido y llevaba muerto años demasiado largos. Te miré, te cogí entre mis brazos. Me devolviste la mirada, parpadeando despacio.

— ¿Estás ahí dentro, Elijah? Mama viene a salvarte.

Tenía que hacer salir al brujo.

El destornillador era diminuto, en realidad. Era para cosas delicadas. Cosas pequeñas.

Tu cabeza se inclinó hacia atrás y tus ojos no se abrieron.

— ¡Elijah! — grité—, ¡Elijah! — Empezaste a sacudirte. Sacudida tras sacudida, como una mujer que acaba de dar a luz. Después te detuviste de repente y te quedaste demasiado quieto—: ¡Elijah! ¡Elijah!

No había ninguna señal de maldad, ni del brujo ni del demonio. La habitación estaba tan silenciosa que podría haber oído un alfiler. Tu piel estaba gris, como el cielo afuera. Como una paloma.

Al principio pensé que estabas muerto, que el brujo te había matado, me dispuse a matarme yo misma. Un frasco de pastillas pasó como un destello por un momento; las oí llamarme a gritos. Las tomaría todas. Pero entonces gemiste, un sonido como el de un perro al que han dado una patada, y supe que Dios estaba conmigo. Dios no me había abandonado. Podrías vivir.

Agarré la sábana de la cama y te envolví bien, te apreté lo bastante como para notar si respirabas. Necesitabas un médico, lo sabía. Pero el mareo y las voces, los hombres y los perros... ¿Cómo iba a llevarte todo el camino hasta el hospital? Estaba lejos..., el más cercano en

Lewisham, y a la distancia de un trayecto de bus. No tenía dinero para el bus. Noté que aspirabas mi aire.

— ¡Cállate! — le grité a la voz que tenía en el oído.

«El brujo lo ha matado. El brujo ha matado a tu hijo. Tú has matado a tu hijo. Tú».

— ¡Cállate!

«Dios, guíame hasta el hospital y hasta un médico que pueda ayudar a mi hijo», recé. «Está casi muerto a causa del brujo y necesita tu ayuda. Por favor, Jesús, déjame llevarlo adonde esté seguro». Recé durante lo que parecieron horas. Tenía las manos entumecidas cuando las separé.

Recé todo el camino mientras bajaba las escaleras, que se movían a los lados. Recé todo el camino al pasar junto aquellos hombres que te vieron y dejaron de silbar, después se rieron fuerte. Recé todo el camino hasta la calle principal, donde paré a un hombre blanco en un coche rojo y grité, le enseñé a mi Elijah, gris. El coche rojo.

Fui en ese vehículo todo el trayecto hasta Urgencias del Lewisham, y yo recé todo el camino, mientras él soltaba palabrotas.

— ¡Maldita sea! ¡Maldito tráfico, apartaos! ¡Llevo a un niño enfermo! ¡Maldita sea, señora, debería haber llamado a una ambulancia! ¡Dios, si el niño se muere en mi coche..., joder!

El personal salió corriendo tan pronto como el hombre salió del coche y gritó:

— ¡Ayuda! ¡Necesitamos ayuda! ¡Urgente!

Enfermeras con pijamas azules, médicos con camisas y estetoscopios alrededor del cuello, todos corrieron para apartarte de mí de un tirón y llevarte corriendo dentro.

Corrí y le grité a Dios:

— ¡Por favor, Dios, deja que mi hijo viva! ¡Déjalo, oh, querido Dios! ¡Dios, deja que este niño viva!

Entraron corriendo en una habitación llena de máquinas y te quitaron la sábana del cuerpo hasta que estuviste desnudo.

— ¡Tendrá demasiado frío! ¡Tiene demasiado frío! ¡Jesús! ¡Cielos! ¡Denle una manta! ¡Por favor, denle una manta! No tenía una manta, ¿entienden?, y por eso casi se murió. Estaba tan frío, tan frío.

Recé una y otra vez, Elijah. Más tarde, las escuché en el pequeño

despacho que había a mi lado. Estaban reunidas, muchas mujeres que parecían iguales: blancas, cara de caballo, collares con cuentas de colores, zapatos feos. Las observé entrar en la sala, una tras otra, sujetando bebidas humeantes. Reconocí a una de ellas.

—Hay cierta preocupación por la quemadura antigua que tiene en la cabeza —dijo una—. Otras heridas anteriores. Necesitamos hacer un análisis esquelético completo.

La pared era muy delgada y un resquicio en la puerta significaba que cada palabra llegaba volando, aunque alguien hubiese escrito «Reunión confidencial en curso» en un trozo de papel blanco y lo hubiese pegado en la puerta. En la sala no había padres, excepto yo. Todo estaba tranquilo, como si para los niños hubiese otro tiempo. Estaban todos tan enfermos que cada minuto era silencioso. Demasiado silencioso. Solo podía oír el pitido de las máquinas y las voces de las mujeres en tono confidencial.

—¿Creéis que es una de esas cosas de curación espiritual? Cada vez oigo hablar más y más sobre ello. Qué espantoso. No es que quiera decir que sea definitivamente lo que está pasando aquí.

—Sí, estoy de acuerdo. Es complicado, sin embargo, porque es una de esas prácticas que son normales en términos culturales. Tenemos que ser especialmente sensibles. No podemos saber si es eso. Puede haber sido alguna especie de ventosa.

—¿Las ventosas no son chinas?

—He tenido experiencia con este tipo de asunto antes. Quiero decir, mirad el caso Climbié<sup>15</sup>. Y el torso sin cabeza, arrojado al Támesis. Aquello fue alguna especie de magia negra..., ¿maltrato ritual, no?

—Eso fue con una familia de acogida. Y esto es con la madre biológica. Además, es muy diferente, teniendo en cuenta el estado mental de la madre. Esto realmente no va de la iglesia y las creencias culturales, va mucho más de problemas de salud mental.

—Lo que hace vulnerable a la madre biológica...

—Bueno, hemos de tener mucho cuidado en cuanto a cómo lo presentamos, y asegurarnos de que somos plenamente conscientes de las normas culturales.

—El maltrato infantil es maltrato infantil.



—Estamos de acuerdo; pero no podemos separar a la familia de su cultura. Hemos de tratarlo con sensibilidad. Bueno, ¿visteis a Margaret la semana pasada? Ya sabéis que se ha mudado a Tunbridge Wells. Justo al lado de mi casa..., bueno, a poca distancia. Su hija ha aprobado el *eleven-plus*<sup>16</sup> para entrar en la Tonbridge Grammar School. Está encantada. ¡Todas esas tasas y matrículas para el colegio por fin han dado sus frutos!

Siguieron hablando mientras yo te cogía tu mano diminuta y la besaba fuerte, para que lo recordases.

—Mantente a salvo —susurré—. El brujo no te encontrará ahora.

Me llevaron a una habitación que tenía un cartel de «No molesten. Reunión en curso» pegado a la ventana. Dentro, en sillas colocadas en semicírculo, había cuatro mujeres a quienes no había visto nunca y una agente de policía, que se había quitado una gorra plana, negra, y se la había puesto sobre el regazo, y a la que daba golpecitos, como si fuera un tambor, con los dedos. El médico estaba allí, en pie junto a la ventana, que solo se abría unos centímetros para impedir que la gente saltase... Pero ¿y si había un incendio? ¿Cómo escaparían?

—Deborah —dijo una—. Necesitamos hablar contigo de algo muy serio.

—Soy Mama Elijah —contesté—. Así es como nos llaman en mi país. Tomamos el nombre de nuestro primer hijo.

La habitación estaba lo bastante en silencio como para oír volar un avión a lo lejos, por encima, a través del hueco diminuto de la ventana. La sensación de mareo se había detenido, pero sentía como si mi cuerpo pudiese detenerse de repente también. Jamás me había sentido tan cansada.

Otra mujer se sentó hacia delante. Tenía dientes salientes y cejas que le crecían de lado a lado.

—Deborah, tenemos que hablar contigo acerca de lo que va a pasar.

Miré el aire por el hueco de la ventana. No era suficiente. Sentí que empezaba el mareo en la parte trasera de mi cabeza. Las voces en mi oído se mantuvieron mudas al principio. Noté el destornillador atravesando el mal en Elijah. Noté cómo entraba en él y en mí. Y todo se quedó quieto y callado, y el mundo solo estaba lleno de mí y mi

hijo de nuevo. Pero entonces... Oh, había mucha sangre. Tanta sangre de algo tan pequeño.

Bajé el volumen en mis oídos y recé una y otra vez: «Querido Señor Jesús; por favor, dulce Señor; querido Dios, escúchame ahora. Por favor, querido Señor...».

Pero no sirvió de nada. El mareo iba más deprisa.

—Deborah —dijo la agente de policía—. Tendremos que llevarte a comisaría y tomarte declaración, pero primero necesitamos que entiendas que Elijah, cuando deje este hospital, no volverá a estar bajo tu cuidado. Mientras se investiguen sus heridas, estará en acogida.

Dejé que la habitación empezase a moverse..., despacio, al principio. El suelo se elevaba para alcanzar el techo. Después el techo bajaba hasta el suelo. Sabía que eso podía pasar. Podían alejarte de mí. Te alejarían de mí, y el brujo treparía de nuevo para meterse en tu cuerpo.

Miré a mi alrededor en la habitación e intenté concentrarme en cosas: la mesita con tres tazas viejas de café, con la parte de dentro manchada; el tablón de anuncios con una foto de un par de manos lavándose; la franja de luz y el detector de humo en el techo.

—Deborah, necesitamos saber que nos entiendes. ¿Deborah?

La habitación dejó de moverse de repente, pero todo volvió al orden equivocado.

—Me llamo Mama Elijah.

La mujer policía se puso la gorra y se inclinó hacia delante.

—Ahora tienes que venir con nosotras. ¿Hay alguien a quien podamos llamar para que se quede con Elijah? Además, necesitaremos hablar con tu marido. ¿Puedes llamarlo ahora, por favor?

—No puedo llamar a Akpan. Está muerto.

Las mujeres se miraron unas a otras y después de nuevo a mí.

—De acuerdo; bueno, necesitamos que vengas, por favor. —Una se levantó y esperó que me levantara después que ella, pero me quedé sentada.

—No puedo dejar a Elijah. Está en peligro. No puedo dejarlo.

La mujer policía volvió a sentarse y se quitó la gorra.

—¿Puedes llamar a psiquiatría? —le dijo a la otra mujer, que salió de la habitación—. Escucha, Deborah, esto es realmente importante. ¿Qué quieres decir con que Elijah está en peligro?

Miré a la mujer. Aunque era policía, y todo el mundo sabe que los policías son ladrones a quienes nada les gusta más que tratar a los seres humanos como animales, llevaba una pequeña cruz alrededor del cuello y supe que era cristiana. Podría ayudarme.

—Elijah está enfermo.

La policía asintió.

—Sabemos que está enfermo, Deborah. Los médicos y las enfermeras están haciendo todo lo que pueden para ayudarlo.

La habitación daba tantas vueltas que apenas podía mantener los ojos abiertos. Susurré:

—Necesita que lo salven.

Miré a la mujer y su cruz. Pensé en tu cara, tu piel, como la tierra allá en casa, la luna hinchándose como un corazón enamorado.

## Treinta y siete

El doctor Peters se inclinó hacia delante en la silla y colocó una pierna sobre la otra, dejando ver un calcetín a rayas.

—Tu trabajador social me dice que has estado oyendo voces que te dicen lo que hacer.

Elijah miró a mamá. Ella asintió.

—Solo una voz me dice lo que hacer —contestó.

El doctor Peters revolvió algunos papeles sobre su escritorio.

—Bueno, creo que rechazaremos el frente de la medicación por ahora. —Miró a papá—. He visto asuntos así en mi consulta en Devon..., una especie de pensamiento ilusorio en gente joven..., pero soy reacio a tratar a alguien tan pequeño. —Miró a Elijah—. Después de todo, es la edad de la fantasía y también de los amigos imaginarios. Oír e incluso ver a alguien de tu edad no es un indicio de enfermedad.

Elijah no tenía ni idea de qué estaba hablando. Se concentró en el calcetín a rayas del doctor Peters, y en la pálida piel blanca que había encima.

—¿Has estado en Devon? —preguntó el doctor Peters.

Elijah negó con la cabeza.

—Deberías hacer que mamá y papá te lleven. —Sonrió—. Hay muy pocas cosas que no puedan curarse con aire fresco y helado, me parece.

Mamá se estaba frotando la tripa, sentada en una silla junto a Elijah, y él creyó oír un ruido desde el fondo de su garganta. Papá tosió.

—Bueno, por ahora es todo —concluyó el doctor Peters.

—¿Ya está? —Mamá dejó de frotarse la tripa.

—Sí..., volveré con ustedes en dos semanas. Mi consejo es que sigan con la terapia de juego y contacten si surge alguna cosa más. Pero también mucho helado. —Le guiñó un ojo a Elijah.

—Elijah, ¿puedes esperar fuera, por favor? —preguntó mamá—. Necesitamos tener una charla rápida con el doctor.

Elijah se encogió de hombros, se despidió y salió. Pegó la oreja a la puerta pero solo pudo oír a mamá y a papá gritando preguntas, hasta que al final oyó la voz del doctor Peters:

—Ahora, tranquilicémonos. Están dándole demasiada importancia al asunto del brujo. Claramente solo es un niño afligido.

Elijah conocía tan bien el código que, cuando Jasmin mandó tres destellos con la linterna y después uno lento la noche anterior, supo que por la mañana tenía que esperar que ella lo llamase a la puerta para ir juntos al colegio. Lo que no esperaba era lo que pasó después de que cruzasen las verjas del colegio y se hubiesen despedido de mamá: Jasmin le llevó del brazo hacia la pequeña valla que había en la parte trasera del patio, y saltaron sobre ella.

—¿Adónde vamos?

—Es un secreto.

Elijah siguió a Jasmin por el bosque. El aire olía a miel.

Siguió las pisadas de ella, intentando poner el pie en sus huellas. Caminaron y caminaron sin hablar, pero Elijah observaba cada paso de Jasmin. Pensó en mamá y en lo que diría el colegio cuando descubriesen que Jasmin y Elijah no estaban allí. Pero Jasmin no parecía preocupada en absoluto. Nunca parecía preocupada por nada.

—Para aquí —dijo Jasmin. Movi6 nerviosamente la cara a su alrededor y hacia arriba, mirando la luz entre las ramas—. Perfecto —afirmó, sentándose sobre un tronco viejo.

—¿Por qué no quieres ir al colegio?

—A veces no tengo ganas —contestó Jasmin—. De todos modos, solo quiero faltar un poco. —Jasmin giró la cara hacia Elijah—. Oye, estás callado todo el tiempo. ¿Estás pensando en ella? —preguntó—. ¿Tu mamá real?

—Nikki es real —contestó Elijah. Pero se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Hablo de tu otra mamá. En cuya barriga creciste. ¿Por eso no

quieres jugar después del colegio? ¿Por eso tienes siempre la cara triste?

Miró a Jasmin y al bosque a su alrededor. Era su mejor amiga. Nunca había tenido una amiga como Jasmin, ni siquiera Ricardo. Buscó al brujo en su interior, pero no había nada. Vacío.

—Tengo que contarte un secreto —dijo. No podía creer que fuese a contárselo a Jasmin. ¿Y si ya no quería ser su amiga? ¿Quién quería ser amigo de un brujo? Pero quizás ya lo sabía. La miró a la cara, a sus ojos brillantes, a los árboles que tenían a su alrededor. Apretó el estómago, duro, como una roca—. Soy un brujo. Tengo superpoderes y puedo volar y hacer que pasen cosas malas. Puedo congelar el cerebro de la gente y empezar incendios con los ojos láser. Y puedo volar. Es verdad; puedo volar realmente.

Contuvo la respiración y esperó. Jasmin lo miró y le sopló aire a la cara. No dijo nada durante unos pocos segundos, después volvió a mirar hacia la escuela.

—Será mejor que volvamos —dijo.

—No me crees —habló él—, ¿verdad?

—Claro que te creo.

Elijah se quedó con la boca abierta.

—¿De verdad? —Él tenía razón, debía tener razón, y Mama también había tenido razón todo el tiempo. Y Jasmin lo creía.

—Por eso tienes una cicatriz como Harry Potter. Él es brujo y tiene una cicatriz en la cabeza como la tuya. —Jasmin alargó la mano hacia su primo y le tocó la frente. Este cerró los ojos y dejó que todo su cuerpo se llenase con el aroma del aire de miel, y la suavidad de las puntas de los dedos de Jasmin, y la sensación de que lo creyeran.

—De todos modos —susurró Jasmin cuando él abrió los ojos—, en realidad yo soy una sirena. Y puedo respirar debajo del agua.

Mamá tomó prestado un perro gris pequeño llamado Bertie, de Battersea, para la tarde, para que pudiesen llevarlo a dar un paseo. Bertie daba ladridos pequeños y corría, persiguiendo su propia cola hasta que Elijah no pudo evitar reírse. Papá lo cogió de una mano y

mamá de la otra, y Abuelo caminaba un poco por delante de ellos porque siempre paseaba realmente deprisa.

El parque estaba lleno de niños corriendo, dando patadas a sus balones y montando en bici. Era un día soleado y sin viento, pero un niño pequeño estaba intentando levantar su cometa por el aire y su papá corría a su lado, lanzándola al cielo. Elijah no pudo sentir al brujo arrastrándose por ninguna parte. Pasearon por el parque y se pararon en la cafetería para que papá comprase cuatro limonadas, después se sentaron en un banco al lado de un árbol grande.

—Me encanta este árbol —dijo Nikki. Rodeó a Elijah con el brazo y apoyó su vaso de limonada sobre la tripa. Eso hizo sonreír a Elijah.

—A mí también —afirmó papá. Miró a mamá por encima de la cabeza de Elijah—. ¿Cuál es tu clase de árbol favorito, Elijah?

—Me gustan todos los árboles —contestó Elijah. Dio un sorbo a su bebida.

Mamá, papá y Abuelo miraron adonde apuntaban los ojos de Elijah. Bertie había levantado una pata hacia un lado y estaba usando el árbol como retrete. Abuelo soltó una risita. Observaron a Bertie correr, dando vueltas, intentando perseguir a una ardilla, después el cielo cambió de color hasta casi el mismo tono que el pelo de Bertie.

—Será mejor que volvamos antes de que se ponga a llover —dijo mamá.

—Y especialmente por lo lenta que caminas estos días —contestó Abuelo.

Mamá alargó la mano hacia papá, esperando que la ayudase a levantarse, pero el teléfono de él empezó a sonar y lo sacó del bolsillo.

—¡Ey! —gritó mamá, pero papá estaba ocupado caminando hacia delante, hablando por teléfono. Mamá dejó caer el brazo y se quedó sentada y quieta.

Abuelo cogió la correa del perro de la mano de mamá.

—Dejemos que persiga a esa ardilla un poco más.

Mamá se levantó despacio por sí misma y caminó detrás de papá, pero él ya estaba lejos. Ella estaba empezando a caminar distinto: de lado a lado, en lugar de hacia delante. El bebé se estaba haciendo grande.

—Bueno, ¿cómo fue en el médico? —Abuelo dejó la correa encima

de su regazo—. Mamá y papá me han contado que fuiste a ver a un médico nuevo.

—No cree en los brujos —contestó Elijah—. ¿Dónde está Devon?

—¿De ahí es?

Elijah asintió.

—Bueno, no es de extrañar. La gente en Devon solo cree en las tartas de crema. De todos modos, no importa. Ya te dije que no hay ningún brujo dentro de ti.

—Solo tú y Jasmin creéis en los brujos. Todos los demás dicen que no existen, que, si dejo de creer, el brujo se marchará, como Campanilla. Pero no sé cómo dejar de creer en algo que es cierto.

Abuelo dio vueltas a la correa sobre su regazo y miró a Bertie corriendo de un lado a otro.

—El mundo es un lugar extraño. Es estupendo creer en cosas distintas. Mucha gente en el mundo tiene creencias diferentes, y eso está bien. ¿Sientes que hay un brujo dentro de ti todo el tiempo?

Elijah negó con la cabeza.

—Viene a veces, pero siempre está esperando.

—No veo a ninguno dentro de ti.

Elijah se encogió de hombros.

—Siempre vuelve.

—No lo creo, Elijah. Creo que el brujo se ha ido.

Elijah miró a Bertie. Estaba empezando a llover; gotas gigantes aterrizaron sobre ellos.

—No —negó con la cabeza—. Y tengo que demostrárselo a mamá y a papá o no estarán a salvo, y no podrán ayudarme. Tengo que demostrarlo.

Abuelo tiró de él para acercárselo, lo besó en la cabeza.

—No tienes que demostrar nada. Está bien que la gente crea cosas diferentes.

—Lo demostraré —dijo Elijah en voz baja.

—Te quiero —contestó Abuelo—, mi pequeño nieto. Y Dios también te quiere.

Iban todas las semanas a ver a Chioma. A veces jugaban y a veces



hablaban. Veían a Ricardo en casa. Mamá y papá le enseñaron a Elijah cosas de su informe de historia de vida, y le contaron cosas sobre Mama que Elijah no quería oír. A veces se sentía muy enfadado. No podía creer que no hubiese ningún brujo viviendo en él. Sabía que debía haberlo porque Mama no podía haberse equivocado. Él no podía haberle hecho daño a mamá sin el brujo. Pero todo el mundo le decía lo enferma que estaba Mama y que fue Mama quien le hizo daño, aunque no quisiera hacerlo. Pero Elijah no creía que fuese cierto. El brujo no era solo una idea que Mama le había metido en la cabeza. Y no tenía sentido que Mama le metiese al brujo en la cabeza, porque todo lo que Mama quería, incluso más que Elijah, era sacar al brujo.

Una semana, mamá y papá dijeron que pensaban que sería mejor ir a la oficina de Ricardo, porque tenían que leerle algo realmente duro, y querían hacerlo en el lugar que fuese lo más seguro posible. Ricardo abrió una carpeta encima de la mesa.

— Este es el informe escrito por médicos que estudian a gente adulta que tiene algún problema en el cerebro. Tu Mama está muy enferma, Elijah. Y cree algunas cosas porque no está bien.

Elijah miró el informe.

— Si Mama está enferma, entonces toda la gente de Nigeria debe de estar enferma. En Nigeria, todo el mundo sabe que los brujos existen.

Ricardo sonrió.

— Bueno, tienes razón de alguna manera, Elijah. Mucha gente cree en los brujos en Nigeria. Pero a la gran mayoría de la gente en Nigeria, así como en el resto del mundo, jamás se le pasaría por la cabeza hacerle daño a un niño. Nadie en el mundo, ni tu Mama ni tu iglesia, debería hacerle daño a un niño. Eres solo un niño, Elijah, un niño fantástico. No hay ningún brujo en ti. Y papá, Abuelo, Chioma, todos ellos son de Nigeria, el mismo lugar del que es tu Mama. Ellos nunca te harían daño intentando sacar a un brujo. Mama está enferma y oye voces malas que le dicen que haga cosas malas, pero esas voces no son reales... Es solo su mente engañándola.

Elijah cerró los ojos. La voz del brujo era real. La oía todo el tiempo.

— Mamá y papá necesitan leer algo muy difícil contigo hoy. Podría

no tener sentido al principio, pero después hablaremos sobre ello.

Ricardo asintió, mirando a Nikki y a Obi, que se acercaron al sofá en el que Elijah estaba sentado y se acomodaron junto a él, a ambos lados. Nikki se inclinó con cuidado, manteniendo la espalda recta y doblando las rodillas. Pusieron las manos sobre las de Elijah mientras Ricardo leía.

Deborah afirma: «Hay un brujo viviendo en mi hijo y necesito sacarlo». También sufre alucinaciones auditivas y visuales y la paranoia de que «un coche rojo me sigue constantemente, y quieren robarme a mi hijo y usar partes de su cuerpo para hacer magia».

Elijah fue apartado de su cuidado después de un presunto accidente que terminó con Elijah ingresado en Lewisham A y E con una herida en la cabeza, y posteriormente derivado a King's College Hospital para una neurocirugía de urgencia. El mecanismo de la herida nunca quedó totalmente explicado, pero al hacer un análisis esquelético se descubrió que Elijah tenía fracturas antiguas y que estaba gravemente desnutrido. Se lo incluyó en el registro de protección de menores bajo las categorías de negligencia, maltrato físico y emocional, y Deborah fue remitida al Bethlem Psychiatric Hospital para su evaluación y tratamiento.

La habitación comenzó a dar vueltas. Elijah empezó a recordar algo. Estaban en el apartamento y hacía frío. La luz de la luna creaba un parche sobre la alfombra raída. Mama estaba cogiendo algo del cajón. Lo vio acercarse y oyó la voz de ella. Su cara estaba sobre él pero parecía distinta: dura.

—¡Sal de mi hijo! —gritaba—. ¡Sal de mi hijo! —Su voz era muy distinta a la voz que Elijah oía en su interior.

Estaba apretándole la cabeza con algo tan afilado y duro que él apenas pudo hablar.

Pero de alguna forma lo logró:

—Soy yo, Mama. Soy Elijah. No soy un brujo —dijo—. No soy un brujo.

De pronto, el momento cambió y Mama paseaba de un lado a otro junto a él, como un leopardo en un zoo. Llevaba una tela rígida que hacía un sonido chirriante cuando ella se movía. Su pelo no estaba peinado y ella sostenía una botella vacía de CocaCola, que no dejaba

de llevarse a la boca como si hubiese olvidado que estaba vacía. El hospital era como una nave espacial: todo eran máquinas blancas zumbando y pitando, y había gente con máscaras. Una pantalla de televisión mostraba olas de diferentes colores, un dibujo, números. Él estaba por encima de la cama, mirando hacia abajo su cuerpo de seis años. Le estaban clavando agujas del tamaño de lombrices en el torso, en el cuello.

— Mete la albúmina por la vía intraósea. Jeringuilla dentro, rápido.

— Coge la manta de hipotermia... Poned hielo alrededor de la cabeza.

— Tiene las pupilas dilatadas... Inyecta un poco de manitol y furosemida.

— Haz que bajen deprisa de neurocirugía.

— Que alguien hable con su madre.

Podía verlo todo. En la cama de al lado había un bebé dormido con un tubo en la nariz, como el de Elijah. Los garabatos en su máquina siempre eran del mismo tamaño. Sus números permanecían iguales. Su mamá estaba allí, cogiéndole la mano, mirando los garabatos y las curvas. El bebé no estaba flotando en el aire por encima de su cama.

Mama tiró la bandeja de medicamentos que había a su lado y, cuando las botellitas de cristal se estrellaron contra el suelo, ella tan solo caminó por encima, aplastándolas como si fuesen copos de nieve recién caída. Una enfermera se bajó la mascarilla, cogió a Mama del brazo y la movió hacia la puerta; la sacó afuera y le dijo en el pasillo que los médicos estaban haciendo todo lo que podían, y que eran un buen equipo, pero que era importante que ella se quedase tranquila..., apartada, y tranquila. La enfermera no le preguntó qué había pasado, cómo llegaron allí. Solo después, después de que hicieran radiografías, y que hubiesen examinado a Elijah por todas partes, empezaron a clavar en Mama una mirada fija. Él podía verlo todo desde arriba, desde el techo, y través de las cortinas totalmente abiertas de su cabeza.

Elijah observó cómo trabajaban los médicos, y a las enfermeras colocando medicinas y poniendo tubos de plástico e insertando vías. Le dolía todo, y el dolor era más grande que el mundo.

— ¿Cuál parece ser el problema de este niño?

Los médicos estaban más interesados en cómo era por dentro que por fuera, y pasaron mucho rato mirando imágenes de lo que llamaron flujo sanguíneo y fibras nerviosas antes de hacerle un gesto a Mama para que volviese a la habitación. Recordó una erupción que se extendió por su cuerpo como una puesta de sol e hizo correr a todos los médicos, poniéndole más goteos y cables y tubos, dándole una medicina que le hizo flotar sobre las olas de las pequeñas pantallas.

—Queremos que te mires al espejo, para poder ver la herida, Elijah. Pero si no te sientes preparado, está bien. —Aquella enfermera se llamaba Florence.

Tenía una cara sonriente dibujada sobre su identificación, y el aliento le olía a café. Él asintió. Ella le dio un espejito de plástico y él lo levantó. Despacio, despacio, Florence le desenrolló la venda de la cabeza. Debajo, había una línea roja que parecía la cremallera de sus pantalones de los domingos. Alrededor de los bordes de la cremallera, algunos pedazos de Elijah eran color rosa brillante. Giró el espejo hasta que pudo ver fuera de la habitación, hacia el pasillo, donde pasaban unos médicos, y una limpiadora. Miró durante siglos. Pero, para entonces, Mama no estaba allí. Había desaparecido por completo.

Elijah abrió los ojos. Oyó gritos a lo lejos.

—¡Elijah! Elijah, hijo, ¿estás bien?

—Solo es un desmayo y nada de lo que preocuparse, pero sería mejor que llamásemos a un médico, por si acaso. Hay un botiquín de primeros auxilios en la oficina. Nikki, ¿vas a por él?

Elijah oyó la voz de mamá hablar muy fuerte.

—No. No, no me muevo. Llamad a una ambulancia. Elijah, ¿me oyes? ¡Elijah! Dios, ¿qué le pasa? ¿Qué le pasa a mi hijo?

Y entonces, de pronto, el grito más fuerte del mundo interrumpió las voces y las preguntas de mamá y la prisa de Ricardo y la calma de papá. Era su propia voz.

Elijah gritó y gritó y gritó. Lanzó patadas y puñetazos hasta que se hizo sangre en las rodillas y los nudillos, y no le quedó más energía, de forma que todo lo que pudo hacer fue caer desplomado y simplemente respirar, respirar deprisa, como un ratón atrapado.

Mamá y papá lo abrazaron muy fuerte durante lo que parecieron horas y horas, la tripa de mamá apretada fuerte contra él, pero no pasó mucho tiempo hasta que la voz de Elijah dejó de gritar y él abrió los ojos. Miró a mamá y a papá.

—Mama me hizo daño, ¿verdad? ¿Mama me quiere?

Papá entró en su habitación aquella noche para arroparlo. Sonrió, pero Elijah no le devolvió la sonrisa. No podía.

—Venga, vamos —dijo papá, frotando con la mano la cabeza de Elijah—. Podemos superar esto.

Elijah abrió los ojos tanto como daban de sí.

—No crees en los brujos —susurró.

—No, Elijah, no creo. Los brujos no existen. Los brujos no son reales y no hablaré más de eso. —El rostro de papá cambió. Se volvió más duro.

Elijah se abrazó las rodillas contra el pecho.

—Te digo —habló papá, inclinándose hasta que su cara estuvo justo delante de la de Elijah— que estás completamente a salvo. No existe algo como los brujos. Te hablo de un hecho. Tu madre biológica estaba mentalmente enferma. Uno de sus delirios constantes era que estabas poseído, e intentó sacarte físicamente a la fuerza al brujo de la forma más imperdonable. Pero los brujos son un mito.

Apretó la cara contra la mejilla de Elijah, después lo besó, pero Elijah intentó apartar la cabeza.

—Los brujos son reales —dijo—. Puedo demostrarlo.

Papá se enderezó y estiró la manta para tapar a Elijah.

—Los brujos no son reales y no vas a demostrar nada. Bueno, ha sido un día largo, Elijah. Ahora estás sano y salvo, y quiero que esta noche tengas dulces sueños. Buenas noches. Mañana jugaremos a fútbol.

Papá sonrió otra vez antes de salir de la habitación. Elijah se quedó tumbado mirando la oscuridad. Soñó con Mama y oyó la voz de ella en su corazón. «Nosotros inventamos el significado del amor, tú y yo, hijito».

Era real. Era cierto.

Aquella noche, Elijah soñó. Mama estaba por encima, mirándolo, y su cara estaba apagada. Pudo olerla: plátano quemado. Tenía los párpados caídos y le colgaba la piel de las mejillas.

—Devuélveme a mi bebé —susurró ella.

Él levantó la mano y dijo:

—¡Soy yo! ¡Soy yo!

Pero ella no lo oyó.

—Pequeño Nigeria —susurró Mama—, cuando vuelvas a mí, te llevaré a casa. Ahorraremos el dinero para el billete y dejaremos este lugar. Un viaje en avión: en nada de tiempo estaremos de vuelta con nuestra familia, que nos ayudará y nos salvará. Tío pastor te protegerá para que ningún otro brujo entre en ti. Te fortaleceremos con la comida de mami y, antes de que te des cuenta, serás un niño fuerte que correrá con las piernas rectas y la espalda erguida, y recuperaré el equilibrio. Me pondré bien y el mareo parará. No habrá más insectos arrastrándose dentro de mi cabeza. Los tiempos serán distintos..., mejores. Cómo te quiero, pequeño hijo mío.

Ella dejó de susurrar y se inclinó hacia abajo. Sus palabras sonaron muy claras. Cuando tocó la espalda de Elijah, su mano estaba suave. Él la miró a su lado, estaba sentada, tenía el otro brazo tras su propia espalda. Ella le frotó y él sintió cada movimiento sobre su columna vertebral a través de la camiseta que llevaba. Desearía que ella se tumbase a su lado, y que los dos pudiesen cerrar los ojos y ponerse a dormir juntos y no despertar jamás. Que el brujo hiciera lo que quisiera. Estaba apretado en el fondo de Elijah ahora que Mama estaba cerca. El amor de Mama era tan fuerte que podría bastar. Elijah dejó que ella le frotase la espalda y la miró a la cara. Ella lo miró a los ojos a modo de respuesta. Él notó que las comisuras de sus propios labios se movían hacia arriba.

—Mama —susurró—. Soy yo. Elijah.

De pronto ella se inclinó hacia delante y había dureza en su rostro. Pensó que era el brujo quien hablaba.

—¡Sal de mi hijo! —dijo, y sacó la otra mano.

Llevaba un destornillador, el que a veces movía arriba y abajo en la parte de atrás de su pierna, apretándose a sí misma para que la herida del exterior fuese mayor que la herida en el interior. Él se preguntó si

iba a apretarse a sí misma. Ella le miró a los ojos y se inclinó para acercarse. Más cerca que antes.

—Mama —susurró—. Soy yo. Elijah. —Su voz sonó extraña al salir..., una respiración silenciosa. Tenía la garganta seca por las quemaduras de unas pocas semanas antes. Quizás tuviese la garganta seca para siempre.

—Sal de mi hijo. —La mano de ella sobre la espalda del niño estaba llevando su cuerpo hacia abajo para que se tumbase sobre la alfombra—. ¡Sal de mi hijo! —gritó, y él no pudo verle la cara en absoluto.

Todo lo que vio fue el destornillador sobre sus ojos. Se acercó despacio y apretó. La herida del destornillador fue más fuerte, punzante. El dolor llenó todos sus rincones. Elijah lo quería. Quería que siguiese, él y Mama y el dolor empujando la herida hacia fuera, allí sobre la alfombra, solo ellos. Mama colocó su cuerpo encima del destornillador y empezó a apoyarse sobre él. Estaba rezando. Él pensó en llorar, pero con Mama allí a su lado, frotándole la espalda, no había razón para hacerlo. Pasase lo que pasase, ella estaba allí a su lado.

## Treinta y ocho

Mi pequeño:

Hay lugares en este mundo más extraños que los sueños. Cuando llegué, al principio, me acordé del Centro para Personas sin Recursos Mentalmente Enfermas en Lagos, donde podías oír gritar a los pacientes desde el final de la calle. Sentí tal sensación de pánico que era como si mi cara perteneciese a otra persona. El Hospital Psiquiátrico para Mujeres Greenfields era una larga serie de habitaciones, todas llenas de mujeres de mirada huraña que tenían historias que contar, pero que nunca contarían. Compartía una habitación con tres de esas mujeres. La primera, Nicola, depresiva, tenía una sonrisa en los labios que parecía estar pegada ahí con pegamento. Incluso dormida (salí a hurtadillas de la cama una noche y le escudriñé la cara), su sonrisa permanecía, como si ella no fuera real y solo lo fuera la sonrisa. La segunda compartía nombre con una de mis hermanas, Miriam, y era yoruba aunque nunca había estado en su propio país. Imagina eso. Le gustaba hacerme preguntas todo el día y me hizo enseñarle alguna que otra palabra de nuestro idioma.

— *E'karbo*<sup>17</sup> — dijo, cuando entré en la habitación.

Estaba empezando a resultar molesto oírla repetir las palabras que le enseñaba, con su cargado acento inglés. Se sentó en mi cama. Yo estaba teniendo un día en el que no me apetecía hablar. Habían reducido las pastillas que me daban dos veces al día: un vasito de plástico lleno de píldoras que me hacía no pensar tanto en que había un brujo dentro de ti, e imaginarte sano y corriendo detrás de una pelota. Me las tragaba como si fuesen caramelos. Dijeron que me estaba volviendo adicta. Pero las pastillas eran lo único que me adormecía el estómago



hasta que el cuchillo que se me clavaba dejaba de dar vueltas y la imagen de tu cara cubierta de sangre se volvía más tenue.

—Cuando salga de aquí —cantó Miriam con su voz como un grueso abrigo inglés—, voy a estar totalmente jodida. Mi novio me ajustará las cuentas. Deberías venir conmigo; quiero decir, podemos conseguir buena mierda donde vivo. ¡La mejor medicina del mundo! —Acercó la cara a mi oído—. Lo que quieras. Crack, metanfetamina: esa es mierda de la buena.

Cerré los ojos. Miriam me habló del lugar donde iba a por drogas, pero yo ya sabía dónde era: la puerta, a pocas puertas de distancia de la nuestra, con idas y venidas y aromas a quemado dulzón. Intenté no pensar en ti creciendo en un país donde los niños nigerianos pudiesen terminar como Miriam, en la droga y soltando palabrotas con cada aliento. Mi hijo no. Nigeria no produce esas caricaturas. Ni siquiera con *oyinbos*<sup>18</sup> ricos. Gracias a Dios que ella no estuvo nunca en Nigeria: la hubiesen puesto morada por ese lenguaje. Las mujeres del mercado le hubiesen arrancado las extensiones de la cabeza. Pero, de haber estado en Nigeria, nunca hubiese acabado así, Elijah. De eso estoy segura.

La tercera mujer no era una mujer en absoluto, sino una muchacha callada con ojos que se movían demasiado de repente. Tenía el cuerpo tan delgado que podía verle las entrañas, y tenía una capa de pelo suave sobre la cara, como un polluelo recién nacido. Todas las noches, las enfermeras entraban y la sujetaban mientras la mantenían tumbada, y le ponían un tubo en la nariz mientras su cuerpo se retorció y giraba, intentando liberarse.

—Venga, vamos, querida —decían—. Jody, querida, necesitamos meterte esto y cuanto antes te tumbes y te quedes quieta, antes acabará. De verdad, si no dejases de quitarte las sondas nasogástricas no estaríamos en esta situación.

Después de retorcerse al menos durante media hora, su cuerpo por lo general lo dejaba y se quedaba tumbada..., demasiado estirada, como si estuviese hecha de cartón. Y le ponían el tubo, y luego colgaban un goteo de leche de olor agrio sobre ella toda la noche. En vez de dormir, yo observaba cómo goteaba, imagínate.

El doctor Phillips no le tenía miedo a nada. Pude ver en sus ojos

mirando fijamente los míos que no me tenía miedo, no como la enfermera que siempre mantenía un brazo detrás de su espalda, y la otra enfermera, que miraba a la puerta siempre que entraba en una habitación en la que estaba yo. Es algo terrible que la gente te tenga miedo, Elijah. Hace que todo parezca aterrador.

—¿Cómo va, Deborah? —Él tenía sus piernas largas cruzadas delante de mí y pude adivinar por sus calcetines desparejados y zapatos de puntas peladas que no estaba casado. Eso o su mujer era descuidada. Pensé en Akpan, que siempre tenía los calcetines en orden. Son extrañas las cosas que recuerdas.

Sonreí de la forma más normal posible. ¿Cómo iba a decirle que me quería morir, que te habían apartado de mí?

—Bien —contesté—. Estoy mucho mejor, gracias. ¿Ahora puedo ver a mi hijo Elijah, por favor?

Contuve la respiración, pero la cara del médico me lo dijo todo. Descruzó las piernas y se enderezó en la silla. Había un montón de apuntes en una mesita a su lado: mis apuntes. Distinguí mi nombre, aunque tenía los ojos borrosos por las pastillas, la cabeza llena de bruma. Los apuntes parecían demasiado grandes, se salían de la carpeta.

—Deborah, la enfermedad mental no debería ser distinta de la física. Piensa en ello como una mala rotura en el brazo. Harán falta médicos y medicinas, y quizás mucho tiempo para tratarla, pero al final tu brazo funcionará como hacía antes. Con el tiempo, con suerte, serás capaz de hacer todas las cosas que hacías. Pero tengo que decirte, Deborah... —Se sentó hacia delante y puso el brazo sobre el mío. ¿Era ese el que estaba roto? No lo notaba roto. Lo notaba bien. Lo moví de repente y abrí y cerré la mano. Notaba la mano más grande, casi gigante, como si fuese la mano de otra persona. Eso me hizo sonreír repentinamente, y después preguntarme por qué sonreía.

En Nigeria, no importaba si estabas loco por tristeza o por espíritus malignos o por marihuana. Loco era loco. Estaría en el Centro para Personas sin Recursos Mentalmente Enfermas, si era afortunada. O, si no, andaría caminando por el cruce de la carretera con las piernas cubiertas de meado, un zapato sí, un zapato no.

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Deborah? Tienes una

enfermedad grave. Pero hay tratamiento.

—¿Estoy enferma? —Levanté el brazo arriba y abajo. Mi brazo flotaba alejándose de mí.

—Sí, Deborah. Estás muy mal. Creemos que tienes una enfermedad bastante grave que te hace oír voces. Te hace creer cosas que no son reales.

Me dio pánico, Elijah, que este extraño pudiese saber mis pensamientos. ¿Sabía lo del coche rojo? ¿Lo que había dentro?

—Las voces son reales —contesté—. Puedo oírlas muy claramente. No soy una loca. Tengo un don espiritual. Mi marido me lo dijo hace mucho tiempo. —La bruma se levantó lo bastante para ver tu cara, Elijah, cubierta de sangre, un dormitorio lleno de hombres echados encima, y el zapato negro de Akpan. Sollocé.

—Nunca usamos esa palabra: loca. Una de cada tres personas sufre alguna enfermedad mental en algún momento. Y sé que en Nigeria las cosas son muy distintas. Pero aquí, en el Reino Unido, tendrás acceso a un tratamiento apropiado en este hospital y, cuando estés estable, podrán cuidarte en la comunidad. Llevas sufriendo mucho tiempo, Deborah, y ahora que sabemos cuál es el problema podemos ayudarte para que te recuperes. Las medicinas que usamos son muy efectivas, esperamos no tardar mucho en estabilizarte.

Miré a mi alrededor en la habitación. Si estuviese en casa, en Nigeria, no me habrían dado un diagnóstico oficial de nada. Me habrían llevado al Centro para Personas sin Recursos Mentalmente Enfermas, donde mis hermanas habrían venido todos los días para lavarme y refrescarme el pelo. Ahí, en aquel lugar, las únicas personas que me hablaban eran la chica que no comía y Miriam, que había tomado tantas drogas que sus ojos no miraban en la misma dirección. El doctor tenía las cejas levantadas, esperando a que yo hablase.

—Gracias, doctor —dije. Pero no lo creí ni un poco. No era una enfermedad mental lo que causaba las voces. Yo tenía un don espiritual. Era la voz del demonio, y a veces la de Dios. El propio Akpan me lo dijo. Yo tenía un don que estaban intentando destruir. Estaba sufriendo un ataque espiritual.

Me acordé de tío pastor y de todo en lo que creíamos. Este médico estaba demente. Pero yo podía hacer mi papel, Elijah. Era una mujer

inteligente, incluso con mi desequilibrio. Y sabía que, para volver a tenerte conmigo, haría cualquier cosa.

Pero de pronto pensé algo. Si me daban medicinas para detener las voces, ¿cómo iba a protegerte? ¿Cómo podría proteger a mi propio hijo si no podía oír cómo me hablaba el brujo maligno? El brujo seguramente te mataría..., me arrebataría a mi hijo para siempre. ¿Había funcionado? ¿Había sacado al brujo con el destornillador? Nunca lo sabría a menos que oyese esas voces. Las voces tranquilas, susurrando. La voz de Dios. Entonces de repente supe qué hacer.

Tendría que ser muy cuidadosa. Haría todo lo que me dijese en esa prisión. Tomar las pastillas. Hablar. Hablarle a Miriam sobre su propio país. Ignorar a la muchacha pájaro cuando la hacían tumbarse. Haría cualquier cosa para salvarte. Cualquier cosa.

Por la noche, pude oír a la mujer-pájaro esperar hasta que el personal la hizo tumbarse, y después dar un estirón y toser, y dejar caer su leche amarga al suelo debajo de la cama. Después de eso, se metió los dedos en la boca y vomitó encima de la funda de su almohada. No era muy hábil vomitando. Las mujeres de la iglesia habrían sido capaces de vomitar solo con pensar en ello, sin necesidad de los dedos. Podrían enseñarle un par de cosas. Rebekah se habría caído al suelo de la risa.

— ¿Estás despierta? — Miriam estaba junto a mi cama. Pude oler sus axilas sin lavar. Cerré los ojos con fuerza y fingí. Me estaba volviendo buena en lo relativo a fingir. Pensé en ti cada segundo—. ¡Chss! ¡Chss! ¿Hermana, estás despierta?

De repente, se metió en la cama conmigo y se apretó contra mi cuerpo. Me incorporé y me aparté.

— ¡Fuera! — susurré—. ¿Qué estás haciendo?

Pero entonces vi que tenía la cara llena de lágrimas.

— Lo siento — murmuró—. Solo es que no puedo dormir. No puedo. De verdad, necesito tomarme mi medicina. En la calle, quiero decir; la medicina me ayuda. La mierda de aquí no ayuda. Me están matando.

Miré hacia la puerta. Pensé en llamar a una enfermera, pero algo en la cara de Miriam me detuvo. Me percaté por primera vez de lo joven que era. Lo rota que estaba.

— ¿Qué pasa? ¿Qué quieres que haga? Vuelve a tu cama, chica tonta. Vete.

Negó con la cabeza muy deprisa.

—No puedo. Me están matando. Déjame dormir contigo. Por favor. Sé que moriré si me quedo sola. Necesito mi medicina. —Se había hecho arañazos en la piel y sangraba, gotitas diminutas sobre las sábanas blancas.

—Ya tengo bastantes problemas —contesté—. Vuelve a tu cama.

No le hablé de ti. No le hablé de ti a ninguna de las otras mujeres. No quería que dijese tu nombre con sus bocas.

Pero algo me detuvo y no empujé a Miriam para sacarla de la cama, Elijah. Tal vez fue la forma en que parecía tan asustada. O tal vez la forma en que yo misma estaba tan asustada. En cualquier caso, durmió en mi cama esa noche y todas las noches desde entonces. Cuando las enfermeras habían hecho su ronda de las doce en punto, cruzaba la habitación a hurtadillas y se metía, y yo me hacía a un lado, aguantando el olor de las axilas sin lavar y el aliento terrible. Y unas pocas noches después de aquello, la chica pájaro se metió en la cama con nosotras dos, tumbándose a mi lado, tan diminuta y frágil que no me atreví a moverme por si la aplastaba. Dábamos vueltas y nos girábamos, las tres. No éramos un grupo de hermanas bien avenidas, pero con todo, por un tiempo breve, no estuvimos tan solas.

## Treinta y nueve

Aunque las cosas estaban mejorando, era difícil no observar a Elijah, estudiarlo a él, a su comportamiento, analizar todo demasiado. Nikki tenía que obligar a sus ojos a apartar la mirada, hacer que se concentrara en el reloj o la ventana.

Y Elijah levantaba la vista con ojos tristes, amables. Cuando estaban Abuelo y Jasmin y Chanel era mejor, y casi parecía que todo volvía a ser normal, pero cuando solo estaban ellos tres todo seguía demasiado silencioso. Obi estaba haciendo un gran esfuerzo, pero un par de noches Nikki se despertó y encontró la cama vacía a su lado, y a Obi escudriñando sus papeles en la cocina. Una vez, incluso fingió no oírla cuando ella le dijo que volviese a la cama. Y Elijah había cambiado demasiado. Nikki empezó a sentir pánico. Había mantenido sus emociones a raya hasta el momento, pero ahora formaban una espiral que se alejaba de ella.

—Voy a casa de Chanel, pero no tardaré. ¿Jugamos a algo más tarde? —les dijo a los dos, padre e hijo, sentados juntos, pero no cerca—. ¿Qué tal Quién es Quién?

—Sí, por favor —susurró Elijah. Su voz sonó muy pequeña. Miró la barriga de Nikki y después volvió a mirarla a los ojos. Ella quiso levantarlo en brazos y susurrarle al oído que lo quería, pero él parecía estar lejos. Su tranquilidad la asustaba.

Nikki salió; Chanel la estaba esperando.

—¿Dónde está Jasmin?

—Tiene una cita para jugar. Vamos.

Chanel lleva un pijama con el dibujo de una cereza en la parte delantera y letras debajo, que decían: «Muérdeme». Nikki sonrió, a

pesar de sí misma. Siguió a Chanel para subir a su piso, donde se sentaron una junto a la otra en el sofá.

— ¿Cómo va?

Nikki abrió la boca para hablar, pero todo lo que salió fue un sollozo gigante. Chanel se arrimó rápidamente, rodeó a Nikki con los brazos, la abrazó. La dejó llorar y llorar. Chanel olía a tabaco.

— ¿Ya, mi amor? ¿Ya?

— Me apetece un cigarrillo — contestó Nikki, despegándose de Chanel.

— ¿Qué? ¡Santurrona! ¡No has fumado en tu vida! — Se rio—. Y no creo que este sea el momento adecuado para empezar... — Chanel señaló hacia la barriga de Nikki.

— No importaría, de todos modos — sollozó Nikki—. Probablemente todavía la perderé, como perdí a todos los otros bebés. Chanel la abrazó tan fuerte que apenas pudo respirar.

— Venga, vamos, ahora. Sácalo todo.

Nikki se reclinó.

— Quiero decir, nada es igual. Nada. Obi está preocupado constantemente y antes siempre estaba muy seguro de todo. Si Obi no está seguro, entonces yo no me siento segura. Ya ni siquiera lee sus libros. Y Elijah parece tan triste, tan preocupado y callado.

Chanel asintió.

— Por lo que ha vivido, Chanel, podría no recuperarse nunca por completo. Podríamos no hacerle feliz nunca. Siento tal fracaso... hacia Obi, hacia el bebé, hacia Elijah. ¿Cómo puedo considerarme una madre?

Chanel resopló, y se llevó la mano a la boca.

Nikki dejó de llorar.

— ¿Estás...? ¿Estás riéndote de mí? ¿De verdad? ¿Te estás riendo? Porque, si crees que es divertido...

Chanel paró de reírse.

— Siempre «pobre Nikki». Pobre Nikki esto, pobre Nikki lo otro. Estoy harta.

Nikki se enderezó. Empezó a levantarse.

— Entonces me voy, ¿vale?

Chanel tiró de ella para que volviera a sentarse en el sofá.

—Siéntate. Escucha por una vez.

Nikki se sentó y miró a Chanel.

—Eres la mejor madre que conozco —dijo—. Jasmin daría lo que fuera por tener una mamá como tú. La mejor. Cualquiera niño tendría suerte de tenerte, pero Elijah no solo tuvo suerte. Él te necesitaba. Bueno, no creo en Dios ni todas esas gilipolleces, pero te digo que la única madre que conozco que podría quererlo tanto como tú, eres tú. Y sé lo mucho que lo quieres cada vez que menciono su nombre. La forma en la que lo miras... Deseo, deseo por un segundo poder mirar a Jas de esa manera. Y ella también lo desea. Y esta niña nacerá, y esta niña estará bien. Simplemente lo sé. Así que cálmate. Deja de sentir pena por ti misma. Tienes todo lo que siempre quisiste, ¿y qué importa si hubo un problema pasajero? Eres una tía con suerte.

Nikki se quedó con la boca abierta. No tenía palabras para contestar a Chanel. Ninguna. Se quedó sentada y callada unos minutos.

Chanel se acercó a Nikki y la rodeó con los brazos. Le acarició el pelo.

—Y, en cuanto a Obi, a Obi le encanta ir a la guerra, pero este terreno es nuevo para él, y para todos nosotros. Pero os queréis, y queréis a esta niña. Al final irá bien, espera y verás.

Nikki cerró los ojos, dejó que Chanel la abrazase.

Chanel le susurró al oído:

—No la perderás. Ya estás de siete meses. No perderás a esta. Lo prometo. —Apartó la cabeza y respiró hondo—. Ahora los médicos saben lo que hacen.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Nikki.

—Lo sé; sí, hay mucho en juego, pero no creo que no puedas con ello. Mira cómo has sobrellevado lo que pasó. Miles habrían abandonado, pero tú y Obi no. Y Elijah no. Él también es fuerte, ¿sabes? ¿Te acuerdas cuando éramos pequeñas y te caíste de lo alto de aquel juego de trepar?

Nikki asintió. Todavía estaba asimilando las palabras de Chanel.

—Les diste un susto de muerte a las señoras que servían la comida en el comedor de la escuela —murmuró—. Dios, estaba muy alto. Y literalmente aterrizaste de cabeza. Lo recuerdo como si fuese ayer. Y



tú, sin más, te pusiste en pie, sin una sola lágrima, te diste la vuelta con la nariz levantada, y volviste a trepar.

Nikki se acordaba. Fue un día frío, y los hierros del juego de trepar le dejaron los dedos entumecidos.

—Yo estaba de pie justo al lado de la señora que te vio caer y después levantarte, te miró y les dijo a las demás: «Realmente está hecha de un material fuerte. Esa niña no deja que nada la sacuda». — Chanel besó a Nikki en la mejilla—. Vete a casa —susurró—. Sé una mamá. Sé feliz.

Los días siguientes, Nikki oía las palabras de Chanel adonde quiera que fuese. Incluso soñaba con ellas. Chanel tenía razón, por supuesto. Su hermana se equivocaba a menudo, pero tenía razón en las cosas importantes, especialmente en lo mucho que Nikki quería a Elijah. Se permitió empezar a sentirse afortunada de nuevo, por ser su mamá, por ser una familia. Se sintió más segura de sí misma.

—Elijah, deja de pellizcarte la nariz —susurró Nikki—. Se te irritará mucho.

Él había empezado a hacer eso otra vez. Estaba muy callado y no dejaba de cerrar los ojos como si estuviese muy lejos.

—De acuerdo, mamá.

Ella lo besó en la cabeza.

—Echas mucho de menos a tu Mama, ¿verdad? —le preguntó.

Elijah la miró a los ojos. No movió ni un músculo pero los ojos se le llenaron de lágrimas. Parecía sorprendido.

—Está bien que hables de ella, ¿sabes? Solías hablar de ella a veces. Puedes hablar de todo conmigo o con Obi, porque somos tus padres para siempre. Y nuestro trabajo es que estés seguro, siempre.

Elijah sonrió. Dejó caer la mano en la de ella. Estaban en el salón con Obi y era última hora de la tarde. Ricardo había llamado por teléfono y había concertado una reunión para el día siguiente. Elijah se había estado pellizcando la nariz, pero parecía estar mejorando de manera leve, aunque la mayor parte del tiempo se quedaba sentado, inusualmente callado.

Nikki hizo que su voz sonase más ligera.

—¿Empezamos otro libro esta noche? Ya hemos terminado *La isla del tesoro*.

—Eso estaría muy bien. Gracias.

—*La isla del tesoro* es una de las pocas novelas que he leído hasta el final —habló Obi—. Pero prefiero la no ficción. Cuando seas un poco más mayor, empezaré a leerte alguno de mis artículos de investigación.

—Obi se rio—. No necesitas piratas si tienes el *New Law Journal*.

Nikki se dio cuenta de que Elijah no se rio con Obi.

Cuando arropó a Elijah aquella noche, le besó las mejillas y se cogió de las manos por debajo de la espalda del niño.

—Ahora estamos entrelazados —dijo Nikki.

Él sonrió.

—Puedes acurrucarte en mi cama, si quieres.

Nikki se tumbó a su lado.

—¡Por supuesto! —El cuerpo del niño estaba muy tibio. Ella lo abrazó fuerte y tarareó unas nanas. Él no cerró los ojos en absoluto—. ¿No estás cansado? —preguntó.

—Esta noche no —contestó. Se giró para ponerse frente a ella y le colocó las manos sobre la barriga—. Siento lo que hice —susurró—. Lo siento mucho.

—Vamos a estar bien —contestó Nikki, besándole las manos y después la cabeza, dándose unos golpecitos en la tripa—. Todos nosotros.

Elijah le subió la camiseta a Nikki. Su piel era de un blanco fantasmagórico a la luz de la lámpara, la piel de su barriga se estiraba y cambiaba de forma. Elijah se frotó las manos y sopló en ellas. Después las puso con delicadeza sobre la barriga de Nikki y apoyó encima la mejilla, cerró los ojos y Nikki observó cómo su barriga hacía que subiera y bajara, cada vez que respiraba, la cara de su hijo. No podía adivinar qué estaba pensando él. Sus ojos parecían distintos. Tristes, pero ya no asustados. Cualquier pensamiento extraño que hubiese entrado en su cabeza, cualquier recuerdo que le hubiese hecho atacarla, se había ido de su mirada. Debía de haberlo afrontado. Fue

una explosión repentina de todo lo que le había ocurrido, y ahora había calma sobre la que construir.

—Lo siento —le susurró Elijah a la piel de Nikki—. El bebé está a salvo ahora, ¿verdad?

A Nikki le brillaron los ojos.

—Ella está bien —susurró.

Después Elijah miró a Nikki muy de cerca.

—¿Qué haces?

—Estoy mirándote las pecas. Tienes muchas y eso es verdaderamente una suerte.

Nikki se rio. Cerró los ojos, e intentó guardar ese momento en el fondo del corazón.

## Cuarenta

Elijah:

El tiempo pasaba y yo estaba ganando. Sonreía y sonreía. Planeaba salir lo más rápido posible y localizarte, encontrarte y rescatarte. Me aseguraría de que el brujo hubiese salido de tu cuerpo y no regresase jamás. Quería mandarle una carta al obispo, pero no había forma de enviar cartas sin que las enfermeras comprobasen todos los detalles y, para seguir la corriente, fingí ser obediente. Cuando me pusieron un camisón especial y me hicieron firmar un formulario, en realidad no escuché las palabras que dijeron: «Afectando a la memoria reciente...». Simplemente asentí y sonreí. Me llevaron a una habitación pequeña y me colocaron unas pegatinas a los lados de la cabeza. Realmente no entendí qué estaba pasando.

La primera pegatina la pegaron en la sien y la segunda en la frente. Las pegatinas eran pequeñas, y olían a algo parecido a las toallitas de limpieza Flash. Estaban conectadas a una máquina de pequeño tamaño que una enfermera había tapado con una toalla. Había dos médicos en la habitación y me hablaban como si no pudieran verme allí tumbada.

Me clavaron una aguja en el brazo y los médicos dejaron de hablar. Pusieron cerca de mi boca una mascarilla que me soplabá un aire frío de olor asqueroso. Una enfermera me apretó la mano.

—Primero, te dormirán y te suministrarán un medicamento para que tu cuerpo deje de moverse por completo. Después te darán el tratamiento y te despertaremos en unos diez minutos, ¿de acuerdo?

Cerré los ojos, preparada. No me importaba lo que me hiciesen, Elijah. Cerré los ojos e imaginé un sueño profundo sin sueños.

Imaginé tu hermosa cara y tus ojos marrones, y sentí la frialdad subirme por el brazo, y después no hubo nada.

Cuando me desperté, mi cuerpo estaba demasiado quieto. Moví los dedos despacio y abrí los ojos. La habitación parecía la misma, pero algo no estaba bien. Los médicos seguían hablando y la enfermera seguía cogiéndome de la mano, pero sentí algo malo en mi corazón, espesándome la sangre. Volví a cerrar los ojos para buscar tu cara, pero de repente me di cuenta de que te habías ido. ¡Elijah! Busqué en mi interior, mi mente corría sobre los recuerdos como si fuesen piedras calientes, y no había nada. ¡El lugar donde guardaba tus imágenes en mi cabeza estaba vacío! ¡Te habías ido! Busqué en mi mente, mis pensamientos y mi cabeza, pero no estabas allí.

—Elijah —susurré—. ¡Elijah!

Pero te habías ido de mi interior. Por primera vez desde que naciste, sentí un vacío en mi corazón más grande que el cielo. Más grande que nada. Me engulló. Grité. Lloré y lloré. Te habían arrebatado de mí otra vez. Elijah, mi hijo, mi pequeño Nigeria. Nada volvería a ser igual. Estaba rota en pedazos y tú te habías ido. Mi amor, mi corazón, mi centro. Elijah, Inglaterra te arrancó de mí, mi pequeño Elijah. Mi pequeño Nigeria.

## Cuarenta y uno

Elijah abrió los ojos y no parpadeó. En su habitación vio la cornamenta que Abuelo había colgado de la pared, creando formas en la oscuridad como un centenar de cuchillos diminutos cortando su habitación en trocitos, el mundo en trocitos. Era tarde. Podía oír el ronquido suave de papá y a mamá refunfuñando en sueños cada cierto tiempo, que era algo que solo hacía desde que ocurrió aquello.

Desde que el brujo intentó hacerle daño a su bebé.

A su hermanita.

Dijeron que el brujo era algo que había soñado Mama y, como estaba enferma de la cabeza, no sabía diferenciar. Pero ¿cómo pudo entrar en la cabeza de Elijah el sueño de Mama? Y ahora le decían que Mama lo había herido gravemente. Cada vez que cerraba los ojos, se acordaba y quería arrancarlo de su memoria, pero no podía. Estaba esperándolo allí, como un lobo bajo un árbol. Tenía que darle sentido.

—Hay un brujo —dijo en voz alta—. Tiene que haberlo.

Pero no notaba nada en absoluto. Tenía que haber un brujo. Si no había brujo, entonces él le había hecho daño a mamá. Le había hecho daño a su hermana. Y él nunca le habría hecho daño a mamá, ni a su hermana. Solo podía haber sido el brujo. Mama: el brujo era real porque Mama lo quería. Y si no había brujo, entonces Mama le hizo daño a él sin motivo.

Si no había brujo entonces Mama no lo quería en absoluto.

Solo estaba seguro de dos cosas:

Los brujos eran reales.

Y Mama lo quería.

Notó un dolor tan agudo en el hombro que los llamó en voz alta,

pero no apareció nadie; los ronquidos continuaron. Observó el polvo mágico juntándose en el aire. Supo lo que tenía que hacer.

Elijah estiró un pie, luego el otro. Apartó el edredón y se levantó en la oscuridad. Caminó hasta la ventana y la abrió, dejando que el aire fresco le llegase a la cara. Era una noche perfecta. Las estrellas brillaban bastante y encontró muy rápido la mejor, a la que Mama seguramente estaría mirando. Sus ojos en el mismo lugar. Pensó en Mama. Y en mamá y papá dormidos, con la bebé entre ellos.

Un destello en la acera de enfrente llamó la atención a Elijah, y se dio cuenta de que Jasmin estaba levantada y también estaba mirando por la ventana. Ella lo saludó y lanzó un destello con la linterna. Él no le devolvió el saludo, pero le alegraba que pudiese verlo. Una testigo para demostrar que Mama tenía razón. Para demostrar que siempre lo había querido. No pensó mucho en el después, en lo que podría pasar. Pero un revoloteo en el fondo del corazón se preguntó si sería posible, si sería posible que pudiera vivir otra vez con Mama cuando todos supieran la verdad. Mama y él podrían vivir cerca, o incluso compartir habitación en casa de mamá y papá, para que mamá y papá pudiesen ayudar con cosas como las cenas e ir al colegio, y Mama podría ayudar con los brujos y los rezos. Harían muy buen equipo.

Jasmin lanzó destellos con la linterna una y otra vez. Estaba usando el código especial y lanzó tres destellos rápidos y después uno lento. Él sabía que eso significaba que quería llamarle a la puerta por la mañana para ir juntos al colegio. Pero no había ningún código para lo que él quería responder: que los brujos eran reales y él lo demostraría. Un código para decirle que no se preocupase, y que él sabía qué hacer, que, al final, todo iría bien. Elijah dirigió la mirada hacia el pedazo de cielo. Pudo ver en él la cara de Mama, hermosa y suave. Se subió para sentarse en el alféizar y sacó los pies, dejando las piernas colgadas sobre el borde. Cerró los ojos y respiró el aire fresco. Hacía frío, pero dentro de su cuerpo sentía calor. Sabía que el brujo estaría dentro de él, aunque no pudiese sentirlo en absoluto. Se sentía vacío, hueco, como el interior de un árbol viejo. Había cuchillos en su cabeza e insectos arrastrándose. Pero no se preocupó. Estaba seguro de dos cosas:

El brujo era real.

Mama lo quería.

Abrió los ojos y miró hacia Jasmin, que estaba lanzando destellos y destellos, pero no era ningún código, solo destellos. Pudo ver que tenía la boca muy abierta y estaba dando golpes en su ventana. Tenía la mano abierta como una estrella de mar y la cara apretada contra el cristal. Estaba diciendo algo. Gritando. Vio encenderse la luz de la habitación de tía Chanel, y después se abrió la puerta de la habitación de Jasmin y tía Chanel entró corriendo. Tía Chanel corrió hacia la ventana. Se llevó la mano a la boca y salió a toda prisa de la habitación. Jasmin se quedó de pie contra el cristal, lanzando destellos con la linterna y gritando. Elijah sonrió. La cara de Jasmin era preciosa, incluso apretada contra el cristal. Su mejor amiga, rodeada por un mapa de todo el mundo que iba a ver. Levantó el pulgar, para demostrarle que estaba bien. Cogió un poco de luz de luna con la mano. Respiró el aire mágico.

Miró a Jasmin un rato largo. Desde el otro lado de la calle pudo ver que estaba llorando. Jasmin había dejado de gritar y estaba llorando. No levantó su pulgar para nada, pero levantó la linterna cerca de su cara y lanzó cinco destellos lentos: te quiero.

Elijah sintió que todo el cuerpo se le llenaba de calor. Inhaló aire frío y cerró los ojos, agarrándose con fuerza al alféizar. Oyó cómo se abría la puerta de su habitación, y oyó a papá gritar. Giró la cabeza deprisa para ver la fuerte cara nigeriana de papá. Elijah lo miró a los ojos.

—Papá —susurró, y sonrió con la sonrisa más grande que pudo.

Después se empujó para levantarse y saltar en un solo movimiento, hasta que estuvo lejos de la ventana y de la casa, y en el mismo cielo. Y entonces, voló.



## Cuarenta y dos

La Unidad de Cuidados Intensivos Pediátricos zumbaba y lanzaba pitidos y alarmas con sonidos chirriantes y enfermeras corriendo, yendo y viniendo de los espacios entre las camas. Había una fila de niños, más enfermos de lo que Nikki jamás podría haber imaginado, niños que parecían irreales, de plástico, con tubos metidos en sus bocas, narices, brazos y cuellos, rodeados de máquinas, bolsas de sangre y líquido, que Obi no dejaba de reparar con la mirada. Pero Nikki no podía dejar de escudriñar sus ojos, medio cerrados, las pestañas llenas de una especie de sustancia espesa, transparente, que podría ser vaselina, o podrían ser lágrimas tan frías que se habían helado.

—Están demasiado ocupados —dijo Abuelo, que estaba sentado al lado de Nikki, la mano de ella en la de él—. ¿Cuándo vendrán a vernos los médicos? Esta ronda de visitas está tardando mucho.

Nikki miró a Elijah. También sus ojos estaban congelados, medio cerrados, suspendidos en alguna parte... como el resto de él, como todos ellos..., entre la noche y el día, o la vida y la muerte. Ella deseaba que abriese los ojos y la mirase, y llorase lágrimas calientes. Un tubo le salía de la nariz y lo conectaba a un respirador que emitía ruidos de succión y después pitaba. Era bastante terapéutico el ruido de la máquina. En especial durante la noche anterior. Pasó la noche con la cabeza apoyada sobre un lado de la cama, doblada sobre tu barriga, a pesar de la insistencia de las enfermeras para que descansase.

—No quiero descansar —contestó.

Nikki no quería hacer nada más que estar junto a Elijah. El bebé le estaba apretando la vejiga; tuvo que obligarse a sí misma a ir al aseo, y volvió corriendo, echándose alcohol en gel en las manos por el

camino. No quería perder tiempo lavándose las manos en los lavabos. Y si... La idea era demasiado para soportarla. El bebé dio una patada dentro de ella, como si percibiese el ánimo de Nikki. Imposible, dijo Obi. Pero nada era imposible, pensó ella, mirando a Elijah. Su hermoso hijo, con los ojos pegados, medio cerrados, y tres tubos saliéndole del cuello que movían su sangre adentro y afuera, con una forma que le daba un aspecto de extraña flor exótica. Mi hijo.

—¿Es el mismo médico? —Abuelo le apretó la mano a Nikki y miró a Obi por encima del hombro de ella. Obi fluctuaba entre esperar junto a la cama y pasearse por los pasillos afuera, con la cara hinchada de llorar—. Era amable.

—Todos están siendo muy amables —susurró Obi—. Ese es su trabajo. Pero me gustó el que fue realmente sincero. —Giró la cabeza.

Nikki se había dado cuenta de que no podía mirar a su padre, o a ella. Era como si se hubiese metido en una burbuja. Alargó la mano por detrás y le tocó el brazo, tirando de él para que se girase hacia ella.

—Lo siento —susurró Obi—. Lo siento por todo.

Nikki lo miró.

—Puedes cogerle la mano si quieres —dijo—. Podría ser capaz de oírnos.

En lugar de apartarse, como Nikki pensó que haría, Obi se inclinó hacia ella.

—¿Crees que puede oírnos?

Nikki se giró. Ver llorar a Obi era casi la peor parte. Su rostro ya había cedido; era un rostro distinto, uno que no podía arreglarlo todo, que a veces entendía mal las cosas. Muy mal.

—Ricardo me dio las cartas escritas para Elijah. Me dijo que leyésemos la última, si teníamos ocasión.

Nikki soltó la mano de Abuelo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué cartas?

—Las cartas de ella..., de Deborah. Le ha estado escribiendo todo este tiempo. Ricardo las guardaba. Las cartas —dijo Obi—. Oh, Nik, las cartas...

Nikki miró a Elijah y escuchó los ruidos de succión del ventilador, y miró el monitor encima de él, con las ondas. Volvió a mirarle la cara, su piel suave, la forma de su oreja.

—No quiero verlas —susurró Nikki.

Se oyó el zumbido de la puerta junto al box, y aparecieron Chanel y Jasmin. Chanel llevaba, por primera vez desde que eran adultas, una camisa blanca y unos vaqueros (sin agujeros) y zapatillas de deporte. Tenía la cara demacrada y gris, la zona debajo de sus ojos casi hundida. Nikki se dio cuenta de que no llevaba nada de maquillaje. Ni una pizca.

Jasmin estaba de pie a su lado, con la coleta totalmente quieta mientras miraba a Elijah.

—¿Por qué lo han convertido en un robot? —preguntó. Y después empezó a llorar. Chanel la abrazó.

—Lo vi saltar —siguió Jasmin—, e intenté lanzar destellos con la linterna y decirle que en realidad no podía volar, no de verdad, como no es verdad que yo me vaya a América, no de verdad, pero él no me escuchó; solo saltó por la ventana y lo vi caer —sollozó—. Mami, lo vi. En realidad no me voy a América, mami, ¿verdad? No quiero ir a América, mami; quiero quedarme contigo...

—Chss. —Chanel hizo callar a Jasmin tocándole la cabeza, acercó a la niña con suavidad y la besó—. No vas a ninguna parte, cariño. Nunca. Venga, Jasmin. Vamos a saludar a Elijah y después iremos a por una taza de té. ¿De acuerdo?

Jasmin fue hacia el otro lado de la cama, ignorando a la enfermera que estaba inyectando algo en una bolsa de líquido. Se inclinó sobre Elijah y lo besó en la mejilla.

—Iba en serio lo que dije con la antorcha —dijo entre sollozos—. Eres mi mejor amigo.

Chanel la llevó de nuevo hasta la puerta, donde ella se giró y miró a Nikki, y se puso la mano sobre el corazón, antes de abrir la puerta y hacer salir a Jasmin.

Abuelo miró a la enfermera. Otra enfermera se había acercado, las alarmas estaban pitando en el monitor de Elijah y la gente se apresuraba.

—Creo que os dejaré a ambos para que tengáis algo de tiempo —le dijo a Nikki—. Pero primero necesito hablar contigo. —La miró—. Elijah necesita oír esas cartas —dijo—. No cree que su madre lo quisiera. Por eso saltó. Estaba intentando demostrar que había un

brujo dentro de él. Me dijo que quería demostrarlo. —Se le quebraba la voz—. Debería haber dicho algo, pararlo...

—No podías haber sabido lo que estaba pensando —contestó Nikki—. Ninguno de nosotros pudo.

Abuelo se sentó al borde de la cama, ignorando todo el ajetreo a su alrededor. Cogió la mano de Elijah, con cuidado para no mover los tubos que salían de ella.

—Eres el mejor nieto que un hombre podría pedir —dijo. Empezó a llorar—. Y quiero que sepas que tenías razón todo el tiempo. Los brujos son reales —susurró—. ¡Por supuesto que los brujos son reales! Pero no te preocupes, pequeño Elijah. Ahora el brujo se ha ido. —Se inclinó y besó a Elijah en la frente, en el punto en el que la venda se encontraba con su piel—. Ahora el brujo se ha ido.

Abuelo besó a Nikki al salir y puso la mano sobre el hombro de Obi, después dejó la sala sin mirar atrás.

Obi le cogió la mano a Nikki y la apretó. Sonrió, le besó las lágrimas. Nikki miró las cartas que él sacó del bolsillo de su chaqueta, y asintió.

Obi empezó a leer, con la voz clara y entera, más fuerte que las alarmas, más fuerte que las máquinas:

*Elijah, esta será mi última carta. Necesito ir a casa. Quiero estar cerca de mi familia y sentir el sol en mi cara, oler el aire abrasador y caminar descalza sobre cálida tierra roja. Quiero sentir mi corazón hincharse con la música de tu Baba y cantar con las palabras de tío pastor.*

*Quiero que hagas algunas cosas por mí, Elijah.*

Obi se paró y se sorbió la nariz. Nikki se inclinó más cerca de él para ver la carta. Apoyó la cabeza en el hombro fuerte de Obi. Quiso ver la letra de Deborah. Nikki dio un grito ahogado.

Las palabras que Obi leía estaban ahí delante de ellos, pero estaban rodeadas de garabatos y dibujos de caras demoníacas, ojos penetrantes. La respiración de Nikki se ralentizó hasta casi desaparecer. Todo el borde de la página era un desorden de líneas y

cuadrados, dibujos horribles hechos con bolígrafo..., usado con tanta fuerza que el papel se había rasgado en algunas partes. A Nikki le impresionó ver los dibujos de Deborah. Le hizo pensar lo difícil que debió de haber sido sacar las frases bellas, forzar a las palabras importantes a mantenerse firmes. Nikki centró la mirada en la frase en medio de la página:

*Necesito ir a casa.*

Obi miró a Nikki. La besó en la nariz, después en la mejilla, y tiró de ella para acercársela más. Y, con la otra mano, bajó la carta y empezó a leer de nuevo, con palabras fuertes, ciertas y seguras, y tan cariñosas..., las palabras más cariñosas que había dicho nunca, llenas de emoción y amor, y Nikki amó a Obi en ese momento más de lo que jamás lo había amado.

Nikki se agachó y colocó la mejilla junto a la de Elijah. Le respiró, susurró «Te querré siempre», cerró los ojos y dejó de oír todas las alarmas y pitidos. Solo oyó el sonido de Elijah dentro de su corazón, diciéndole que le encantaban los perros y riendo como debería hacer un niño, y la voz de Obi leyéndole a su hijo:

*Quiero que visites Nigeria alguna vez, y busques a tu familia.*

*Quiero que seas un buen hijo para tu nueva mamá y tu nuevo papá, como lo fuiste para mí y Baba. Y que crezcas seguro y alto y feliz. Porque eso me hará sentirme más orgullosa de ti que cualquier mujer que haya existido jamás. Ven a buscarme algún día, Elijah. Búscame en el lugar donde las mujeres son reyes, y donde miraremos juntos las estrellas y me lo contarás todo. Yo te contaré todo acerca de lo mucho que eres amado.*

*Te estaré esperando allí.*

*Deborah*

Se oyeron pasos que corrían y máquinas encendiéndose, y alguien gritando, y moviéndose delante de Elijah.

— ¿Qué pasa? — Nikki abrió los ojos, se enderezó.

Los números en el ordenador estaban cambiando. Todo pitaba con un sonido agudo. Un médico y dos enfermeras estaban junto a la cama. Una de ellas corrió la cortina alrededor del box. Entraron un carrito rojo, con cajones diminutos. Encima había una bandeja de cartón, sobre la que una enfermera puso unas jeringuillas, que llevaban pegadas unas etiquetas brillantes. Apareció una bolsa de líquido, una caja con las palabras «Sangre universal». Sacaron un cajón de la bandeja roja; dentro había una cuchilla con mango verde, y tubos largos y delgados de plástico. Pusieron sobre la almohada de Elijah una bolsa gris conectada al oxígeno, y una enfermera le quitó el ventilador y le conectó a la bolsa verde. El pecho de Elijah borbotaba. Todo emitía señal de alarma. Una enfermera apartó las sábanas y pegó electrodos sobre la piel de Elijah, después le conectó a otra máquina, la encendió. Nikki vio el patrón del latido de Elijah en la máquina: el patrón estaba cambiando, las líneas garrapatosas se volvían más planas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nikki. Estaban dentro de la zona de la cortina.

—¿Quieren quedarse? —preguntó una enfermera.

Nikki asintió. Miró a Obi y buscó algo en su cara que le dijese que de alguna forma todo iría bien. Creyó oír el llanto de un bebé.

—¿Qué está pasando?

Las enfermeras se miraron unas a otras. Estaban hojeando rápidamente sus notas, mirando las alarmas, poniéndose delantales y guantes. La enfermera con la bolsa verde metió un tubo largo y delgado por el tubo para respirar de Elijah, y succionó líquido. Volvió a colocar la máquina respiradora. Nikki pudo ver la silueta de más enfermeras y otro médico apareciendo detrás de la cortina. Pudo ver que una de ellas cogía el teléfono y otra pulsaba un timbre rojo de emergencia. El tiempo se ralentizó.

Una de las enfermeras estaba de pie, inclinada sobre Elijah al otro extremo de la cama.

—El corazón de Elijah no está bombeando adecuadamente —dijo—. Se está ralentizando y le estamos suministrando algunos medicamentos para intentar darle más velocidad, ¿de acuerdo?

Obi tiró de Nikki hacia él. La sujetó tan cerca que ella apenas podía respirar. Después la soltó y movió sus sillas unos centímetros más

adelante, justo al lado de la cama de Elijah, y los dos le tocaron. Elijah, ceroso y gris, con el pecho que se le levantaba mucho, de modo artificial, con cada aliento. La forma de sus cejas, sus pestañas rizadas, labios perfectos. Nikki miró a su hijo. La enfermera le estaba poniendo una inyección de algo en una de las vías que Elijah tenía en el cuello. Después la línea del monitor se allanó. La enfermera apretó los dedos contra el cuello de Elijah. Nikki quiso apartarla y gritar

— ¡Está en parada! — La enfermera se pegó al lateral de la cama y, con una mano, empezó a empujar fuerte hacia abajo sobre el pecho de Elijah.

Nikki gritó. Otra enfermera se puso a su lado y la ayudó a levantarse de la silla, después apartó las sillas hacia atrás.

— Pueden quedarse si lo prefieren — dijo —. El corazón de Elijah se ha parado y estamos intentando ponerlo de nuevo en funcionamiento. Habrá mucha gente moviéndose con prisa por aquí, pero pueden estar con él. Si quieren.

Nikki miró a Obi. Él tenía la cara mojada por las lágrimas. Entró un médico y empezó a inyectar algún otro medicamento en el cuello de Elijah. Otra enfermera estaba de pie por encima del cuerpo de Elijah y le metía a presión una bolsa de sangre.

Nikki no quería verlo. Quería cerrar los ojos y no ver jamás a su hijo apretado hacia abajo sobre la cama con tanta fuerza, oyendo el sonido de sus huesos al crujir bajo el peso de la mano de la enfermera. No quería ver cómo le metían sangre a presión en su pequeño cuerpo. No quería ver la cara de Obi empapada en lágrimas. Pero caminó hacia delante de todos modos, tiró de Obi para que fuese con ella, alargó la mano y cogió la de Elijah.

Estaba fría. Muy fría.

Observó cómo la piel de Elijah relucía, brillante, después se apagaba: una vela que se apagaba en la oscuridad.

— No me arrepiento — dijo Nikki —. Ni siquiera ahora. No lamento ni un segundo de todo. — Miró la cara de Obi —. No lo siento en absoluto — susurró.

Nikki sujetó la mano fría de Elijah y la levantó, le besó. Le dijo en su corazón que lo quería, y siempre lo haría, y entendió. Nikki entendió. Miró la pequeña mano de Elijah en la suya, estudió las

líneas de su palma, la forma de cada uno de sus dedos, sus uñas cortas, medio mordidas.

Las enfermeras y los médicos alrededor de la cama estaban empezando a mirarse unos a otros.

—No hay cambio —dijeron.

La enfermera que estaba al lado de Nikki le puso el brazo encima del hombro.

—Estamos haciendo todo lo posible, pero el corazón de Elijah no responde al tratamiento —dijo.

«Tiene el corazón roto», pensó Nikki. Lo miró, apartando de la mente a todo el personal médico. Jamás había visto una cara tan hermosa. Por algún motivo, la cicatriz casi había desaparecido y su piel se veía perfectamente lisa, intacta, fresca y nueva. Obi exhaló a su lado. Ella pensó en los ojos bien abiertos y tiernos de Elijah, su bondad, su mano en la de ella.

—Fue nuestro por un tiempo, ¿verdad? —susurró.

—¿Está todo el mundo de acuerdo? —El médico que sujetaba la bolsa verde de oxígeno miró a todo el mundo a la cara, la desconectó; la enfermera que apretaba el pecho de Elijah dejó de mover la mano, la apoyó sobre su corazón, miró a Nikki y a Obi.

Obi emitió un sonido que surgió de algún lugar en lo más profundo de su interior. Nikki no hizo sonido alguno. Se fueron, uno a uno, hasta que solo quedó una enfermera. Subió la sábana hasta la cara de Elijah.

—Voy a dejaros tener un rato —dijo—. Pero estaré ahí detrás.

Se fue y volvió a rodearlos con la cortina. Nikki no se movió. Obi lloró. Después ella se subió a la cama, al lado de Elijah, y se metió debajo de la sábana. Lo miró, concentrándose en un tirabuzón diminuto que Elijah tenía en la nuca. Apretó su cuerpo contra el de él y lo abrazó, sus brazos, su espalda. Besó su cara una y otra vez, y lo sujetó fuerte, puso la cabeza junto a su pecho, escuchando con cuidado por si oía el sonido del latido de su corazón.



## Cuarenta y tres

Puedo oír el mar yendo y viniendo, el zumbido del agua sobre la arena. Los colores de Nigeria están detrás de Mama, pero no estoy mirando su fotografía.

El aire huele a goma quemada, caña de azúcar, sudor y calor. Hace un calor que te quema la garganta. El calor teje dibujos, y la luz lava el color de todo. Los mosquitos zumban alrededor de mi cabeza, a veces aterrizan sobre mi pecho; los aparto con rapidez, dando manotadas fuertes. Pero me pican de todas formas. Noto la picadura, fuerte, en mi pecho, haciendo que todo mi cuerpo se sacuda hacia arriba de cuando en cuando, y después vuelva a bajar.

Nigeria es más luminosa y más chillona que Inglaterra. Ya puedo decirlo. La luz cambia y la luminosidad difuminada da paso al color: el verde de los árboles, el azul del cielo, el amarillo del sol, el rojo de la tierra. Nunca he sentido más calor. El calor llena un agujero que había en mí. Oigo yoruba. Reconozco el idioma de Mama, pero no las palabras. Pero papá levanta la cabeza, y sonrío. Los mosquitos me pican y me pican en el pecho. Se lo digo a mamá. Pero ella me coge de la mano. «Dejad de picarlo», les susurra. «No le hagáis daño a mi hijo».

Y de pronto Mama está allí, ante de mí, y alarga los brazos hacia delante. Corro como nunca antes había corrido, con las piernas más y más rápidas hasta que el polvo se levanta detrás de mí en una nube. El sol me quema el cuello y la espalda, y hace que todo huelga tibio. Puedo oír las olas zumbando de aquí a allá. Los brazos de Mama me envuelven y respiro su piel, el olor a dulce plátano quemado, y ella está muy suave. Más suave que nada que jamás haya sentido. Muevo las manos sobre su piel y amarro mis brazos en los suyos. Nuestros

ojos se miran, y veo mi reflejo dentro de sus ojos, pequeño y nada asustado, y el mundo entero es seguro. Ella canta y ríe, y detrás de ella veo a dos hombres saludando con la mano, y uno es Abuelo y no sé si el otro hombre es Baba o es papá; quizás son el mismo ahora, pero él es fuerte y grande, y está contento. Chioma está jugando en la arena con muchos niños, y mamá está aquí también, con mi hermana sobre la espalda, como un bebé nigeriano, y están sonriendo y riendo y la cara de mamá no está nada triste; el dolor se ha ido por completo. Siento de inmediato y de prisa lo que es tener una hermana. Jasmin y Chanel no están aquí, pero de alguna forma sé que están en América, comiendo perritos calientes, y que tía Chanel se ha casado con un *cowboy* y Jasmin tiene su propio caballo. Me está saludando con la mano. Y Ricardo vive en Brasil, en la playa, con sandalias nuevas, y tiene un hijo propio allí, un niño pequeño de Brasil que se parece un poco a mí pero que no tenía ninguna familia. En eso no se parece a mí. Yo tengo mucha familia. Están todos a mi alrededor ahora y estoy lleno de su sonido; el sol nos quema a todos en la cabeza, haciéndonos reír juntos. Ahora los mosquitos dejan de picarme en el pecho. Estoy contento. Miro a mamá y a papá. «¡Gracias!», grito. «Ya no me duele».

Y después Mama tira de mí para acercarme incluso más, hasta que soy parte de su propia piel otra vez, y nuestra sangre es la misma, y ella me susurra al corazón, en mi propio idioma:

«Pequeño Nigeria, te quiero como el mundo jamás ha conocido el amor».

## Agradecimientos

Mis agradecimientos especiales para: Christine Green, Natalie Butlin, George Hamilton-Jones, Claire Anderson-Wheeler, Jane Wood, Katie Gordon y el equipo de Quercus. Sobre todo, gracias a Alex Watson por la información sobre trabajo social terapéutico, y por todo lo demás. Eres un estímulo.

## Nota de la traductora

Christie Watson (Stevenage, Reino Unido, 1976) lleva más de diez años trabajando como enfermera, especialmente en Cuidados Intensivos Pediátricos.

Como escritora debutó con la novela *El frágil vuelo de los pájaros* (Alevosía 2013), con la que ganó el premio Costa a la mejor primera novela en 2012, y fue calurosamente acogida por la crítica. También ganó el premio Waverton Good Read, que otorga el público lector. Y Christie Watson fue premiada como Red's Hot Woman 2012 Creative, por la revista *Red Magazine*, muy popular en Reino Unido. La novela se tradujo a casi una veintena de lenguas, incluyendo, además del castellano, italiano, francés, turco, chino, danés, sueco y noruego.

*Donde las mujeres son reyes* es su segunda novela, que reafirma a la autora como una de las voces más prometedoras en la ficción británica actual. Además de al castellano también se prevé la traducción al rumano, sueco, noruego y danés, entre otras lenguas.

Cuenta la historia de Elijah, un niño de siete años, de origen nigeriano pero nacido en Reino Unido, donde emigraron sus padres. Elijah cree que es un brujo, y que es tan malo en su interior que toda la gente que lo quiere resulta herida. Separado de su madre en los últimos dos años, tras un episodio de maltrato por parte de esta, que se va explicando poco a poco a medida que avanza la trama, la historia sigue el trayecto de Elijah desde el sistema de acogida hasta la adopción por parte de una pareja interracial: Obi, abogado de origen nigeriano especializado en casos de asilo y refugio, y Nikki, británica, blanca, que trabaja en un centro para perros abandonados.

Todo el mundo quiere a Elijah: Deborah, su madre biológica;

Ricardo, el trabajador social a cargo de su caso; sus padres adoptivos, Nikki y Obi; el padre de Obi, que por fin tiene el nieto nigeriano que tanto anhelaba; la hermana de Nikki, Chanel, y Jasmin, la hija de esta, que se convierte en su primera y mejor amiga, además de su prima. Pero, en ocasiones, ni todo el amor del mundo basta si los cimientos de la comunicación y el entendimiento se vienen abajo.

El personaje de Deborah es el más complejo, pero está perfilado con enorme delicadeza. Es quien inflige el maltrato a Elijah, pero ella misma es una víctima. A través de las cartas que le va escribiendo a su hijo logramos entender a esta mujer rota, que entró en una vorágine esquizofrénica tras la muerte del padre de Elijah al poco de nacer el niño, y cuya soledad y vulnerabilidad la convierten en presa de un nefasto obispo evangélico que aprovecha la fragilidad de la comunidad inmigrante para lucrarse y mantener su estatus de poder.

La falta de coordinación de género del título dice muchas cosas sobre el papel subordinado de las mujeres, su falta de empoderamiento, especialmente acusado en ciertos lugares del mundo, como Nigeria, contexto que Christie Watson estima y conoce bien, que le sirvió de escenario para su primera novela y de trasfondo para esta. Watson no titula «donde las mujeres son reinas», sino «donde las mujeres son reyes», inspirándose en varias historias tradicionales nigerianas de mujeres que se convirtieron en «reyes» en la Nigeria colonial. Figuras que rompieron con esquemas patriarcales y que el personaje de Deborah evoca como tratando de buscar las fuerzas que le faltan.

Como ya hiciera en su primera novela, *El frágil vuelo de los pájaros*, donde trataba temas como la mutilación genital femenina, en *Donde las mujeres son reyes* la autora vuelve a abordar una temática social muy dura, y por ello muy necesaria. En este caso, el maltrato infantil derivado de cuestiones religiosas. Y, de nuevo, la sensibilidad y la claridad son los rasgos más destacables de la narración. Pues Watson hace gala de un estilo pulido, preciso, aparentemente sencillo, que trata de reflejar el pensamiento de cada personaje, sin juzgarlo, y que he tratado de mantener en esta traducción. Al tiempo, se aporta un breve apunte a pie de página cuando he considerado que quien

leyese podría agradecer alguna pequeña clarificación en momentos concretos.

Christie Watson despliega, como en su primera novela, una narrativa que denota su profundo conocimiento del contexto narrado, por su ejercicio como enfermera y por la labor de documentación realizada para sustanciar la historia, centrada, de forma importante, en las dificultades comunicativas derivadas de diversos sistemas de creencias. No en vano, Watson se ha documentado extensamente con varios casos reales para configurar los detalles de la historia, en contacto con trabajadores sociales, aparte de su propio bagaje.

En los últimos diez años, Scotland Yard ha tenido que investigar más de ochenta casos de maltrato infantil con trasfondo religioso-cultural en Reino Unido, y se sospecha que es solo la punta del iceberg, porque muchas situaciones no llegan a ser denunciadas. Los servicios de protección de menores y los hospitales están en alerta, y cada vez es más evidente la necesidad de preparación cultural del personal médico y de trabajo social, junto con la importancia de la mediación intercultural profesional que pueda ayudar a que interlocutores de diversas culturas se entiendan desde sus diferencias.

Con todo, en términos generales, y debido al desconocimiento y a la falta de competencia intercultural para abordar estos temas, ha habido una cierta tendencia a no saber bien cómo tratar estos casos, por su trasfondo cultural, para que no se considerase que se estaba desplegando una actitud racista. Pero un maltrato a un niño no tiene justificación bajo ningún concepto, en ningún contexto. En ninguna cultura, ninguna religión. Y ese mensaje subyace en la historia que propone Christie Watson. En ella juega un papel determinante la iglesia evangélica, que potencia creencias nigerianas autóctonas de forma perversa, para lucrarse y tener fuerza en la comunidad. En la novela hay un poso de fuerte crítica a la religión como sistema de poder, y la idea de que los demonios existen, pero son humanos.

*Donde las mujeres son reyes* narra una historia amarga, profundamente conmovedora, que nos recuerda la vulnerabilidad de la infancia, la fragilidad derivada de la dureza del desarraigo y la soledad de la inmigración, la imposibilidad de entenderse y comunicarse si no existen el conocimiento y el reconocimiento

mutuos, la intensidad del amor filial, y la maternidad como sentimiento, voluntad y acción, no como hecho biológico.

Elijah genera una empatía sin ambages, una ternura profunda, un dolor que lo vuelve real, un niño herido a quien querer, cuidar y proteger. Porque Elijah existe. Porque hay muchos Elijahs en diversas partes del mundo, quizás en nuestro propio entorno. Niños que han sufrido maltratos y abusos que los marcan de por vida. Algunos tienen suerte y logran sobrevivir o, al menos, hallar caminos para seguir adelante. Otros no. Es una realidad incómoda de contemplar, tremendamente desgarradora, a la que Christie Watson mira de frente, sabiendo que es la única forma de abordarla. Con verdad y compromiso.

Dora Sales  
(UJI)

1 En Nigeria, especialmente entre los yoruba, se emplea *baba* como término honorífico para aludir a un padre, o a un hombre sabio. (*N. de la T.*)

2 Moneda oficial de Nigeria. (*N. de la T.*)

3 National Vocational Qualification. Es un certificado del sistema educativo británico, que se otorga tras demostrar competencia profesional en diversos niveles, del 1 al 5. (*N. de la T.*)

4 Plato típico nigeriano. Arroz hervido con tomate triturado, pimienta, y en ocasiones carne y verduras. (*N. de la T.*)

5 Elijah confunde fonéticamente J. C. con Jay-Z, que es lo que dice su tía, refiriéndose al rapero estadounidense. (*N. de la T.*)

6 Especie de *ping-pong*, pero en el que la pelota está sujeta a una cuerda que pende de un palo de plástico, para evitar que se escape. (*N. de la T.*)

7 En el original, *flying saucers*. Caramelos en forma de platillo volador, muy populares en Reino Unido. (*N. de la T.*)

8 En Reino Unido se habla de *soul food* (literalmente: comida del alma) para aludir a cierta gastronomía típica de la comunidad caribeña. El cangrejo *callaloo* es una receta de esta gastronomía, que consiste en cangrejo servido en una sopa de amaranto o, en su defecto, espinacas. (*N. de la T.*)

9 Las siglas L.A. C. corresponden a *Looked After Children*, literalmente «niños que son cuidados». Se trata de un informe elaborado por los Servicios Sociales de Atención a Menores en Reino Unido. (*N. de la T.*)

10 Se refiere a Fela Kuti (1938-1997), músico y cantautor nigeriano, que se casó con veintisiete mujeres en una ceremonia simbólica. (*N. de la T.*)

11 *End of the Wicked* (1999), que podría traducirse como *El fin de los malditos*, es una película nigeriana de terror que trata sobre niños «brujos», poseídos por el demonio. La película fue patrocinada por una controvertida iglesia católica evangélica. (*N. de la T.*)

12 *Muti* se entiende como un tipo de magia. Deriva del término zulú para decir «árbol», pero en la mayoría de lenguas africanas se emplea para referirse a la medicina tradicional y sus poderes curativos. (*N. de la T.*)

13 Las siglas C. P. R. corresponden a Child's Permanence Report, literalmente «informe de permanencia del menor». Se trata de un informe elaborado por los Servicios Sociales de Atención a Menores en Acogida, en Reino Unido. (*N. de la T.*)

14 C. A. M. H. S. (Child and Adolescent Mental Health Services) es parte del Servicio Nacional de Salud del Reino Unido. (*N. de la T.*)

15 Se refiere al asesinato de Victoria Adjo Climbié (1991-2000), que fue maltratada y finalmente asesinada por sus cuidadores, que argumentaban que trataban de «liberarla del demonio». El caso conmocionó al Reino Unido y provocó cambios importantes en las políticas de protección a los menores. (*N. de la T.*)



16 En el sistema educativo británico, el *eleven plus* es un examen que realiza cierta parte del alumnado al finalizar la escuela primaria para pasar a la educación secundaria. (*N. de la T.*)

17 «Bienvenida», en yoruba. (*N. de la T.*)

18 *Oyinbo*: «Hombre blanco» o «mujer blanca», en yoruba y otras lenguas nigerianas. Alude en general a «persona extranjera». (*N. de la T.*)

Título original: *Where Women Are Kings*

Edición en formato digital: mayo de 2015

En cubierta: ilustraciones de © Tasha Natasha/Shutterstock.com y © iStock.com/Claudiad

© Christie Watson, 2013

© De la traducción, Dora Sales, 2015

© Ediciones Siruela, S. A., 2015

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16413-07-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

CHRISTIE WATSON

Donde las  
mujeres  
son  
REYES



alevosía